

TRACTATUS
DE LEGIBVS,
AC
DEO LEGISLATORE

In decem Libros distributus.

AUTHORE P. D. FRANCISCO SVAREZ

*Granatensi Societate IESU, Sacra Theologia, in celebri Conim-
bricensi Academia Primario Professore.*

AD ILLVSTRISSIMVM, ET REVERENDISSIMVM D.
D. Alphonsum Furtado de Mendoça Episcopum Egitaniensem.

CVM VARIIS INDICIBVS.



CONIMBRICÆ,
Cum Priuilegio Regis Catholici pro Castella, & Lusitania.

Apud Didacum Gomez de Loureyro. Anno Dñi 1612.

Pero, dejando a un lado los significados metafóricos y sus diferencias, que no interesan para el presente propósito, ahora hablamos en general del *ius* en su segundo y propio significado, en el cual es sinónimo de *ley* en el sentido en que también ahora tratamos de ella en general.

CAPITULO III

NECESIDAD Y VARIEDAD DE LAS LEYES

1. Una vez explicados los términos *ius* y *ley*, antes de investigar qué es la ley, es preciso demostrar que la ley existe. Y esto se conseguirá muy bien explicando su necesidad, ya que en las cosas que pertenecen a la educación de las costumbres, ni hay que admitir nada que sea superfluo ni puede faltar nada que sea necesario.

Pues bien, suele distinguirse una doble necesidad: una absoluta, según la cual se dice que una cosa es sencillamente necesaria de suyo y por razón de sí misma, a la manera como Dios tiene necesidad de existir como puro acto: de ésta hablamos; otra hay relativa en orden a algún fin o efecto; y ésta se subdivide en dos: existe una necesidad sin más, y otra para que la cosa sea mejor, la cual más propiamente se llama utilidad.

2. LA LEY NO ERA NECESARIA ABSOLUTAMENTE.—Así pues, dos cosas en general parecen ciertas. La primera, que la ley, en cuanto ley, no es necesaria absolutamente. Lo pruebo: Tal necesidad es propia de Dios, el único ser necesario de suyo y absolutamente. Ahora bien, toda ley, o es algo creado o al menos supone alguna criatura por razón de la cual se dé, pues Dios no es susceptible de ley. Luego, así como la criatura no es sencillamente necesaria, así tampoco la ley.

Añado además que —hablando de la ley propiamente dicha, de la cual ahora tratamos— dicha ley sólo puede existir por razón de la criatura racional, pues la ley no se impone si no es a una naturaleza libre, ni tiene otra materia que los actos libres, como veremos después. Luego la ley no puede ser más necesaria que la criatura racional o intelectual. Ahora bien, la criatura racional no tiene necesidad absoluta de ser. Luego tampoco la ley tiene tal necesidad.

Solamente podría aquí surgir una duda acerca de la ley eterna —la cual ahora doy por supuesto que existe— porque esa ley es Dios mismo, y por eso es tan inmutable y eterna como El mismo, y

por consiguiente, tan necesaria como El. Brevemente, digo que esa cosa que es ley eterna es absolutamente necesaria, como prueba el argumento, pero que, sin embargo, en cuanto ley no tiene una necesidad absoluta, porque incluye una relación libre, como demostraré después.

3. SUPUESTA LA CREACIÓN DE LA CRIATURA RACIONAL, LA LEY FUE ÚTIL Y TAN ABSOLUTAMENTE NECESARIA COMO EL MISMO FIN.—Digo —en segundo lugar— que, supuesta la creación de las criaturas racionales, la ley fue tan absolutamente necesaria como el fin, tanto para conseguirlo —así, sencillamente— como para conseguirlo mejor.

Esta verdad es —por decirlo así— un principio evidente en esta materia, y en cuanto a lo primero —de la necesidad de la ley para conseguir el fin sencillamente— puede explicarse de esta manera: La criatura intelectual, por el mismo hecho de ser criatura, tiene un superior a cuya providencia y autoridad está sometida, y por ser intelectual es capaz de gobierno moral, el cual se realiza por medio del imperio. Luego el someterse a algún superior que la rija por medio del imperio o ley es una cosa connatural y necesaria a tal criatura.

Asimismo tal criatura, por el mismo hecho de haber sido sacada de la nada, puede inclinarse a lo bueno y a lo malo, según doy ahora por supuesto siguiendo la opinión común de los SANTOS PADRES; luego no sólo es susceptible de ley que la dirija al bien y la aparte del mal, sino que alguna ley así le es sencillamente necesaria para poder vivir como conviene a su naturaleza.

También podemos argumentar por lo contrario: Quien no tiene ley no puede pecar; ahora bien, la criatura racional tiene el poder de pecar; luego está necesariamente sujeta a la ley. Y no importa que una criatura determinada pueda hacerse impecable por la gracia o por la gloria: lo primero, porque aquí hablamos de una necesidad natural, y por eso decimos que la ley es necesaria supuesta la condición de la naturaleza racional; y lo segundo, porque el don por el cual tal naturaleza se hace impecable no quita el que esté sujeta a la ley en aquellos actos que puede ejercitar libremente: lo que hace es que indefectiblemente obedezca a la ley.

Lo segundo —de la utilidad— es claro por lo primero, porque la necesidad en orden al fin, necesariamente lleva consigo utilidad. Además, acerca de las leyes está escrito: *La ley del Señor es perfecta, restaura el alma*, etc., y *Antorcha es el mandamiento, y luz la ley*, y frases semejantes a que después aludiremos y que demuestran los grandes provechos de la ley.

4. Pero como esta utilidad o necesidad no es

la misma tratándose de todas las leyes, para explicarla con exactitud merece la pena distinguir las diversas clases de leyes y en cada una de ellas explicar su peculiar necesidad o utilidad; así constará no sólo que hay ley en general, sino también —en particular— cuántas son sus clases; esto, además, es necesario para poder solucionar de una manera completa —acerca del objeto total de este tratado— el problema de si la ley es necesaria o no, ya que antes hemos demostrado que este objeto alcanza a todas las clases de leyes; también será esto oportuno para entender los términos que hemos de emplear en el desarrollo de todo el tratado.

5. DIVISIÓN DE LAS LEYES EN DISTINTAS CLASES.—En primer lugar, podemos dar por supuesta la división de la ley en cuatro clases que consignó PLATÓN en el *Timeo* y en el *Fedro*, a saber, divina, celeste, natural y humana.

De éstas los teólogos no admiten la segunda porque, o es superflua o contiene una doctrina falsa. En efecto, por ley celeste PLATÓN entendió el destino y cierta necesidad de obrar que proviene del movimiento ordenado y del influjo de los cielos. Por consiguiente, si entiende que esa ley, o no está sujeta a la divina providencia o coacciona a todas las cosas e incluso a los hombres en las operaciones propias del alma, contiene un juicio falso y herético contrario al gobierno de Dios y a la libertad humana; y si por ley celeste sólo entiende lo que dijo ARISTÓTELES, que este mundo inferior está unido a las esferas celestes para ser gobernado desde allí por medio de las influencias y cambios naturales, los cuales siempre dependen de Dios y afectan a los cuerpos pero no a las almas, entonces no hacía falta distinguir esta parte, porque, en el sentido en que puede llamarse ley, entra en la ley natural, como luego demostraremos.

Así pues, dejando ese segundo término, los otros tres los emplean los teólogos, aunque en un sentido algo distinto.

6. SENTIDO DE LEY DIVINA EN PLATÓN, Y SUS DIVERSOS USOS.—PRIMERA DIVISIÓN DE LA LEY EN TEMPORAL Y ETERNA.—Ley divina en Platón es la razón gobernadora del universo que existe en la mente de Dios. Esta ley la reconocen también los teólogos, pero la llaman ley eterna. En efecto, esa ley puede llamarse divina en dos sentidos: uno, que está en Dios mismo; otro, que la da Dios mismo inmediatamente aunque esté fuera del mismo Dios. PLATÓN llamó divina a esa ley en el primer sentido; en cambio los teó-

logos con SAN AGUSTÍN, para distinguir esa ley de la otra que Dios da hacia fuera, la llaman ley eterna, y así la llamaremos nosotros también.

De la cosa misma que se llama ley eterna, tan cierto es que existe en Dios como es cierto que Dios tiene providencia del universo, porque con ese nombre ninguna otra cosa se quiere decir que esta providencia existente en Dios o algo de ella. Al principio del libro siguiente explicaremos cómo y con qué propiedad recibe el nombre de ley eterna.

Con esto fácilmente se entiende la necesidad y utilidad de esta ley, pues es la misma que la de la divina providencia: en efecto, así como el mundo no podría mantenerse sin la divina providencia, así tampoco sin esta ley divina y eterna, y toda la utilidad y ventaja que a este mundo se le sigue de la divina providencia hay que atribuirle también a esta ley divina. Pero advierte SANTO TOMÁS que la utilidad de esta ley no consiste en que ella se ordene a un fin, sino en que ella ordena todas las otras cosas a sus fines por los medios convenientes, ya que ella no puede ordenarse a un fin, puesto que es Dios mismo, que es último fin de todas las cosas.

Finalmente, de esta primera ley divina o eterna puede deducirse la primera división de la ley en eterna y temporal, ya que damos por supuesto que nada es eterno fuera de Dios; ahora bien, consta que hay otras leyes que existen fuera de Dios; luego, además de la ley eterna, es preciso que haya otras temporales, entre las cuales, por consiguiente, existe la diferencia que hay entre lo creado y lo increado, porque cuanto es eterno es increado, y lo que es temporal es creado.

Por lo dicho consta que se da ley divina, es decir, una ley que existe en Dios mismo; cómo, por otra parte, existe una ley divina dada inmediatamente por Dios, aparecerá claro por lo que se dirá después. En resumidas cuentas, se da una ley que existe en Dios mismo, pues todo eso viene a parar a lo mismo.

7. SEGUNDA DIVISIÓN DE LA LEY EN NATURAL Y POSITIVA.—EMPLEO DEL TÉRMINO «LEY NATURAL» EN LOS AUTORES.—De las otras dos clases de leyes propuestas por PLATÓN se deduce la segunda división de la ley, que es la subdivisión de la ley creada en natural y positiva.

Esta división la reconocen también todos los teólogos y es frecuente en los santos, sea bajo el nombre de ley, sea bajo el nombre de derecho positivo y natural. Así aparece por SAN ISIDORO, se encuentra en el *Decreto*, es también de SAN AGUSTÍN y la indicó SAN PABLO al decir:

Los gentiles, que no poseen la ley, guiados por la naturaleza cumplen los mandatos de la ley, como notó la GLOSA ordinaria. La misma división se halla en las INSTITUCIONES y en el DIGESTO. Y CICERÓN prueba de intento que se da un derecho natural anterior a todo derecho humano. Hablan largamente de esto él y también ARISTÓTELES, el cual, en este mismo sentido, divide el derecho en natural y legal.

Acerca del término *ley natural* hay que advertir que los filósofos, juristas y teólogos lo entienden en diversos sentidos. PLATÓN, antes citado, parece que por *ley natural* entiende la inclinación natural que el criador puso en las cosas por la cual cada una tiende a sus propios actos y fines. Porque, así como dijo que ley divina es la razón eterna existente en Dios con la cual rige todas cosas, así a la participación de esa razón, impresa en las criaturas para que tiendan a los fines que se les ha señalado, la llamó ley natural.

SANTO TOMÁS llegó a decir que todas las cosas que son regidas por la divina providencia participan en algún modo de la ley eterna en cuanto que por influjo suyo tienen inclinación hacia sus propios actos y fines.

Por su parte los juristas dicen que la ley natural es común no sólo a los hombres sino también a los animales; en cambio parecen excluir de su participación a los seres inanimados, como se ve por las INSTITUCIONES y por el DIGESTO.

8. LA LEY EN SU SENTIDO PROPIO NO LES COMPETE A LOS SERES INSENSIBLES.—Sin embargo, como ya observé en el capítulo I, la ley no es atribución de los seres insensibles en su sentido propio sino metafóricamente; por eso acerca de la primera y más general acepción de la ley natural no es necesario decir aquí más de lo que dijimos en el capítulo I y de lo que diremos más tarde acerca de la ley eterna.

Los brutos animales tampoco son propiamente susceptibles de ley no teniendo como no tienen razón ni libertad; por eso no puede atribírseles la ley natural si no es por una metáfora semejante. En efecto, aunque se diferencian de los seres insensibles en que se guían no sólo por el peso de la naturaleza, sino también por el conocimiento e instinto natural —instinto que es como una ley, y en ese sentido puede sostenerse de alguna manera la segunda acepción de los juristas—, sin embargo es una ley sencilla-

mente metafórica y nada más que análoga; por eso ahora también prescindimos de ella: más tarde, en el libro II, al explicar el derecho de gentes, trataremos de investigar el sentido propio de esas leyes.

9. ¿QUÉ ES PROPIAMENTE LEY NATURAL?—Así que ley natural propiamente dicha —que es de la que tratan la moral y la teología— es la que reside en la mente humana para discernir lo bueno de lo malo, según aquello del SALMO: *¿Quién nos muestra a nosotros lo bueno? Ha brillado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor*. Así lo explicó SANTO TOMÁS, el cual concluye que la ley natural es una participación de la ley eterna en la criatura racional. También dice: *Como el hombre entre todos los seres animados conoce el fin y la correspondencia entre la obra y el fin, el conocimiento natural que se le ha infundido, el cual se dirige a obrar convenientemente, se llama ley natural o derecho natural; en cambio, en los otros seres se llama estimación natural*. Esto fue también lo que manifestamente pensó CICERÓN, porque, después de las palabras que antes se han citado acerca de la ley eterna, añade: *Derivada de esa ley, con razón es alabada la otra que dieron los dioses al género humano: porque la razón y la mente del sabio es apta para mandar y para prohibir*.

Así, pues, esta ley se llama natural en el sentido de que lo natural se distingue no sólo de lo sobrenatural sino también de lo libre; y no porque su ejercicio sea natural —es decir, realizado necesariamente, como es el ejercicio de la inclinación natural en los brutos o en las cosas inanimadas—, sino porque esa ley es como una propiedad de la naturaleza y porque Dios mismo la infundió en la naturaleza.

Por esta parte esta ley es también divina como dada inmediatamente por Dios, según el pensamiento de SANTO TOMÁS, quien cita a SAN AGUSTÍN diciéndole a Dios: *Tu ley está escrita en los corazones de los hombres*, palabras que se refieren a la ley natural; y en consonancia con ellas también dijo *que no hay alma en cuya conciencia no hable Dios, porque ¿quién sino Dios escribe la ley natural en los corazones de los hombres?* Más expresamente llama divina a esta ley SAN ISIDORO.

Con esto queda bien claro lo necesaria y útil que es esta ley, ya que, tratándose de la naturaleza racional, de ella depende la distinción entre lo bueno y lo malo. Todo esto exige una larga explicación; pero, para no cambiar el orden y

confundirlo todo, la reservamos para el libro siguiente.

10. Resta hablar de cierta subdivisión de la ley natural. Pero antes conviene decir algo de la cuarta ley enumerada por PLATÓN, la cual llamó humana y pertenece al derecho que ARISTÓTELES llamó *derecho legal* y que él mismo describió así: *Es un derecho que en un principio nada importa, pero que una vez que está establecido importa mucho*. Esto hay que entenderlo por parte de la materia de tal derecho, porque trata de acciones que, prescindiendo de tal derecho, no serían obligatorias, pero que por él se hacen necesarias. Finalmente, a esta ley pertenecen las leyes que CICERÓN distingue de las leyes eterna y natural y que él llama vulgares.

Por nuestra parte nosotros —como suelen los teólogos— la ley creada o temporal la hemos dividido en natural y positiva, ya que la positiva se extiende a más que la humana. En efecto, hay que advertir que los filósofos no reconocieron el fin sobrenatural del hombre, sino que sólo trataron de una tal cual felicidad de esta vida o —mejor dicho— de las condiciones convenientes para pasarla en paz y justicia, y que las leyes las estudiaron en orden a ese fin, y por eso la ley natural sólo la distinguieron de la ley humana que nosotros podemos llamar civil y de la cual diremos algo enseguida.

Pero como la fe enseña que los hombres se ordenan al fin sobrenatural de la vida venidera por medios convenientes que se han de practicar en esta vida, con razón deduce la teología que esta ley natural es necesaria muy de otra manera y que los hombres necesitan de más leyes positivas que lo que alcanzaron a comprender los filósofos.

11. ESTADOS DE LA NATURALEZA HUMANA CON RELACIÓN A LAS LEYES QUE NECESITA.—CLASES DE LEY NATURAL.—Acerca de la ley natural enseña la teología que al hombre se le puede considerar desde el punto de vista de una doble naturaleza y de una doble luz de la razón: primeramente desde el punto de vista de su pura naturaleza, o sea, de la sustancia de su alma racional, y consiguientemente de la luz de la razón que le es connatural; lo segundo, desde el punto de vista de la naturaleza de la gracia que le ha sido infundida al hombre desde arriba, y de la luz divina y sobrenatural de la fe, la cual le rige y gobierna en su estado de caminante.

Conforme a estos dos principios, la teología distingue una doble ley natural; una sencillamente natural respecto del hombre; otra que, aunque sobrenatural respecto del hombre —por-

que todo el orden de la gracia le es sobrenatural—, sin embargo se puede llamar natural respecto de la gracia porque también la gracia tiene su esencia y naturaleza propia a la cual le es connatural la luz infusa, y a ésta le es connatural no sólo dirigir a los hombres a las rectas, honestas y debidas obras sobrenaturales, sino también apartar las tinieblas y errores tocantes a la misma ley puramente natural, e imponer la observancia de la misma ley natural por una motivación más elevada. Así pues, puede distinguirse una doble ley natural: una puramente natural; otra sencillamente sobrenatural, pero natural con relación a la gracia.

Y como aun la ley puramente natural es divina porque procede de Dios, con mayor razón será divina la ley natural de ese orden divino; en efecto, la primera procede de Dios por medio de la naturaleza, de la cual dimana como una propiedad suya; en cambio la segunda procede de Dios como de quien infunde por sí mismo la gracia y la misma luz sobrenatural y además dirige en cada momento a los hombres con los auxilios de la gracia excitante y adyuvante para que pongan en práctica los dictámenes de esa ley.

12. Por fin, a ambas leyes se las puede llamar connaturales al género humano de la misma manera que se llama natural de alguna manera todo aquello que ha sido creado junto con la naturaleza y que siempre se ha conservado en ella. En este sentido también la ley connatural a la gracia existió siempre en el género humano, ya que la luz de la fe nunca faltó en el conjunto de los hombres y en toda la Iglesia, ni les faltó jamás a los hombres la ley divina sobrenatural sin la cual no hubiesen podido tender a la felicidad sobrenatural.

Según esto, cuando se dividen los estados de los hombres —desde el punto de vista de las leyes— en estado de ley natural, de ley escrita y de ley de gracia, en el primer estado por ley natural hay que entender tanto la ley de sola la naturaleza como la ley connatural a la gracia o ley de la fe, porque al mundo, según la providencia ordinaria, nunca le pudo faltar por completo esta ley, ya que los cumplidores de la ley, con la ayuda divina —según SAN PABLO— siempre pudieron justificarse.

De esta forma queda también clara la necesidad y utilidad de la ley natural explicada en este segundo sentido, puesto que la gracia y la fe siempre fueron necesarias, y esta ley es connatural a ellas, y además para que el hombre tu-

viese una ley con cuya observancia —con la ayuda divina— pudiese conseguir el perdón de los pecados y la vida eterna.

13. ¿QUÉ ES LEY POSITIVA?—Sobre la segunda parte —de la ley positiva— se debe saber que se llama positiva aquella ley que no ha nacido en el hombre juntamente con la naturaleza o con la gracia, sino que, por encima de ellas, ha sido impuesta por algún principio externo que tuviese facultad para imponerla; de ahí que se la haya llamado positiva, como quien dice añadida a la ley natural y no como nacida de ella necesariamente. Por eso algunos la llaman *derecho puesto*, como puede verse en CONAN.

A la ley positiva así entendida le cuadra bien lo que dijo ARISTÓTELES, que *ley es la palabra procedente de alguna prudencia o mente con fuerza para obligar*, pues, aunque él habla sólo de la ley humana, sus palabras son de suyo más generales, y en este sentido la ley positiva es también más amplia que la humana.

14. DIVISIÓN DE LA LEY POSITIVA EN DIVINA Y HUMANA.—Conforme a esto, los teólogos dan una tercera división de la ley positiva en divina y humana. Se llama ley positiva divina la que ha sido dada y añadida a toda la ley natural por Dios mismo inmediatamente. De la humana hablaremos en seguida.

Fuera de estas leyes no puede haber otra ley positiva respecto de los hombres, porque no existen más legisladores, ya que los ángeles no tienen este poder sobre los hombres, puesto que ni les es natural ni Dios se lo ha concedido; al menos a nadie se le ha revelado esto, y, por consiguiente, tampoco podemos adivinarlo.

Así que ley divina llamamos ahora no a la ley que existe en Dios, sino a la que dimana de Dios de algún modo especial; en efecto, no significa una ley concebida sino manifestada, en lo cual, entre otras cosas, se diferencia de la ley divina tal como la puso PLATÓN.

En segundo lugar, esta ley se diferencia de la ley natural —entendida con toda la perfección que antes hemos explicado— en que la ley natural no la añade Dios de una manera especial a la misma naturaleza o a la gracia; en cambio ésta la impone y la añade de una manera especial por encima de aquéllas.

Por consiguiente, la ley natural no se da de suyo y primariamente como un don especial que consista en esa ley, sino que es el mismo don que la naturaleza o que la fe y la gracia, pues quien da la forma da lo que se sigue de esa forma; en cambio esta ley se da de suyo y primariamente como un don añadido a la naturaleza y a la gracia. De ahí que se la llame ley

sin más, como se ve por toda la carta a los Romanos y por otros pasajes de la ESCRITURA que en seguida aduciremos. Por eso el término ley divina sin más, suele entenderse de la ley positiva, y así lo entenderemos también nosotros ordinariamente.

15. De esto se deduce también fácilmente lo necesaria que era esta ley divina. Y para no incurrir en engaño por la ambigüedad del término, hay que observar que SANTO TOMÁS aduce cuatro razones para demostrar la necesidad de la ley divina, pero si uno las examina atentamente, hallará que solamente prueban tratándose de la ley divina natural o de la sobrenatural en cuanto que es connatural a la gracia, pero no tratándose de la ley sobrenatural positiva en el sentido en que ahora hablamos.

La primera razón es, para dirigir al hombre al fin sobrenatural; la segunda, para ayudar al hombre también en lo natural a fin de que no yerre; la tercera, para poderle también mandar y ordenar en sus actos interiores; la cuarta, para prohibirle toda clase de mal, cosa que no puede la ley humana.

A estas cuatro propiedades aplica aquello del SALMO: *La ley del Señor es inmaculada, convierte las almas; el testimonio del Señor es fiel, hace sabio al rudo*. En estas últimas palabras está la primera razón, ya que la sabiduría ordena al hombre a la fe sobrenatural; en la tercera o penúltima propiedad está la última razón, puesto que, como esta ley se apoya en la verdad de Dios, no puede estar expuesta a errores, más aún, puede enmendar y reprimir los errores de la naturaleza; además, en la segunda propiedad se insinúa la tercera razón, pues, como la ley divina dirige los actos interiores, con razón se dice que convierte las almas; finalmente, se la llama inmaculada porque no permite mal alguno.

Pero todas estas razones son probativas ante todo tratándose de la ley divina connatural a la gracia, principalmente las razones primera y segunda, según he indicado más arriba. Las razones tercera y cuarta son aplicables también a la pura ley natural, porque ésta manda también los actos internos buenos y prohíbe los malos, y en realidad no permite ningún acto malo. Por el contrario, la ley divina positiva, en el sentido en que ahora hablamos de ella, ordinariamente se refiere a actos externos, como puede verse en la Ley Vieja y en la Nueva en cuanto que versa sobre los sacramentos y la jerarquía eclesiástica. Asimismo por la ley positiva Dios no prohíbe todos los males, sino que esto pertenece a la

doble ley divina natural tal como la hemos explicado antes.

16. LA NECESIDAD DE LA LEY DIVINA NO ES ABSOLUTA SINO HIPOTÉTICA.—De esto deducimos que la necesidad de la ley divina positiva no era una necesidad absoluta en orden al fin sobrenatural, sino supuesta la fundación de la Sinagoga y de la Iglesia.

Respecto de éstas puede pensarse que es sencillamente necesaria, por más que respecto del fin mismo sea necesaria para conseguirlo mejor y para la mayor instrucción de los hombres —debido a su excesiva ceguera y depravadas costumbres, a fin de reprimirles—, o también para su mayor perfección y luz, a fin de que consigan la perfección de la virtud y de la santidad.

La razón es que, aunque fuera necesaria alguna ley sobrenatural —lo mismo que algún conocimiento sobrenatural—, podía bastar la que es connatural a la misma gracia; luego la necesidad de añadir una segunda ley positiva nació de la peculiar institución de un —llamémoslo así— cuerpo místico espiritual. Supuesta esta institución, las razones de SANTO TOMÁS pueden muy bien aplicarse también a esta ley divina positiva.

Suele ésta además subdividirse en Vieja y Nueva, división que explicaremos largamente en los libros IX y X.

17. ¿QUÉ ES LA LEY HUMANA Y POR QUÉ SE LLAMA ASÍ?—Resta hablar de la ley positiva humana. Se llama así por el principio próximo de que procede. En efecto, no se llama ley humana porque haya sido impuesta a los hombres, ni porque la tengan ellos como quienes se han de gobernar por ella, pues, aunque de hecho suceda esto con esta ley, pero no es una cualidad exclusiva suya, sino común a todas las leyes de que ahora tratamos, sea la divina, sea la natural; en eso la ley humana se distinguiría más bien de la ley angélica, es decir, de la ley que les fue impuesta a los ángeles, de la cual no tratamos.

Tampoco se llama ley humana por razón de la materia, es decir, porque se dé acerca de las cosas humanas y no de las divinas; pues, aunque tal vez ese nombre en ese sentido pudiera coincidir con la ley humana de los filósofos, en realidad ellos no se refirieron a eso, ni es exacto hablar así, porque el término ley humana tiene un sentido más amplio, como veremos.

Así pues, se llama ley humana porque ha sido compuesta e impuesta por los hombres inmediatamente. Y digo *inmediatamente* porque originariamente toda ley humana se deriva de algún modo de la ley eterna, conforme a aquello: *Por*

mi reinan los reyes y los legisladores decretan cosas justas, y su obligatoriedad dimana de un poder dado por Dios, porque *no hay autoridad sino por Dios*. Sin embargo, la ley misma llamada humana es acto del hombre, y así él es quien la da inmediatamente, y por eso se llama humana.

Por eso dijo PLUTARCO que en el príncipe se requiere doctrina: *El fin de la ley es la justicia; ahora bien, la ley es obra del príncipe, y el príncipe es una imagen de Dios que todo lo administra*. Y SAN AGUSTÍN dice: *El legislador temporal, si es bueno y sabio, consulta a la ley eterna para discernir —en conformidad con sus reglas inmutables— qué es lo que se ha de mandar o prohibir en cada circunstancia*, y que Dios por medio de los emperadores dio al género humano leyes humanas.

Así que la ley humana es obra del hombre, la cual a las inmediatas procede de su poder y prudencia y ha sido impuesta a los súbditos como regla y medida de sus obras.

18. NECESIDAD DE LA LEY HUMANA.—De ahí fácilmente se deduce lo necesaria y útil que es esta ley. En efecto, como observó SANTO TOMÁS, su necesidad proviene del hecho de que la ley natural o divina es general y sólo contiene ciertos principios evidentes de moral y, a lo sumo, se extiende a los que se siguen de ellos por deducción necesaria y evidente; pero además de esos, hay otros muchos que en una comunidad humana son necesarios para su buen gobierno y conservación; por eso fue necesario que la razón humana, en aquello que sola la razón natural no alcanza a establecer, determinara algunos puntos más en particular: esto es lo que hace la ley humana, y por eso fue muy necesaria.

Por eso dijo PLATÓN: *Es preciso imponer leyes a los hombres para que vivan conforme a las leyes, pues en el caso de que vivieran sin leyes, en nada se diferenciarían de las fieras salvajes*. De una manera semejante dijo ARISTÓTELES: *Así como, si se da a la perfección, el hombre es el mejor de los animales, así, si abandona la ley y los juicios, es el peor de todos*.

19. Vamos a explicar más esta razón siguiendo a ambos autores. Lo fundamental es que el hombre es un animal social que por su naturaleza exige vida civil y comunicación con los otros hombres; por eso es necesario que viva rectamente no sólo como persona particular sino también como parte de la comunidad, y esto de-

pende sobre todo de las leyes de cada comunidad.

En segundo lugar, es preciso que cada uno mire no sólo por sí sino también por los otros observando la paz y la justicia, y esto no es posible sin las convenientes leyes.

Asimismo es necesario principalmente guardar y observar lo que toca al bien común de los hombres o comunidad; ahora bien, es difícil que cada uno conozca lo que conviene al bien común, y raro es el caso de los que lo buscan por sí mismo; por eso fueron necesarias las leyes humanas que miraran por el bien común mostrando lo que se debe hacer por tal fin y obligando a hacerlo. Por eso dijo ARISTÓTELES: *Las diligencias y los cuidados públicos los realizan las leyes, los buenos los realizan los virtuosos*. Por eso dice SAN CIRILO: *No hay duda que las leyes dirigen al bien y obligan a apartarse de lo malo; por lo cual ninguno que tenga cabeza se mostrará contrario a las leyes ni a los legisladores*.

Así que las leyes positivas fueron útiles y necesarias. Por eso cuando todavía no se habían inventado las leyes escritas, los príncipes eran como leyes vivas y a su voluntad se regían los pueblos, como dice SAN AGUSTÍN citando a SAN JUSTINO.

20. ULTIMA DIVISIÓN DE LA LEY EN CIVIL Y ECLESIASTICA.—¿QUÉ ES LA LEY CIVIL?—¿QUÉ ES LA LEY ECLESIASTICA?—NECESIDAD DE LA LEY CIVIL Y DE LA CANÓNICA.—Por último, la ley positiva se divide en civil y eclesiástica, división que no conocieron los filósofos porque desconocieron el fin sobrenatural y el poder especial correspondiente; por eso, para éstos ley humana es lo mismo que ley civil; a ésta SAN AGUSTÍN la suele llamar temporal, porque es la que se ordena al gobierno político de la ciudad, a la tutela de los derechos temporales y a la conservación del estado en la paz y en la justicia. Por consiguiente, las leyes civiles tratan de estos bienes temporales o corporales.

Pero además de éstas, la religión cristiana reconoce las leyes eclesiásticas o canónicas que se contienen en los sagrados cánones y en los decretos de los Papas. Algunos las llaman no humanas sino divinas, porque se derivan de un poder especial dado especialmente por Dios y se refieren ante todo al fin sobrenatural, al culto divino y a la salvación de las almas. Sin embargo, en realidad son humanas, como muy bien enseñó JUAN DE ANDRÉS —al cual cita y sigue

NICOLAS DE TUDESCHIS— y como se dice claramente en las DECRETALES.

La razón es que las establece la voluntad humana inmediatamente, por más que se diferencien en el poder del cual dimanen a las inmediatas y también en el fin y materia, como después veremos; pero la razón o necesidad de tales leyes era la misma. En efecto, Dios —según ahora damos por supuesto— fundó una congregación especial —la de los fieles— para que formase un cuerpo, al cual ahora llamamos Iglesia. Pues bien, con la ley que El dio no dispuso en particular todas las cosas que podían convenir para el gobierno espiritual de la Iglesia, sino sólo estableció algunas bases sustanciales de este Estado espiritual; lo demás lo dejó a la disposición de sus ministros y pastores eclesiásticos: lo primero, para que todo se ordenara suavemente y de una manera acomodada a los hombres; y lo segundo, porque era imposible determinar todos los detalles en particular de una manera inmutable. Pues bien, esta determinación la hacen las leyes canónicas, y por eso tan necesarias fueron ellas en el Estado espiritual de la Iglesia como lo son las leyes civiles en el Estado temporal.

21. Con esto queda bien clara la variedad que hay de leyes y su necesidad y divisiones.

A éstas suelen añadirse otras divisiones que o son inciertas o —como quien dice— materiales, por lo cual no es necesario detenernos ahora en ellas. Tal es la división de la ley en directiva y preceptiva: de ella hablaremos en el libro siguiente, y tal vez no es necesaria.

Asimismo hay otra división general de la ley en afirmativa y negativa: aquélla manda lo que hay que hacer, ésta prohíbe lo que hay que evitar. Estas dos cosas las hacen todas las leyes enumeradas, las cuales sólo se diferencian en la materia del mandato, que es hacer o no hacer, y por eso hay en ellas alguna diferencia en el modo de obligar, que explicaremos oportunamente en el capítulo XIII.

Finalmente, pueden añadirse las divisiones de la ley humana en penal y no penal, en sólo prohibitiva o también invalidante, términos que son suficientemente conocidos; de su contenido haremos tratados especiales más adelante.

Podrá parecer que en estas divisiones hemos hecho caso omiso del derecho de gentes: en el capítulo VIII del libro siguiente explicaremos cómo se reduce a alguna de las clases de leyes anteriores.

CAPITULO IV

ACTOS QUE SE REQUIEREN POR PARTE DE LA MENTE DEL LEGISLADOR PARA DAR UNA LEY

1. Todo lo que hemos tratado hasta ahora sólo se encaminaba a la solución del problema de si existe la ley, y hemos demostrado no sólo que existe sino también que es necesaria —no una sola, sino distintas clases o especies de ellas—, y hemos expuesto sus nombres y la razón de ellas para que en el desarrollo de la materia podamos hablar con claridad y soltura.

Ahora nos toca examinar qué es la ley, tema que explicaremos en abstracto y en general, dejando para su propio lugar las dificultades que puedan surgir por parte de cada clase de leyes en particular. Y siempre hablaremos al modo humano y conforme a nuestra manera de concebir; pero las expresiones deberán aplicarse —quitando sus imperfecciones— a la ley o mente divina.

Así pues, en este capítulo y en el siguiente hablaremos del género bajo el cual queda colocada la ley; después investigaremos la diferencia.

2. LA LEY ES PROPIA DE LA NATURALEZA INTELECTUAL.—En primer lugar, damos por supuesto que la ley es algo propio de la naturaleza intelectual en cuanto tal y, por tanto, de su mente, incluyendo en ésta el entendimiento y la voluntad, que es el sentido en que ahora la entiendo.

Esto es evidente, porque la ley significa un ordenamiento moral hacia la ejecución de algo; ahora bien, ninguna naturaleza fuera de la intelectual es capaz de ese ordenamiento. Asimismo, hablando con propiedad, se rigen por leyes y son capaces de tal gobierno únicamente los seres dotados de entendimiento y razón; luego mucho más se requiere mente en el que debe gobernar por medio de leyes.

Por consiguiente, la ley es algo propio de la mente; más aún, si con relación a los seres naturales o irracionales se dice —en un sentido amplio— que Dios concibe una ley, esto sólo puede decirse en el sentido de que los seres que carecen de entendimiento necesitan de una mente superior que los gobierne, a fin de que la obra de la naturaleza sea obra de la inteligencia; así que, de todas las maneras, la ley debe atribuirse a la mente.

Este fue el concepto de ley que tuvieron todos los sabios, incluso los filósofos, según consta por PLATÓN, ARISTÓTELES y CICERÓN en los pasajes aducidos.

3. LA LEY CONSISTE NO EN UN HÁBITO, SINO EN UN ACTO.—Doy por supuesto —en segundo lugar— que la ley —hablando con propiedad, sobre todo tal como se halla en el le-

gislador— consiste en un acto segundo, no en un hábito o en el poder de darla.

La cosa es clara, porque ley se llama la que tiene fuerza inmediata para mover y obligar a los súbditos; ahora bien, esta fuerza se da en potencia o hábito sólo radical y remotamente; luego se da en un acto. Asimismo, imperar, ordenar y cosas semejantes son actos; ahora bien, todo esto lo realiza la ley sea formalmente sea como causa moralmente activa; luego la ley consiste en un acto.

Para explicar qué clase de acto es ese, es preciso enumerar primero todos los actos que pueden tomar parte en la ley y ordenarlos; en efecto, estos actos pueden ser interiores y producidos por el entendimiento y la voluntad, o exteriores e imperados, y todos ellos son necesarios para que la ley llegue a conseguir su efecto.

4. ¿EN QUÉ SUJETO PUEDE EXISTIR LA LEY? Para explicar este punto, observo —en tercer lugar— que la ley puede considerarse en un triple estado o sujeto. Primeramente en el mismo legislador, a la manera como decíamos antes que la ley se hallaba en la mente de Dios desde la eternidad. Lo segundo, en los súbditos a quienes se impone la ley, a la manera como suele decirse que la ley de la naturaleza está metida en las mentes de los hombres. Lo tercero, en alguna otra señal o materia exterior, por ejemplo, en un escrito o también en una voz que manifieste la voluntad del superior.

Acerca de la ley considerada en los dos últimos estados no puede haber dificultad alguna, porque la ley en su tercer estado consiste formalmente en algún acto exterior con el que el legislador manifiesta su mente, cual es entre los hombres la palabra o la escritura, a la manera como dijo ARISTÓTELES que la ley es la palabra salida de una mente o prudencia. Así también GABRIEL BIEL define la ley diciendo que es un signo que manifiesta suficientemente la voluntad o mente del príncipe.

He dicho que esta señal es una acción o acto, incluyendo en él su término cuando es permanente y realiza perfectamente el concepto de signo; así la ley escrita se llama ley no sólo cuando se escribe, sino en cuanto que es término permanente de la acción de escribir e indica siempre la mente del príncipe; y lo mismo, si la ley se da solamente de palabra, aunque la palabra sensible pase pero se dice que la ley perdura suficientemente en cuanto que permanece en la memoria de los hombres; de esta manera algunas veces una ley no escrita se conserva por tradición, y de la misma manera también una costumbre puede a veces llegar a tener fuerza de ley, como luego veremos.

CAPITULO IV

ACTOS QUE SE REQUIEREN POR PARTE DE LA MENTE DEL LEGISLADOR PARA DAR UNA LEY

1. Todo lo que hemos tratado hasta ahora sólo se encaminaba a la solución del problema de si existe la ley, y hemos demostrado no sólo que existe sino también que es necesaria —no una sola, sino distintas clases o especies de ellas—, y hemos expuesto sus nombres y la razón de ellas para que en el desarrollo de la materia podamos hablar con claridad y soltura.

Ahora nos toca examinar qué es la ley, tema que explicaremos en abstracto y en general, dejando para su propio lugar las dificultades que puedan surgir por parte de cada clase de leyes en particular. Y siempre hablaremos al modo humano y conforme a nuestra manera de concebir; pero las expresiones deberán aplicarse —quitando sus imperfecciones— a la ley o mente divina.

Así pues, en este capítulo y en el siguiente hablaremos del género bajo el cual queda colocada la ley; después investigaremos la diferencia.

2. LA LEY ES PROPIA DE LA NATURALEZA INTELECTUAL.—En primer lugar, damos por supuesto que la ley es algo propio de la naturaleza intelectual en cuanto tal y, por tanto, de su mente, incluyendo en ésta el entendimiento y la voluntad, que es el sentido en que ahora la entiendo.

Esto es evidente, porque la ley significa un ordenamiento moral hacia la ejecución de algo; ahora bien, ninguna naturaleza fuera de la intelectual es capaz de ese ordenamiento. Asimismo, hablando con propiedad, se rigen por leyes y son capaces de tal gobierno únicamente los seres dotados de entendimiento y razón; luego mucho más se requiere mente en el que debe gobernar por medio de leyes.

Por consiguiente, la ley es algo propio de la mente; más aún, si con relación a los seres naturales o irracionales se dice —en un sentido amplio— que Dios concibe una ley, esto sólo puede decirse en el sentido de que los seres que carecen de entendimiento necesitan de una mente superior que los gobierne, a fin de que la obra de la naturaleza sea obra de la inteligencia; así que, de todas las maneras, la ley debe atribuirse a la mente.

Este fue el concepto de ley que tuvieron todos los sabios, incluso los filósofos, según consta por PLATÓN, ARISTÓTELES y CICERÓN en los pasajes aducidos.

3. LA LEY CONSISTE NO EN UN HÁBITO, SINO EN UN ACTO.—Doy por supuesto —en segundo lugar— que la ley —hablando con propiedad, sobre todo tal como se halla en el le-

gislador— consiste en un acto segundo, no en un hábito o en el poder de darla.

La cosa es clara, porque ley se llama la que tiene fuerza inmediata para mover y obligar a los súbditos; ahora bien, esta fuerza se da en potencia o hábito sólo radical y remotamente; luego se da en un acto. Asimismo, imperar, ordenar y cosas semejantes son actos; ahora bien, todo esto lo realiza la ley sea formalmente sea como causa moralmente activa; luego la ley consiste en un acto.

Para explicar qué clase de acto es ese, es preciso enumerar primero todos los actos que pueden tomar parte en la ley y ordenarlos; en efecto, estos actos pueden ser interiores y producidos por el entendimiento y la voluntad, o exteriores e imperados, y todos ellos son necesarios para que la ley llegue a conseguir su efecto.

4. ¿EN QUÉ SUJETO PUEDE EXISTIR LA LEY? Para explicar este punto, observo —en tercer lugar— que la ley puede considerarse en un triple estado o sujeto. Primeramente en el mismo legislador, a la manera como decíamos antes que la ley se hallaba en la mente de Dios desde la eternidad. Lo segundo, en los súbditos a quienes se impone la ley, a la manera como suele decirse que la ley de la naturaleza está metida en las mentes de los hombres. Lo tercero, en alguna otra señal o materia exterior, por ejemplo, en un escrito o también en una voz que manifieste la voluntad del superior.

Acerca de la ley considerada en los dos últimos estados no puede haber dificultad alguna, porque la ley en su tercer estado consiste formalmente en algún acto exterior con el que el legislador manifiesta su mente, cual es entre los hombres la palabra o la escritura, a la manera como dijo ARISTÓTELES que la ley es la palabra salida de una mente o prudencia. Así también GABRIEL BIEL define la ley diciendo que es un signo que manifiesta suficientemente la voluntad o mente del príncipe.

He dicho que esta señal es una acción o acto, incluyendo en él su término cuando es permanente y realiza perfectamente el concepto de signo; así la ley escrita se llama ley no sólo cuando se escribe, sino en cuanto que es término permanente de la acción de escribir e indica siempre la mente del príncipe; y lo mismo, si la ley se da solamente de palabra, aunque la palabra sensible pase pero se dice que la ley perdura suficientemente en cuanto que permanece en la memoria de los hombres; de esta manera algunas veces una ley no escrita se conserva por tradición, y de la misma manera también una costumbre puede a veces llegar a tener fuerza de ley, como luego veremos.

En esta parte no ocurre ninguna otra dificultad fuera de la que se refiere a la promulgación de la ley: de ella hablaremos más tarde.

5. **TRATÁNDOSE DEL SÚBDITO, LA LEY SÓLO RESIDE EN UN ACTO DE SU MENTE.**—Acerca de la ley tal como puede hallarse en el súbdito de la ley, es cosa cierta que consiste en un acto de su mente y que de suyo requiere solamente el juicio del entendimiento y no un acto de la voluntad: éste es necesario para la observancia o ejecución de la ley, no para su existencia. En efecto, la ley se anticipa a la voluntad del súbdito y la obliga, pero el acto del entendimiento es necesario para proponer y aplicar inmediatamente a la voluntad la ley misma, y por eso requiere necesariamente el juicio de la razón. De esta manera se dice generalmente que la ley natural es el juicio de la razón humana, en el sentido de que esa ley se halla en el hombre como en un súbdito suyo. En este sentido dijo el DAMASCENO: *Al venir la ley de Dios, encendiendo nuestra mente la atrae hacia sí y tira de nuestra conciencia, la cual se llama también ley de nuestra mente.*

Lo mismo sucede con las leyes positivas: luego que se dan, se aplican a cada uno por medio del juicio de la razón, en el sentido de que en virtud de la ley se juzga necesario lo que no lo era de suyo, y así ese juicio es ya como la ley existiendo en el mismo súbdito.

Al llegar a este punto se presenta el problema de si, tratándose de las leyes positivas, alguna vez se requiere, por parte de la voluntad de los súbditos, un acto de aceptación de la ley; pero de esto hablaremos al tratar de las leyes humanas, de las que es propio esto. Por el momento quede como cosa cierta que eso no se requiere para la ley como tal, y quizá para ninguna ley, a no ser por falta de poder en el legislador.

Acerca de este estado de la ley no es necesario decir más en general. La dificultad particular que puede ocurrir en esta materia acerca de la ley natural, será mejor dejarla para el libro siguiente.

6. **PARA DAR LA LEY SON NECESARIOS ACTOS DEL ENTENDIMIENTO Y DE LA VOLUNTAD.**—¿CUÁNTOS ACTOS SE REQUIEREN A LAS INMEDIATAS EN EL ENTENDIMIENTO Y EN LA VOLUNTAD PARA DAR LA LEY?—Queda el problema de la ley tal como ésta se halla en el mismo legislador.

En primer lugar, es cosa cierta que para dar la ley intervienen el entendimiento y la voluntad; pero hay que explicar qué actos ejercitan acerca de ella.

Y lo primero, como la ley —en cuanto que se impone externamente a los súbditos— es un medio para su bien y para que consigan la paz

o felicidad, ante todo puede suponerse en la voluntad del legislador la intención del bien común o de gobernar bien a los súbditos, de la cual se sigue en seguida en el entendimiento la deliberación acerca de esta o de la otra ley para ver cuál es justa o conveniente para la comunidad. Estos dos actos, tratándose del hombre, tienen lugar sucesivamente y discurriendo; en cambio en Dios se realizan sin imperfección alguna con un acto simple que nosotros concebimos como una sucesión racionalmente ordenada. Además, esos dos actos contribuyen a hacer la ley sólo remotamente: por eso parece claro que no consiste en ellos la sustancia de la ley.

Después de ellos, por parte del entendimiento parece que concurre inmediatamente el juicio con el que el legislador establece y determina que tal cosa es conveniente a la comunidad y que conviene que todos la observen. Esto es manifiesto, porque sin tal juicio la ley no puede darse prudente y razonablemente; ahora bien, la ley tiene que ser justa y —en consecuencia— prudente, pues la prudencia es preceptiva, según enseña SANTO TOMÁS tomándolo de ARISTÓTELES. Por lo que, así como en cada persona particular se requiere la prudencia para mandar bien cada una de las acciones a sí mismo o a los otros, así también en el príncipe se requiere la prudencia política o arquitectónica para dar las leyes, conforme a lo que dice la Sabiduría: *Por mí reinan los reyes y los legisladores decretan cosas justas.* Lo mismo enseña muy bien SANTO TOMÁS con ARISTÓTELES.

7. En segundo lugar, es cosa cierta que, además de este juicio, por parte de la voluntad se requiere un acto con el que el príncipe acepte, elija y quiera que los súbditos observen lo que el entendimiento ha juzgado que conviene. En esto están también de acuerdo los doctores, al menos en lo que toca a las leyes positivas, y lo demostraremos en el capítulo siguiente. La razón —brevemente— es que la ley no es solamente iluminativa, sino motiva e impulsiva; ahora bien, la primera facultad que en los seres intelectuales mueve a la obra es la voluntad.

Preguntará alguno qué acto de la voluntad es ese; y hay motivo para preguntarlo, porque una voluntad simple o ineficaz no es suficiente, pues ésta la tiene Dios aun en las cosas que aconseja sin mandarlas; y entre los hombres, aunque un superior desee de esta manera que su súbdito haga algo y le intime este deseo, esto no basta para mandárselo. Por otra parte, no parece necesaria una voluntad eficaz, porque ni Dios la tiene en todo lo que manda; de no ser así, todo

ello se haría, porque su voluntad eficaz se cumple infaliblemente.

8. ¿QUÉ EFICACIA DEL ACTO SE REQUIERE EN LA VOLUNTAD PARA LA LEY?—La respuesta es que es necesario algún acto de voluntad eficaz, la cual en Dios es de beneplácito, como prueba la primera razón aducida; ahora bien, no es preciso que esa voluntad tenga por objeto la misma observancia o ejecución de la ley, pues ésta es algo posterior, como prueba la segunda razón aducida; luego lo que propiamente se requiere es que tenga por objeto la obligación de los súbditos, porque sin tal voluntad no los obligaría, y ésa basta por parte de la voluntad.

Lo primero es claro, porque la obligación es un efecto moral y voluntario por parte del príncipe; asimismo, porque esta es la razón por que no puede darse un voto sin voluntad de obligarse, en lo cual se equipara a la ley, según dijimos en el tratado de la Religión.

Lo segundo es también claro, porque suponemos que el legislador tiene poder para obligar; luego, si tiene también voluntad de obligar, nada más puede requerirse por parte de la voluntad.

Se dirá que lo que se requiere es voluntad de mandar, y que esa basta sin más voluntad de obligar. Respondo que esas no son dos voluntades sino una misma expresada con distintas palabras, como luego explicaré.

9. Esta voluntad puede explicarse también de otra manera diciendo que es una voluntad de señalar tal acción como necesaria para observar la equidad o justo medio en una determinada materia de virtud; en efecto, la voluntad del superior tiene la eficacia moral de poder obligar a los súbditos y de poder convertir en materia necesaria de virtud una materia que de suyo no era necesaria, estableciendo, por ejemplo, que la abstinencia en tal día sea necesaria para el justo medio de la templanza; pues, aunque esto no sea siempre necesario para la ley, sin embargo, cuando ello conviene, no sobrepasa el poder del legislador.

De esta manera se explica bien el objeto sobre el cual versa la voluntad eficaz del legislador, pues, aunque sea algo moral más bien que físico, sobre ello puede versar la voluntad eficaz —no sólo la humana sino también la divina—, como de propio intento dije en otro lugar y de nuevo diré en el tratado de la Gracia.

En este punto sale al paso una dificultad especial sobre la ley natural, pero la trataremos más oportunamente en el libro siguiente.

10. PARA DAR UNA LEY NO SE REQUIERE EL ACTO DEL ENTENDIMIENTO QUE ALGUNOS LLAMAN INTIMACIÓN.—Sólo queda por investigar si, para dar una ley, además de los actos dichos del entendimiento y de la voluntad es necesario algún otro por parte del mismo legislador.

Muchos piensan que se requiere además un acto del entendimiento al cual llaman intimación, explicación o notificación de la voluntad del superior respecto del inferior, pues dicen que este es el acto en que consiste propiamente el imperio, el cual se expresa con la fórmula *Haz esto*, y así —como luego diré— en él ponen propiamente la ley.

La base de esto es que piensan que en toda obra moral, después de la elección, este acto es necesario para la ejecución, y que de él habló ARISTÓTELES cuando dijo que el acto más perfecto de la prudencia es imperar, y también SANTO TOMÁS cuando enseña que el imperio es un acto del entendimiento.

11. Yo por mi parte, hablando en general del imperio respecto de las propias acciones o potencias del mismo que obra, pienso que, después de la elección o acto de la voluntad —con el que uno, de una manera determinada y eficaz, quiere hacer algo externo con todas las condiciones particulares que se requieren para obrar por parte de las circunstancias y de la potencia ejecutiva—, no se requiere ningún acto del entendimiento que se dirija inmediatamente a la potencia ejecutiva.

Más aún, pienso que tal acto no es posible, porque ni la potencia ejecutiva percibe la fuerza del imperio, ni le toca al entendimiento aplicar la potencia a la obra sino solamente proponer el objeto a la voluntad, a la cual toca aplicar después las demás potencias a la práctica.

Esto es lo que dicta la opinión más general, la cual doy por supuesta siguiendo a SANTO TOMÁS y a otros autores que citaré en el capítulo siguiente; y esto es lo que yo mismo he dicho muchas veces y con bastante amplitud en los tratados de la Predestinación y de la Religión y en el tratado 6.º

12. Supuestas estas ideas acerca del imperio de uno respecto de sí mismo, sobre el imperio de uno respecto de otro hay que decir forzosamente que, después del acto de voluntad del legislador que he explicado, solamente se requiere y es necesario que el legislador dé a conocer, manifieste o intime su decreto y juicio a los súbditos a los que se refiere la ley.

Esto es necesario, porque de otra forma la voluntad del príncipe no podría obligar al súb-

dito, ya que no se le daría a conocer, según diremos más largamente al tratar de la promulgación. Y que esto basta es cosa clara, porque la voluntad del príncipe de suyo es eficaz, puesto que procede de un poder suficiente, al cual además acompaña —por hipótesis— una determinación absoluta de obligar; luego si esa voluntad se le propone suficientemente al súbdito, obra lo que quiere; luego impone obligación; luego la ley está completa; luego nada más se necesita. Esto aparecerá con más evidencia por lo que se dirá en el capítulo siguiente.

13. Esa intimidación es claro que consiste en cierta habla, entendiendo por habla cualquiera señal o manifestación de un acto interior hecha a otro. Y esa habla —si se mira bien, sobre todo con relación a una criatura— se realiza por un acto transeúnte, el cual de alguna manera termina por ser recibido en aquel a quien se dirige el habla.

Tratándose de los hombres, la cosa es evidente; y lo mismo a su manera pienso que sucede entre los ángeles, pues si el que habla no imprime algo en aquel a quien habla, no le manifestará su interior. Y lo mismo sucede con Dios respecto de las criaturas, porque el modo como intimó Dios a Adán su voluntad de que se abstuviera de comer del árbol de la vida, fue por alguna revelación hecha al mismo Adán; y si Dios a algún bienaventurado, le manifiesta en el Verbo lo que quiere que haga, la misma visión del Verbo que se da en el bienaventurado tiene fuerza de habla y de intimación acerca de tal precepto.

Otra cosa sucede con el habla de la criatura respecto de Dios; de ella hablé en el citado pasaje del tratado de la Oración, pero no hay por qué hablar aquí de ella, porque la criatura no puede mandar a Dios.

14. ADEMÁS DE LOS ACTOS ENUMERADOS, SE REQUIERE OTRO ACTO DEL ENTENDIMIENTO PARA HABLAR AL SÚBDITO.—De lo dicho concluyo que, después del dicho acto de la voluntad, sólo se requiere en el legislador el acto del entendimiento que sea necesario para hablar al súbdito acerca de tal cosa o determinación, y, en consecuencia, podrá ser necesario un nuevo acto de la voluntad de hacer una señal que manifieste la voluntad anterior.

De la misma manera que en nosotros se requiere que concibamos las palabras con las que hemos de hablar y que después se añada la voluntad de mover la lengua, así también en el príncipe se requiere que con el entendimiento conciba el modo de intimar la ley y que con la voluntad quiera realizar la intimación. Esto puede aplicarse también a Dios, ya que esta in-

timación la ejecuta lo mismo que los demás efectos suyos.

Finalmente, después del dicho acto de la voluntad, puede concebirse también en el legislador un nuevo acto del entendimiento con el cual ve aquella voluntad suya, de la misma manera que en Dios concebimos la ciencia de visión posterior a aquella voluntad. Con esto sucede que el legislador, después de conocer su ley, juzga de la materia de la ley de otra manera de como la juzgaba antes: primero sólo la juzgaba como apta para mandarla, pero después, como necesaria para la rectitud moral en virtud de su decreto.

Todo esto es tan claro que no necesita más prueba. En el capítulo siguiente diremos cómo concurren esos actos para hacer la ley y, por consiguiente, en cuál de esos actos consiste ella.

CAPITULO V

LA LEY ¿ES UN ACTO DEL ENTENDIMIENTO O DE LA VOLUNTAD? ¿CUAL ES ESE ACTO?

1. PRIMERA OPINIÓN: LA LEY ES UN ACTO DEL ENTENDIMIENTO.—Supuesto lo que he dicho en el capítulo anterior, todo el problema se reducirá casi exclusivamente a la manera de expresarse; sin embargo, como las opiniones son tan distintas, habrá que tratarlo aunque sea brevemente.

La primera opinión afirma que la ley es un acto de entendimiento. Así piensa SANTO TOMÁS, y así habla muchas veces VICENTE DE BEAUVAIS. Les siguen los tomistas TOMÁS DE VIO, CONRADO SUMMENHART y otros, DOMINGO DE SOTO, JUAN DE TORQUEMADA, ALEJANDRO DE ALÉS, RICARDO DE MEDIAYLLA, SAN ANTONINO, GUILLERMO DE PARÍS y ANTONIO DE CÓRDOBA.

Suele probarse esta opinión, en primer lugar, diciendo que tanto la Escritura como los Santos Padres, los filósofos y los juristas atribuyen la ley a la razón o a la sabiduría. Dice en los PROVERBIOS la Sabiduría: *Por mí los legisladores decretan cosas justas*. Así también SAN CLEMENTE ALEJANDRINO dice que la ley es una opinión buena, y que es buena la que es verdadera; y añade: *En conformidad con esto algunos dijeron que la ley es la razón recta, la cual manda lo que se debe hacer y prohíbe lo que no se debe hacer*. SAN BASILIO dice: *La ley es doctora y maestra*. También el DAMASCENO atribuye a la ley el enseñar.

2. PLATÓN llama a la ley *opinión buena* —es decir, verdadera— *de la ciudad*, y después

dito, ya que no se le daría a conocer, según diremos más largamente al tratar de la promulgación. Y que esto basta es cosa clara, porque la voluntad del príncipe de suyo es eficaz, puesto que procede de un poder suficiente, al cual además acompaña —por hipótesis— una determinación absoluta de obligar; luego si esa voluntad se le propone suficientemente al súbdito, obra lo que quiere; luego impone obligación; luego la ley está completa; luego nada más se necesita. Esto aparecerá con más evidencia por lo que se dirá en el capítulo siguiente.

13. Esa intimidación es claro que consiste en cierta habla, entendiendo por habla cualquiera señal o manifestación de un acto interior hecha a otro. Y esa habla —si se mira bien, sobre todo con relación a una criatura— se realiza por un acto transeúnte, el cual de alguna manera termina por ser recibido en aquel a quien se dirige el habla.

Tratándose de los hombres, la cosa es evidente; y lo mismo a su manera pienso que sucede entre los ángeles, pues si el que habla no imprime algo en aquel a quien habla, no le manifestará su interior. Y lo mismo sucede con Dios respecto de las criaturas, porque el modo como intimó Dios a Adán su voluntad de que se abstuviera de comer del árbol de la vida, fue por alguna revelación hecha al mismo Adán; y si Dios a algún bienaventurado, le manifiesta en el Verbo lo que quiere que haga, la misma visión del Verbo que se da en el bienaventurado tiene fuerza de habla y de intimación acerca de tal precepto.

Otra cosa sucede con el habla de la criatura respecto de Dios; de ella hablé en el citado pasaje del tratado de la Oración, pero no hay por qué hablar aquí de ella, porque la criatura no puede mandar a Dios.

14. ADEMÁS DE LOS ACTOS ENUMERADOS, SE REQUIERE OTRO ACTO DEL ENTENDIMIENTO PARA HABLAR AL SÚBDITO.—De lo dicho concluyo que, después del dicho acto de la voluntad, sólo se requiere en el legislador el acto del entendimiento que sea necesario para hablar al súbdito acerca de tal cosa o determinación, y, en consecuencia, podrá ser necesario un nuevo acto de la voluntad de hacer una señal que manifieste la voluntad anterior.

De la misma manera que en nosotros se requiere que concibamos las palabras con las que hemos de hablar y que después se añada la voluntad de mover la lengua, así también en el príncipe se requiere que con el entendimiento conciba el modo de intimar la ley y que con la voluntad quiera realizar la intimación. Esto puede aplicarse también a Dios, ya que esta in-

timación la ejecuta lo mismo que los demás efectos suyos.

Finalmente, después del dicho acto de la voluntad, puede concebirse también en el legislador un nuevo acto del entendimiento con el cual ve aquella voluntad suya, de la misma manera que en Dios concebimos la ciencia de visión posterior a aquella voluntad. Con esto sucede que el legislador, después de conocer su ley, juzga de la materia de la ley de otra manera de como la juzgaba antes: primero sólo la juzgaba como apta para mandarla, pero después, como necesaria para la rectitud moral en virtud de su decreto.

Todo esto es tan claro que no necesita más prueba. En el capítulo siguiente diremos cómo concurren esos actos para hacer la ley y, por consiguiente, en cuál de esos actos consiste ella.

CAPITULO V

LA LEY ¿ES UN ACTO DEL ENTENDIMIENTO O DE LA VOLUNTAD? ¿CUAL ES ESE ACTO?

1. PRIMERA OPINIÓN: LA LEY ES UN ACTO DEL ENTENDIMIENTO.—Supuesto lo que he dicho en el capítulo anterior, todo el problema se reducirá casi exclusivamente a la manera de expresarse; sin embargo, como las opiniones son tan distintas, habrá que tratarlo aunque sea brevemente.

La primera opinión afirma que la ley es un acto de entendimiento. Así piensa SANTO TOMÁS, y así habla muchas veces VICENTE DE BEAUVAIS. Les siguen los tomistas TOMÁS DE VIO, CONRADO SUMMENHART y otros, DOMINGO DE SOTO, JUAN DE TORQUEMADA, ALEJANDRO DE ALÉS, RICARDO DE MEDIAYLLA, SAN ANTONINO, GUILLERMO DE PARÍS y ANTONIO DE CÓRDOBA.

Suele probarse esta opinión, en primer lugar, diciendo que tanto la Escritura como los Santos Padres, los filósofos y los juristas atribuyen la ley a la razón o a la sabiduría. Dice en los PROVERBIOS la Sabiduría: *Por mí los legisladores decretan cosas justas*. Así también SAN CLEMENTE ALEJANDRINO dice que la ley es una opinión buena, y que es buena la que es verdadera; y añade: *En conformidad con esto algunos dijeron que la ley es la razón recta, la cual manda lo que se debe hacer y prohíbe lo que no se debe hacer*. SAN BASILIO dice: *La ley es doctora y maestra*. También el DAMASCENO atribuye a la ley el enseñar.

2. PLATÓN llama a la ley *opinión buena* —es decir, verdadera— *de la ciudad*, y después

dice que es *obra de la verdad*. Igualmente ARISTÓTELES dice que la ley es la *opinión de la multitud*, y define la ley diciendo que es la *palabra que manda con el común consentimiento de la ciudad*; poco después dice que *ley es el común consentimiento de la ciudad*; poco después dice que *ley es el común consentimiento de la ciudad, el cual manda por escrito cómo debe hacerse cada cosa*, en donde hace consistir la ley también en el mandato o precepto: ahora bien, otras muchas veces atribuye el mandato a la razón y a la prudencia. Por eso dijo también que *ley es la palabra salida de alguna prudencia y de la mente*.

De CICERÓN hemos aducido antes muchos textos en los cuales da a entender que la ley está en la razón: primero en la mente de Dios, y después —por participación de ella— en la razón humana está la ley natural y la prudencia, de la cual deben salir las leyes de las ciudades, como explica ampliamente en los libros 1.º y 2.º de las Leyes, y, entre otras cosas, concluye diciendo: *Ley es la recta razón mandando y prohibiendo*.

Así también —finalmente— PAPINIANO llama a la ley *precepto común*, y lo explica diciendo que es un *decreto de los hombres sabios*. MARCIANO, tomándolo de CRISIPO, dice que *la ley es reina, princesa y guía de las cosas divinas y humanas*; ahora bien, todos estos son oficios de la razón, a la cual toca regir y dirigir las obras.

3. RAZONES EN CONFIRMACIÓN DE LA PRIMERA OPINIÓN.—En confirmación de esta opinión se aducen diversas razones. La primera es que a la ley le toca ordenar, y por eso suele definirse *ordenación de la razón*; ahora bien, el ordenar pertenece no a la voluntad, sino al entendimiento, puesto que incluye cierto raciocinio, y por eso los seres irracionales no pueden ordenar; luego la ley es un acto del entendimiento.

La segunda: Es propio de la ley iluminar e instruir, según aquello: *Tu palabra es para mis pies una lámpara*, y aquello otro: *La ley del Señor es perfecta, restaura el alma, da sabiduría a los pequeños*; ahora bien, el iluminar es propio del entendimiento.

La tercera: La ley es regla, como se dijo al principio siguiendo a SAN BASILIO, el cual la llama *regla de las cosas justas y de las injustas*; lo mismo se dice también en el DIGESTO, y por eso las leyes eclesiásticas se llaman cánones, es decir, reglas, como dice SAN ISIDORO; ahora bien, la voluntad no es regla, sino que más bien ella debe ser regulada por la razón; luego la ley está en la razón.

4. La cuarta es que no puede señalarse ningún acto de la voluntad que sea la ley. En efecto, o la ley es la voluntad del príncipe o superior de que el súbdito realice tal acción —y esto no, porque tal voluntad no es necesaria ni suficiente, pues Dios impuso a Abraham un verdadero precepto de sacrificar a su hijo, cosa que, sin embargo, Dios no quería que hiciera, y al revés, por mucho que quiera y desee el superior que el súbdito haga algo, si no lo manda no obliga, y por eso dicen los teólogos que no estamos obligados a conformarnos con la voluntad divina, aun la eficaz, si no se añade el precepto de que se ejecute tal voluntad—, o consiste en la voluntad de obligar al súbdito, y ésta no basta si no se intima.

Algunos llegan a añadir que en el príncipe, para que dé una ley, no es necesaria esta voluntad; porque aunque el príncipe no piense en la obligación, si quiere imperar, imperando da la ley. MEDINA añade además que, aunque no quiera obligar, si quiere imperar obliga y da la ley; de la misma manera —dice— que el que hace un voto sin voluntad de obligarse, sin embargo hace de verdad el voto y queda obligado, y el que promete bajo juramento con dolo y sin voluntad de obligarse está obligado a cumplir la promesa por lo sagrado del juramento, así también el que quiere imperar, aunque no quiera obligar obliga en virtud de la eficacia del imperio; por eso para la ley no será necesario otro acto de la voluntad que la voluntad de imperar; ahora bien, esa voluntad no es ley si no se añade el imperio, el cual pertenece al entendimiento; luego en éste está la ley.

5. ¿EN QUÉ ACTO DEL ENTENDIMIENTO ESTÁ LA LEY? ALGUNOS DICEN QUE ES UN JUICIO DE LA RAZÓN.—Los autores que tienen esta opinión discuten entre sí sobre qué acto del entendimiento es la ley, si es el juicio de la razón que antecede a la voluntad, o si es el imperio que se dice seguirla.

Algunos de ellos dicen que es el juicio de la razón: es lo que sostuvo GUILLERMO DE PARÍS, al cual siguió CONRADO SUMMENHART. SANTO TOMÁS dice claramente que ley es el dictamen del príncipe; y si se examinan los textos que aduce —sobre todo de los filósofos—, parece que hablan de ese juicio. Asimismo las propiedades aquellas de iluminar, de ser regla y medida, le cuadran bien al juicio de la razón y no al imperio, del cual se dice que es sólo impulsivo, no manifestativo de una verdad.

A esta opinión se opone, sin embargo, que el juicio no tiene eficacia para obligar ni para mo-

ver moralmente, eficacia que es necesaria en la ley; asimismo, por lo que hace al juicio, no hay diferencia alguna entre el precepto y el consejo, porque también el que aconseja tiene un juicio semejante al del que manda acerca de la acción que aconseja; por eso, si Dios no nos manifestara a nosotros más que el juicio, en aquellas cosas cuyos contrarios no son intrínsecamente malos no nos daría leyes sino consejos.

6. OTROS DICEN QUE LA LEY ES UN ACTO DEL ENTENDIMIENTO QUE SE LLAMA IMPERIO.—Otros autores ponen la ley en un acto del entendimiento posterior a la voluntad, y a ese acto le llaman imperio. Ahora bien, si ese acto no es a manera de habla, es una pura invención, como hemos dicho antes; y si es un habla, será un verdadero signo; luego será no tanto la ley misma cuanto un signo de la ley, o a lo sumo se llamará ley de la misma manera que se llama ley la ley escrita u oral. Ahora bien, la ley exterior o escrita sólo tiene fuerza de ley porque significa alguna otra cosa en la cual se halla la virtud de la ley, y por eso supone forzosamente otra cosa que principalmente sea la ley, que es precisamente lo que buscamos.

Tampoco puede decirse que la ley sea el habla interna considerada en la mente del príncipe, porque también ésta tiene fuerza y eficacia solamente en cuanto que es signo; luego forzosamente supone eso otro que es principalmente la ley.

7. Además ocurre en Dios una razón especial para que no se le atribuya ese acto como necesario para dar la ley. En efecto, ese acto, o es a manera de un impulso activo hacia fuera, tal como algunos de esos autores lo ponen—incluso en Dios—distinto del juicio y del conocimiento propiamente dicho, o es a manera de un habla mental. Ahora bien, ninguna de estas dos cosas es admisible.

Podría probarse la menor, en cuanto a su primera parte, demostrando que no se da tal acto porque no es necesario y es además ininteligible; pero esto lo hemos tratado ya en otra parte; ahora sólo lo explicaré sumariamente. De parte de Dios no puede ser necesario tal impulso para dar la ley, porque Dios, al dar la ley, no empuja físicamente al acto mandado por la ley; lo único que hace es imponer la obligación, la cual es algo moral que no puede producirse de esa manera física, como es evidente.

La segunda parte de la menor —contra la hipótesis del habla— se demuestra fácilmente, porque el habla de Dios hacia fuera no es otra cosa

que una infusión de luz o de especies, o la presentación de algún signo manifestativo de El o de su voluntad; ahora bien, todo esto lo hace Dios con sola su voluntad, y para producir ese efecto no necesita —lo mismo que para otros efectos— otro impulso o acto del entendimiento posterior al acto de la voluntad; luego, tratándose de Dios, la ley de ningún modo puede consistir en un acto posterior a la voluntad; luego lo mismo sucede con cualquier otro legislador, porque todos ellos participan de la realidad de la ley, que en Dios se da por esencia, y por eso —en su tanto— la imitan.

8. SEGUNDA OPINIÓN: LA LEY ES UN ACTO DE LA VOLUNTAD.—Hay una segunda opinión principal, que afirma que la ley es un acto de la voluntad del legislador. En favor de esta opinión pueden aducirse todos los autores que ponen el imperio en la voluntad, como ENRIQUE DE GANTE, GABRIEL BIEL, JUAN MAYR, GUILLERMO DE OCKHAM, SANTIAGO ALMAIN, JERÓNIMO DE ANGESTO. Este es también el pensamiento de SAN BUENAVENTURA, el cual dice que *la voluntad es aquello en cuyo poder reside el reino y el imperio de cuanto hay en el mismo que quiere*. Lo mismo piensa MEDINA. Este parecer también se atribuye a DURANDO y a GREGORIO DE RÍMINI en cuanto que afirman que la voluntad divina es la regla a la cual todos tenemos obligación de ajustarnos. También se cita como defensor de esta opinión a ESCOTO en cuanto que dice que a la voluntad le toca ordenar a otro para que haga algo, y en otro pasaje atribuye a la voluntad el imperar. La misma opinión defiende largamente ALFONSO DE CASTRO.

9. Puede probarse esta opinión —primera— diciendo que la ESCRITURA y los derechos civiles a la voluntad de Dios o del príncipe la llaman ley. *Dio a conocer a Moisés sus caminos, y a los hijos de Israel sus voluntades*, es decir, sus preceptos. *Enséñame a hacer tu voluntad. Que a todos os dé corazón para venerarle y para cumplir su voluntad*, es decir, para observar su ley. Así dijo CRISTO NUESTRO SEÑOR en la oración del Padre Nuestro: *Hágase tu voluntad*, es decir, que tu ley sea observada; y en la oración del huerto dijo: *No se haga mi voluntad sino la tuya*, es decir, tu precepto, pues así estaba escrito acerca de El: *Al principio del libro se escribió de mí que haga tu voluntad*.

Suele responderse —con PEDRO LOMBARDO y con SANTO TOMÁS— que en estos pasajes se habla de la voluntad de signo, la cual es voluntad no en sentido propio sino metafórico.

10. Pero, aunque el signo de la voluntad se llame voluntad metafóricamente, necesariamente ha de indicar alguna voluntad propiamente dicha: ¿por qué llamarla metafóricamente voluntad sino porque está relacionada con la voluntad propiamente dicha? Ahora bien, no tiene otra relación que la de signo, y por eso se llama voluntad de signo. Luego designa la voluntad que propiamente se cumple y que en esos pasajes se designa con el nombre de ley.

Por eso también en el Derecho Civil —en el DIGESTO— se dice que la ley tiene su voluntad, porque la ley escrita o exterior indica la voluntad del príncipe, a la cual se llama voluntad de la ley misma; luego tal voluntad es la ley en el príncipe mismo; por eso en el DIGESTO y en las INSTITUCIONES se dice: *Lo que le agrada al príncipe tiene fuerza de ley*, palabras que, sin dudar, indican un acto de la voluntad.

También se puede aducir a los filósofos, los cuales dicen que la ley es *un decreto y determinación de la ciudad*, como se lee en PLATÓN, o que es *el consentimiento de la ciudad*, como se lee en ARISTÓTELES, pues *decreto* significa un propósito de la voluntad, y —más claramente todavía— *consentimiento* es un acto de la voluntad. También SAN ANSELMO atribuye los preceptos a la voluntad divina, y el imperar lo atribuye a la voluntad.

11. CONFIRMACIÓN DE LA SEGUNDA OPINIÓN POR LAS PROPIEDADES DE LA LEY.—En segundo lugar, puede demostrarse esto principalmente por las propiedades de la ley: todas las que se atribúan al acto del entendimiento cuadran mejor a la voluntad, y a la voluntad le cuadran algunas que no pueden atribuirse al entendimiento.

La mayor es clara, porque —en primer lugar— a la ley se atribuye que es regla y medida; ahora bien, esto le cuadra ante todo a la voluntad divina, como puede verse en SANTO TOMÁS, el cual dice que la divina voluntad es la primera regla con que se han de medir las acciones humanas, y que las voluntades de los superiores humanos son la segunda regla, participada de la primera. La razón es que debemos hacer o querer lo que Dios quiere que queramos o hagamos, como dice SAN ANSELMO.

12. La segunda propiedad de la ley es que ilumina y dirige al súbdito. En esta propiedad hay que observar que puede atribuirse a la ley tal como se da en el súbdito mismo, y entendida

así, no hay duda que es un acto de la razón y formalmente iluminativo, según dije en el capítulo anterior. Por eso, al leer los autores, hay que evitar la ambigüedad, porque, cuando definen la ley por la razón, muchas veces hablan de la ley tal como se da en el súbdito, a la manera como se dice que la ley natural es la razón recta e infundida por la naturaleza: en este sentido la ley ilumina porque muestra la voluntad del legislador; por eso en el legislador mismo, parece que es la voluntad, la cual —digámoslo así— objetivamente, o también efectivamente ilumina al súbdito, como dijo SAN ANSELMO: *La voluntad de Dios es maestra de la voluntad humana*.

13. La tercera propiedad era que la ley ordena; ahora bien, esto le cuadra con toda propiedad a la voluntad, como muy bien enseña ESCOTO y según yo demostré en el tratado de la Predestinación, y puede muy bien confirmarse por SANTO TOMÁS, el cual dice que un ángel con su voluntad ordena su pensamiento a otro y que de esta manera le habla; luego el ordenar es propio de la voluntad.

La aplicación al caso presente es como sigue: Este ordenamiento de la ley se realiza o como refiriendo el medio al fin, o como un habla que indique la voluntad del príncipe; ahora bien, de ambos modos se atribuye muy bien a la voluntad, porque la voluntad es la que ordena los medios al fin, ya que ella es la que busca el fin y la que elige los medios por razón del fin, y así determina que se pongan en práctica; y la voluntad es también la que impera el habla, y tratándose de Dios o de un ser inmaterial, el ordenamiento del habla es la voluntad la que lo realiza. Luego el ordenamiento de la ley, tal como tiene lugar en el superior que ordena o habla, siempre es algo que pertenece a la voluntad.

14. Conforme a esto, es distinta la solución que hay que dar a la dificultad que suele objetarse de que, aunque el superior quiera que el súbdito haga algo, si no intima su voluntad no manda. La respuesta es que esa intimación puede ser exterior, pero que no se trata de ella, ya que ésta no se da en el legislador sino que es una acción transeúnte que se recibe en el súbdito o en otra materia externa; que la intimación, tal como se da en el legislador, parece ser —ante todo— la voluntad de intimar externamente, la cual va íntimamente incluida en la misma voluntad de obligar o se sigue de ella; luego también por esta razón la ley pertenece ante todo a la voluntad.

15. ALGUNAS PROPIEDADES DE LA LEY QUE SÓLO CUADRAN AL ACTO DE LA VOLUNTAD.—Queda por probar la segunda parte del primer antecedente, a saber, que algunas propiedades necesarias para la ley se hallan en el acto de la voluntad y no propiamente en el acto del entendimiento.

La primera es mover y aplicar al súbdito a la ejecución de la acción; entiéndase que en la acción incluimos siempre también la omisión. En efecto, el principio que mueve y aplica a la ejecución de la acción es la voluntad, ya que el entendimiento más bien mueve en cuanto a la especificación y por eso más bien que mover se dice que dirige.

La segunda es que tiene fuerza para obligar, la cual propiamente está en la voluntad, no en el entendimiento, ya que el entendimiento lo único que puede es mostrar la necesidad que hay en el objeto mismo, y si no la hay en el objeto, el entendimiento no puede dársela; en cambio la voluntad produce una necesidad que no había en el objeto: así, por ejemplo, en materia de justicia, hace que la cosa valga tanto o cuanto, y, en materia de otras virtudes, que en este caso particular sea obligatorio hacer una cosa que en otras circunstancias de suyo no lo sería.

La tercera: dar la ley es un acto de jurisdicción y de poder superior, como diré más tarde, por lo que es como el ejercicio de un derecho de propiedad; ahora bien, todo ejercicio es un acto de la voluntad, pero sobre todo el ejercicio del derecho de propiedad, que es libre.

La cuarta: la ley es un acto de justicia legal, ya que el príncipe, al dar una ley, ante todo debe atender al bien común, lo cual pertenece a la justicia legal; ahora bien, la justicia legal es una virtud de la voluntad, por más que necesite de la dirección de la prudencia, cosa común a todas las virtudes de la voluntad; de esto solamente se deduce que para dar una ley, la prudencia es muy necesaria —como prueban muy bien los argumentos de la opinión anterior—, pero no se deduce que la ley sea formalmente un acto de prudencia; de la misma manera que una justa distribución y una recta elección dependen de la prudencia, y, sin embargo, formalmente, son actos de la voluntad, la cual obra por medio de la justicia distributiva o por medio de otra virtud moral.

16. La última razón puede ser que —por lo que dije al exponer la opinión anterior— puede entenderse lo difícil que es señalar un acto del entendimiento en el cual consista la ley; en cambio en la voluntad es fácil señalarlo.

En efecto, la voluntad que tiene el superior de obligar al súbdito a tal acto o —lo que es lo mismo— de colocar una determinada materia dentro de los límites obligatorios de la virtud, recibe muy bien el nombre de ley, tanto por todo lo que hemos aducido acerca de las propiedades de la ley, como por lo que también hemos indicado de que nada anterior a esa voluntad puede tener fuerza de ley —ya que no puede

imponer obligación— y por otra parte todo lo que es posterior a ella es más bien signo de la ley ya concebida y puesta en la mente del príncipe, pues incluso el habla mental no es más que un signo mental.

A este argumento lo único que pudo responder MEDINA fue negar que la voluntad de obligar sea necesaria en el príncipe para dar la ley y para obligar con ella.

17. REFUTACIÓN DE LA DOCTRINA DE MEDINA ACERCA DE LA VOLUNTAD DE OBLIGAR.—Ahora bien, esta respuesta parece negar una cosa que los demás autores de ambas opiniones suponen como cierta; a no ser que acaso haya alguna ambigüedad en las fórmulas. En efecto, es cosa cierta que en los efectos morales —los cuales dependen de la voluntad— los agentes no obran sin intención ni más allá de la intención; ahora bien, el obligar con una ley es un efecto moral y depende de la libertad del legislador; luego para que se produzca se requiere en el legislador intención y voluntad acerca de él; de no ser así, se produciría sin intención, lo cual es contradictorio.

La menor es evidente por sí misma; por eso el mismo autor confiesa que la ley requiere el concurso de la voluntad. Y la mayor es común entre los teólogos; y también entre los juristas, los cuales dicen —en este sentido— que los actos de los agentes no obran más allá de su intención, según las DECRETALES; consta también por inducción, pues por esta razón la excomunión lanzada sin intención de atar no ata, y la absolución dada sin intención de absolver no absuelve, y lo mismo sucede con los demás sacramentos; igualmente el voto, el matrimonio y otros actos realizados sin intención, no son válidos: la razón es que toda la virtud de tales actos procede de la voluntad o por medio de ella; asimismo ella es la que les da el ser como determinando su esencia, pues un acto exterior sin intención no es verdadero acto moral de tal determinada clase, sino un acto fingido.

18. PRESCINDIENDO DE UNA POSIBLE IGNORANCIA, QUERER MANDAR Y QUERER NO OBLIGAR SON DOS INTENCIONES CONTRADICTORIAS.—IGUALMENTE, TRATÁNDOSE DE UN VOTO, SON CONTRADICTORIAS LAS INTENCIONES DE HACER EL VOTO Y DE NO OBLIGARSE.—Por eso en el ejemplo del voto tengo por cosa cierta que no obliga si se ha hecho sin intención de obligarse, según dije en el tratado de la Religión; y así como en ese ejemplo suele ponerse el caso de uno que haga el voto con intención de hacer el voto y que a la vez tenga la intención de no obligarse, así también MEDINA pone el caso semejante de un legislador que tenga voluntad de mandar sin obligar, y sin embargo dice que en ese caso obliga.

Ahora bien, de no mediar una posible ignorancia, esas intenciones son incompatibles y contradictorias si la primera intención es de hacer el voto o mandar de verdad y no fingidamente; porque querer mandar no es otra cosa que que-

rer obligar o al menos querer manifestar voluntad de obligar; y lo mismo sucede en el voto. Pero si esa intención no es tal sino sólo intención de mandar o hacer el voto externamente, no hay duda que no se hace nada ni se da verdadera ley ni se hace verdadero voto: en efecto, es cosa cierta que puede hacerse una promesa fingida que no obligue, pero no queda ninguna otra manera de hacerla, y lo mismo el precepto. Por eso, si al súbdito le constase que el superior, a pesar de la fórmula preceptiva, no tenía intención de obligar, sin dudar no quedaría obligado, como admiten todos en el caso citado de la excomunión; y al revés —como dice SANTO TOMÁS—, la voluntad del superior, de cualquier manera que se dé a conocer al súbdito, es un precepto, cosa que no puede entenderse si no es de la voluntad de obligar.

19. EN EL JURAMENTO SON COMPATIBLES LA INTENCIÓN DE JURAR JUNTO CON LA INTENCIÓN DE NO OBLIGARSE.—En el caso del juramento no sucede exactamente lo mismo, porque puede uno tener la intención de jurar, es decir, de poner a Dios por testigo, y, sin embargo, tener la intención de no obligarse; por eso, si entonces nace una obligación —lo cual es discutible— no es por la voluntad de uno sino por el precepto natural por el cual uno está obligado a hacer verdadero aquello de lo cual puso a Dios por testigo, como dije largamente en el tratado de la Religión.

En cambio, la obligación de la ley no puede nacer sino de la voluntad del legislador, y por eso ese acto de la voluntad es necesario. Y así muy bien dijo GABRIEL BIEL que, por mucho que se manifieste la voluntad del superior, si no quiere que el inferior quede ligado por ella, no se produce obligación. Y dije *si no hay ambigüedad en las fórmulas* porque tal vez no es necesario que el legislador directa y expresamente piense en la obligación del súbdito y con su voluntad se refiera a ella, pues puede bastar, por ejemplo, el que quiera mandar solamente que la cosa misma sea válida, o que tal acto pertenezca a la materia obligatoria de la templanza, o que de una manera confusa quiera mandar tanto cuanto pueda; pero estas variantes apenas se diferencian, pues en todas ellas va incluida la intención de obligar, y es del todo incompatible con ellas tener la intención de no obligar; a no ser que el que obra ignore por completo qué es lo que quiere, en cuyo caso la misma ignorancia impediría por completo la verdadera voluntad de obligar y por tanto el que se diera una verdadera ley. Esto mismo dije sobre algo semejante relativo al voto.

Así pues, por lo que hace a la necesidad de esa

voluntad, sin dudar esta segunda opinión es verdadera.

20. TERCERA OPINIÓN: LA LEY SE COMPONE DE AMBOS ACTOS.—Los argumentos que hemos aducido en favor de estas opiniones parecen persuadir que los dos actos —del entendimiento y de la voluntad— son necesarios para la ley; por eso puede darse una tercera opinión que diga que la ley se compone o forma de los actos de ambas potencias; porque en estas cosas morales no hay que buscar una unidad perfecta y simple, sino que una cosa que sea moralmente una puede constar de muchas que sean físicamente distintas y que mutuamente se ayuden.

Así pues, la ley requiere dos elementos, *moción y dirección*, bondad —llamémosla así— y verdad, es decir, juicio recto acerca de lo que se debe hacer y voluntad eficaz de mover a ello; por eso puede constar de los actos de la voluntad y del entendimiento.

Esta opinión suele atribuirse a GREGORIO DE RÍMINI, pero él lo único de que trata y lo único que dice es que quien se aparta de la voluntad de beneplácito de Dios obra contra la ley eterna, y aduce a SAN AGUSTÍN, que dice que ley eterna es la razón o voluntad de Dios, sin determinar más. Más claramente manifiesta esta opinión GABRIEL BIEL, el cual, después de decir de la ley externa —o sea, de la que se da en el súbdito— que es *la señal verdadera que a la criatura racional le manifiesta la recta razón, la cual dicta que ella es ligada*, etc., explica que *se ha dicho que dicta o liga, etc., para indicar que la recta razón del que manda, junto con su voluntad, es la razón de la obligación del inferior, es decir, aquello que obliga al inferior*. Ahora bien, la ley es la verdadera razón de la obligación. Luego piensa que en el príncipe mismo la ley es su razón juntamente con su voluntad, y explica que ésta es la voluntad de ligar al súbdito, como antes ha dicho; por lo que, así como el libre albedrío se suele definir diciendo que es la facultad de la voluntad y de la razón, así la ley, que suele ser llamada el albedrío del príncipe, no sin razón se puede pensar que es un acto de ambas facultades.

21. Puede añadirse que, aunque el nombre de ley —en un sentido adecuado y completo— abarca ambos actos, sin embargo, desde otro punto de vista, se puede decir que la ley consiste tanto en el acto de la voluntad como en el del entendimiento bajo diversos aspectos.

No es contraria a esto la manera de hablar de SAN AGUSTÍN, y se explica de esta manera: Si en la ley se atiende a su virtud para mover, y se llama ley a eso que se da en el príncipe que mueve y obliga a obrar, la ley es un acto de la voluntad; pero si en la ley se mira y considera su virtud para dirigir hacia lo que es bueno y

necesario, pertenece al entendimiento, y parece consistir en un juicio práctico y que, tal como se da en el príncipe, no precede sino sigue a la luntad, no a manera de un impulso que no sea juicio —lo cual no está demostrado— sino a manera de un juicio práctico por el cual el príncipe, mientras subsista su orden, juzga que sus súbditos deben hacer tal determinada cosa; por eso a los súbditos debe intimárseles tal orden.

Que este juicio es posterior a la voluntad en la mente del príncipe, ya lo he explicado en el capítulo anterior, y por tanto, bajo este aspecto, puede decirse que es la ley escrita en su mente, ya que de ella procede toda ley exterior; y el correspondiente juicio que se da en el súbdito, será como una ley participada de la que se da en el príncipe.

22. JUICIO DETALLADO DE TODA ESTA CONTROVERSIA.—Estas opiniones son probables; la última en particular es bastante aceptable y plausible. Sin embargo, puestos a dar algún juicio sobre todo este asunto, exceptuemos la ley natural y consiguientemente también la eterna, ya que en ellas se da una especial dificultad objetiva sobre el hecho y el modo como se realiza en ellas el verdadero y propiamente dicho concepto de ley; de esa dificultad trataremos en el libro siguiente.

La actual controversia se centra en una ley que haya sido impuesta por la voluntad de algún superior. Pues bien, es cosa cierta que tal ley, o consta de un acto de la razón y de otro de la voluntad, o que al menos no se da sin ambos, de tal manera que si la ley es uno solo de ellos, sin embargo depende intrínsecamente del otro. Esto evidencian todos los argumentos aducidos en favor de las dos primeras opiniones.

23. De aquí deducimos —en segundo lugar— que ninguna de las dos maneras de expresarse de aquellas opiniones puede demostrarse. Los textos aducidos en la primera opinión sólo prueban que la ley no puede darse sin la dirección de la prudencia. Por eso los filósofos allí aducidos, al atribuir la ley a la razón, no hablan del acto del entendimiento que en el príncipe se sigue de su voluntad de obligar a sus súbditos, sino del juicio que precede, dirige y, como quien dice, regula a aquella voluntad; en efecto, lo único que dicen es que para la ley no basta la voluntad del príncipe si no es justa y recta, y que por ello debe proceder de un juicio recto y prudente; ahora bien, consta que ese juicio, si se considera en sí mismo y como anterior a la voluntad, no es la ley; luego a la recta razón la llaman ley atendiendo a la raíz de ésta, de la misma manera que CICERÓN en el mismo libro de las Leyes dijo que la virtud es la razón recta de la vida. En cuanto a las razones aduci-

das en favor de esa opinión, las hemos solucionado al confirmar la segunda.

Acerca de ésta, los textos aducidos en su favor en rigor sólo prueban que la obligación de la ley dimana de la voluntad del legislador, pues esto basta para decir que el que observa la ley de Dios hace su voluntad, y al revés. Y en cuanto a las razones aducidas en favor de esa opinión, a mí me parece que tienen más fuerza si suponemos que ley es el acto del príncipe que de suyo y en su propia virtud impone la obligación y liga al súbdito. Pero a esto puede objetarse que el término ley no significa el acto que liga sino el signo de ese acto, o el acto del entendimiento del cual tal signo procede inmediatamente.

24. RESULTA MÁS FÁCIL ENTENDER Y DEFENDER QUE LA LEY ES UN ACTO DE LA VOLUNTAD.—Por eso añado —en tercer lugar— que, atendiendo a la cosa misma, se entiende mejor y se defiende con más facilidad que la ley —llamémosla así— mental, en el legislador mismo es un acto de la voluntad justa y recta por el cual el superior quiere obligar al inferior a hacer esto o lo otro.

Esto es lo que para mí prueban las razones aducidas en favor de la segunda opinión. En efecto, aunque esta voluntad no pueda tener efecto en el súbdito si no se le manifiesta suficientemente, esta manifestación es como la aplicación de la causa que obliga, no la causa y la verdadera razón de la obligación.

25. LEY, SEGÚN EL ORIGEN HISTÓRICO DEL NOMBRE, SIGNIFICA, ANTES QUE NADA, EL MANDATO EXTERNO Y LA SEÑAL DEL QUE MANDA.—Por último, atendiendo al origen histórico del nombre de ley, afirmo que primeramente este nombre se puso para significar el imperio externo y el signo manifestativo de la voluntad del que manda. Por eso dijo ARISTÓTELES que ley es un lenguaje nacido de la sabiduría, y que es el consentimiento del pueblo puesto por escrito. SAN ISIDORO supone esto cuando dice que la palabra ley viene del verbo *leer* y que debe estar escrita.

Conforme a este significado de la palabra, puede muy bien sostenerse que la ley, en el príncipe es aquel acto del entendimiento por el que inmediatamente dicta la ley externa o que es de suyo apto para dictarla y presentarla. Pues, así como la ley exterior es como la regla próxima de la voluntad de los súbditos, así la ley que está como escrita en el entendimiento del príncipe es la regla de la misma voluntad del súbdito, y de ella —cuando se la propone al súbdito— procede inmediatamente la regla de la ley exterior. Y el modo como procede de ella es —según suele decirse— a manera de una segunda intimación o impulso; ahora bien, esta intimación

no es otra cosa que el habla exterior, la cual el entendimiento del príncipe dirige y como que dicta por medio del juicio previamente aprobado por su voluntad o tal como versa acerca del acto como ya determinado y mandado por el acto de voluntad del mismo príncipe, según consta por lo dicho.

CAPITULO VI

¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD?

1. LA LEY REQUIERE QUE SE DÉ PARA ALGUNOS.—SOLOS LOS HOMBRES SON CAPACES DE LEYES.—Una vez explicado el género bajo el cual se coloca a la ley, debemos investigar la diferencia que la constituye en su ser de ley; la hallaremos explicando algunas cualidades necesarias para la verdadera naturaleza de la ley; al mismo tiempo explicaremos las causas de la ley, porque las condiciones propias e intrínsecas de la ley de ninguna manera pueden hallarse mejor que acudiendo a sus causas, ni puede entenderse ni explicarse su diferencia prescindiendo de su materia, de su objeto y de su fin.

Así pues, es claro —en primer lugar— que para la ley se requiere que se dé para alguno o algunos, porque —como dice SAN PABLO— *sabemos que lo que dice la ley lo dice para aquellos que están bajo la ley*. Luego la ley, esencialmente, dice cierta relación a aquellos a quienes se impone; por eso, para explicar su esencia, es preciso explicar el término de esta relación.

En segundo lugar, damos por supuesto que la ley debe darse para hombres, porque las criaturas inferiores, como no son capaces de actos morales, no son capaces de ley propiamente dicha, que es de la que tratamos según hemos dicho tantas veces. En cuanto a los ángeles, aunque son capaces de ley divina, ahora no tratamos de ellos, como dije en el proemio; sin embargo, lo que digamos de la ley natural y divina, podrá aplicarse fácilmente también a ellos. Así que la ley de que tratamos ha de imponerse a hombres; por eso toda ley, por este capítulo, puede llamarse humana —según decía antes— por más que, para evitar la ambigüedad, no suele llamarse así.

2. ¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD?—PRIMERA TEORÍA, AFIRMATIVA.—Esto supuesto, surge un problema: si la ley puede darse solamente para una persona o si requiere que se dé para una multitud o comunidad de hombres.

Suponemos como cosa clara que una comunidad humana es capaz de leyes, más aún, que necesita muchísimo de ellas, según demuestran las razones aducidas en el anterior capítulo. Por consiguiente, también es cosa clara que por lo regular y ordinariamente la ley se da para una comunidad o multitud de hombres, como consta por la práctica y aparecerá más claro por lo que en adelante diremos. La dificultad está en si eso pertenece a la esencia de la ley.

La primera teoría afirma que solamente es ley el precepto que se da en general para todos los miembros de una comunidad; que el que se impone a una sola persona no es ley.

Esta opinión suele apoyarse en el DECRETO en unas palabras que son de SAN ISIDORO, el cual pone las distintas cualidades de la ley, y la última es *que se haya redactado no por algún bien particular sino para la común utilidad de los ciudadanos*. Pero este texto no convence, porque una cosa es que la ley se imponga a una comunidad, y otra que se imponga para bien o utilidad de la comunidad, ya que un precepto puede imponerse a una persona particular y sin embargo imponerse con miras al bien común. Por consiguiente, SAN ISIDORO en ese texto no pone una cualidad que se requiera por parte de la persona a quien se ha de imponer la ley sino por parte del fin por el cual se ha de imponer, que es el bien común. Esta cualidad la explicaremos en el capítulo siguiente.

3. Se dirá que esa cualidad, entendida en ese sentido, ya entraba en la otra cualidad —puesta por SAN ISIDORO en el mismo capítulo— *de que la ley sea justa y honesta*, pues no será tal si no se ordena al bien común.

Pero esta no es dificultad, porque muchas de las cualidades que pone allí SAN ISIDORO están relacionadas entre sí de tal manera que una se incluye en la otra o se deduce de ella, y sin embargo se añaden para explicar las cosas mejor. Así, ya en aquello de que la ley debe ser justa se incluye que debe ser posible y útil, porque ¿cómo será justa si es imposible o inútil? y sin embargo se ponen por separado.

Luego con mayor razón puede añadirse aquella última cualidad para explicar por separado la justicia y honestidad que requiere la ley; en efecto, un acto puede ser justo y honesto aunque no pretenda el bien común: bastaría que no se opusiese a él; en cambio acerca de la ley se añade que para que sea justa es necesario que se ordene al bien común.

4. No parece pueda dudarse que este fue el

no es otra cosa que el habla exterior, la cual el entendimiento del príncipe dirige y como que dicta por medio del juicio previamente aprobado por su voluntad o tal como versa acerca del acto como ya determinado y mandado por el acto de voluntad del mismo príncipe, según consta por lo dicho.

CAPITULO VI

¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD?

1. LA LEY REQUIERE QUE SE DÉ PARA ALGUNOS.—SOLOS LOS HOMBRES SON CAPACES DE LEYES.—Una vez explicado el género bajo el cual se coloca a la ley, debemos investigar la diferencia que la constituye en su ser de ley; la hallaremos explicando algunas cualidades necesarias para la verdadera naturaleza de la ley; al mismo tiempo explicaremos las causas de la ley, porque las condiciones propias e intrínsecas de la ley de ninguna manera pueden hallarse mejor que acudiendo a sus causas, ni puede entenderse ni explicarse su diferencia prescindiendo de su materia, de su objeto y de su fin.

Así pues, es claro —en primer lugar— que para la ley se requiere que se dé para alguno o algunos, porque —como dice SAN PABLO— *sabemos que lo que dice la ley lo dice para aquellos que están bajo la ley*. Luego la ley, esencialmente, dice cierta relación a aquellos a quienes se impone; por eso, para explicar su esencia, es preciso explicar el término de esta relación.

En segundo lugar, damos por supuesto que la ley debe darse para hombres, porque las criaturas inferiores, como no son capaces de actos morales, no son capaces de ley propiamente dicha, que es de la que tratamos según hemos dicho tantas veces. En cuanto a los ángeles, aunque son capaces de ley divina, ahora no tratamos de ellos, como dije en el proemio; sin embargo, lo que digamos de la ley natural y divina, podrá aplicarse fácilmente también a ellos. Así que la ley de que tratamos ha de imponerse a hombres; por eso toda ley, por este capítulo, puede llamarse humana —según decía antes— por más que, para evitar la ambigüedad, no suele llamarse así.

2. ¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD?—PRIMERA TEORÍA, AFIRMATIVA.—Esto supuesto, surge un problema: si la ley puede darse solamente para una persona o si requiere que se dé para una multitud o comunidad de hombres.

Suponemos como cosa clara que una comunidad humana es capaz de leyes, más aún, que necesita muchísimo de ellas, según demuestran las razones aducidas en el anterior capítulo. Por consiguiente, también es cosa clara que por lo regular y ordinariamente la ley se da para una comunidad o multitud de hombres, como consta por la práctica y aparecerá más claro por lo que en adelante diremos. La dificultad está en si eso pertenece a la esencia de la ley.

La primera teoría afirma que solamente es ley el precepto que se da en general para todos los miembros de una comunidad; que el que se impone a una sola persona no es ley.

Esta opinión suele apoyarse en el DECRETO en unas palabras que son de SAN ISIDORO, el cual pone las distintas cualidades de la ley, y la última es *que se haya redactado no por algún bien particular sino para la común utilidad de los ciudadanos*. Pero este texto no convence, porque una cosa es que la ley se imponga a una comunidad, y otra que se imponga para bien o utilidad de la comunidad, ya que un precepto puede imponerse a una persona particular y sin embargo imponerse con miras al bien común. Por consiguiente, SAN ISIDORO en ese texto no pone una cualidad que se requiera por parte de la persona a quien se ha de imponer la ley sino por parte del fin por el cual se ha de imponer, que es el bien común. Esta cualidad la explicaremos en el capítulo siguiente.

3. Se dirá que esa cualidad, entendida en ese sentido, ya entraba en la otra cualidad —puesta por SAN ISIDORO en el mismo capítulo— *de que la ley sea justa y honesta*, pues no será tal si no se ordena al bien común.

Pero esta no es dificultad, porque muchas de las cualidades que pone allí SAN ISIDORO están relacionadas entre sí de tal manera que una se incluye en la otra o se deduce de ella, y sin embargo se añaden para explicar las cosas mejor. Así, ya en aquello de que la ley debe ser justa se incluye que debe ser posible y útil, porque ¿cómo será justa si es imposible o inútil? y sin embargo se ponen por separado.

Luego con mayor razón puede añadirse aquella última cualidad para explicar por separado la justicia y honestidad que requiere la ley; en efecto, un acto puede ser justo y honesto aunque no pretenda el bien común: bastaría que no se opusiese a él; en cambio acerca de la ley se añade que para que sea justa es necesario que se ordene al bien común.

4. No parece pueda dudarse que este fue el

pensamiento de SAN ISIDORO, como es claro por la contraposición que establece: *No por algún bien particular sino para la común utilidad de todos*. En efecto, el que una ley se imponga a la vez a la comunidad y para el provecho particular no se excluyen: ambas cosas se realizan a la vez en las leyes tiránicas. Ahora bien, SAN ISIDORO pone esos dos términos como incompatibles. Luego no habla de la comunidad a quien ha de imponerse la ley: solamente enseña que —se imponga a quien se imponga— ha de imponerse para la común utilidad.

Así entendió SANTO TOMÁS el pensamiento de SAN ISIDORO. En efecto, todo su raciocinio, a lo largo de la exposición, se dirige a explicar que la intención del legislador al dar la ley debe orientarse hacia el bien común, ya que la felicidad común debe ser la medida y como el primer principio por el cual se mida la justicia, la utilidad y la conveniencia de la ley. Por eso concluye: *Cualquier otro precepto acerca de una obra particular no es verdadera ley si no es en cuanto que se ordena al bien común; por eso toda ley se ordena al bien común*. En estas palabras más bien indica que en la ley puede entrar el precepto particular con tal que éste se refiera al último fin.

Así entendieron también aquel texto GUIDO DE BAYSIO, DOMINGO DE SOTO, TORQUEMADA y otros más que citaré en el capítulo siguiente.

5. En segundo lugar, suele probarse esta teoría por el DIGESTO, en el que se dice que la ley debe ser un *precepto común*. Pero la palabra común es ambigua, porque, como observa en su comentario JASÓN DE MAYNO con FULGOSIO, de tres maneras una ley puede llamarse precepto común. La primera, por haberse dado con consentimiento o autoridad común. La segunda, porque debe ser común para todos. La tercera, porque debe ser para el bien común. Ahora bien, en la ley del DIGESTO no se dice que la segunda manera de ser común se exija sin más para la esencia de la ley o precepto común. Por eso la GLOSA al comentarla dice disyuntivamente que *es común, es decir, establecida para la utilidad común o dada en general para toda la comunidad*. Luego para la esencia de la ley bastará la primera cualidad aunque no tenga la segunda.

Se prueba —en tercer lugar— por las EXTRAVAGANTES, en las cuales se dice: *Observen todos lo establecido por los cánones*. Luego supone que deben imponerse a todos. Pero la GLOSA, al comentar este texto, atenúa mucho su fuerza, porque a la palabra *cánones* añade *generales*, pues algunos cánones son personales, otros locales. Por eso no parece dudoso que aquellas pa-

labras se deben entender aplicándolas debidamente, a saber, que los cánones los deben observar todos aquellos a quienes se refieren o a quienes se imponen. Pero allí no se determina si éstos son siempre muchos respecto de cada canon o si puede darse un canon que obligue a uno solo.

6. LA SEGUNDA TEORÍA NIEGA QUE LA LEY REQUIERA EL QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD.— Así que la segunda teoría puede ser la que afirma que para la ley no se requiere que se imponga a una comunidad o multitud de hombres, aunque ordinariamente suceda así; porque las normas de conducta ordinariamente son comunes a muchos, pero a veces pueden darse para uno u otro.

En favor de esta teoría puede aducirse a SANTO TOMÁS en cuanto que dice que un precepto particular, si se refiere al bien común, es verdadera ley, y en la solución a la primera objeción repite lo mismo, y en la solución a la tercera establece la regla general de que un precepto que se ordena al bien común es verdadera ley.

Más expresamente enseña esto la GLOSA en el DIGESTO cuando dice que en la ley que comenta no se contiene una definición de ley, porque existen leyes que no son comunes. Lo mismo piensa la GLOSA de las DECRETALES cuando distingue entre cánones generales y personales, distinción muy frecuente entre los canonistas, como consta por GUIDO DE BAYSIO, DOMINGO DE SOTO y TORQUEMADA antes citados. La misma distinción señala la GLOSA DEL DIGESTO cuando divide el derecho en general y especial, y dice que el primero es el que se impone a una multitud y que, en cambio, el segundo puede ser particular. Lo mismo tiene la GLOSA DEL CÓDIGO.

Y puede demostrarse —en primer lugar— a base de las dos leyes de que allí se trata, porque son verdaderas leyes y sin embargo se refieren a determinadas personas en particular. En segundo lugar, parece que esta doctrina se contiene expresamente en el DIGESTO cuando se dice: *De estas leyes algunas son personales*. Lo mismo se halla en las INSTITUCIONES. La tercera prueba es el hecho de que los mismos cánones distinguen entre ley privada y pública, y quieren que la primera sea la que se impone a una persona particular, la segunda a una comunidad. Así en las DECRETALES y más extensamente en el DECRETO.

7. PRUEBA DE ESTA OPINIÓN CON RAZONES.— Finalmente, esta teoría puede probarse

con razones. La primera es que puede imponerse un precepto justo a un solo súbdito por el bien común y en virtud del poder de gobernar a la comunidad y a cada uno de sus miembros; luego tal precepto será esencialmente lo mismo que otro impuesto a muchos o a todos los de tal comunidad; luego será verdadera ley.

Prueba de la primera consecuencia: Para la esencia del precepto parece accidental que se imponga a uno solo o a muchos, lo mismo que es accidental para el calor que se encuentre en uno solo o en muchos sujetos, y para la palabra que se dirija a uno o a muchos.

Prueba de la segunda consecuencia: Aquel precepto, si se impusiera a muchos, sería verdadera ley; luego también si se impone a uno solo, una vez que se ha demostrado que se esencialmente lo mismo. El que se imponga a uno y no a muchos puede depender únicamente de que la necesidad de tal precepto se dé en uno solo.

La segunda razón es que la ley es la norma de las operaciones morales del hombre, como hemos dicho tantas veces. Ahora bien, no sólo las comunidades sino también cada uno de los hombres tienen necesidad de esta norma. Luego la ley, de suyo, no dice relación a sola la comunidad humana sino también a cada una de las personas humanas.

La tercera: La ley se da para la persona; luego no menos sino preferentemente se da antes para la persona verdadera (física) que para la imaginaria (moral), porque la imaginación siempre supone la realidad que imita; ahora bien, la comunidad es una persona imaginaria, en cambio cada particular es una persona verdadera; luego la persona particular no es menos susceptible de ley que la comunidad.

La cuarta: Cuando la ley se da para la comunidad, obliga o a sola la comunidad como tal o también a cada uno de sus miembros: lo primero ni es necesario ni ordinariamente sucede así —como es evidente— y en el caso de que suceda, la comunidad se habrá como una persona particular, de lo cual se deduce también que la ley puede darse para una sola persona; y si se dice lo segundo, de ahí también se deduce que la ley puede darse para uno solo si así le conviene y es necesaria para él solo.

8. ES MÁS ACEPTABLE LA TEORÍA QUE AFIRMA QUE PARA LA LEY SE REQUIERE EL QUE SE DÉ PARA UNA COMUNIDAD.—La solución de esta controversia puede depender mucho del sentido en que se tome la palabra ley. Sin embargo debemos decir sencillamente que para la ley —conforme a lo que este nombre significa— se requiere el que sea un precepto común, es decir,

impuesto a una comunidad o multitud de hombres.

Esto lo dan por supuesto SAN ISIDORO y SANTO TOMÁS en los pasajes citados y en otros que después se citarán; lo enseñan también NICOLÁS DE TUDESCHIS, FELINO SANDEO, JASÓN DE MAYNO con FULGOSIO, pues aunque dicen que la ley puede llamarse precepto común por su relación tanto para con aquel que la da, como para con el fin por que se da, como para con aquellos a quienes se impone, pero dan a entender que estos tres elementos —en la ley propiamente dicha— se requieren no disyuntivamente sino juntos. Lo mismo pensó ANTONIO GÓMEZ, el cual para la ley exige que sea común, no particular respecto de alguna persona; y lo mismo otros que citaré después y en el capítulo siguiente.

9. Puede probarse esto —en primer lugar— por inducción: en efecto la ley eterna y natural es bastante común, como es claro, y la ley divina, tanto la vieja como la nueva, se dieron para comunidades, aquella para el pueblo judío, ésta para la Iglesia Católica y para todo el mundo.

Ni sólo la ley en su conjunto sino cada uno de sus preceptos se dieron en general. No que cada uno de ellos se dé para todos y cada uno de los miembros, porque esto no es necesario ni pertenece a la esencia de la ley, sino que —aunque entre los preceptos comunes están las leyes que obligan a estos o aquellos miembros según sus cargos y capacidad— siempre se dan de una manera general y común.

Incluso el precepto divino que se impuso a Adán en el estado de inocencia, se le impuso no a él solo para su persona sino como a cabeza de toda la naturaleza, y —en ese estado— hubiese durado siempre y hubiese obligado a todos: en este sentido fue verdadera ley. Señal de ello es que, aunque Dios —según el capítulo 2.º del GÉNESIS— impuso el precepto sólo a Adán antes de formar a Eva, sin embargo también Eva quedó obligada por él, según consta por el capítulo 3.º. En cambio, el precepto que Dios impuso a Abraham de inmolar a su hijo, no puede propiamente llamarse ley sino precepto según el lenguaje ordinario.

10. Acerca del derecho civil, parece que esto está bastante claro en el DIGESTO. Se dice allí *que las leyes se establecen no para las personas sueltas sino en general*. Sobre las leyes canónicas, puede esto probarse por el dicho capítulo *Duae sunt*, en cuanto que en él se dice que los cánones y decretos dados por los Padres son leyes públicas; en cambio la ley pri-

vada que se añade allí no es ley canónica sino de muy distinta naturaleza, según diremos. Por eso GREGORIO IX dice: *La ley se publica para que el apetito malo se limite bajo la norma del derecho, a fin de que por medio de ella el género humano se adapte a vivir honestamente.*

ARISTÓTELES dijo que la facultad o prudencia de dar leyes es la arquitectónica o regia, porque el principal acto de esa prudencia es dar leyes, según la interpretación de SANTO TOMÁS. Ahora bien, esa prudencia mira a la comunidad y de ella trata; luego también la ley —según el sentir de ARISTÓTELES— mira a la comunidad. Por eso él dijo que *la salvación de la ciudad se basa en las leyes, y que la ley es la razón determinada por el consentimiento común de la ciudad*, etc., dando por supuesto que se da para la misma comunidad que ha de ser dirigida.

Lo mismo repite muchas veces PLATÓN, y todos los filósofos hablan así. Por eso dijo BIESIO: *Las leyes son públicos preceptos de vida; es preciso que todos nosotros obedezcamos a ellas siempre*, etc.

Así que, según el uso ordinario de los textos jurídicos y de los sabios, no hay duda que ley significa un precepto público impuesto a una comunidad, no a una u otra persona en particular.

11. ULTERIOR CONFIRMACIÓN DE ESTA OPINIÓN POR LAS PROPIEDADES DE LA LEY.—Puede esto explicarse también por las otras propiedades de la ley.

Una es que debe ser perpetua, según demostraremos después. Ahora bien, esta propiedad no puede tenerla un precepto dado a una sola persona, porque la persona no es perpetua; en cambio la comunidad es perpetua —por lo menos sucesivamente— y por eso respecto de ella es posible la ley propiamente dicha.

Y no importa que también un precepto impuesto a la comunidad pueda ser temporal, pues de ahí a lo más se sigue que no todo precepto impuesto a la comunidad es ley, como veremos después; pero esto no impide que toda ley deba imponerse a una comunidad para que pueda ser perpetua.

Lo mismo puede demostrarse considerando esta perpetuidad por parte del que da la ley. En efecto, para la ley se requiere que no dependa de la vida del legislador, como probaremos después; ahora bien, esto sólo cabe en las leyes comunes, porque un precepto particular impuesto a una sola persona cesa al morir quien

lo mandó o al ser éste retirado de su cargo, como atestiguan el común sentir y la costumbre; luego razonaremos por qué.

Tampoco importa ahora que un precepto dado para la comunidad se extinga por la muerte de quien lo dio si no lo dio en forma de ley, como diré después: lo único que se sigue de eso es también que no todo precepto impuesto a una comunidad es ley, con lo cual es compatible que la ley deba tener aquella perpetuidad o independencia de la persona que la da, cosa que únicamente tiene un precepto impuesto a una comunidad.

Se dirá que esa hipótesis sólo es posible en las leyes humanas, porque en las divinas —tanto en las naturales como en las positivas —el legislador no puede faltar ni mudarse, y siempre dependen de El en su principio y en su conservación.

Respondo que esta no es dificultad, porque, como acerca de las leyes divinas es cosa clara que se dieron para una comunidad, por eso precisamente hemos añadido esta observación acerca de las leyes humanas, para explicar que el precepto siempre se considera en orden a alguna comunidad a fin de que pueda tener la estabilidad que la ley exige de suyo. Por eso el precepto que un padre de familia impone a sus siervos, o también a sus hijos e incluso a toda la familia, no es ley, como enseña SANTO TOMÁS, porque —como él dice— no se da a una comunidad suficiente, o también porque no se da con jurisdicción coactiva propiamente dicha, condición necesaria para la ley, según dice ARISTÓTELES.

12. Por último, puede esto explicarse por otra propiedad de la ley, que es ser regla y medida de la obra por parte —digámoslo así— de la materia y del punto medio de la virtud: en este sentido se llama regla de lo justo y de lo injusto, según dije antes siguiendo a SAN BASILIO y a otros, y en el mismo sentido, lo determinado por la ley ARISTÓTELES lo llama justo legítimo o legal, como observó SANTO TOMÁS. Así pues, la ley es —por decirlo así— la regla que determina o muestra en su materia— a saber, en la obra de que trata— el punto medio que se debe guardar para obrar recta y convenientemente. Ahora bien, esta regla es de suyo universal y tocante a todos en su tanto. Luego la ley es de suyo general.

Por consiguiente, para que una ley sea verdadera y perfecta ley, debe incluir esta cualidad. Y si se dan algunos preceptos que no tienen

esta cualidad, o no son sencillamente leyes o —si se cuentan entre las leyes— en tanto lo son en cuanto que de alguna manera participan de esa cualidad.

Puede también añadirse que a esta generalidad o comunidad de la ley pertenece el que se dé para todos sin acepción de personas ni injustas excepciones, conforme a las DECRETALES. A esto parecen referirse muchos de los dichos textos jurídicos, los cuales dan por supuestas las anteriores propiedades o sea la universalidad de la ley, y añaden ésta como necesaria para que sea justa. De ella hablaremos luego.

13. RESPUESTA A LOS ARGUMENTOS DE LA TEORÍA CONTRARIA.—Esta conclusión quedará más explicada respondiendo a los argumentos propuestos. Los que se pusieron al principio se refutan fácilmente. Sobre el primero, reconocemos que SAN ISIDORO y SANTO TOMÁS en aquellos pasajes no pretendieron tratar directamente de esta cualidad, pero la dieron por supuesta. Por eso el mismo SANTO TOMÁS, explicando el pasaje de ARISTÓTELES que aduce en el citado artículo 2.º, dice más claramente que cosas justas legales se llaman aquellas que causan felicidad *respecto de la comunidad política, a la cual se dirige la legislación*. Trata de la ley humana, pero la misma razón existe también para las otras.

Y sobre los otros textos jurídicos y lo que en contra de ellos se objeta, respondemos que, por más que aquellas palabras, tomadas escuetamente, no sean ellas solas tan convincentes que alguna interpretación o evasiva no sea capaz de restarles fuerza, sin embargo, con el apoyo de otros textos jurídicos y de las interpretaciones de los sabios, no parecen tener poca fuerza en confirmación de la verdad propuesta.

14. Vamos a responder ya a los últimos argumentos. En primer lugar, sobre SANTO TOMÁS decimos que en los pasajes citados él nunca excluye esta propiedad ni habla de precepto particular por parte de la persona a quien se impone, sino por parte de la obra sobre la cual se da en particular, y de esta obra dice que debe ser tal que contribuya al bien común, y que, si el precepto que se da acerca de ella tiene esta propiedad, será verdadera ley, se entiende supuestas las demás propiedades que se exigen para la ley.

Sobre la GLOSA y los otros doctores alegados se responde que se han de explicar o admitir según los textos jurídicos que alegan, y que si lo que sostuvieron fue otra cosa, no se ha de tener por buena su teoría.

Así pues, sobre aquellas dos leyes *Neque Do-rotheum* y *Doctitii*, es verdad que de alguna ma-

nera tratan sobre bienes de las personas particulares que allí se nombran; con todo, como preceptos, no se dirigen a aquellas personas particulares sino a la comunidad y a todos los súbditos del legislador obligándolos a observar tal o cual inmunidad en favor de aquellas personas. De la misma manera en el libro VIII explicaremos que el privilegio, aunque parezca particular, puede ser verdadera ley. Añado además que en aquellas leyes no sólo se concede un favor a las personas particulares que allí se nombran, sino también a sus sucesores perpetuamente, y que de esta forma aquellas leyes son de alguna manera perpetuas y generales, porque aquellas familias podían ser una parte importante de la comunidad y quizás de las principales; de esta forma aquellas leyes, aunque de alguna manera parezcan particulares, a su modo son generales, por más que nunca se dan si no es a manera de privilegios, como consta por el uso.

15. ¿QUÉ ES LEY PARTICULAR? ¿POR QUÉ SE LLAMA ASÍ?—Al segundo argumento del DIGESTO y de las INSTITUCIONES respondo que a las leyes personales allí se las llama leyes de privilegios, y que se llaman personales por razón de la utilidad próxima que pretenden, pero que sin embargo siempre miran de alguna manera a la comunidad por parte de aquellos a quienes mandan, como se ha explicado hace poco y se dirá más largamente al tratar de los privilegios.

Al tercero se responde que ley particular en aquellos cánones se toma en un sentido muy distinto. En efecto, se llama ley particular al voto hecho por especial inspiración del Espíritu Santo, y también a la misma inspiración divina por la cual el hombre es llamado especialmente a algún bien más alto. Esta denominación es metafórica, porque no es esa la ley propiamente dicha de que ahora tratamos, pero se llama así porque se escribe en el corazón y participa de algunos de los efectos de la ley, según dijimos en otro lugar acerca del voto.

16. NO ES LO MISMO LEY Y PRECEPTO. ¿QUÉ AÑADE LA LEY AL PRECEPTO? Y ¿EN QUÉ SE DISTINGUE?—Por lo dicho es fácil dar respuesta a las razones aducidas. Acerca de la primera, consta por lo dicho que no es lo mismo precepto que ley, pues aunque toda ley es precepto, no todo precepto es ley, sino que es preciso que revista especiales cualidades, de las cuales una es que sea un precepto común en el sentido que hemos explicado.

Y tratándose de una cosa moral, no hay por qué investigar escrupulosamente si entre el precepto y la ley existe una diferencia esencial: pase que no se distingan físicamente en cuanto a las especies naturales de sus actos; basta que se

distingan moralmente y —por decirlo así— en su ser artificial, porque la ley es una especie de artefacto, resultado de tal acto y a la vez de tales circunstancias, propiedades o relaciones, sin las cuales no será verdadera ley aun cuando por lo que toca al acto de mandar sea de su misma naturaleza.

Puede añadirse que la legislación, si se atiende al acto de prudencia de que procede y a la honestidad que reviste en cuanto que procede del legislador, es especialmente virtuosa con una virtud distinta de la del precepto particular y privado, y que en este sentido se puede decir que la ley como tal se distingue esencialmente del mandato particular.

17. ¿EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE LA LEY ES COMÚN Y QUE SE DA PARA LA COMUNIDAD?—A la primera confirmación se responde que es verdad que la ley dice relación a cada una de las personas en cuanto que son partes de la comunidad a la que la ley se impone como norma de conducta.

A la segunda confirmación se responde que la ley no se llama común porque necesariamente deba imponerse a una comunidad como comunidad y cuerpo místico, sino porque debe proponerse en general para que pueda alcanzar a todos y a cada uno según lo pida la materia; y en este sentido es verdad que se da como norma de las personas físicas, no sólo de las morales.

Pero hay que añadir —por razón de la tercera confirmación— que la ley ordinariamente se da a la comunidad no colectiva sino distributivamente, es decir, para que la observen todos y cada uno de los de la comunidad según les corresponda conforme a la naturaleza de la ley: esto hay que sobreentenderlo siempre.

Pero la ley puede también darse a veces a la misma comunidad como tal, es decir, prohibiendo o mandando un acto que solamente puede ejercitar ella como comunidad, según consta por los estatutos de todas las congregaciones, universidades, cabildos, colegios, etc., que dan algunas disposiciones acerca de los actos públicos y comunes de tal cuerpo místico. Supuestas las demás propiedades, esas son verdaderas leyes aunque solamente manden a una sola comunidad determinada, con tal —sin embargo— de que sea una comunidad perfecta, como diré en seguida.

La primera razón de ello es que, aunque se diga que esa es una persona moral, es sencillamente una comunidad y tiene la perpetuidad que se requiere para la ley, y ésta mira inmediatamente al bien común. Y la segunda, que por

tal ley cada uno de los miembros de esa comunidad queda siempre obligado a no obrar ni cooperar en contra de la tal ley.

18. ¿CÓMO DEBE SER LA COMUNIDAD PARA QUE SEA CAPAZ DE LEY?—¿CUÁNTAS CLASES DE COMUNIDAD HAY?—Preguntará no sin razón alguno cómo debe ser la comunidad para que sea capaz de verdadera ley. Respondo brevemente que para cada clase de leyes, basta o se requiere una comunidad distinta.

Distingamos, en primer lugar, las comunidades: una hay natural por sola la coincidencia en la naturaleza racional, cual es la comunidad del género humano, que abarca a todos los hombres; otra puede llamarse comunidad política o mística, por una unión especial en una congregación moralmente una.

A la primera comunidad se refiere la ley natural, que la luz de la razón propone a cada hombre; porque no se da para cada hombre en cuanto que es tal hombre en particular, v. g. Pedro, sino en cuanto que es hombre. Esto puede observarse tanto en la ley puramente natural como en la sobrenatural en cuanto que es conatural a la misma gracia.

La segunda comunidad puede subdividirse. Puede concebirse una que haya sido añadida a la naturaleza, pero no por derecho humano sino divino, por haber sido fundada por el mismo Dios bajo una cabeza señalada por El y con alguna unión en orden al fin sobrenatural. Tal fue antiguamente la Sinagoga, y ahora lo es —mucho más perfecta— la Iglesia Católica. Esta fue fundada por el mismo Cristo no para uno u otro pueblo sino para todo el mundo bajo una misma fe, que se debe profesar a la luz de determinadas señales fijadas por el mismo Cristo y bajo la obediencia a una sola cabeza a la cual El mismo dio sus veces en la tierra. Para tal comunidad se dan de suyo y primariamente las leyes divinas positivas, como fue la Ley Vieja que se dio al pueblo de los judíos, y la Ley de Gracia que se dio para toda la Iglesia. Para ella se dan también las leyes canónicas, aunque no todas para toda la Iglesia sino conforme a la intención o al poder de quien la da, como después veremos.

19. Además de éstas existe la comunidad reunida o ideada a la manera humana, la cual es un grupo de hombres asociados bajo una ley, como se dice en el DIGESTO y en las DECRETALES con su GLOSA; allí se explica que para que haya comunidad no basta una multitud de hom-

bres si no se unen entre sí con alguna alianza en orden a algún fin y bajo alguna cabeza. También ARISTÓTELES dijo que ciudad es una multitud de ciudadanos que entre sí tienen un vínculo moral.

Esta comunidad los filósofos moralistas y los juristas suelen dividirla en perfecta e imperfecta. Se llama perfecta, en general, la que es capaz de gobierno político; ésta, en cuanto tal, se basta a sí misma en su esfera, a la manera como ARISTÓTELES y SANTO TOMÁS dijeron que la ciudad es una comunidad perfecta. Y con más razón será comunidad perfecta el reino y cualquier otra congregación o comunidad superior de la cual forme parte la ciudad, porque en estas comunidades puede haber amplitud, y aunque cada una de ellas, miradas en sí mismas, sean perfectas, sin embargo, si una de ellas forma parte de otra, bajo este aspecto es imperfecta, no absolutamente sino en comparación y respecto de la otra.

Además, de estas comunidades unas se llaman reales o locales porque están delimitadas por determinados confines reales o locales, como son la ciudad y el reino; otras se llaman personales porque se consideran más en las personas que en los lugares, por ejemplo, un instituto religioso, una cofradía, etc., los cuales pueden también ser comunidades perfectas si tienen un gobierno y una unión moral perfectos. Acerca de esto puede verse los juristas en el DIGESTO.

20. ¿QUÉ ES COMUNIDAD IMPERFECTA?—Comunidad imperfecta —no sólo relativa sino absolutamente— es la casa particular a cuyo frente está el padre de familia, como observaron SANTO TOMÁS y DOMINGO DE SOTO y lo trae ARISTÓTELES. La razón es que esa comunidad no se basta a sí misma —como se explicará enseguida— y también que en ella las personas particulares no se reúnen como miembros principales para formar un cuerpo político, sino que allí no hay más que inferiores para utilidad del señor sin más sentido que el de estar sujetos de algún modo a su dominio.

Por eso tal comunidad, de suyo y dentro de sus propios términos, no se rige por verdadero poder político sino por poder dominativo, y así, según las diversas clases de dominio, tiene distinta clase de imperio respecto de las distintas clases de personas: uno es el derecho y —como quien dice— el dominio del padre de familia sobre la esposa, otro sobre los hijos, otro sobre los criados y siervos; por eso tampoco tiene

perfecta unidad o poder uniforme, ni es propiamente gobierno político; y por eso esa comunidad se llama sencillamente imperfecta.

21. LAS LEYES SOLAMENTE DEBEN DARSE PARA UNA COMUNIDAD PERFECTA.—Supuesta esta diversidad de comunidades, hay que decir que las leyes humanas caben propiamente en toda comunidad perfecta, pero no en la imperfecta.

Prueba de la primera parte: Toda comunidad perfecta es un cuerpo político propiamente dicho y se gobierna por verdadera jurisdicción dotada de fuerza coactiva, que es la que da las leyes.

Asimismo los preceptos y normas de conducta que se proponen a tal comunidad —si tienen las otras propiedades que se requieren para la ley— pueden determinar el punto justo legal y el punto medio que se ha de observar en cada materia de virtud conveniente a tal comunidad; luego tales normas o preceptos serán verdaderas leyes.

Finalmente, de la misma manera que esa es una comunidad perfecta, así el precepto que se le impone puede llamarse sencillamente precepto común; luego también ley.

22. La segunda parte la insinúan ARISTÓTELES y SANTO TOMÁS cuando enseñan que la comunidad de una cosa no basta para la ley propiamente dicha.

La razón que puede darse es —siguiendo a ARISTÓTELES— que en tal comunidad no existe verdadera jurisdicción ni la fuerza coactiva que se requiere en el verdadero legislador. Y la razón de esto es la imperfección —como quien dice— natural de tal comunidad, ya que no se basta a sí misma para conseguir la felicidad humana de la manera como humanamente puede conseguirse, o —más claro— los elementos de tal comunidad no se prestan mutuamente el suficiente apoyo y la mutua ayuda de que una sociedad humana necesita para su fin y para su conservación; por eso tal comunidad de una manera —como quien dice— natural está ordenada —como la parte al todo— a pertenecer a una sociedad perfecta: de ahí que el poder legislativo no se dé en tal comunidad sino solamente en la perfecta.

Esta razón tiene pleno valor tratándose de las leyes civiles, pero es aplicable también a las eclesiásticas, porque aunque el poder legislativo eclesiástico no dimane de la comunidad sino de Cristo, pero se comunica y distribuye cual conviene y corresponde a una comunidad humana.

23. OBJECCIÓN.—Alguno objetará que de lo dicho se sigue que en una comunidad perfecta no puede darse una ley propiamente dicha si se da sólo para una parte de ella. Ahora bien, esta conclusión parece falsa.

La consecuencia es clara, porque la razón por la cual el estatuto de una casa o de una comunidad imperfecta no es ley es porque la comunidad imperfecta es parte de la perfecta; luego lo mismo pasará con cualquier parte del estado, que es también una comunidad imperfecta y parte de la perfecta.

Prueba de la menor: Para la ley no se requiere que obligue a todos los del estado; luego puede obligar a una parte y sin embargo ser verdadera ley. Acerca de esto dicen algunos juristas que una ley dada por el príncipe para obligar a una sola parte del estado, v. g. a la cuarta parte y no a otra, no es verdadera ley y no obliga. Así enseñó ANGEL DE CHIAVASSO, al cual cita y sigue JASÓN; éste se apoya únicamente en que la ley debe ser un precepto general.

24. SOLUCIÓN.—Sin embargo respondo que una cosa es hablar de tal ley mirándola desde el punto de vista de la justicia o injusticia o de la aceptación de personas, y otra desde el punto de vista de la falta de comunidad suficiente a quien imponerla.

Ahora no tratamos del primer enfoque; sin embargo, aun con él no podemos decir que tal ley sea intrínsecamente mala o injusta, porque a veces puede haber causa y razón suficiente para imponer la carga a una parte y no a otra, sea por razón de la situación y del lugar —porque en tal parte necesita el estado de tal servicio—, sea por razón de la condición de las personas, como se ve por las leyes tributarias.

El segundo enfoque sí nos interesa ahora. Sobre él decimos que para la ley no se requiere que se dé para toda la comunidad —digámoslo así— totalmente, porque en una parte de ella puede haber comunidad suficiente y fundamento suficiente para la perpetuidad de la ley y para que ésta proceda de una jurisdicción que sea política y que se refiera inmediatamente al gobierno común.

Esto puede suceder de distintas maneras. La primera, si la ley se da precisamente para tal cargo u oficio de forma que abarque a tal clase de artesanos y no a las demás personas. La segunda, si se da para las personas de tal clase o condición, por ejemplo, para los plebeyos, para los nobles, para los descendientes de judíos, para los mahometanos conversos, o cosa semejante. En tercer lugar, si la ley puede darse para los

que habitan tal parte o barrio de la ciudad y no para los otros; no sólo para los de ahora, sino —sin distinción— para sus sucesores permanentemente.

Cualquiera de estas clases de generalidad bastará para la realidad de la ley con tal de que por lo demás se observe la justicia. En efecto, la primera, dentro de su sector es sencillamente general; la segunda, supuesta una justa distribución de las clases, participa de la misma generalidad; la tercera es de suyo indiferente para todos, porque no hay ninguno que no pueda vivir allí; y lo mismo puede decirse de cualquier otra ley semejante.

CAPITULO VII

¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ PARA EL BIEN COMÚN?

1. LA LEY REQUIERE QUE SE DÉ PARA EL BIEN COMÚN.—De esta cualidad de la ley parecen depender en su mayor parte las otras; por eso la colocamos en el segundo lugar, a pesar de que SAN ISIDORO la puso la última; al mismo tiempo explicaremos el fin intrínseco de la ley.

Acerca del problema propuesto no existe controversia alguna entre los autores, sino que es axioma general entre ellos que a la esencia y sustancia de la ley pertenece el que se dé para el bien común y por él principalmente.

Así lo enseña SANTO TOMÁS, y en sus comentarios TOMÁS DE VIO, CONRADO SUMMENHART y otros modernos, SOTO, ALFONSO DE CASTRO, SAN ANTONINO y todos los autores de Sumas en la palabra *Lex*. Muy bien también MARTÍN DE AZPILCUETA y GREGORIO LÓPEZ. El rey de España Alfonso en sus PARTIDAS exige la misma cualidad. Así también piensan los intérpretes del Derecho Civil en el DIGESTO al decir que la ley debe ser un *precepto común*, es decir, *establecido para utilidad común*, según explica la GLOSA, a la cual siguen BARTOLO DE SASSOFERRATO, JASÓN y otros. Más claramente enseñó esto SAN ISIDORO, como expliqué en el capítulo anterior, y le siguen los canonistas.

2. Esta verdad la trae también ARISTÓTELES, quien dice que el fin del estado es vivir bien y felizmente, y por eso añade: *En la virtud y en el vicio piensan públicamente todos cuantos tienen el cargo de formar bien el estado*, se entiende por medio de las leyes. Por eso añade que

las leyes deben adaptarse al estado, no el estado a las leyes.

Así MARSILIO FICINO, al dar el argumento del diálogo Minos de PLATÓN —según su pensamiento, tanto en ese diálogo como en los libros de las Leyes y de la República— deduce esta definición descriptiva de la ley: *Es la verdadera manera de gobernar dirigiendo a los gobernados al mejor fin por los medios convenientes.* Más aún, PLATÓN en ese mismo diálogo llama ley regia a la que en el ordenamiento del estado y en la manera de gobernar determina lo que es recto. En el diálogo Hippias acerca de la belleza, dice: *A mi parecer la ley se establece para utilidad, y los legisladores conceden la ley como el mayor bien para el estado, y sin la ley no podemos vivir legítimamente en el estado.* Y en el libro 1.º de las Leyes demuestra largamente que *las leyes se establecieron por causa de la virtud* y para la paz y felicidad común. Lo mismo hace CICERÓN muy extensamente. PLUTARCO dice que lo más hermoso en un estado es la bondad de las leyes, ya que lo que principalmente procuran es su bien común.

3. Esta verdad es evidente en las leyes divinas y por eso no es necesario demostrarla, pues, aunque se ordenan necesariamente al honor divino —porque Dios no puede querer ni obrar nada fuera de sí por otro motivo que El mismo—, sin embargo con ellas no busca su utilidad sino el bien y felicidad de los hombres. Y como las obras divinas son perfectísimas y muy a la medida, de la misma manera que las leyes divinas se dan a una comunidad, así también se dan para su bien y felicidad común.

Esto puede verse también fácilmente por inducción tanto en la ley natural como en las leyes divinas positivas.

Y no importa que con estas leyes Dios muchas veces pretenda la utilidad particular de esta o de aquella persona, por ejemplo, con la ley de la penitencia la salvación del pecador mismo, y así con otras. Esto, repito, no importa.

Lo primero, porque el bien de los particulares, como enseguida diré más largamente, entra en el bien común cuando el bien de uno solo no es tal que excluya el común sino tal que se requiera en cada uno —en virtud de tal ley en cuanto aplicada a cada uno— para que así de los bienes de cada uno resulte el bien común.

Lo segundo, porque las leyes divinas ante todo se refieren a la felicidad eterna, la cual —mirada en sí misma— es un bien común y se busca

en cada uno de los individuos directamente y por ella misma aun prescindiendo de la comunidad. Por eso dijo SANTO TOMÁS que la multiplicación de las almas humanas, aun en el caso de que sólo se diferencien en el número, es un fin buscado por sí mismo —y no sólo accidentalmente— por razón de su inmortalidad y de su capacidad de felicidad.

4. Tratándose de las leyes humanas, de cualquier orden que ellas sean, la razón hay que deducirla de la propiedad anterior. En efecto, así como las leyes se imponen a una comunidad, así deben darse principalmente por el bien de la comunidad; en otro caso serán desordenadas, pues es contrario a toda rectitud ordenar el bien común al particular o —lo que es lo mismo— referir el todo a la parte por razón de ésta; luego, dándose como se da la ley para la comunidad, debe procurar de suyo y primariamente su bien.

Otra razón muy buena se toma de la relación entre los fines. En efecto, el fin debe corresponder al acto y a su principio y facultad; ahora bien, la ley es la norma común de las obras morales; luego el primer principio de las obras morales debe ser también el primer principio de la ley. Ahora bien, el primer principio de las obras morales es el fin último o la felicidad, porque en la esfera de lo moral el fin es el principio del obrar, y así el último fin es el primer principio de tales obras; por otra parte, el bien común, o sea, la felicidad del estado es el fin último en su esfera. Luego ese debe ser el primer principio de la ley. Luego la ley debe ser para el bien común.

Este es —poco más o menos— el raciocinio de SANTO TOMÁS, el cual puede muy bien ilustrarse con la doctrina de SAN AGUSTÍN: del debido ordenamiento de la parte al todo y de la casa al estado (la casa, como él dice, es el comienzo y una partecita del estado) deduce SAN AGUSTÍN que la paz doméstica se ordena a la paz de los ciudadanos. Y añade: *De esta manera sucede que el padre debe tomar sus preceptos de la ley del estado para regir con ellos su casa de tal manera que ésta conduzca a la paz del estado.* Luego mucho más —según SAN AGUSTÍN— las leyes del estado deben ordenarse a la paz y al bien común del estado.

5. Otra razón muy clara puede tomarse del origen de la ley humana, y es que el poder de gobernar que tienen los hombres, o procede inmediatamente de Dios —como sucede con el

poder espiritual— o de los mismos hombres— como sucede con el poder puramente temporal—. Ahora bien, en ambos casos el poder se ha dado principalmente para el bien común de la comunidad. Luego al legislar debe buscarse este bien.

La menor —en su primera parte del poder espiritual— es evidente en la Escritura: precisamente por eso los superiores son llamados pastores que deben dar su vida por sus ovejas, administradores, no señores, funcionarios de Dios, no causas principales; luego, en el uso de tal poder, están obligados a ajustarse a la intención de Dios. Ahora bien, Dios lo que principalmente pretende es el bien común de los hombres mismos. Luego también los funcionarios están obligados a ello. Por eso en la Escritura se reprende severísimamente a los que abusan de ese poder para su propia utilidad.

Y cuando el poder ha sido dado inmediatamente por los mismos hombres, es evidéntísimo que no ha sido dado para utilidad del príncipe sino para el bien común de los que lo han dado. Por eso a los reyes se les llama funcionarios del estado. Añádase también que son funcionarios de Dios, según la ESCRITURA: *Siendo como eran funcionarios de su reino*, etc. Luego deben hacer uso de su poder en bien del estado, del cual y para el cual lo han recibido. Por eso dijo muy bien SAN BASILIO que el tirano se diferencia del rey en que aquél en su gobierno busca su propia utilidad, éste la utilidad común. También ARISTÓTELES enseña esto, y de acuerdo con él está SANTO TOMÁS.

Pruebo ya la primera consecuencia: Uno de los principales actos de este poder es la ley, ya que ésta es como el instrumento por medio del cual el príncipe influye moralmente en el estado para gobernarlo; luego la ley debe ser para el bien común del mismo estado.

6. OBJECCIÓN.—Contra esta propiedad de la ley puede objetarse que hay muchas leyes que se ordenan al bien particular de las personas, por ejemplo, las que se dan en favor de los pupilos, de los soldados, y otras semejantes; por eso en el DIGESTO y en las INSTITUCIONES se distinguen dos clases de leyes, unas que se ordenan al bien común o estabilidad del estado, y otras que tratan del bien particular de los individuos. Y en

el DIGESTO se dice que ciertas leyes son personales, las cuales no traspasan los límites de la persona porque se dan solamente para su provecho. Esto se puede ver sobre todo en el privilegio, al cual en el DECRETO se llama ley particular porque se concede para utilidad particular del privilegiado. Luego no todas las leyes se ordenan al bien común, porque muchas veces ceden en daño y perjuicio de muchos. Ahora bien, no se debe hacer el mal para que se siga el bien, ni se deben enriquecer unos con perjuicio de otros, según la regla *Locupletari* del libro 6.º de las DECRETALES.

La mayor es clara: Lo primero, cuando sucede que a un mismo rey le están sujetos muchos reinos, porque la ley que es útil para un reino suele ser nociva para otro; y dentro de un mismo reino puede suceder lo mismo entre distintas ciudades. Asimismo la ley de la prescripción, para dar a uno la propiedad de una cosa, priva de lo suyo a su verdadero dueño. Muchas veces también lo que parece útil para la comunidad es gravoso y molesto para muchas personas particulares. Más aún, algunas veces las leyes directamente causan mal a algunos, por ejemplo las leyes punitivas.

7. RESPUESTA A LA OBJECCIÓN.—A la primera parte los autores responden de distintas maneras, según puede verse en AZPILCUETA en el pasaje antes citado. Pero a mí la cosa me parece clara y que se resuelve fácilmente con una doble distinción.

La primera es de un doble bien común del estado. Uno es el que es común de suyo y primariamente por no pertenecer a ningún particular sino a toda la comunidad, a cuyo uso o usufructo se ordena inmediatamente. Tales son los templos y las cosas sagradas, las magistraturas, los pastos o prados comunales, y otras cosas semejantes, de las cuales se trata en los citados textos jurídicos y en otros bajo el título *De divisione rerum*.

Otro bien es común sólo secundariamente y como por redundancia: inmediatamente es particular, porque pertenece a una persona particular y se ordena inmediatamente a su provecho; pero se llama también común, sea porque el estado tiene cierto derecho más alto sobre los bienes propios de cada una de las personas para poder

usar de ellos cuando le sean necesarios, sea también porque, por el mismo hecho de que cada persona es parte de la comunidad, el bien de cada uno que no cede en perjuicio de los otros es un bien de toda la comunidad. Así, dicen los textos jurídicos —de las INSTITUCIONES y de las AUTÉNTICAS— que es útil al estado que los ciudadanos sean ricos y que ninguno malgaste su hacienda.

8. DOBLE MATERIA DEL BIEN COMÚN SOBRE LA CUAL PUEDE VERSAR LA LEY.— Hay otra distinción que suele hacerse acerca de los actos humanos en general: la materia próxima sobre que versan, y el motivo o razón por que se hacen. Y como la ley es un acto moral, también en ella se han de distinguir esos dos aspectos.

La materia sobre que versa la ley a veces es de suyo y primariamente el bien común, pero a veces lo es de suyo y primariamente el bien particular y por redundancia el común.

De este modo se hizo también la distinción de las leyes en aquellos textos jurídicos, como expliqué también más largamente en el tratado de la Religión o del Juramento. En efecto, unas leyes versan inmediatamente sobre materia común, otras sobre bienes de los particulares; sin embargo la razón por la que la ley versa sobre ambas materias es siempre el bien común, el cual, por consiguiente, debe ser siempre el que se busque primariamente.

9. OBJECCIÓN.—LA MATERIA DE LA LEY DEBE SER ÚTIL Y CONVENIENTE AL BIEN COMÚN POR SÍ MISMA, NO POR LA INTENCIÓN DEL LEGISLADOR.—Acerca de esta parte puede preguntarse si es preciso que este bien sea buscado —según el lenguaje de SANTO TOMÁS— por la intención del operante o por la intención de la obra misma. En efecto, la intención del operante parece ser extrínseca y que accidentalmente puede variar y tal que no depende de ella la esencia de la ley; por otra parte, la obra misma por sí misma no siempre se dirige al bien común si otro no la dirige, por lo que tampoco la intención de la obra parece necesaria ni suficiente.

Respondo —brevemente— que para el valor y sustancia de la ley sólo es necesario que la materia sobre la cual versa la ley sea útil y conveniente al bien común en tal tiempo, en tal lugar, en tal pueblo y comunidad: esta utilidad y conveniencia no la da el legislador sino que la supone, por lo que en su ser —por así decirlo— no depende de la intención del legislador. De aquí se sigue también que tal cosa de suyo debe ser referible al bien común, pues

todo bien útil, en cuanto tal, es apto para ser ordenado a aquel fin para el cual es útil, y en este sentido en el caso presente es necesaria la intención de la obra, no la del operante.

La razón es clara, porque aunque el legislador, v. g. por odio o por cualquier otro mal fin, dé una ley, sin embargo, si la ley misma cede en bien común, esto basta para el valor de la ley; porque esa mala intención es puramente personal y no se comunica al acto en cuanto que mira a la utilidad común. Así la mala intención del juez no afecta al valor de la sentencia si no va contra su equidad; así también la mala intención del ministro en nada estorba al sacramento si no va contra su sustancia; lo mismo en el caso presente, el bien común hay que mirarlo en la misma ley, no en la intención extrínseca del legislador.

Esta teoría la enseña muy bien SAN AGUSTÍN diciendo: *Una ley que se ha dado para defensa del pueblo no puede ser tachada de liviandad, ya que el que la dio, si la dio por mandato de Dios, es decir, mandando lo que mandó la eterna justicia, pudo hacer esto sin liviandad alguna. Y en el caso de que él estableciera esto con alguna liviandad, de ahí no se sigue que obedeciendo a esa ley se incurra necesariamente en liviandad, porque la ley es buena y puede darla uno que no sea bueno.* Y más abajo señala una razón muy buena: que aunque él haya dado la ley con liviandad, *puede obedecerse sin liviandad.*

10. RESPUESTA A LA OBJECCIÓN.—Con esto resulta fácil la respuesta a la primera parte de las objeciones: de ella solamente se deduce que la ley no siempre tiene por materia próxima el bien común que de suyo y primariamente está en la comunidad considerada en sí misma; y esta es la manera como se ha de entender la distinción que se da en los primeros textos jurídicos allí citados. En efecto, esa distinción se da desde el punto de vista de la materia, y se dice que esas leyes versan sobre bienes propios de los mismos ciudadanos, bienes que, bajo otro aspecto, dijimos que en sí incluyen el bien común.

Acerca de ellos hay que advertir que nunca son materia de ley en cuanto pertenecientes a una u otra persona en particular, sino en cuanto que tienen que ver con personas de determinada condición —por ejemplo, pupilos, soldados, etc.— o de determinado origen —por ejemplo, los nobles o sucesores de tal familia— y que también por esta parte se dirigen al bien común con comunidad —llamémosla así— de universalidad, ya que ese bien se encuentra en

muchos, como se ha explicado al fin del capítulo anterior.

En cambio, cuando en el DIGESTO se dice que la constitución del príncipe algunas veces no traspasa los límites de la persona, no parece que la palabra constitución se tome por ley propiamente dicha, sino por cualquier edicto o decreto del príncipe dado en favor o en contra de alguna determinada persona; y si ese decreto no tiene mayor amplitud y mayor duración, no es propiamente ley, según se dijo en el capítulo anterior.

11. Con esto resulta claro qué se debe decir del privilegio. De éste parece hablar también el DIGESTO, y la GLOSA responde que por esta cualidad la ley se distingue del privilegio, respuesta que ALFONSO DE CASTRO ataca duramente, porque —dice— de ella se sigue que se debe llamar privilegio a la ley que da el príncipe de que se le pague a él un tributo perpetuo para su provecho.

Pero esto no tiene mucha fuerza en contra de la GLOSA. En efecto, tal tributo es justo o injusto. Si es justo, también la ley sería justa, y aunque fuese en provecho del príncipe, también sería en bien común: lo primero, porque el bien del príncipe en cuanto tal es bien común por ser él una persona de significación pública y común; y lo segundo, porque la justa subvención que el estado da a su príncipe es un bien común de todo el estado. Y si el tributo fuese injusto y tiránico, entonces no sería ley sino que sería a manera de un privilegio injusto.

Ni la respuesta de la GLOSA parece muy distinta del pensamiento de CICERÓN cuando dice: *Nuestros antepasados no quisieron que se diesen leyes para las personas particulares, porque esto es privilegio.*

12. EL PRIVILEGIO ES VERDADERA LEY.— Pienso, sin embargo, que SAN ISIDORO no puso esa propiedad para excluir al privilegio del concepto de ley.

Lo primero, porque la misma GLOSA dice que el privilegio es ley, y en él exige las otras cualidades que puso SAN ISIDORO.

Lo segundo, porque aquella palabra directamente se pone para excluir las leyes tiránicas o las que no cedan en bien común aunque quizá tampoco miren al bien particular; y así es preciso que por esa propiedad queden excluidas las leyes malas aunque no sean privilegios.

Lo tercero y último, porque tal vez no era

necesario excluir al privilegio. De esto hablaré después en su propio lugar. Ahora únicamente afirmo que, por parte del bien común, no hay dificultad en que sea ley, pues, aunque su materia próxima sea el bien particular de alguna familia o casa o de algunas personas —tal vez por esto SAN ISIDORO a la ley particular la llamó privilegio—, sin embargo también debe mirar al bien común por él mismo, según el DECRETO y SANTO TOMÁS. En efecto, el bien que se concede por el privilegio, de tal manera debe ser propio de algunos, que redunde en bien común, de la manera que antes hemos explicado. Además, la misma concesión del privilegio debe ser tan razonable, que resulte un bien común el que por razones semejantes se concedan semejantes privilegios.

Así que, por este capítulo, los privilegios no quedan excluidos del verdadero concepto de ley; en el libro VIII diremos si quedan excluidos por el hecho de referirse a una persona particular, o si pueden ser verdaderas leyes, sobre todo si son perpetuos.

13. Menor dificultad hay en las leyes tributarias, pues se imponen a la comunidad —como es evidente— e inmediatamente miran al bien común. En efecto, según he dicho, por más que parezcan ceder en provecho del príncipe, sin embargo, para ser verdaderas leyes, deben mirar al bien común, ya que los tributos no se dan al rey si no es en cuanto persona de significación común y pública y para que use de ellos para el bien común. Por eso en el CONCILIO TOLEDANO VIII se dice de los reyes: *No atendiendo a los derechos de su propia utilidad sino a su patria y pueblo.*

14. A la segunda parte de las objeciones se responde en general que es condición de las cosas humanas que no haya uniformidad en todo, y que por eso ordinariamente sucede que lo que conviene a la comunidad causa perjuicio a uno o a otro. Pero, como el bien común se antepone al particular cuando no pueden darse juntos, por eso las leyes se dan sencillamente para el bien común y no atienden a los bienes particulares, como se dice en muchas leyes del DIGESTO y en el DECRETO.

Sucede a veces que bajo un mismo rey hay varios reinos o varias comunidades —como quien dice— accidentalmente, porque en realidad no forman entre ellos un cuerpo político

sino que han venido a caer en su poder accidentalmente por distintos títulos. Entonces sería injusto obligar a reinos distintos con unas mismas leyes si éstas habían de ser útiles al uno pero no al otro, porque entonces los términos de la comparación no son un bien común y otro particular sino dos bienes comunes a los cuales hay que atender por sí mismos y por separado con sus propias leyes lo mismo que si se hallaran bajo diversos reyes; así lo hace también el Sumo Pontífice cuando manda a los distintos institutos religiosos en cuanto que forman distintas comunidades, cada una de las cuales necesita sus propias leyes.

Pero cuando las comunidades forman parte de un mismo reino o cuerpo político, entonces el bien de cada parte es particular respecto de la comunidad total, para la cual se dan de suyo y primariamente las leyes. Pero hay que observar dos cosas: una, que los prejuicios particulares no sean tantos que preponderen sobre las ventajas de los demás; otra, que si es necesario, se añada la dispensa o la excepción, ya que en tales casos —si en algunos— es lícita y a veces incluso puede ser obligatoria.

15. De esto fácilmente se deduce lo que hay que decir acerca del daño de los particulares: no se lo tiene tanto en cuenta, y por eso algunas veces se lo permite —por ejemplo, en la prescripción, que mira al bien común, o sea, a la paz, evitando las contiendas, etc.— y otras veces incluso se pretende —por ejemplo, en las leyes punitivas, las cuales son también necesarias para el bien común.

Y con esto quedan explicadas las otras dos propiedades de la ley que puso SAN ISIDORO en el mismo capítulo, a saber, que sea necesaria y útil. SANTO TOMÁS las explica así: que la necesidad se refiere al apartamiento del mal —como cuando se da la ley para evitar algún mal del estado— y la utilidad al fomento del bien. Esto está muy bien dicho, porque así ninguna de esas dos palabras sobra. Pero en ambas propiedades se debe atender al mayor bien común; porque de tal manera hay que apartar un mal, que de ahí no se siga otro mayor para el estado: de otra forma tal ley no sería necesaria sino perniciosa; y de tal manera se debe procurar una utilidad, que con eso no se impida otra mayor ni se sigan mayores males comunes.

Así que todos esos términos tratan de explicar una misma propiedad de la ley, aunque bajo diversos aspectos para su mayor inteligencia, y esto basta para que no sean superfluos.

16. SI UNA LEY SE DA CON INTENCIÓN DE PERJUDICAR A UN PARTICULAR ¿ES INJUSTA E INVÁLIDA?—Suele preguntarse en este punto si una ley que se da en forma general dolosamente y con intención de que ceda en perjuicio de una persona particular, es injusta o inválida.

Los juristas suelen decir que tal ley es tan inicua que es lícito apelar o poner excepción de dolo en contra de ella, como puede verse en BÁRTOLO, NICOLÁS DE TUDESCHIS, FELINO, JASÓN y GREGORIO LÓPEZ.

Pero estos autores no piensan que tal ley sea siempre inválida o injusta, porque sin duda a veces puede hacerse eso por una causa razonable, permitiendo más bien que pretendiendo el daño particular por el bien común, o también pretendiéndolo en justo castigo; y en el caso posible de que el que da la ley lo pretenda por odio particular, eso no perjudicará a la ley ni a su justicia —según se ha dicho antes— si por lo demás dicha ley es necesaria para el bien común. Así lo enseñó largamente FELINO, y añade que lo mismo sucede —si la ley se da en favor de una persona particular o de una familia— cuando la ley redunda en bien común. Esto es claro por lo dicho.

Por consiguiente, los dichos autores se refieren al caso de que se procure el daño de un tercero sin justa causa bajo el falso título de una ley común: entonces la injusticia es clara, y, por consiguiente, es lícita y obligatoria la conveniente defensa; de ésta tratan ellos mismos, porque a ellos es a los que propiamente les pertenece.

CAPITULO VIII

¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ CON AUTORIDAD PÚBLICA?

1. Hemos explicado la causa final de la ley. Ahora trataremos de la eficiente, porque de ella se sigue otra propiedad de la ley sin cuyo conocimiento la naturaleza de la ley no puede enseñarse ni definirse por completo. Por eso también SANTO TOMÁS plantea este problema cuando pregunta si la que hace la ley es la razón de cada uno.

En efecto, parece que la razón de cada uno tiene fuerza de ley al menos tratándose de los dictámenes de la ley natural. Luego al menos tratándose de la ley natural, no se requiere esa condición, a saber, que la dé el poder público.

El antecedente es claro. Lo primero, por SAN PABLO: *Cuando los gentiles, que no poseían la*

sino que han venido a caer en su poder accidentalmente por distintos títulos. Entonces sería injusto obligar a reinos distintos con unas mismas leyes si éstas habían de ser útiles al uno pero no al otro, porque entonces los términos de la comparación no son un bien común y otro particular sino dos bienes comunes a los cuales hay que atender por sí mismos y por separado con sus propias leyes lo mismo que si se hallaran bajo diversos reyes; así lo hace también el Sumo Pontífice cuando manda a los distintos institutos religiosos en cuanto que forman distintas comunidades, cada una de las cuales necesita sus propias leyes.

Pero cuando las comunidades forman parte de un mismo reino o cuerpo político, entonces el bien de cada parte es particular respecto de la comunidad total, para la cual se dan de suyo y primariamente las leyes. Pero hay que observar dos cosas: una, que los prejuicios particulares no sean tantos que preponderen sobre las ventajas de los demás; otra, que si es necesario, se añada la dispensa o la excepción, ya que en tales casos —si en algunos— es lícita y a veces incluso puede ser obligatoria.

15. De esto fácilmente se deduce lo que hay que decir acerca del daño de los particulares: no se lo tiene tanto en cuenta, y por eso algunas veces se lo permite —por ejemplo, en la prescripción, que mira al bien común, o sea, a la paz, evitando las contiendas, etc.— y otras veces incluso se pretende —por ejemplo, en las leyes punitivas, las cuales son también necesarias para el bien común.

Y con esto quedan explicadas las otras dos propiedades de la ley que puso SAN ISIDORO en el mismo capítulo, a saber, que sea necesaria y útil. SANTO TOMÁS las explica así: que la necesidad se refiere al apartamiento del mal —como cuando se da la ley para evitar algún mal del estado— y la utilidad al fomento del bien. Esto está muy bien dicho, porque así ninguna de esas dos palabras sobra. Pero en ambas propiedades se debe atender al mayor bien común; porque de tal manera hay que apartar un mal, que de ahí no se siga otro mayor para el estado: de otra forma tal ley no sería necesaria sino perniciosa; y de tal manera se debe procurar una utilidad, que con eso no se impida otra mayor ni se sigan mayores males comunes.

Así que todos esos términos tratan de explicar una misma propiedad de la ley, aunque bajo diversos aspectos para su mayor inteligencia, y esto basta para que no sean superfluos.

16. SI UNA LEY SE DA CON INTENCIÓN DE PERJUDICAR A UN PARTICULAR ¿ES INJUSTA E INVÁLIDA?—Suele preguntarse en este punto si una ley que se da en forma general dolosamente y con intención de que ceda en perjuicio de una persona particular, es injusta o inválida.

Los juristas suelen decir que tal ley es tan inicua que es lícito apelar o poner excepción de dolo en contra de ella, como puede verse en BARTOLO, NICOLÁS DE TUDESCHIS, FELINO, JASÓN y GREGORIO LÓPEZ.

Pero estos autores no piensan que tal ley sea siempre inválida o injusta, porque sin duda a veces puede hacerse eso por una causa razonable, permitiendo más bien que pretendiendo el daño particular por el bien común, o también pretendiéndolo en justo castigo; y en el caso posible de que el que da la ley lo pretenda por odio particular, eso no perjudicará a la ley ni a su justicia —según se ha dicho antes— si por lo demás dicha ley es necesaria para el bien común. Así lo enseñó largamente FELINO, y añade que lo mismo sucede —si la ley se da en favor de una persona particular o de una familia— cuando la ley redunda en bien común. Esto es claro por lo dicho.

Por consiguiente, los dichos autores se refieren al caso de que se procure el daño de un tercero sin justa causa bajo el falso título de una ley común: entonces la injusticia es clara, y, por consiguiente, es lícita y obligatoria la conveniente defensa; de ésta tratan ellos mismos, porque a ellos es a los que propiamente les pertenece.

CAPITULO VIII

¿REQUIERE LA LEY QUE SE DÉ CON AUTORIDAD PÚBLICA?

1. Hemos explicado la causa final de la ley. Ahora trataremos de la eficiente, porque de ella se sigue otra propiedad de la ley sin cuyo conocimiento la naturaleza de la ley no puede enseñarse ni definirse por completo. Por eso también SANTO TOMÁS plantea este problema cuando pregunta si la que hace la ley es la razón de cada uno.

En efecto, parece que la razón de cada uno tiene fuerza de ley al menos tratándose de los dictámenes de la ley natural. Luego al menos tratándose de la ley natural, no se requiere esa condición, a saber, que la dé el poder público.

El antecedente es claro. Lo primero, por SAN PABLO: *Cuando los gentiles, que no poseían la*

ley, guiados por la naturaleza cumplen los mandatos de la ley, estos hombres, sin tener ley, son para sí mismos ley.

Lo segundo, porque sin intervención de poder alguno superior, las leyes de honrar a los padres, de no mentir y otras semejantes obligan siempre; luego esa condición no es esencial a la ley como tal, pues lo que no es esencial a una especie tampoco lo es al género.

Sirva de confirmación que todas las otras leyes humanas no son más que *determinaciones de hombres prudentes*, como se dice en el DIGESTO. Ahora bien, las determinaciones de los hombres prudentes no requieren autoridad pública especial sino sólo prudencia y razón recta. Por eso dice CICERÓN que *la ley es fuerza de la naturaleza, inteligencia y razón del prudente*. Y SAN ISIDORO: *Si la ley consiste en la razón, ley será todo lo que consista en la razón*. En conclusión, la ley depende de la razón y no de otro poder alguno.

2. LA LEY REQUIERE QUE SE DÉ CON AUTORIDAD PÚBLICA.—Hay que decir, sin embargo, que la ley es un precepto impuesto por quien tiene poder para obligar, y que, por tanto, la ley requiere que la dé quien tiene autoridad pública. Esto lo sostiene SANTO TOMÁS y es como un primer principio en materia moral. Pero no puede aplicarse de una manera uniforme a todas las leyes; por eso su explicación vamos a hacerla más detalladamente dividiendo las leyes en divinas y humanas.

Sobre las leyes divinas es evidente que, así como para ellas se requiere que procedan de Dios como legislador inmediato, así también proceden necesariamente de quien tiene un poder no sólo público sino soberano, y eso —digámoslo así— por esencia, ya que a Dios le compete naturalmente el dominio supremo de todas las cosas con todo derecho tanto a nombrar como a gobernar y regir, y el hombre —también naturalmente— está sujeto a Dios.

En esta sujeción por parte del hombre y en esta soberanía por parte de Dios tienen su base las leyes divinas, según aquello de ISAÍAS: *El Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador, el Señor es nuestro rey* —se entiende— soberano e independiente de cualquier otro, el cual, con autoridad propia y no recibida de otro, puede dar leyes, obligar a su observancia y castigar a los trasgresores. Esto mismo dijo SANTIAGO: *Uno solo es el legislador y el juez que puede perder y salvar*.

Luego las leyes divinas necesariamente dicen relación a un poder público y soberano. Según esto, la ley natural o no es ley propiamente di-

cha, o, si es verdadera ley, procede de un poder público de gobernar; porque si es una ley divina, procede del poder de quien gobierna a la naturaleza y la domina. En el libro siguiente se explicará cómo la ley natural tiene a Dios por autor.

3. EL PRECEPTO REQUIERE ALGÚN PODER EN QUIEN LO IMPONE.—DIFERENCIA ENTRE LOS ACTOS DE PEDIR, PROMETER Y MANDAR.—Para explicar y demostrar esta verdad tratándose de las leyes humanas, en primer lugar damos por supuesto que el precepto, como tal, requiere necesariamente en quien manda algún poder superior respecto de aquel a quien manda.

En efecto, es conocida la diferencia que existe entre los tres actos siguientes: pedir o rogar, prometer o hacer voto, y mandar o imponer un precepto. El primero es propio de quien necesita, y por eso, como tal, es propio de un inferior respecto de su superior; el último es propio de un superior para con su inferior; el segundo puede ser de todos, como observó SANTO TOMÁS y explicamos nosotros en el tratado de la Religión.

La razón es que por el acto de oración el hombre ni se obliga a sí mismo ni obliga a otro: únicamente quiere obtener de otro alguna cosa en la cual se le muestra inferior. Por la promesa el hombre se obliga a sí mismo; este poder lo tiene cada uno sobre sí mismo, y lo puede ejercitar respecto de un igual, de un inferior o de un superior, porque nunca ejercita un derecho sobre otro sino sobre sí mismo, ni obliga a otro a aceptar si no quiere. En cambio, por el precepto, el que manda obliga al otro a quien manda, y por eso es necesario que tenga derecho y poder superior sobre él. Porque no puede darse una acción sin un principio correspondiente del cual proceda; ahora bien, en el caso presente, ese principio es el poder por el cual uno queda constituido superior del otro.

Otra razón: No todo hombre puede mandar a otro, ni un igual —por así decirlo— puede obligar a un igual, como es evidente, porque no existe ninguna razón para que uno esté obligado a obedecer al otro más que éste a él, y la guerra que por ello se entablara sería justa por ambas partes. Luego se necesita un especial poder superior para mandar válida y eficazmente. La conclusión es que, siendo la ley esencialmente un precepto, también esto será esencial y necesario para la ley aun tratándose de las leyes humanas.

4. EL PODER PRECEPTIVO SE DIVIDE EN PODER DOMINATIVO Y DE JURISDICCIÓN.—Se debe añadir que, así como no es lo mismo precepto que ley, porque no todo precepto es ley aunque

toda ley sea precepto, tampoco es lo mismo poder preceptivo que poder legislativo.

El poder preceptivo es —digámoslo así— genérico, y se divide en dos especies, que —como lo hicimos con relación a la anulación y dispensa de los votos— podemos llamar poder económico y político, o poder dominativo y de jurisdicción.

Hay también autores que dividen los poderes en conformidad con la división que hacen del dominio en dominio de jurisdicción y de propiedad. Largamente explica esto LUIS MOLINA y también DIEGO DE COVARRUBIAS; y lo tocó SÉNECA cuando dijo: *A los reyes les pertenece el poder sobre todo, a los particulares la propiedad.*

Y todavía estos poderes pueden dividirse en poder sobre las personas y poder —de algún modo— sobre las otras cosas; acerca de éstas más propiamente versa el poder de dominio que no el de jurisdicción; sin embargo, también éste a su manera versa sobre ellas, sea secundariamente, sea como consecuencia, sea en forma de administración. Pero esto no tiene que ver con el tema que ahora tratamos, porque para las leyes y preceptos lo que de suyo se requiere es poder sobre la persona, según se ha explicado derivándolo del concepto de precepto.

5. DIFERENCIAS ENTRE EL PODER DOMINATIVO Y EL DE JURISDICCIÓN.—Entre esos poderes, referidos a las personas, pueden señalarse muchas diferencias, pero tres son las que ahora hacen al caso.

Una es que el poder dominativo ordinariamente tiene por objeto a las personas particulares, es decir, a los elementos de una comunidad imperfecta. A veces —por razón de su origen únicamente natural y en fuerza de él— es de derecho natural, por ejemplo, el poder del padre sobre el hijo; otras veces procede también de la naturaleza pero mediante un pacto humano, por ejemplo, el poder del varón sobre su esposa en orden al gobierno de la casa y de la persona; algunas veces se deriva del derecho de gentes o del derecho civil, por ejemplo, el poder del señor sobre su siervo cautivo de guerra; otras veces de un contrato humano, por ejemplo, el dominio sobre un siervo que se ha vendido a sí mismo: en este capítulo entra el poder que por el voto de obediencia se confiere a aquel a quien se promete obediencia. En cambio el poder de jurisdicción de suyo y primariamente se refiere a una comunidad perfecta, porque se

dirige de suyo al gobierno político, que en tal clase de comunidad es necesario: para la imperfecta basta el poder anterior.

De aquí se sigue la segunda diferencia, y es que el poder de jurisdicción tiene en sí una fuerza mucho mayor que el dominativo para castigar y coaccionar. Lo primero, porque el poder común es mayor que el particular. Y lo segundo, porque mayor coacción se necesita para velar sobre una comunidad perfecta y mantener a todos sus elementos en el cumplimiento de su deber, que en una casa particular o entre personas particulares, y así —según dictan las leyes civiles— no le es lícito al señor maltratar a su siervo, y le conviene al estado que las correcciones más severas no se efectúen sin autoridad pública.

De aquí se sigue también la tercera diferencia: que el poder dominativo ordinariamente más es en provecho del que lo tiene que de aquel sobre quien se tiene; por más que algunas veces puede suceder lo contrario, sobre todo cuando ese poder se confiere por un pacto voluntario ordenado a este fin: es lo que de ordinario se practica en los casos de voto de obediencia. En cambio, el poder de jurisdicción de suyo y por su institución originaria es para el bien de la comunidad para la cual se da, según se ha explicado en el anterior capítulo.

6. PARA DAR LEYES SE REQUIERE EN QUIEN LAS DA PODER DE JURISDICCIÓN.—De todo esto se deduce una cuarta diferencia que interesa para lo que ahora tratamos, y es que para dar leyes se necesita poder de jurisdicción y que no basta de suyo el poder dominativo.

Así lo enseñan los canonistas comúnmente en sus comentarios a las DECRETALES y al DECRETO, y el citado BARTOLO sobre el DIGESTO; éste dice que el dar leyes corresponde a la jurisdicción de mero imperio o a la que se acerca mucho a ella. Lo mismo enseñan comúnmente en sus comentarios los doctores: SAN ANTONINO y BALDO DE UBALDIS, y de acuerdo con ellos están los teólogos con SANTO TOMÁS, SOTO, SILVESTRE, ANGEL DE CHIAVASSO y otros autores de Sumas en la palabra *ley*.

La misma tesis sostiene ARISTÓTELES, que dice: *El mandato del padre no tiene fuerza ni coacciona, ni tampoco el de hombre alguno cualquiera, a no ser que sea rey o algo así; en cambio la ley tiene fuerza coactiva.* PLATÓN dice que *el dar leyes pertenece a la dignidad real*, idea que desarrolla largamente. PLUTARCO dice

que la ley es obra del príncipe. En el mismo sentido FILÓN: *Deber del rey*, dice, *es mandar lo que hay que hacer, y prohibir aquello de que conviene abstenerse; por lo demás, el mandar lo que se debe hacer y el prohibir lo que se debe evitar pertenece a la ley.*

De la misma manera hablan los Santos Padres. SAN BASILIO: *Si el reino es legítimo, es cosa clara que las órdenes de vida que proceden del rey —supuesto que éste sea digno del nombre— tienen mucha importancia para todos en orden a buscar y conseguir lo útil en el bien común.* SAN CLEMENTE ALEJANDRINO al arte de legislar lo llama imperial y real en alto grado; y más abajo: *Así como decimos que el arte pastoril tiene el cuidado de todo, así también diremos que el arte de dar leyes, por tener el cuidado y la providencia del humano rebaño, proporciona la humana virtud de promover en lo posible el bien humano.*

7. RAZONES EN CONFIRMACIÓN DE LA TESIS. Se pueden también aducir razones que expliquen esta verdad. La primera, que la creación de leyes es el principal acto con que se gobierna el estado y que, por consiguiente —según vimos— debe tener por fin el bien común; luego de suyo pertenece al poder de gobierno del estado, al cual toca procurar el bien común de éste; ahora bien, según se ha explicado, este poder es el poder de jurisdicción.

En segundo lugar, el poder dominativo es de suyo particular, y puede tenerlo una persona respecto de otra; en cambio, el poder de jurisdicción es de suyo un poder público y ordenado a la comunidad; luego sólo a éste le corresponde dar leyes, las cuales —según se ha dicho— también de suyo miran a la comunidad.

Finalmente, el poder dominativo a lo sumo puede mandar en virtud de obediencia, de justicia o de piedad, como quien exige el uso de una cosa que es suya o que le ha sido prometida; en cambio la ley manda colocando al acto en una determinada especie de virtud —según lo exija la materia sobre la cual versa la ley— e imponiendo obligación en ella. Ahora bien, esa eficacia es propia del poder de jurisdicción porque es un acto de poder público. Luego este poder es el que de suyo se requiere para dar las leyes.

8. ¿QUÉ PODER DE JURISDICCIÓN ES SUFICIENTE PARA DAR LEYES?—Pero —como he in-

dicado antes— con razón observa BARTOLO en el pasaje citado que no todo poder de jurisdicción es suficiente para dar leyes, ya que los jueces ordinarios tienen jurisdicción y sin embargo no pueden dar leyes; luego se requiere un poder superior y primario en esa esfera.

En efecto, así como el dar una ley es uno de los principales actos del gobierno del estado, así requiere un poder principal y superior. Este poder primariamente y por esencia lo tiene Dios, pero, por cierta participación, se comunica a los reyes, según aquello de la SABIDURÍA: *Escuchad, reyes, etc., porque el poder os ha sido dado por Dios. Porque no hay poder que no venga de Dios*, como dice SAN PABLO.

Por eso cada uno puede dar leyes según la medida del poder que le ha sido confiado y no más, pues —como muy bien dijo el CRISÓSTOMO— las leyes de los reyes son válidas dentro de sus territorios. *El emperador romano no podría dar leyes a los persas, ni el rey persa a los romanos*, y así los otros. Más tarde, al tratar de la ley humana, se dirá en qué forma se halla este poder en todos ellos, cómo se les transmite, de cuántas clases es, y si se necesita siempre para legislar; entonces también explicaremos en qué grado es preciso tener esta jurisdicción para que baste para dar leyes.

9. EN TODA COMUNIDAD HAY SIEMPRE UN PODER SOBERANO.—Ahora sólo quiero observar que en toda comunidad existe un poder soberano en su esfera: en la Iglesia el Pontífice, en los reinos temporales el rey, en los estados que se gobiernan aristocráticamente —es decir, por sí mismos— todo el estado. Porque no puede haber un cuerpo sin cabeza, a no ser un cuerpo monstruoso y truncado. De esta cabeza dice SANTO TOMÁS que lo es o la misma multitud —es decir, la república— o un representante suyo; y ese representante puede señalarlo o ella misma o Dios inmediatamente, como se dirá después; y —prescindiendo de ambos— muy bien concluyó que *la ley debe darla la persona pública que tiene el cuidado de toda la multitud.*

En conclusión, consta que el poder de dar leyes lo tiene al menos la cabeza soberana, sea ésta la que sea, ya que ni es cosa de andarla buscando de uno en otro hasta el infinito, ni otro alguno puede tener mayor poder en esa esfera. Los príncipes inferiores y subordinados lo tendrán en el grado en que se lo comunique la cabeza según el cargo de cada uno y en con-

formidad con la costumbre, las leyes o los privilegios, como se dirá después más largamente.

10. RESPUESTA A LA RAZÓN PARA DUDAR SEGÚN SANTO TOMÁS.—Así que a la razón para dudar que se puso al principio muy bien responde SANTO TOMÁS que la ley natural puede considerarse tanto en los súbditos como en el superior que la da. En el primer caso, la naturaleza la ha puesto en los mismos hombres, y éstos se rigen por ella y tienen obligación de obedecerla. En este sentido, en cuanto que la tienen escrita en sus almas, se dice que cada uno es ley para sí mismo, a la manera como al código de leyes a veces se le suele llamar ley, según dijimos antes acerca de los libros del Antiguo Testamento siguiendo a SAN JERÓNIMO; ahora bien, de un libro muerto no puede decirse que sea ley para sí mismo, porque no puede gobernarse por la ley que en él está escrita; en cambio, el corazón del hombre es un libro vivo en que está escrita la ley natural; por eso, como se rige por ella, se dice que es ley para sí. En el libro siguiente diremos cómo la ley natural procede de un superior dotado de poder.

A la confirmación respondemos que sola la rectitud o justicia de la acción prescrita por la ley no basta para que una ley sea propiamente obligatoria, y que por eso, aunque en la formación de las leyes es necesaria la prudencia y deben y suelen intervenir los consejos de los sabios, sin embargo esos consejos no bastan si falta la voluntad de quien tenga poder, poder y voluntad de las cuales la ley recibe la fuerza y el ser de ley, como dijimos antes. Así que cuando se dice que las leyes son determinaciones de los sabios, o que son algo que consiste en la razón, o cosa semejante, esa denominación se toma de alguna propiedad muy necesaria, y quizá se puso para indicar su necesidad, pero no porque baste.

CAPITULO IX

¿REQUIERE LA LEY QUE SEA JUSTA Y QUE SE DÉ JUSTAMENTE? OTRAS PROPIEDADES DE LA LEY SEGÚN SAN ISIDORO

1. Hasta ahora hemos explicado las propiedades que se requieren en la ley por parte de las personas o causas y que pueden llamarse extrínsecas. Ahora nos toca explicar las que podemos llamar propiedades intrínsecas: intrínsecas al acto sobre el cual puede recaer el precepto de la ley, e intrínsecas a la misma acción de dar la ley.

Estas propiedades las reducimos a la justicia, y en ésta incluimos todas las propiedades que puso SAN ISIDORO cuando dijo: *Será ley todo*

lo que consista en la razón, sólo lo que se ajuste a la religión, lo que se adapte a la disciplina, lo que aproveche a la salvación. Ciertamente que estas palabras de SAN ISIDORO más parecen referirse a la costumbre humana que a la ley en general, pero pueden aplicarse a todo.

En el mismo libro de las Etimologías enumera otras propiedades o pone las mismas más en particular diciendo: *La ley será honesta, justa, posible, conforme a la naturaleza, conforme a la costumbre de la patria, adaptada al tiempo y al lugar.* También estas propiedades SANTO TOMÁS las entiende de la ley humana. Y como todas o las principales de ellas se realizan en toda ley, y para completar la definición de ley es necesario tener conocimiento de ellas, su explicación es oportuna en este lugar. Todas ellas las reducimos a las dos propiedades que se han indicado en el título, a saber, que la ley sea justa y que se dé justamente. Estas dos las explicaremos de propio intento, y con ellas presentaremos las otras a manera de corolarios.

2. PRIMERA TESIS: PARA LA LEY SE REQUIERE QUE MANDE COSAS JUSTAS.—DOBLE SENTIDO DE LA JUSTICIA DE LA LEY.—Digo, pues, en primer lugar, que al concepto y a la esencia de la ley pertenece que mande cosas justas.

Esta tesis es no sólo cierta según la fe, sino además clara según la razón natural; y en esos términos la formulan no sólo los teólogos y los Santos Padres que luego aduciremos, sino también con frecuencia los filósofos que se citaron en el capítulo anterior.

Su interpretación es la siguiente. En dos sentidos puede entenderse que la ley debe ser justa: uno, respecto del acto mismo que deberá practicar el súbdito en fuerza de tal ley, es decir, que ese acto sea de tal naturaleza que el súbdito pueda practicarlo justamente; otro, respecto de la ley misma, es decir, que se le imponga al hombre sin cometer injusticia: en efecto, puede a veces suceder que el acto sea de tal naturaleza que el súbdito pueda practicarlo justamente —v. g. ayunar a pan y agua— y que sin embargo el superior le haga injusticia mandándole ese acto. Esta distinción es de SANTO TOMÁS.

Pues bien, esta tesis se entiende en el primer sentido o de la primera clase de ley justa, pues si hemos dicho que la ley debe mandar cosas justas, ha sido para distinguir ese primer sentido del segundo.

Además el término *justicia* unas veces significa la virtud particular de la justicia y otras veces significa todas las virtudes. Aquí, cuando decimos que la ley debe ser justa, hay que tomarlo en este sentido general, a saber, que lo que manda debe ser tal que pueda realizarse

formidad con la costumbre, las leyes o los privilegios, como se dirá después más largamente.

10. RESPUESTA A LA RAZÓN PARA DUDAR SEGÚN SANTO TOMÁS.—Así que a la razón para dudar que se puso al principio muy bien responde SANTO TOMÁS que la ley natural puede considerarse tanto en los súbditos como en el superior que la da. En el primer caso, la naturaleza la ha puesto en los mismos hombres, y éstos se rigen por ella y tienen obligación de obedecerla. En este sentido, en cuanto que la tienen escrita en sus almas, se dice que cada uno es ley para sí mismo, a la manera como al código de leyes a veces se le suele llamar ley, según dijimos antes acerca de los libros del Antiguo Testamento siguiendo a SAN JERÓNIMO; ahora bien, de un libro muerto no puede decirse que sea ley para sí mismo, porque no puede gobernarse por la ley que en él está escrita; en cambio, el corazón del hombre es un libro vivo en que está escrita la ley natural; por eso, como se rige por ella, se dice que es ley para sí. En el libro siguiente diremos cómo la ley natural procede de un superior dotado de poder.

A la confirmación respondemos que sola la rectitud o justicia de la acción prescrita por la ley no basta para que una ley sea propiamente obligatoria, y que por eso, aunque en la formación de las leyes es necesaria la prudencia y deben y suelen intervenir los consejos de los sabios, sin embargo esos consejos no bastan si falta la voluntad de quien tenga poder, poder y voluntad de las cuales la ley recibe la fuerza y el ser de ley, como dijimos antes. Así que cuando se dice que las leyes son determinaciones de los sabios, o que son algo que consiste en la razón, o cosa semejante, esa denominación se toma de alguna propiedad muy necesaria, y quizá se puso para indicar su necesidad, pero no porque baste.

CAPITULO IX

¿REQUIERE LA LEY QUE SEA JUSTA Y QUE SE DÉ JUSTAMENTE? OTRAS PROPIEDADES DE LA LEY SEGÚN SAN ISIDORO

1. Hasta ahora hemos explicado las propiedades que se requieren en la ley por parte de las personas o causas y que pueden llamarse extrínsecas. Ahora nos toca explicar las que podemos llamar propiedades intrínsecas: intrínsecas al acto sobre el cual puede recaer el precepto de la ley, e intrínsecas a la misma acción de dar la ley.

Estas propiedades las reducimos a la justicia, y en ésta incluimos todas las propiedades que puso SAN ISIDORO cuando dijo: *Será ley todo*

lo que consista en la razón, sólo lo que se ajuste a la religión, lo que se adapte a la disciplina, lo que aproveche a la salvación. Ciertamente que estas palabras de SAN ISIDORO más parecen referirse a la costumbre humana que a la ley en general, pero pueden aplicarse a todo.

En el mismo libro de las Etimologías enumera otras propiedades o pone las mismas más en particular diciendo: *La ley será honesta, justa, posible, conforme a la naturaleza, conforme a la costumbre de la patria, adaptada al tiempo y al lugar.* También estas propiedades SANTO TOMÁS las entiende de la ley humana. Y como todas o las principales de ellas se realizan en toda ley, y para completar la definición de ley es necesario tener conocimiento de ellas, su explicación es oportuna en este lugar. Todas ellas las reducimos a las dos propiedades que se han indicado en el título, a saber, que la ley sea justa y que se dé justamente. Estas dos las explicaremos de propio intento, y con ellas presentaremos las otras a manera de corolarios.

2. PRIMERA TESIS: PARA LA LEY SE REQUIERE QUE MANDE COSAS JUSTAS.—DOBLE SENTIDO DE LA JUSTICIA DE LA LEY.—Digo, pues, en primer lugar, que al concepto y a la esencia de la ley pertenece que mande cosas justas.

Esta tesis es no sólo cierta según la fe, sino además clara según la razón natural; y en esos términos la formulan no sólo los teólogos y los Santos Padres que luego aduciremos, sino también con frecuencia los filósofos que se citaron en el capítulo anterior.

Su interpretación es la siguiente. En dos sentidos puede entenderse que la ley debe ser justa: uno, respecto del acto mismo que deberá practicar el súbdito en fuerza de tal ley, es decir, que ese acto sea de tal naturaleza que el súbdito pueda practicarlo justamente; otro, respecto de la ley misma, es decir, que se le imponga al hombre sin cometer injusticia: en efecto, puede a veces suceder que el acto sea de tal naturaleza que el súbdito pueda practicarlo justamente —v. g. ayunar a pan y agua— y que sin embargo el superior le haga injusticia mandándole ese acto. Esta distinción es de SANTO TOMÁS.

Pues bien, esta tesis se entiende en el primer sentido o de la primera clase de ley justa, pues si hemos dicho que la ley debe mandar cosas justas, ha sido para distinguir ese primer sentido del segundo.

Además el término *justicia* unas veces significa la virtud particular de la justicia y otras veces significa todas las virtudes. Aquí, cuando decimos que la ley debe ser justa, hay que tomarlo en este sentido general, a saber, que lo que manda debe ser tal que pueda realizarse

justa y honestamente, es decir, virtuosamente. Pero esta misma propiedad puede entenderse en otros dos sentidos: negativamente, es decir, que lo que se manda no sea injusto ni malo, y positivamente, que sea justo y honesto.

3. Esta propiedad se entiende principalmente en el primero de estos dos sentidos, y en ese sentido es evidente, aunque la razón por que se da en las leyes divinas y en las humanas es distinta.

En las divinas la razón es la rectitud esencial de la voluntad divina, porque Dios es bueno en sumo grado y por eso no puede mandar nada malo. Además Dios no puede ser contrario a sí mismo; luego tampoco puede mandar a un mismo tiempo cosas opuestas mientras la oposición subsista. Pues bien, o la obra mandada es tal que de ninguna manera puede separarse de ella la malicia —por ejemplo, mentir, odiar a Dios, no creerle cuando habla claro, y otras semejantes— o es tal que puede la malicia separarse de la acción al cambiar la materia o la manera de obrar —por ejemplo, el homicidio y cosas así.

Cuando la obra es intrínsecamente mala de la primera manera, por el mismo hecho lo prohíbe la ley natural y —por consiguiente— también Dios como autor de ella; luego es imposible que la ley divina positiva contenga nada contrario a esa justicia natural, aunque por encima de ella sí puede mandar muchas cosas que son honestísimas en su línea.

Pero si la obra es de la segunda clase, por el mismo hecho de que Dios la mande será honesta, como puede verse en el caso de Abraham; y lo mismo sucede en otros casos semejantes de que hablaremos luego al tratar de la dispensa de la ley natural. Hay que observar que esta última manera de mandar no cabe en las leyes divinas generales sino a lo más en algunos y raros preceptos personales; por eso, tratándose de las leyes divinas, es cosa evidentísima que siempre encierran esta clase de justicia.

4. Tratándose de las leyes humanas, esto tiene su base en otro principio. En efecto, el legislador humano no tiene una voluntad perfecta como la tiene Dios, y por eso, por lo que toca a él y de hecho, a veces —como es claro—, puede mandar cosas injustas; sin embargo, no tiene poder para obligar con leyes injustas, y por eso, aunque mande cosas injustas, tal precepto no es ley, porque no tiene fuerza ni valor para obligar. Me refiero a una obra injusta contraria a la ley natural o divina, porque si es mala solamente porque la prohíbe una ley humana y ésta puede ser sustituida por otra ley, ya esta segunda ley no mandará una obra mala, por-

que, una vez revocada la primera ley, desaparece la malicia de la obra.

Con esto queda clara la razón de la tesis. Lo primero, porque ese poder procede de Dios; ahora bien, las cosas que proceden de Dios están bien ordenadas; luego se ha dado para bien y para edificación, no para mal y destrucción. Y lo segundo, porque ningún inferior puede obligar en contra de la ley y de la voluntad de su superior; ahora bien, ley que manda una acción mala va contra la ley de Dios que la prohíbe; luego no puede obligar, porque es imposible que los hombres —a un mismo tiempo— se vean obligados a hacer y a no hacer algo. Y si la acción mala está prohibida por la ley divina, la ley del inferior no puede suprimir la obligación que impuso el superior; luego tampoco puede imponer la suya; luego su ley acerca de tal acción no puede ser válida.

De esta justicia de la ley hablaba SAN AGUSTÍN cuando dijo: *A mí no me parece ley la que no es justa*. Y de esta misma puede entenderse aquello otro que dice: *Quien da leyes temporales, si es bueno y prudente consulta a la ley eterna para distinguir —según sus reglas inmutables— lo que se debe evitar y lo que se debe mandar en cada circunstancia*.

Por consiguiente, así como la ley eterna sólo manda cosas justas, porque ella misma es la justicia por esencia, así la verdadera ley humana debe ser una participación de aquélla; por eso válidamente no puede mandar más que cosas justas y honestas, conforme a aquello de los PROVERBIOS: *Por mí reinan los reyes y los legisladores decretan cosas justas*.

5. HONESTIDAD POSITIVA DEL ACTO MANDADO POR LA LEY.—De esto se deduce además que esta propiedad, aun en su sentido positivo, es necesaria para la ley, por más que esto no es aplicable a todas las leyes de la misma manera.

Lo primero se explica por lo dicho anteriormente; porque si la acción que se manda no es de suyo mala y el superior la manda, por ese mismo hecho puede ejecutarse honestamente, pues en virtud del precepto —aunque de suyo no siempre la tenga— recibe alguna honestidad. En efecto, así como una acción que de suyo no es mala se hace mala por la prohibición justa de su superior, así una acción que de suyo no es ni buena ni mala, se hará buena por una ley que la mande justamente; y así la ley siempre versa sobre una acción buena, porque o supone una acción buena o la hace buena.

Con esto queda aclarado también lo segundo. En efecto, las acciones mandadas, la ley a veces las supone buenas y honestas de suyo y lo

único que añade es hacerlas obligatorias, puesto que antes eran voluntarias y su omisión no era mala, pero una vez dada la ley, su omisión se hace mala y la acción es obligatoria para la honestidad, como aparece en la acción de oír misa, de ayunar y otras semejantes.

En cambio otras veces se da una ley acerca de una obra de suyo indiferente, por ejemplo, que se lleven o no se lleven armas en tal tiempo o lugar, y cosas semejantes: entonces la acción se hace buena en virtud y por el fin de la ley. Esa honestidad ordinariamente pertenece a alguna virtud especial según la capacidad de la materia sobre que versa la ley, porque señala el punto medio dentro de ella: esto es lo que sucede, por ejemplo, en la ley del ayuno que prohíbe para tal tiempo el uso de tales manjares de suyo indiferentes; y lo mismo en otras. Pero otras veces puede pertenecer solamente a la virtud de la obediencia o de la justicia legal, por ejemplo, en la ley que prohíbe llevar armas, y así en otras. Estas son las maneras como la ley debe ser justa por parte de la materia.

6. JUSTICIA DE LA LEY PERMISIVA.—Aquí podría hacerse una objeción acerca de la ley humana permisiva de algún mal: tal ley no parece tener por materia una cosa justa. De esta dificultad trata largamente SAN AGUSTÍN, y nosotros volveremos más tarde sobre ella. Ahora únicamente quiero decir que la materia de esa ley no es la obra mala sino la permisón de realizarla, y que la permisón de realizar una obra mala puede ser buena cuando Dios lo quiere, y que así tal ley versa sobre una materia justa.

Y si alguno insta diciendo que la permisón no es la materia de la ley sino su efecto, respondo —en primer lugar— que la permisón la da la ley únicamente en cuanto que manda que tal acción sea permitida y no castigada ni sancionada: de no ser así, no se salvaría su auténtica noción de ley, según consta por su género y según luego diré más largamente.

En segundo lugar, si alguno se empeña en decir que la materia de la ley es la acción, respondo que la acción misma puede considerarse bajo dos aspectos: uno como practicable, y que en cuanto tal es mala, y otro —digámoslo así— como permisible, y que bajo este aspecto no es materia mala ni contraria a la razón. Esto es decir que esa acción no es materia apta capaz de que la ley la haga obligatoria, pero que sin embargo es capaz de ser permitida, porque, con relación al fin de tal poder, no exige necesariamente prohibición o castigo, y que por consiguiente, en cuanto tal, es materia justa para tal ley.

7. COROLARIO 1.º: LA LEY REQUIERE QUE SEA HONESTA, Y A ESTA PROPIEDAD SE REDUCEN LAS DEMÁS PROPIEDADES DE SAN ISIDORO.—De esta tesis —entendida como hemos explicado— podemos deducir dos cosas. La una es que a la ley ante todo le pertenece la primera propiedad que puso SAN ISIDORO, a saber, que la ley sea honesta. Esto es suficientemente claro por el mismo sentido propio de la palabra.

Añado que a esta justicia de la ley se reducen muy bien todas las propiedades que puso SAN ISIDORO en el primer pasaje. Dice él allí —en primer lugar— que *ley será todo lo que consista en la razón*, es decir, que la ley debe ser conforme a la razón: esto no es otra cosa sino que debe ser justa en el sentido que hemos explicado; más aún, en esta propiedad entra virtualmente toda la justicia de la ley en su más pleno sentido, porque la ley no puede ser conforme a la razón en un sentido absoluto si no es justa en todos sus aspectos. Por eso SANTO TOMÁS no tomó ésta como una propiedad particular de la ley sino como una propiedad general que virtualmente las incluye todas; por eso a éstas las pasó en silencio.

8. En segundo lugar, SAN ISIDORO exige en la ley que *se ajuste a la religión*. Al explicar esto SANTO TOMÁS acerca de la ley humana, dice que debe ajustarse a la religión en el sentido de que debe conformarse con la ley divina. Ahora bien, esta conformidad consiste únicamente en que no mande lo que la ley divina prohíbe ni prohíba lo que ésta manda, y en este sentido es lo mismo ajustarse a la religión que ser honesta.

Pero podemos extender esta propiedad a toda clase de leyes, y a la religión —en un sentido más propio— entenderla como el rito auténtico de dar culto al verdadero Dios. En este sentido consta que la ley eterna, en cuanto que es preceptiva al exterior para los diversos tiempos, es muy conforme con el culto divino, ya que Dios por medio de esa ley lo ordena todo a su honor y gloria, y la razón principal por que prohíbe todo pecado es por ser contrario a su ley y a su bondad.

Asimismo la ley natural, que es la primera participación de la eterna, lo principal que manda es el culto de Dios. Por eso dijo SAN PABLO que los gentiles eran inexcusables, porque, conociéndole, no le glorificaron como a Dios. Y por eso también la ley natural no sólo no manda pero ni permite cosa que no sea conforme con la religión del verdadero Dios, pues, aunque no todos los preceptos de esa ley prescriben el culto de Dios, pero ninguno de ellos manda cosa que no pueda hacerse a gloria de Dios; y esto es ajustarse a la religión.

8 (*bis*). Tratándose de las leyes divinas positivas, esta propiedad es también evidente, ya que siempre se dieron de la manera más ajustada al culto divino y a la religión para determinados tiempos y pueblos, como veremos después al tratar de esas leyes y como muy bien puede colegirse de aquella frase del APÓSTOL: *Mudado el sacerdocio, necesariamente ha de mudarse la ley*. En efecto, aunque esto se dijo en particular por razón de la ley vieja, puede tener su base en esta propiedad de la ley —que debe ajustarse a la religión— y por eso, al cambiarse el rito de la religión, es preciso que ella se cambie. De esta manera suele explicar SAN AGUSTÍN la correspondencia y la razón de ambas leyes.

Finalmente, las leyes humanas, si son canónicas, lo que directa y primariamente buscan es el culto y la religión, y así casi todas ellas tratan de esa materia; cierto que algunas pueden tratar de otras materias, pero lo que más se procura siempre en ellas es que a la religión se le dé lo que se le debe y el ajustarse a ella. Por último, las leyes civiles, aunque no tengan de suyo este fin, sin embargo se subordinan a él, y así no deben serle contrarias: si no, no pueden ser justas; y de esta manera deben ajustarse a la religión. Porque esta propiedad puede entenderse positiva y negativamente, y aunque en algunas leyes se encuentra de la primera manera, en otras basta que se encuentre de la segunda, a saber, que no se opongan a la verdadera religión; y todo ello pertenece a la honestidad de estas leyes.

9. SAN ISIDORO exige en la ley —en tercer lugar— *que se adapte a la disciplina*, frase que SANTO TOMÁS explica así: *Que debe ser conforme a la ley natural*. Esta conformidad no puede consistir en otra cosa sino en que no se desvíe de los preceptos y mandatos de la ley natural, porque el legislador humano, al dar sus leyes, debe comportarse como un discípulo —digámoslo así— de la ley natural, y mandar lo que se ajuste a la disciplina de esa ley. Esto está muy bien dicho.

Sin embargo, si esa propiedad la entendemos de la disciplina con relación a los súbditos, muy bien podemos decir que toda ley da a los súbditos la enseñanza conveniente, y que así se adapta a la disciplina. En efecto, toda ley es una instrucción de los súbditos, según aquello: *La ley del Señor es inmaculada*, etc., *proporciona sabiduría a los pequeños*, porque toda ley justa es de alguna manera ley del Señor y proporciona sabiduría a los pequeños; luego respecto de ellos es una enseñanza; luego con razón se dice de toda ley que debe adaptarse a la disciplina.

Ahora bien, se dice que una instrucción moral —que es de la que se trata— se adapta a la disciplina cuando fomenta la virtud o de tal

manera es útil para otros fines que no perjudica sino más bien —en cuanto de ella depende— aprovecha a las buenas costumbres. Porque también esta propiedad puede entenderse en sentido positivo y negativo, y en cualquiera de ellos es suficiente a su manera.

Por más que apenas puede darse una ley no contraria a las buenas costumbres que no tenga alguna conformidad con la disciplina honesta si por lo demás es útil a la comunidad, que es la última de las propiedades de la ley. Porque añade SAN ISIDORO: *Que aproveche a la salvación*, que SANTO TOMÁS explica: *En cuanto que es conforme a la utilidad humana*, insinuando que a esta propiedad pertenece lo que antes se dijo, que la ley es útil al bien común; en este sentido también esta propiedad puede aplicarse a toda ley, según se explicó antes.

Sin embargo, esa palabra podría tomarse en un sentido más teológico entendiéndola de la salvación del alma, y tal vez esta fue la que tuvo ante los ojos SAN ISIDORO, pues eso es lo que suelen entender los Santos Padres con el nombre de salvación. Ahora bien, la ley, si es justa, tendrá esa propiedad porque la observancia de una ley justa —en cuanto de ella depende— aprovecha para la salvación.

Y así por medio de todas estas expresiones se explica la honestidad de la ley desde el punto de vista de su observancia por parte del súbdito. Ni son estas palabras superfluas, porque recorriendo sus distintos aspectos se explica más la honestidad de la ley y su relación con otros bienes más altos tocantes tanto a Dios como al alma.

10. COROLARIO 2.º: UNA LEY NO HONESTA, NI ES LEY NI OBLIGA NI PUEDE OBSERVARSE.—EN CASO DE DUDA SOBRE LA HONESTIDAD DE LA LEY, HAY QUE PRESUMIRLA Y, POR CONSEGUENTE, OBSERVAR LA LEY.—De lo dicho se deduce —en segundo lugar— que una ley que no tiene esta justicia u honestidad no es ley ni obliga, más aún, ni puede observarse.

Esto es claro, dado que una injusticia que sea contraria a la honestidad propia de la ley, es contraria al mismo Dios, porque lleva consigo culpa y ofensa de Dios; luego no puede observarse lícitamente, porque no es lícito ofender a Dios.

Además tal injusticia únicamente puede hallarse en las leyes dadas por los hombres; ahora bien, es preciso obedecer a Dios más que a los hombres; luego tales leyes no pueden observarse en contra de la obediencia debida a Dios. de la misma manera que —como argumenta SAN AGUSTÍN con un caso menos apremiante— no se obedece al pretor en contra de la orden del rey.

Pero advierten todos los doctores que es preciso que conste con certeza moral de la injusti-

cia de la ley, porque si es sólo dudosa, se ha de presumir a favor del legislador: lo primero, porque tiene un derecho más alto y está en posesión de él; lo segundo, porque se rige por una prudencia más elevada, y puede tener razones universales que se ocultan a los súbditos; lo tercero, porque en otro caso los súbditos se arrojarían una excesiva libertad en el cumplimiento de las leyes, ya que apenas puede haber leyes tan justas que no puedan ser discutidas con razones aparentes. Así lo enseñó SAN AGUSTÍN, a quien se cita en el DECRETO.

Qué grado de certeza es necesario tener acerca de la injusticia de la ley para que el hombre esté obligado a no obedecerla, suele enseñarse en los comentarios a la 1-2 de la Suma al tratar de la conciencia; algo diremos nosotros después al tratar de la obligación de la ley, sobre todo de la ley humana, pues estas son las leyes sobre las que más suelen surgir tales dudas, y estas dudas pueden ser muy diversas; por eso entonces solucionaremos este punto más oportunamente y de una manera completa. Por qué, en caso de duda, la presunción está a favor del legislador lo tratan largamente NICOLÁS DE TUDESCHIS, FELINO y TORQUEMADA.

10 (*bis*). SEGUNDA TESIS: LA LEY REQUIERE QUE SE DÉ JUSTAMENTE.—Digo —en segundo lugar— que la ley requiere que se dé justamente, y que si no se la da así, no será verdadera ley. La primera parte es común entre los autores. Y como tratándose de las leyes divinas es evidente que se dan justamente, probaremos la tesis con relación a las leyes humanas. Esta tesis es de SANTO TOMÁS y de todos sus comentaristas y de otros que se citarán enseguida.

Lo pruebo primero en general: La ley requiere que sea conforme a la razón, según demuestran todos los argumentos aducidos en el punto anterior y según reconocieron también todos los filósofos antes citados. Ahora bien, para que sea conforme a la razón, no basta que tenga una materia honesta sino también que observe una forma justa y razonable: esto es lo que significa que se dé justamente. Luego esto es necesario para la ley.

La explico también en particular, dando antes por supuesto que, cuando decimos que la ley requiere que se la dé justamente, no se trata del modo de obrar justamente por parte del que obra sino por parte de la obra misma.

En efecto, el modo de obrar por parte del que obra exige no sólo que nada falte por parte de la ley, sino también que el que obra se guíe

por buena voluntad, no por odio o pasión, y que, en el modo y circunstancias de obrar, por su parte proceda con prudencia. Ahora bien, esta manera virtuosa de obrar no es necesaria por parte del legislador para el valor de la ley, pues puede el príncipe, al dar la ley, obrar mal e injustamente, y sin embargo dar una ley justa, buena y válida.

En cambio, el modo que se exige por parte de la ley misma es que sea honesta no sólo la materia de la ley, sino también su forma; luego entonces se dice que una ley se da justamente cuando en ella se observa la forma de la justicia, como elegantemente explica SANTO TOMÁS.

11. TRIPLE VIRTUD DE JUSTICIA QUE SE DEBE PRACTICAR PARA DAR JUSTAMENTE UNA LEY.—La cosa puede explicarse más de la siguiente manera: Para dar una ley justamente, deben aparecer en su forma tres virtudes de justicia.

La primera es la justicia legal, a la cual le corresponde mirar por el bien común y, en consecuencia, observar los derechos de la comunidad. Ahora bien, este es el fin que principalmente debe buscar la ley, según se ha demostrado. Luego la ley debe darse justamente en conformidad con la justicia legal. En este sentido decía antes SANTO TOMÁS que la ley debe ser justa por el fin del bien común.

La segunda justicia es la conmutativa, a la cual le corresponde que el legislador no mande más que lo que puede. Esta justicia es muy necesaria para la validez de la ley. Conforme a esto, si el príncipe da una ley para los que no son súbditos suyos, peca contra la justicia conmutativa con relación a ellos, y eso aunque mande una acción de suyo honesta y útil. Y así dijo SANTO TOMÁS que en la ley se requiere justicia por parte del que la da.

La tercera justicia es la distributiva. También ésta se requiere en la ley, porque, al mandar a la multitud, como que distribuye la carga entre los componentes de la comunidad en orden a su fin; por eso es preciso que en esa distribución observe la igualdad de proporción que pertenece a la justicia distributiva y por eso será injusta si, aunque la cosa mandada no sea injusta, distribuye desigualmente las cargas. En este sentido dijo SANTO TOMÁS que en la forma de la ley justa se requiere igualdad de proporción.

De todo esto deduce con toda razón que, además de la injusticia por parte de la materia, la ley puede ser injusta de tres maneras, a saber, o por el fin del provecho particular y no del bien común, o por parte del agente por falta de po-

der, o por defecto de forma, o sea, de justa distribución. En conclusión, es cosa clara que la ley requiere que se la dé justamente de las tres maneras dichas.

12. PRUEBA DE LA NECESIDAD DE LA JUSTICIA PARA LA VALIDEZ DE LA LEY.—La segunda parte de la tesis —a saber, que esta justicia es hasta tal punto necesaria que sin ella la ley es inválida y no obliga— la ponen expresamente el mismo SANTO TOMÁS, SOTO, MEDINA y otros, ALFONSO DE CASTRO, VITORIA, NICOLÁS DE TUDESCHIS, FELINO y otros, y la apoya el DIGESTO, cuyos intérpretes pueden verse.

De este aspecto de la justicia entiende SANTO TOMÁS la frase de SAN AGUSTÍN que se ha citado antes: *No parece ser ley la que no es justa; y más claramente se refiere a esto aquello otro: Lo que se hace con derecho, se hace justamente. En cambio, lo que se hace injustamente tampoco puede hacerse con derecho. Porque no se han de juzgar ni llamar derechos las órdenes injustas de los hombres, diciendo como dicen ellos mismos que derecho es lo que mana de la fuente de la justicia.*

13. Finalmente, en este sentido se entiende muy bien la segunda propiedad que SAN ISIDORO puso en el segundo texto que hemos citado antes. Dice que *la ley debe ser honesta y justa*. Lo primero se refiere a la materia de la ley, según expliqué en la primera tesis; luego lo segundo se refiere —digámoslo así— a la forma de la ley, es decir, que se dé justamente.

Esto puede demostrarse además con la razón recorriendo los tres puntos que acerca de la justicia puso SANTO TOMÁS: el fin, el agente, la forma.

Acerca del primero vale todo lo que se dijo en el capítulo séptimo, en el cual demostramos que no es ley la que no se da para el bien común, y así en esta clase de justicia —que hemos llamado legal— entran las propiedades de la ley que SAN ISIDORO puso en el mismo texto, a saber, que sea necesaria, útil y para utilidad común, propiedades que ahora omitimos porque ya las hemos explicado antes.

A la justicia por parte del agente —o sea, la conmutativa— pertenece todo lo que dijimos en el capítulo octavo, y con ello quedó claro que una ley dada sin jurisdicción es nula.

14. NECESIDAD DE LA JUSTICIA DISTRIBUTIVA PARA LA VALIDEZ DE LA LEY.—Así que sólo

nos queda probar la tesis en su tercera parte de la justicia que se refiere a la forma, o sea, a la equidad distributiva. Acerca de ella, es claro que es necesaria para la justicia de la ley, porque si la ley se impone a unos y no a los otros a quienes toca por igual la materia de la ley, es injusta, a no ser que por una causa razonable se haga excepción, según se demostró antes.

Asimismo, imponer a todos cargas iguales sin tener en cuenta las fuerzas y posibilidades de cada uno, es también contrario a la razón y a la justicia, como es evidente.

Y que esta injusticia baste para la nulidad de la ley, lo afirma expresamente SANTO TOMÁS diciendo *que las tales, más que leyes, son actos de violencia, y que por tanto no obligan en conciencia*. Esto yo pienso que se debe entender así cuando la desproporción y desigualdad de la ley es tan grande que redunde en perjuicio común y en grave e injusta carga de los más de sus miembros.

Pero si sucede que la ley de suyo es útil pero alguna de sus excepciones injusta, no por eso la ley sería nula en absoluto ni dejaría de obligar a los otros, ya que a ellos propiamente no se les hace una injusticia —llamémosla así— positiva imponiéndoles tal carga: esto en sí mismo no era malo, y lo único que se hace es cometer cierta desproporción con relación a los otros y a toda la comunidad, desproporción que no parece suficiente para que la ley sea nula. Y si por la excepción de algunos se grava a los otros más de lo justo, la ley no obligará en lo que tiene de excesivo, pero podrá obligar en lo demás en que no es injusta, como puede verse en las leyes tributarias de que después hablaremos.

Esta parte se aclarará más al explicar la tercera propiedad principal de la ley que puso SAN ISIDORO, a saber, que la ley sea *posible*, y lo demás que allí añade: *conforme a la naturaleza, conforme a la costumbre de la patria, adaptada al tiempo y al lugar*. Todas estas —según explicaremos— no parecen ser más que determinaciones particulares del término *posible*.

15. TERCERA TESIS: PARA LA LEY SE REQUIERE QUE VERSE SOBRE UN OBJETO POSIBLE.—Digo —en tercer lugar— que para la ley se requiere que sea posible. Esta afirmación, tomada en general, es aplicable a toda ley. Para probarla y explicarla, hay que notar que la palabra *posible* puede entenderse en dos sentidos: uno en cuanto que se opone a absolutamente im-

posible; otro en cuanto que se opone a difícil, pesado, gravoso.

En el primer sentido esta propiedad es evidente por más que cavilen los herejes, ya que lo que no cae bajo la libertad no cae bajo la ley; ahora bien, lo que es absolutamente imposible no cae bajo la libertad, ya que la libertad —por su misma definición— requiere poder para obrar y no obrar; luego tampoco puede ser materia de ley.

Asimismo, cuando la trasgresión u omisión no puede imputarse a culpa ni pena, no puede haber lugar a ley, puesto que a su íntima esencia pertenece que incluya alguna obligación como elemento esencial; ahora bien, el omitir lo que es imposible no puede imputarse a culpa, de la misma manera que no se imputa a premio hacer lo que es absolutamente forzoso; luego las leyes no pueden versar sobre tales objetos.

16. CONFIRMACIÓN DE LA TESIS POR EL TRIDENTINO.—Al menos en este sentido define esta tesis el Concilio Tridentino aun tratándose de las leyes divinas, y BERLAMINO y VEGA la prueban extensamente por las Escrituras, por los Padres y también por la razón en contra de los herejes actuales. Luego con más razón deberán ser posibles las leyes humanas, porque proceden de un poder menor y son como participaciones del poder divino, y las razones que se dan para aquéllas mucho más tienen valor para éstas.

Añádase que SAN AGUSTÍN no sólo dice que Dios no manda imposibles sino también: *Créese firmemente que Dios, justo y bueno, no pudo mandar imposibles*. Luego ¿cómo podrá el hombre mandar imposibles?

En esto hay una gran diferencia entre Dios y el hombre: Dios puede mandar algunas cosas que son imposibles naturalmente, porque puede hacerlas posibles por su gracia, gracia que —en cuanto de El depende— no niega en el grado necesario para el cumplimiento de sus preceptos; por eso el precepto de Dios siempre es de cosa posible, porque lo que podemos por medio de los amigos es sencillamente posible si la ayuda del amigo es segura y está a punto. En cambio los hombres no pueden dar fuerzas para cumplir los preceptos sino que forzosamente deben darlas por supuestas, sea por parte de la naturaleza sea por parte de la gracia según la clase de precepto.

En este punto se ofrecen algunas dificultades sobre la posibilidad de amar a Dios, de vencer

la concupiscencia, de guardar los mandamientos; de ellas hablaremos en el tratado de la Gracia.

17. Así que cuando SAN ISIDORO exige en la ley que sea posible, hay que entenderlo conforme a esto último. Porque él trataba principalmente de la ley humana; por eso, para explicar la manera de ser de esa posibilidad, añade: *Conforme a la naturaleza*, es decir, teniendo en cuenta la fragilidad y la índole de la naturaleza.

Esto a su manera lo observa Dios mismo. Por ejemplo, Dios no manda a todos guardar virginidad, porque esto no era posible según la naturaleza. De la misma manera la ley canónica no manda comulgar en todas las fiestas, porque esto no podría practicarse dignamente dada la manera de ser de la naturaleza. Y así otras cosas. A esto pertenece también —como quiso SANTO TOMÁS— que la ley debe acomodarse a los súbditos según su capacidad; por eso no se imponen a los niños los mismos ayunos que a los mayores.

Añade también SAN ISIDORO: *Conforme a la costumbre de la patria*, porque la costumbre es una segunda naturaleza; por eso, lo que es contrario a la costumbre resulta muy contrario a la naturaleza y —en consecuencia— casi moralmente imposible. Pero esto hay que entenderlo de las costumbres honestas y útiles al estado, porque las malas costumbres la ley debe corregirlas; y aunque la ley alguna vez haya sido útil, si las cosas han cambiado tanto que ya resulta inútil y la que conviene al bien común es la contraria, también podrá la ley pasar por encima de la costumbre, según diremos después en su propio lugar.

Finalmente añade SAN ISIDORO: *Conforme al tiempo y al lugar*, porque en toda acción prudente se deben tener en cuenta estas circunstancias. Pero aquí no se consideran por parte del acto de mandar sino por parte de la materia o acción que se manda, porque no en todo lugar ni en todo tiempo son oportunas unas mismas acciones; por eso al dar las leyes hay que tener muy en cuenta estas circunstancias, como muy bien enseñó también SAN AGUSTÍN. Pero si uno se fija bien, estas circunstancias no son más que determinaciones particulares de la posibilidad, porque lo que en un tiempo es fácil, en otro resultará moralmente imposible, y lo mismo sucederá con el lugar. A veces también estas circunstancias, por alguna razón semejante, pueden pertenecer a la propiedad de la honestidad.

18. DIFERENCIA ENTRE LA INJUSTICIA POR PARTE DE LA MATERIA Y POR PARTE DEL MODO.—Finalmente, por la explicación de estas propiedades se entiende que ellas en tanto pueden afectar a la sustancia y a la validez de la ley en cuanto sean necesarias para la justicia o para la debida posibilidad de la ley humana, ya que el poder de dar leyes se les ha dado a los hombres con esta justa reserva. A un juicio prudente le toca determinar cuándo en estas condiciones el defecto es sustancial, juicio que ha de ser muy cierto para que por este capítulo se pueda tener por nula la ley.

En este punto es mucho más aplicable lo que dijo antes, que es preciso que la injusticia sea clara, no dudosa: lo primero, por las razones aducidas entonces, las cuales tienen aplicación también aquí; lo segundo, porque el peligro aquí es menor, ya que la duda es sólo acerca de un perjuicio temporal.

En efecto, se debe observar la diferencia que existe entre la injusticia por parte de la materia y la injusticia por parte del modo de darse la ley. En la primera, una vez que consta la injusticia, por ninguna razón es lícito obedecer, ni siquiera para evitar cualquier mal o escándalo, porque nunca es lícito obrar el mal por ningún fin; en cambio en el otro caso, aunque la ley de suyo no obligue, con tal de no cooperar a la injusticia puede el súbdito obedecer, porque puede ceder de su derecho. Con mucho mayor facilidad podrá estar obligado a obedecer en caso dudoso. Más aún, en el caso de que sea cierta la injusticia, a veces podrá estar obligado a ello para evitar el escándalo, pues éste hay que evitarlo aun con perjuicio temporal, según las DECRETALES y según lo enseñó SAN AGUSTÍN y lo observó SANTO TOMÁS; pueden verse también ADRIANO VI, GABRIEL BIEL, los juristas, NICOLÁS DE TUDESCHIS, ENRIQUE DE SEGUSIO y BELARMINO.

CAPITULO X

¿REQUIERE LA LEY QUE SEA PERPETUA?

1. ¿QUÉ PERPETUIDAD SE REQUIERE PARA LA LEY? SU DIVISIÓN EN POSITIVA Y NEGATIVA.—Dos perpetuidades suelen distinguir los filósofos, una por parte del comienzo —la llamada anterior— y otra por parte del fin —la llamada posterior—. No tratamos ahora de la primera, pues al dividir la ley dijimos que sólo existe

una ley eterna, la cual está en Dios, y que las otras son temporales por parte del comienzo. En efecto, aunque la ley natural puede llamarse de alguna manera eterna, como quiso la GLOSA del DECRETO —entiéndase objetivamente, o sea, en cuanto al ser de su esencia, según se explicará después—, sin embargo, tal como existe en las criaturas comenzó temporalmente con la criatura —como bien dijo GRACIANO— y así por la parte anterior no puede llamarse perpetua.

Tratamos, pues, de la perpetuidad para el futuro una vez que la ley ha sido dada. Esta perpetuidad suele además dividirse en perpetuidad absoluta —la cual se llama eternidad— y perpetuidad relativa —la cual puede llamarse duración larga y en la Escritura muchas veces se llama *aevum* o siglo eterno—. Y dejando otros significados más propios de la especulación, la perpetuidad de que tratamos es solamente cierta estabilidad de la ley la cual lleva consigo que conserve su ser —con valor y virtud para obligar— tan fijo y permanente en fuerza de su origen e institución, que de suyo dure siempre o por un tiempo indefinido y prolongado.

Esta clase de perpetuidad puede ser doble: una que puede llamarse negativa y otra positiva. Es negativa cuando la ley se da indefinidamente y por consiguiente tiene duración indefinida, aunque pueda ser revocada y desaparecer por causas extrínsecas; de esta manera se dice que la suspensión es perpetua negativamente, porque se da sin señalar término. Se llama perpetua positivamente la ley que —por su naturaleza o con palabras expresas— se da para que dure siempre y nunca sea revocada. Por ejemplo, la deposición se llama suspensión perpetua. Así que este problema puede plantearse acerca de las dos clases de perpetuidad. Y como toda la dificultad se centra en las leyes humanas, merecerá la pena solucionarla primero en las divinas.

2. PRIMERA TESIS: LA LEY DIVINA RECLAMA PARA SÍ LA PERPETUIDAD SEÑALADA.—Digo —en primer lugar— que toda ley divina participa de la dicha perpetuidad. Lo explico brevemente recorriendo cada una de ellas.

La ley eterna es perpetua con toda propiedad y absolutamente, porque es en sí misma inmutable. En efecto, aunque, con relación a las criaturas, no siempre se refiere a ellas con una misma manera de existencia, ni les impone leyes que duren para todo el tiempo sino en la medida señalada por Dios, sin embargo, en esa medida y por parte de Dios, la ley, una vez concebida por El, persevera perpetuamente.

También la ley natural puede llamarse perpetua absolutamente, porque tiene perpetuidad por parte de la mente en que está escrita, y —por parte del objeto— incluye necesidad intrínseca, ya que prohíbe lo que es intrínsecamente malo y manda lo que es de suyo necesario; ahora bien, lo que es necesario es perpetuo. Por eso GRACIANO la llama inmutable, y lo mismo se dice en las INSTITUCIONES y se explicará más largamente después en su propio lugar.

Y no importa que el precepto natural obligue en unas circunstancias y no en otras, como sucede ante todo en los preceptos afirmativos; esto no importa —repito— porque el precepto siempre es el mismo y por lo que a él toca obliga siempre aunque no en cada momento, y esto basta para que la ley sea perpetua. SAN AGUSTÍN explicó esto muy bien diciendo que la ley natural, *para que todo se haga con el mayor orden*, es inmutable, aunque pueda haber variantes en su aplicación a las distintas materias o circunstancias.

3. LA LEY VIEJA Y LA NUEVA PARTICIPAN DE ESA PERPETUIDAD.—Además, las dos leyes divinas positivas, la vieja y la nueva, pueden llamarse perpetuas a su manera, pero la primera tan sólo negativamente, la segunda también positivamente.

Lo primero es claro, porque la ley vieja tuvo una duración estable y muy permanente, aunque no irrevocable; luego tuvo perpetuidad negativa, porque se dio— sin la limitación de un tiempo determinado— para que durase por mucho tiempo; pero al fin fue revocada.

En cambio la ley nueva tiene perpetuidad positiva, porque no debe cambiarse hasta el fin del mundo. Obsérvese que el término *perpetuo* lo tomamos aquí en comparación con el sujeto, que es el género humano, no en comparación con toda la eternidad.

Únicamente podría uno dudar acerca de la ley vieja, ya que no parece que se dio indefinidamente sino para un tiempo determinado, a saber, *hasta la venida de la descendencia*, como dice SAN PABLO. Pero se responde que, aun concediendo eso, tuvo suficiente perpetuidad negativa, porque se dio para que durase hasta que fuera eliminada por otra ley mejor, sea que después necesitó de una revocación positiva, sea que, cambiadas las cosas, cesó espontáneamente, punto que después trataremos en su propio lugar.

4. SEGUNDA TESIS: LA LEY HUMANA NO ES

DE TAL FORMA PERPETUA QUE NO PUEDA SER REVOCADA.—¿REQUIERE LA LEY ALGUNA CLASE DE PERPETUIDAD?—PRIMERA OPINIÓN, NEGATIVA.—Vamos a hablar —en segundo lugar— de la ley humana. Acerca de ella damos por supuesto que no es de tal forma perpetua que sea irrevocable, ya que su autor próximo es mudable y así puede cambiarla; él mismo puede faltar, y su sucesor, que tiene igual poder, podrá cambiarla; y la misma ley, de suyo y por razón de su materia y de la costumbre humana, también puede faltar, como se dirá más largamente después en su propio lugar. Luego esta ley no es perpetua positivamente.

La única duda que puede quedar es acerca de una perpetuidad negativa que excluya un tiempo fijo y determinado.

Acerca de esta duda se pueden aducir dos opiniones. La primera excluye toda perpetuidad como propia de la ley humana. Así piensa la GLOSA de las DECRETALES cuando dice que algunos cánones son temporales. Más expresamente enseña esto mismo LUIS GÓMEZ con DOMINGO DE SAN GEMINIANO, al cual cita. Y puede probarse: lo primero, porque ni SAN ISIDORO ni SANTO TOMÁS pusieron esta propiedad entre las exigidas para la ley humana. Lo segundo, porque sola la duración es muy accidental y depende de la voluntad del príncipe; de donde se sigue que si la ley se da en general, aunque se dé para un tiempo determinado será verdadera ley, pues obligará de la misma manera y tendrá todos los demás efectos de la ley. Lo tercero, se aducen ejemplos de verdaderas leyes del DECRETO, de las EXTRAVAGANTES y de las reglas de la Cancillería que no son perpetuas.

5. SEGUNDA OPINIÓN, AFIRMATIVA.— La segunda opinión afirma que la perpetuidad se requiere para la ley, estatuto o constitución. Esto sostiene la GLOSA de las DECRETALES, NICOLÁS DE TUDESCHIS en su comentario, ENRIQUE DE SEGUSIO y GUIDO DE BAYSIO. Este une estas dos cosas, que la ley debe ser perpetua y común, y cita el DECRETO, en el cual nada se dice de la perpetuidad sino de la comunidad, por lo que parece que una propiedad la deduce de la otra. La misma opinión siguen BARTOLO y AZPILCUESTA, y puede verse en SANTO TOMÁS cuando dice que los preceptos judiciales establecidos por los hombres obligan perpetuamente mientras dure la misma situación de gobierno.

Esta opinión suele fundarse en la ley *Edenda* del Código del Derecho Civil: *Según advierte la autoridad del edicto perpetuo*, y mejor todavía

en la ley *Arrianus* y en las INSTITUCIONES, pero en nada mejor que en las DECRETALES, en donde se dice que los estatutos dados por un legado en su provincia duran perpetuamente. Acerca de esto hay que tener en cuenta que ese decreto es declarativo, no concesivo de un favor especial: el Papa da por supuesto que su legado puede crear estatutos, y del concepto de estatuto deduce que tales estatutos perduran después de la partida del legado, ya que de la esencia del estatuto es el ser perpetuo.

6. De aquí se saca el siguiente argumento: Un precepto general dado para toda la comunidad y para su bien común, no es ley; ahora bien, lo único en que se diferencia de la ley es en la perpetuidad; luego es señal de que la perpetuidad es propia de la ley.

Prueba de la mayor: tienen efectos morales muy distintos, pues las diferencias o distintos efectos que suelen atribuir los autores a una censura dada por estatuto o por sentencia general se fundan únicamente en la diferencia entre precepto y estatuto: la excomunión por sentencia es de origen personal y se da mediante un mero precepto, en cambio la excomunión por estatuto la da el derecho, como explican largamente FRANCO y COVARRUBIAS.

La menor es clara, porque aunque la diferencia entre estatuto y precepto se manifieste posteriormente en los efectos —por ejemplo, en que el estatuto obliga a los no súbditos que se hallan o que cometen la falta en el territorio, no así el precepto, conforme al capítulo *A nobis* antes citado y a otros textos semejantes—, sin embargo esta diversidad en los efectos supone diferencia en las causas en sí mismas y en su ser; ahora bien, ninguna otra diferencia puede concebirse fuera de la perpetuidad.

7. LA SEGUNDA OPINIÓN ES MÁS CONFORME AL DERECHO.—TRIPLE PERPETUIDAD DE LA LEY HUMANA.—Esta segunda opinión —hablando en general— es más conforme al derecho; sin embargo, como puede haber discusión sobre las fórmulas, es preciso explicar más la cosa misma, y de este modo se verá fácilmente si acaso la primera opinión puede entenderse en algún sentido que sea verdadero.

Digo, pues, que la ley humana propiamente dicha tiene una triple perpetuidad o estabilidad moral. La primera por parte del que la da: que no desaparece al desaparecer él, ni muere con su muerte. La segunda por parte de los súbditos para quienes se da: que no obliga solamente a los presentes que o han nacido o habitan en el territorio cuando se da la ley, sino también a sus sucesores que nazcan después o vivan allí poste-

riormente. La tercera por parte de la ley misma: que una vez dada perdura siempre hasta tanto que o sea revocada, o su materia o la causa cambie de tal manera que deje de ser justa.

8. PRIMERA PERPETUIDAD REQUERIDA EN LA LEY: POR PARTE DE QUIEN LA DA.—La primera perpetuidad se prueba claramente por el citado capítulo último *De officio legati*. Y se confirma además porque no parece dudoso que el legislador pueda obligar de esta manera con sus leyes.

Lo primero, porque esto —como mínimo— prueban los textos jurídicos citados. Lo segundo, porque esta es la costumbre de todas las leyes humanas, como es claro. Lo tercero, porque para el fin de tales leyes es necesaria por lo menos esta inmutabilidad; de no ser así, cada día se harían grandes cambios de leyes en el estado con gran daño de éste. Lo cuarto, porque tratándose de las leyes civiles, el poder de darlas reside ante todo en la comunidad, de donde se sigue que, de la misma manera que la comunidad no muere, así puede dar leyes que no cesen por la muerte de nadie; luego al traspasar su poder al príncipe también le dio la facultad de dar leyes que no cesen con su muerte.

Con más razón se prueba eso mismo tratándose de las leyes canónicas, ya que el poder de que proceden proviene de Cristo, que no muere, que quiso que se obedeciese a las leyes de su vicario como a suyas propias, y que es de creer que dio un poder a propósito para una sociedad humana y para su conveniente gobierno.

Así que no se puede dudar acerca del poder mismo. Luego cuantas veces el príncipe manda estableciendo algo sin más, es de creer que manda de esta manera, porque al establecer la ley sin añadir limitación alguna, manda de una manera estable dentro de lo que él puede y de lo que parece exigir el fin de la ley.

9. CONFIRMACIÓN DE ESTA TESIS POR LA DIFERENCIA ENTRE UN PURO PRECEPTO Y UN ESTATUTO O CONSTITUCIÓN.—Se explica esto más por el común sentir de los doctores, los cuales entre el precepto de origen personal y el dado en forma de constitución, establecen esta diferencia, que el puro precepto expira con la muerte de quien lo dio, no así la ley o estatuto.

Así lo observan SAN ANTONINO y BERNARDO DE MONTMIRAT, los cuales muy bien hacen notar que una delegación de origen personal, si la ejecución está todavía por comenzar, expira con la muerte del delegante, no así la delegación que procede del derecho o mediante una ley, porque la ley no muere.

Esto mismo prueba largamente RESTAURO CASTALDO demostrando que si cambian el rey

o el emperador, no por eso cambian sus leyes, porque son perpetuas. Y lo mismo SILVESTRE cuando dice: *Tales preceptos expiran con la muerte de quien los dio, a no ser que se den a manera de constitución, según interpreta la costumbre*; como se ve, la diferencia la fundamenta únicamente en la costumbre. Y lo mismo cuando deduce que los preceptos dados por autoridades inferiores que no pueden dar constituciones, expiran con la muerte de ellos, en cambio todas las disposiciones que se dan por ley o estatuto, perduran después de la muerte de quien las dio. Lo mismo enseñan SANTIAGO MENOCHIO y ANTONIO DE CÓRDOBA, a los cuales cita y sigue TOMÁS SÁNCHEZ.

10. ACOTACIÓN DE ALGUNOS A LA DIFERENCIA ENTRE PURO PRECEPTO Y ESTATUTO.—Esa misma diferencia enseña GABRIEL VÁZQUEZ, pero parece que la interpreta únicamente con relación a los preceptos particulares que se imponen a determinadas personas. Conforme a eso, la razón de dicha diferencia la deduce de la naturaleza del mismo precepto y de la ley. En efecto, la ley, como se da para la comunidad y para el bien común, parece que el príncipe la da en nombre de la comunidad misma; por eso, como la comunidad perdura siempre, también perdura siempre la ley aunque el príncipe muera.

En cambio el precepto particular —dice— el príncipe o superior lo impone a uno en cuanto que tiene el cuidado de él, pues mira al bien particular de este o de aquel ciudadano; por eso el príncipe lo da no tanto en nombre de la comunidad como en el suyo propio en cuanto que a él le toca el cuidado de cada uno de los ciudadanos, y, como ese cuidado expira por la muerte o cambio del superior, también cesa el precepto.

11. REFUTACIÓN DE LA ACOTACIÓN ANTERIOR.—Pero hay que decir que la diferencia señalada tiene valor no sólo para el precepto dado a una persona particular —el cual, por el mero hecho de no ser precepto general, ya no es ley —sino también para el precepto general dado a una comunidad para su bien general, como muy bien explicaron MENOCHIO, CÓRDOBA y SÁNCHEZ —antes citados— en contra de un cierto PEDRO PEUZEZIS. Este, acerca de los preceptos generales, dijo que no expiraban por la muerte del que los dio, lo cual es falso, porque la costumbre que alega SILVESTRE vale lo mismo para cualquier clase de preceptos.

De ahí deduzco que la razón adecuada de esta diferencia no puede tomarse del hecho de que el precepto proceda del cuidado de cada persona en particular y de que no se dé en nombre de la comunidad, porque el precepto general, aunque no se dé en forma de estatuto, mira al cuidado de toda la comunidad y a su bien. Añádase que las leyes canónicas no se dan en nombre de toda la república o comunidad, porque el poder con que esas leyes se dan no tuvo su origen en la comunidad, y sin embargo esa diferencia tiene lugar también en las leyes y preceptos eclesiásticos.

Y por el contrario, aunque el rey mande a una persona particular, si quiere puede imponerle un precepto de forma que perdure después de su muerte hasta que un sucesor suyo lo revoque; porque si puede mandar a la comunidad ¿por qué no a una persona particular?; y sin embargo, aun entonces se dirá que da aquel precepto como quien tiene el cuidado particular de aquella persona; luego esa no es la razón adecuada de que expire el precepto.

Además, cuando la comunidad traspasó su poder al príncipe, le confió no sólo el cuidado de la comunidad sino también el de cada uno. Ahora bien, la comunidad misma tenía poder para imponer un precepto particular que obligase a una persona determinada hasta tanto que fuese revocado. Luego también traspasó al príncipe este poder; luego el príncipe puede imponer un precepto particular de esa manera; luego la diferencia no proviene del hecho de que un precepto sea particular o general, sino del hecho de que —aunque sea general— se da o en forma de ley o en forma de precepto personal.

12. Expliquémoslo más. Se trata, o de un príncipe que tiene poder para dar leyes, o de una autoridad o gobernante inferior que puede dar preceptos pero no leyes.

Acerca del primero es cosa clara que, aunque pueda dar leyes, también puede mandar a la comunidad de otra manera que dando leyes. Pues bien, por ninguna otra cosa pueden distinguirse mejor estos dos modos de mandar que por la dicha perpetuidad. En efecto, habiéndose demostrado que por medio de la ley se impone una obligación que perdure después de la muerte de quien la dio, y que esta manera de mandar es la que más se ajusta al gobierno del estado y al poder legislativo, lo natural es que cuando el príncipe declara sencillamente que da un estatuto o ley, lo que da es un precepto que perdu-

re de esta manera y que por consiguiente lo que significa el término ley es un precepto de esa clase. En cambio, cuando solamente manda sin dar ley, es señal de que manda no para el tiempo futuro sino para el tiempo presente, o sea, para el tiempo de su gobierno y que no hace uso del poder legislativo propiamente dicho sino únicamente del preceptivo, y por ello con razón se juzga que tal precepto expira con la muerte de quien lo dio. Luego con más razón sucede lo mismo —en general— con el precepto de quien no tiene poder para dar estatutos, porque el que su precepto cese con su muerte o con su remoción del cargo, parece provenir no sólo de su voluntad sino también de su falta de poder. El resultado es el mismo en ambos casos, según dije en el tratado de las Censuras.

Con todo, podría suscitarse un problema: En el caso de que ese superior quiera mandar algo con expresa declaración de que su precepto perdure aun después de su muerte hasta tanto que algún sucesor suyo lo revoque ¿es válida tal disposición? Pero este problema no tiene que ver con el que ahora nos ocupa, y lo dejamos para otro lugar; ahora nos basta que, de derecho ordinario y general, un simple precepto —quienquiera que sea el que lo dé— no tiene estabilidad, y que en esta estabilidad la ley supera al precepto personal.

13. Con esto está relacionado también el axioma vulgar que dice que el mandato expira con la muerte del mandante. Así el CÓDIGO y las DECRETALES, los doctores en general en sus comentarios, COVARRUBIAS y los autores de Sumas en general en la palabra *Mandato*. Pero en ese axioma esa palabra se toma por mandato personal, no por ley. Más aún, observa SILVESTRE que mandato se toma allí no por cualquier precepto que obligue a hacer algo sino por delegación de jurisdicción; porque tratándose de un precepto —así llamado pura y propiamente, sencillamente y sin limitación alguna— es verdad que cesa con la muerte del que lo dio; en cambio, tratándose del mandato, en el derecho se añade una limitación, *si la ejecución está todavía por comenzar*, pues si está ya comenzada, se reafirma la jurisdicción para que perdure aun después de la muerte del mandante.

Esto está bien observado; sin embargo, el término *mandato* no hay que restringirlo únicamente a la comisión o delegación de la jurisdicción propiamente dicha: esa norma es también aplicable al mandato de tramitar, de dar o de hacer

algo en nombre de otro, según consta por el CÓDIGO, por el DIGESTO y en nuestro reino por las PARTIDAS, y según lo observan COVARRUBIAS y ANTONIO GÓMEZ, que citan a otros muchos. Pero de esto trataremos en otro lugar.

14. SEGUNDA PERPETUIDAD DE LA LEY: POR PARTE DE LOS SÚBDITOS.—La segunda perpetuidad de la ley es por parte de aquellos para quienes se da, porque obliga no sólo a los actuales sino también a los venideros tan pronto como comienzan a formar parte de la comunidad a la que se ha impuesto la ley.

Esto se contiene también en la GLOSA, en INOCENCIO, en NICOLÁS DE TUDESCHIS y en otros a propósito de las DECRETALES, y lo hace notar COVARRUBIAS en el DECRETO, en el cual señala la diferencia que en este punto existe entre la excomunión que se da por sentencia general con fuerza de precepto y la que se da por estatuto o ley: la primera alcanza solamente a aquellos que son ya súbditos al darse el precepto; la segunda a todos los que después comienzan a ser súbditos, porque la ley obliga a todos; así que por esta parte tiene perpetuidad.

Esta diferencia hay que entenderla bien, es decir, en cuanto a la duración absoluta aun después de la muerte del que dio la sentencia, pues la sentencia general, durante el tiempo en que se conserva en su vigor, también obliga a los nuevos súbditos, según dije en el tratado de las Censuras; así que la diferencia sólo puede estar en que la ley tiene una mayor independencia nacida de la primera perpetuidad; por consiguiente, ya es bastante que esta propiedad le competa a la ley de una manera más perfecta y más estable.

Esto puede demostrarse además por una inducción clasísima: que de esta manera obligan y obligaron siempre todas las leyes positivas de la Iglesia, de los reinos y del derecho civil.

Y la razón es —lo primero— que la ley se da para velar por el futuro, y por eso obliga no sólo a los actuales sino también a los venideros. Lo segundo, que la ley se da directamente para la comunidad, y, por consiguiente, obliga a sus miembros; ahora bien, la comunidad es perpetua y siempre es la misma, por más que sucesivamente cambien o se aumenten sus miembros, y por eso también la ley, mientras perdura y no se revoca, obliga a toda la comunidad y a todos sus componentes. Lo tercero, que quien nace de nuevo en una comunidad, por ese mismo hecho nace sujeto a sus leyes, e igualmente quien se agrega a ella voluntariamente, se somete a

sus leyes; porque es esencial a la parte que se adapte al todo, condición que, como por derecho natural, va incluida en toda humana convivencia; luego también es esencial a la ley que se dé con esa condición.

15. TERCERA PERPETUIDAD: LA QUE NACE DE LA NATURALEZA DE LA LEY.—El mismo fundamento tiene la tercera perpetuidad, que consiste en que la ley perdura mientras no se revoca o mientras no cambia su materia. En efecto, para el buen gobierno del estado se necesitan preceptos dotados de esta estabilidad, los cuales sean normas fijas y permanentes y medida de las acciones. Ahora bien, según el uso de los textos jurídicos y de los doctores, tales preceptos son los que se significan con el nombre de leyes.

La menor se ha probado ya suficientemente al exponer la segunda opinión. La mayor consta también por la experiencia y por la razón, porque el gobierno humano, para que sea útil, pide estabilidad y uniformidad.

Asimismo, porque la ley humana se da para la comunidad, la cual es perpetua por su naturaleza, y se da para el bien general, el cual debe ser también estable, y se deriva de la ley natural, que es perpetua; luego, para que se dé como conviene, debe acomodarse —en cuanto sea posible— a todas estas cosas e imitar sus propiedades.

Además, esta perpetuidad se sigue de la primera, porque si la ley perdura después de la muerte del primer legislador si él no la revoca, por la misma razón perdurará de la misma manera y bajo la misma condición en vida del sucesor y después de su muerte, y lo mismo pasará con el segundo sucesor, y así indefinidamente, pues no hay más razón para el uno que para el otro mientras la materia no cambie de tal forma que la ley resulte injusta.

Además, esta tercera perpetuidad es necesaria para la segunda, porque —como es claro— para que la ley obligue de suyo siempre por parte de los súbditos y de sus sucesores, es necesario que ella misma persevere en su propio ser y vigor.

Expliquemos finalmente la cosa con un ejemplo: antiguamente la bula *In Coena Domini* se promulgaba para un solo año, y entonces se pensaba que sus censuras eran de origen personal; pero más tarde, desde el tiempo de GREGORIO XIII, se promulgó para mientras no fuera revocada, y desde entonces se juzgó que sus censores procedían del derecho, como observó AZPILCUETA en el comentario de aquella bula; esto es señal de que para hacer derecho —que es lo mismo que hacer ley— es necesaria esta clase de perpetuidad.

16. De esto resulta que cuando un precepto del superior se da para un tiempo limitado, de suyo y de derecho ordinario no es verdadera ley. He dicho *de suyo y de derecho ordinario* porque si el legislador, al dar el precepto temporal, quisiera establecer y declarar que durante ese tiempo tuviera —por así decirlo— la fuerza y los privilegios propios de la ley, podría hacerlo, ya que ese proceder no envuelve contradicción, pero eso sería como haciendo una dispensa. Por eso juzgo que tal cosa sólo puede hacerla un gobernante soberano, cual es el rey en lo temporal y el Papa en lo eclesiástico, ya que en materia de derecho común y ordinario —sobre todo en un punto tan grave— los inferiores no pueden conceder dispensas. Pero en ese caso la ley conservaría la clase de perpetuidad que consiste en no depender de la vida de quien la dio, ya que, si en ese tiempo éste faltase, a pesar de ello la ley perduraría hasta el tiempo señalado.

Por la misma razón el soberano puede dar un decreto o precepto declarando su deseo de que esté en vigor por el tiempo de su vida y no más y que en todo lo demás tenga fuerza y vigor de ley, ya que tampoco en esto hay contradicción y el príncipe puede hacer uso de su poder en la forma en que él quiera; y como esta manera de ser o propiedad de la ley depende del modo como se establezca, el príncipe puede cambiarla cuando lo juzgue conveniente. Pero en ese caso, en realidad esa no sería ley en el sentido pleno que tiene esta palabra tomada absolutamente, sino en un sentido limitado y —por decirlo así— por dispensa.

17. Tal vez esto es lo que querían los autores de la primera opinión, puesto que reconocen que la ley regularmente es perpetua, pero que esta propiedad no es tan esencial a ella que no pueda darse de otra manera, lo cual casi viene a ser lo mismo.

Pero nosotros añadimos que el nombre de ley en realidad significa un precepto que sea durable en la forma que se ha dicho, y que, por el contrario, un precepto que no sea durable en esa forma, aunque bajo el concepto de precepto sea esencialmente lo mismo, ya no es verdadera ley.

Expliquémoslo con un ejemplo: A la esencia de la felicidad beatífica pertenece la perpetuidad; de ahí que, aunque Dios pueda dar al hombre una visión de sí que pase pronto, esa visión será de la misma naturaleza que la visión beatífica, pero no será sencillamente la felicidad beatífica. Lo mismo —a su manera— podemos decir de la ley.

Por consiguiente, a la primera razón de aquella opinión respondo —en primer lugar— que no era necesario que SAN ISIDORO y SANTO TOMÁS pusieran explícitamente todas las propieda-

des de la ley; basta que en esas que ponen estén implícitas las restante: de esta forma la perpetuidad de la ley está implícita en el concepto del bien común.

Añado —en segundo lugar— que no las omitieron del todo: Ya aduje el pasaje de SANTO TOMÁS en que bastante expresamente hace mención de la perpetuidad; y si se lee atentamente la cuestión 95, de la ley humana siempre habla como de una norma permanente y estable. Y las razones de ARISTÓTELES que allí aduce para probar la honestidad de las leyes, todas ellas prueban que esas leyes deben ser fijas, estables, y que no deben cambiarse mientras dure una misma situación del estado y de las cosas. Esa misma cuestión 95 presenta a la ley como una norma directiva permanente de los actos humanos. En el mismo sentido habla siempre de la ley SAN ISIDORO.

18. En cuanto a lo segundo, ya se ha dicho que si la ley se da para un tiempo determinado por voluntad del legislador, más que ley será precepto, o ley en un sentido restringido y como analógico.

En cuanto a lo tercero de los ejemplos, digo —en primer lugar— que no hay razón para alegar el DECRETO, porque no dice que las leyes sean temporales, es decir, no perpetuas de suyo, sino que lo que dice es que se deben juzgar —es decir, entender e interpretar— teniendo en cuenta las circunstancias de los tiempos y lugares en que se dieron. En este sentido, reconocemos que no todas las leyes se dan para todos los tiempos, que unas convienen para unos tiempos y otras para otros, y que se cambian según las circunstancias, lo cual no impide que tengan su perpetuidad en tanto que no cambia el estado de cosas ni ellas son revocadas, según se ha explicado.

Sobre la Extravagante *Ad regimen*, digo que no parece ser una ley propiamente dicha sino una reserva muy amplia y general acerca de la promesa de prebendas y beneficios, la cual hizo BENEDICTO XII sólo para el tiempo que él viviera, como expresamente se dice en ella; y la llama constitución porque quiso que durante aquel tiempo tuviese fuerza y estabilidad de ley y porque tuvo una duración determinada únicamente por parte de la materia, que fue temporal.

Sobre las reglas de la Cancillería, muchos niegan que sean verdaderas leyes, como a propósito de ellas dicen LUIS GÓMEZ y FELINO; o al menos, si se dan en forma de leyes y constituciones, su duración es de suyo perpetua, aunque,

por especial declaración del Papa, tal vez tengan alguna limitación; pero no podemos detenernos más en esto.

CAPITULO XI

¿SE REQUIERE PARA LA LEY SU PROMULGACIÓN?
¿QUÉ PROMULGACIÓN BASTA?

1. Esta propiedad la exigen casi todos los doctores como complemento de la ley —según puede verse en SANTO TOMÁS y en otros escritores al comentar a aquél y a propósito de los textos jurídicos que pronto aduciremos, y en los autores de Sumas— y parece que la incluyó SAN ISIDORO en otra propiedad en la que exige que la ley sea clara y *manifiesta*, no sea que, por oscuridad, resulte ambigua.

Esta propiedad puede entenderse —en primer lugar— de las palabras mismas: que sean claras para que no ofrezcan ocasión de error o tergiversación ni de opiniones e interpretaciones, de las cuales suelen nacer engaños y contiendas. En este sentido principalmente parece que la puso SAN ISIDORO. Y así entendida es muy necesaria para la perfección de la ley; pero no es de su esencia, y apenas es posible humanamente emplear tal diligencia que queden eliminadas las dudas que pueden surgir sobre la interpretación de las leyes.

En un segundo sentido puede entenderse eso de que la ley debe ser manifiesta: que se proponga públicamente para que pueda ser leída u oída por todos. En este sentido resulta una propiedad más esencial, y tal la pretende o al menos la supone SAN ISIDORO, ya que él trata en particular de la ley humana, cuyo nombre antes había dicho que se derivaba de leer porque debe estar escrita para que todos puedan leerla. Por eso, en el mismo pasaje, deduce que *debe estar escrita para utilidad común*, cosa que no podrá tener si no se promulga. Y en el mismo libro dice que *ley es una constitución del pueblo por la que los ancianos, a una con la plebe, han decretado algo*. En esto va implícita la promulgación.

La misma propiedad señala GRACIANO al explicar unas palabras de SAN AGUSTÍN que había citado antes, a saber, *que las leyes, una vez que han sido establecidas y confirmadas, no pueden ser juzgadas por los súbditos*; añade GRACIANO que *las leyes se establecen cuando se promulgan y se consolidan cuando las acepta la costumbre*.

des de la ley; basta que en esas que ponen estén implícitas las restante: de esta forma la perpetuidad de la ley está implícita en el concepto del bien común.

Añado —en segundo lugar— que no las omitieron del todo: Ya aduje el pasaje de SANTO TOMÁS en que bastante expresamente hace mención de la perpetuidad; y si se lee atentamente la cuestión 95, de la ley humana siempre habla como de una norma permanente y estable. Y las razones de ARISTÓTELES que allí aduce para probar la honestidad de las leyes, todas ellas prueban que esas leyes deben ser fijas, estables, y que no deben cambiarse mientras dure una misma situación del estado y de las cosas. Esa misma cuestión 95 presenta a la ley como una norma directiva permanente de los actos humanos. En el mismo sentido habla siempre de la ley SAN ISIDORO.

18. En cuanto a lo segundo, ya se ha dicho que si la ley se da para un tiempo determinado por voluntad del legislador, más que ley será precepto, o ley en un sentido restringido y como analógico.

En cuanto a lo tercero de los ejemplos, digo —en primer lugar— que no hay razón para alegar el DECRETO, porque no dice que las leyes sean temporales, es decir, no perpetuas de suyo, sino que lo que dice es que se deben juzgar —es decir, entender e interpretar— teniendo en cuenta las circunstancias de los tiempos y lugares en que se dieron. En este sentido, reconocemos que no todas las leyes se dan para todos los tiempos, que unas convienen para unos tiempos y otras para otros, y que se cambian según las circunstancias, lo cual no impide que tengan su perpetuidad en tanto que no cambia el estado de cosas ni ellas son revocadas, según se ha explicado.

Sobre la Extravagante *Ad regimen*, digo que no parece ser una ley propiamente dicha sino una reserva muy amplia y general acerca de la promesa de prebendas y beneficios, la cual hizo BENEDICTO XII sólo para el tiempo que él viviera, como expresamente se dice en ella; y la llama constitución porque quiso que durante aquel tiempo tuviese fuerza y estabilidad de ley y porque tuvo una duración determinada únicamente por parte de la materia, que fue temporal.

Sobre las reglas de la Cancillería, muchos niegan que sean verdaderas leyes, como a propósito de ellas dicen LUIS GÓMEZ y FELINO; o al menos, si se dan en forma de leyes y constituciones, su duración es de suyo perpetua, aunque,

por especial declaración del Papa, tal vez tengan alguna limitación; pero no podemos detenernos más en esto.

CAPITULO XI

¿SE REQUIERE PARA LA LEY SU PROMULGACIÓN?
¿QUÉ PROMULGACIÓN BASTA?

1. Esta propiedad la exigen casi todos los doctores como complemento de la ley —según puede verse en SANTO TOMÁS y en otros escritores al comentar a aquél y a propósito de los textos jurídicos que pronto aduciremos, y en los autores de Sumas— y parece que la incluyó SAN ISIDORO en otra propiedad en la que exige que la ley sea clara y *manifiesta*, no sea que, por oscuridad, resulte ambigua.

Esta propiedad puede entenderse —en primer lugar— de las palabras mismas: que sean claras para que no ofrezcan ocasión de error o tergiversación ni de opiniones e interpretaciones, de las cuales suelen nacer engaños y contiendas. En este sentido principalmente parece que la puso SAN ISIDORO. Y así entendida es muy necesaria para la perfección de la ley; pero no es de su esencia, y apenas es posible humanamente emplear tal diligencia que queden eliminadas las dudas que pueden surgir sobre la interpretación de las leyes.

En un segundo sentido puede entenderse eso de que la ley debe ser manifiesta: que se proponga públicamente para que pueda ser leída u oída por todos. En este sentido resulta una propiedad más esencial, y tal la pretende o al menos la supone SAN ISIDORO, ya que él trata en particular de la ley humana, cuyo nombre antes había dicho que se derivaba de leer porque debe estar escrita para que todos puedan leerla. Por eso, en el mismo pasaje, deduce que *debe estar escrita para utilidad común*, cosa que no podrá tener si no se promulga. Y en el mismo libro dice que *ley es una constitución del pueblo por la que los ancianos, a una con la plebe, han decretado algo*. En esto va implícita la promulgación.

La misma propiedad señala GRACIANO al explicar unas palabras de SAN AGUSTÍN que había citado antes, a saber, *que las leyes, una vez que han sido establecidas y confirmadas, no pueden ser juzgadas por los súbditos*; añade GRACIANO que *las leyes se establecen cuando se promulgan y se consolidan cuando las acepta la costumbre*.

2. Esta propiedad tiene una especial dificultad tratándose de la ley eterna, porque —en cuanto eterna— no parece capaz de promulgación. Esta dificultad la trataremos en el libro siguiente, porque no puede aducirse una razón que sea igualmente válida para esa ley y para las otras.

Por eso hay que tener ante la vista la distinción que he insinuado antes de la doble ley o doble estado de la ley, uno puramente interior en la mente del legislador, otro exterior al legislador, sea en los súbditos mismos, sea en alguna señal manifestativa de la voluntad del legislador. Pues bien, la promulgación, como se ve por el sentido de la palabra misma, se refiere a la ley exterior, pues promulgación significa publicación de la ley para que los súbditos puedan conocerla, y no puede aplicarse a la ley si no es en cuanto que sale al exterior.

Ahora bien, ley eterna únicamente significa ley concebida en la mente de Dios; por eso no puede aplicarse a ella el mismo concepto de promulgación. En el libro siguiente veremos en qué forma se verifica en ella.

3. RAZÓN DE LA TESIS SEGÚN SANTO TOMÁS.—Así que, prescindiendo de la ley eterna y tratándose de las otras leyes, es decir, de toda ley externa, es muy buena la razón de SANTO TOMÁS: Para que una ley quede plenamente constituida, es preciso que tenga fuerza para obligar; ahora bien, esa fuerza no la tiene hasta que se promulga; luego hasta que se promulga no es verdadera ley, y por consiguiente la promulgación pertenece a la esencia de la ley.

La mayor es clara, porque la ley es medida y regla común de las acciones con fuerza para obligar, según dijo ARISTÓTELES y según demostraremos después, ya que en esto se diferencia del consejo y de cualquier otra advertencia.

Pruebo la menor: Para que una norma obligue de suyo, es preciso que —por lo que a ella toca— haya sido propuesta suficientemente; ahora bien, la ley es una norma dada no para una o dos personas sino para toda la comunidad; luego debe estar propuesta de una manera pública y acomodada a la comunidad: tal publicación o presentación se llama promulgación. Esta razón la insinuó también JUSTINIANO en el CÓDIGO: *Las sacratísimas leyes deben todos entenderlas, a fin de que todos, entendiendo bien claramente lo que prescriben, se aparten de lo prohibido y hagan lo mandado.*

De estas palabras se saca también una confirmación, y es que la ley exige a los súbditos obediencia, la cual no puede prestarse si la ley no se propone suficientemente; y como no obliga a cada uno de los súbditos sino en cuanto

que forman parte de la comunidad, para que obligue debe proponerse a la comunidad, es decir, promulgarse.

Finalmente, la ley es un precepto del príncipe en cuanto príncipe; luego es preciso que por ella hable el príncipe como persona pública, que es lo que hace cuando promulga la ley, pues si habla como persona particular, no habla como persona pública, y eso no basta para obligar ni para establecer una ley.

4. LA LEY POSITIVA Y LA LEY NATURAL PIDEN DISTINTA CLASE DE PROMULGACIÓN.—Además se debe observar que la forma de promulgación debe ser distinta según que se trate de la ley natural o de la positiva. Tratándose de la primera hay una manera de promulgación señalada por la naturaleza. En efecto, de la misma manera que esa ley es natural, así también por sí misma determina las propiedades que ha de tener. Luego se promulga por el mismo hecho de dimanar de la naturaleza misma; porque procede de la esencia específica de tal naturaleza, y así, aunque la promulgación tenga lugar en cada uno de los individuos, no hay que pensar que sea una manifestación particular sino la voz común de toda la naturaleza o —mejor dicho— de su autor; pues aunque hable a cada uno, habla como persona pública, ya que habla como autor de la misma naturaleza, conforme a aquello: *Sobre nosotros está señalada la luz de tu rostro.*

Así entienden también algunos aquello de SAN JUAN: *Ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, por más que esto se entiende más de la luz de la gracia; sin embargo, podemos ahora aplicarlo a la ley natural en cuanto que —según dijimos— abarca los preceptos sobrenaturales connaturales a la gracia, ya que esa ley la promulga Dios no como autor de la naturaleza pura sino como autor de la gracia, y la promulga por el hecho mismo de infundir la gracia. Y como, por su parte, está dispuesto a infundir en todos y a promulgar a todos la luz de la fe, mediante la cual esa ley se manifiesta, por eso se dice que —por lo que a El toca— ilumina a todos, como diremos largamente en el tratado de la Gracia. Y así como —por lo que a Dios toca— nunca ha faltado en el mundo una suficiente manifestación de la fe, así tampoco ha faltado nunca una suficiente promulgación de esa ley. Y la manera como connatural de esa ley, fue tener su origen en la revelación divina, y después pasar de padres a hijos por tradición, adelantándose al mismo tiempo y colaborando Dios con cada uno para recibir la iluminación de esa ley. Pero de esto hablaremos más —según se ha dicho— en el tratado de la Gracia.

5. Otra cosa sucede con la ley positiva, tanto divina como humana: la ley positiva siempre se da —de suyo y primariamente— para una comunidad, y por consiguiente siempre exige la voz pública del legislador hablando a la comunidad por sí mismo o por medio de otro; sin embargo no señala de suyo la manera determinada como haya de hacerse esa pública manifestación: ésta ha de señalarla el legislador mismo, que es el único que puede hacerlo.

Así lo vemos practicado tanto en las leyes divinas como en las humanas. En cuanto a la ley divina antigua, la cosa aparece claramente por el Exodo, cuando se promulgó públicamente con grandes señales y prodigios. En cuanto a la ley nueva, por los HECHOS DE LOS APÓSTOLES, cuando, después de la admirable y pública venida del Espíritu Santo, los apóstoles comenzaron a predicarla públicamente hasta que *por toda la tierra se difundió su voz*. En el último libro diremos cuándo terminó esta promulgación.

Acerca de las leyes humanas, consta lo mismo por la práctica, y, en cuanto a las leyes canónicas, por las DECRETALES. En cuanto a las leyes civiles, quedó explicado en las AUTÉNTICAS.

Fundado en eso dijo GRACIANO que *las leyes se establecen cuando se promulgan*. Más tarde, en su propio lugar, hablaremos en particular de la promulgación que se requiere en cada clase de leyes, sobre todo en las humanas.

6. ¿QUÉ PRESENTACIÓN Y PROMULGACIÓN DE LA LEY ES NECESARIA?—LA PROMULGACIÓN ¿ES CONDICIÓN NECESARIA POR PARTE DE LA LEY QUE OBLIGA O POR PARTE DE LOS SÚBDITOS A LOS QUE OBLIGA?—Por ahora contentémonos en general con que es necesaria alguna presentación externa y sensible realizada con tal publicidad y durante un tiempo tan prolongado que la ley pueda normalmente llegar a conocimiento de toda la comunidad, ya que esto es lo menos que puede exigirse para que la ley obligue por lo que de suyo toca a la ley.

Un problema particular se suscita —tanto acerca de la ley humana como de la divina— sobre si para alguno de los efectos de la ley es suficiente una promulgación menor. Este problema tiene su origen en diferentes principios, por lo que se explicará mejor al tratar de ellos.

Lo que sí puede preguntarse ahora es si la promulgación se requiere únicamente como condición necesaria por parte del hombre —el cual no puede quedar obligado si no conoce la ley— o también por parte de la misma ley porque no pueda obligar si no ha sido promulgada.

Muchos no parecen ver diferencia entre estos dos extremos. Así ALFONSO DE CASTRO dice que la necesidad de la promulgación es tan grande

que ni el mismo Dios puede obligar a nadie con una ley positiva dada por El, si no la publica. Esto es verdad si se trata de la publicación en el sentido de un conocimiento de la ley correspondiente a la obligación, porque este conocimiento es necesario por parte del hombre, ya que si no se le presenta el objeto, no puede moverse ni pecar, y así no puede de hecho quedar obligado. En cambio la promulgación pública, externa y sensible, tratándose de las leyes de Dios no es tan necesaria que, contando con su poder absoluto, no pueda El, como supremo Señor, obligar a todos por medio de un conocimiento privado incluso puramente interior. Con todo, esa manera de promulgación no sería a propósito para hombres, y menos para una multitud o comunidad humana.

Pero hablando absolutamente y en conformidad con la naturaleza de la cosa, tal promulgación es necesaria por parte de la ley porque así lo exige la naturaleza de la ley en cuanto que es norma pública de toda la comunidad, según se ha dicho; por eso, aunque el príncipe haya decretado la ley y la haya mandado publicar, mientras no se promulgue no obliga, y eso aunque se la conozca privadamente. Pero después de su promulgación, ya de suyo obliga a todos aquellos a los cuales su conocimiento puede de suyo llegar, y no es preciso que se haga a cada uno otra intimación —llamémosla así— jurídica, según se dice en las citadas DECRETALES y según nosotros lo explicaremos más largamente al tratar de la ley humana.

7. ¿SE REQUIERE PARA LA LEY LA ACEPTACIÓN POR PARTE DE LOS SÚBDITOS?—SOLUCIÓN.—Podría también aquí plantearse el problema de si para la ley se requiere la aceptación de los súbditos que sigue a la promulgación. Así parece insinuarlo GRACIANO al decir en el pasaje antes citado que *las leyes se establecen cuando se promulgan, y se consolidan cuando las acepta la costumbre*.

Este problema no tiene lugar tratándose de las leyes divinas sino sólo de las humanas; por eso dejo su discusión para más adelante. Sólo diré brevemente que esa propiedad no es necesaria para la ley ni pertenece a la esencia de ley alguna, más aún, que en cierto sentido es contraria a su esencia, ya que a la esencia de la ley pertenece el tener fuerza para obligar; ahora bien, si la ley dependiera de la aceptación de los súbditos, ya no se podría decir tanto que obligaba ella cuanto que los súbditos mismos se sometían voluntariamente a la ley.

Por consiguiente, si alguna vez se requiere la aceptación del pueblo, ello se debe o a que el poder del príncipe es imperfecto —por haberlo recibido con esta condición y dependencia— o

a la benignidad del legislador, que no quiere hacer uso de todo su poder. Por tanto, cuando se dice que la ley humana se consolida con la costumbre, hay que entenderlo no tanto de derecho cuanto de hecho, como pensó GUIDO DE BAYSIO y también JUAN DE TORQUEMADA. Pero de esto diremos más al tratar de las leyes humanas.

8. ¿REQUIERE LA LEY EL QUE SE ESCRIBA? Finalmente, se puede plantear el problema de si la ley requiere el que se escriba. La razón del problema es que SAN ISIDORO muchas veces pone esto en la definición de la ley: en el libro V de las Etimologías dice: *Ley es una constitución escrita*, y en esto distingue la ley del derecho y de la costumbre. Por eso SANTO TOMÁS dice que el derecho, si se escribe, se llama ley. ARISTÓTELES al principio de la Retórica a Alejandro define la ley diciendo: *Ley es el consentimiento general de la ciudad que haya mandado por escrito cómo se debe hacer cada cosa*. Cosa parecida repite en el capítulo II. CICERÓN dice que se llamó vulgarmente ley a la que determina por escrito lo que quiere. Y así TORQUEMADA afirma sin más que a la esencia de la ley pertenece el que se escriba, y aduce otros autores en favor de esta teoría.

9. SOLUCIÓN.—Pero este problema no puede tratarse ni solucionarse de la misma manera con relación a todas las leyes.

Prescindiendo de la ley eterna —la cual está dentro de Dios y no puede llamarse escrita si no es metafóricamente—, tampoco la ley natural está escrita —si no es metafóricamente— en la mente y en el corazón de los hombres.

De las leyes divinas positivas, la antigua ley necesariamente debía ser escrita, porque Dios quiso darla así y que a ella no se añadiera nada como perteneciente al derecho divino; por eso se llama la ley escrita por antonomasia. En cambio la ley de gracia no exige de suyo estar escrita en papeles sino en los corazones, por lo que no se limita a la escrita sino que es anterior a ella, y aun sin ella quedó suficientemente promulgada, como después veremos.

De esto se deduce con evidencia que la escritura material y externa no pertenece a la esencia de la ley. De la ley humana hay que decir que regularmente y de ordinario sólo se da por escrito, porque de hecho así conviene para que las leyes sean claras y no fácilmente mudables. Esta es la razón de que —por lo que sucede con más frecuencia— se diga que tales leyes se dan por escritura pública.

Sin embargo, en rigor y de suyo, la escritura

no pertenece a la esencia de la ley, según la opinión general de los intérpretes del derecho; principalmente piensan así NICOLÁS DE TUDESCHIS y FELINO, y lo confirma SELVA con muchos textos. CASTRO, en la definición de la ley, pone disyuntivamente que se promulga *de palabra o por escrito*, aunque él no se pone a probar esta disyuntiva sino que la da por supuesta como cosa clara. Lo mismo admite TORQUEMADA, y dice que es de SAN ISIDORO. También favorece a esto lo que dice ARISTÓTELES: *Ley es la palabra salida de la prudencia*, etc.

La razón es que la palabra puede ser suficiente para intimar el precepto del superior —no sólo a una persona particular sino también a la comunidad— con tal que la voz del pregonero lo publique suficientemente, que después perseverare en la memoria de los hombres y que se conserve por la tradición; con estas condiciones tal ley se distinguiría además de la costumbre, como es claro. Esto es lo único que puede probarse por la naturaleza de la cosa.

Más tarde veremos si —por el derecho civil o canónico— a veces se requiere la escritura para que la ley obligue.

CAPITULO XII

DEFINICIÓN DE LA LEY POR LO QUE SE HA DICHO DE SUS PROPIEDADES

1. Este fue el método que siguió SANTO TOMÁS, el cual de las propiedades de la ley que había explicado antes deduce la definición que diré enseguida.

Otras definiciones de la ley se dan, las cuales citan y rechazan SOTO, CASTRO y otros modernos. Pero no hay por qué detenerse en ellas, porque en realidad no son definiciones sino elogios de la ley, o no son definiciones de la ley en general sino de alguna de ellas en particular.

Así CICERÓN dijo que *la ley es algo eterno existente en la mente de Dios y la recta razón del gran Júpiter*, expresiones que se ajustan a la ley eterna. También dijo que *ley es la recta razón infundida por la naturaleza*, de la misma manera que SAN CLEMENTE ALEJANDRINO dijo que es *la recta razón*, expresiones que se ajustan a la ley natural. ARISTÓTELES dijo que *ley es el común consentimiento de la ciudad*, y *la palabra salida de la prudencia*, etc., expresiones que se ajustan a la ley humana o civil. Otras semejantes tiene el tantas veces citado SAN ISIDORO a

lo largo de muchos capítulos de los *Orígenes* que cita GRACIANO, y otras tales pueden verse en distintas leyes del DIGESTO.

2. DISTINTAS DEFINICIONES DE LEY.—La definición más general es la que da SANTO TOMÁS, que dice que *ley es el dictamen de la razón práctica en el príncipe que gobierna una comunidad perfecta*.

Otra es la definición de CASTRO: que ley es *la voluntad recta del que representa al pueblo, promulgada de palabra o por escrito con intención de obligar a los súbditos a que se sometan a ella*.

Estas definiciones incluyen las opiniones propias de quienes las formularon, lo cual —en cuanto sea posible— se debe evitar, porque una definición debe ser como un primer principio y fundamento común a todos. Además la segunda definición contiene algunos elementos que o no son rigurosamente necesarios o necesitarían una mayor explicación, por ejemplo, el que la voluntad haya de ser recta, puesto que en rigor puede ser sencillamente no recta. Dígase lo mismo de la expresión *que representa al pueblo*, puesto que el que dé la ley puede ser o el pueblo mismo u otro no que le represente sino que tenga el cuidado de él. Asimismo, la primera definición sólo se ajusta a la ley tal como está en la mente del príncipe, siendo así que aquí se trata también de la ley externa.

Por eso GABRIEL BIEL definió la ley diciendo que es *una señal definitiva de la recta razón por la que ésta dicta que uno queda obligado a hacer o no hacer algo*. A éste parece favorecerle el antes citado ARISTÓTELES cuando dijo que *la ley es una palabra salida de la prudencia*. Pero no conviene limitar la definición únicamente al acto externo. Además esa definición en su conjunto es aplicable a muchos preceptos o señales que propiamente no son leyes. Dígase otro tanto de otras definiciones semejantes, las cuales pueden verse en GERSÓN.

3. La definición más generalmente aceptada es la que deduce SANTO TOMÁS, a saber: *Ley es la ordenación de la razón para el bien común promulgada por el que tiene el cuidado de la comunidad*. Casi la misma es la que da ALEJANDRO DE ALÉS.

En ella —en primer lugar— a manera de género se pone *ordenación de la razón*, palabra que se ha de tomar en sentido activo, no pasivo, porque los súbditos son ordenados por medio de la ley; ahora bien, la ordenación activa procede del legislador, y el acto con que ordena se llama orientación activa, la cual debe salir de la razón y por eso se llama ordenación de la razón.

Esta palabra *razón* —prescindiendo de citas

de autores particulares— de suyo no se limita al acto del entendimiento o de la voluntad, puesto que la ordenación puede residir en ambos, y la de la voluntad puede llamarse *de la razón* o porque la misma voluntad es una potencia racional, o al menos porque debe ser dirigida por la razón recta, sobre todo cuando se trata de dar una ley.

Esa palabra puede también aplicarse tanto al acto interno como al externo, pues también el precepto externo es una ordenación de la razón, es decir, una ordenación dictada por la razón.

Las restantes palabras se añaden a manera de diferencia, y en ellas van virtualmente incluidas todas las propiedades de la ley, como es claro por lo que hasta ahora llevamos dicho.

4. OBJECIÓN.—SOLUCIÓN Y DIFERENCIA ENTRE LEY Y CONSEJO.—Puede surgir una duda: que en esa definición no hay ninguna expresión que excluya al consejo de la ley. Por ello algunos conceden que el consejo está incluido en la ley. Ahora bien, esto en rigor no es verdad, como ya insinué más arriba y lo volveré a decir en el capítulo siguiente.

Respondo que de dos maneras esa definición excluye al consejo.

En efecto, el consejo, como tal, de suyo no procede de un superior en cuanto éste tiene poder sobre los súbditos y el cuidado de ellos; en cambio la ley debe ser una ordenación de la razón tal que proceda de ese modo de quien tiene el cuidado de la comunidad, según se expresa en la misma definición, ya que la ley hay que entenderla según lo que ella es de suyo y formalmente.

De la misma manera hay que excluir de esta ordenación de la razón al ruego o petición; porque estas tres cosas —el precepto, el consejo y la petición— tienen de común que por medio de ellos uno es dirigido a obrar por la razón de otro, y en este sentido las tres cosas pueden llamarse ordenación de la razón; pero se diferencian en lo siguiente:

La petición de suyo es de un inferior al superior, aunque también puede practicarse entre iguales, y algunas veces la dirige el superior al inferior, pero no en cuanto superior; más aún, al hacerlo, de alguna manera se rebaja ante el otro, según dije más arriba.

El consejo de suyo tiene lugar entre iguales, y si denota alguna superioridad en el que aconseja, es en sabiduría, no en poder.

En cambio la ley de suyo procede de un superior y es para un inferior, como se da a entender en la definición. Con esto el consejo queda suficientemente excluido de la ley.

Además, el elemento genérico de ordenación

debe entenderse de una ordenación eficaz con fuerza para obligar, como dijo ARISTÓTELES: esto parece que es lo que la palabra *promulgada* trata de especificar, ya que la promulgación en rigor no es propia del consejo, porque promulgar indica que se ordena a imponer obligación. En esto es en lo que el consejo se diferencia más de la ley.

5. OTRA OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Por fin, en contra de esa definición parece estar que un superior, para ordenar a sus súbditos conforme a la recta razón en orden a hacer algo, puede proponer su voluntad a la comunidad de una manera suficiente y sin embargo no dar ley, porque ese modo de obrar no significa un precepto perpetuo y estable, cosa —según dijimos— necesaria para la ley; de ahí se sigue que toda esa definición se cumple en cualquier precepto que se haya promulgado a la comunidad aunque sólo sea para un día.

Respondo brevemente que, o SANTO TOMÁS tomó la ley en un sentido más lato incluyendo en ella todos los preceptos tales como ese, o que al menos la primera parte de la definición hay que entenderla de forma que la *ordenación de la razón* se refiera únicamente a la ley estable y duradera.

Por eso, tal vez se podría definir la ley con esta fórmula más breve: Ley es un precepto común, justo y estable, suficientemente promulgado. El elemento genérico lo pusieron también SANTO TOMÁS y el JURISCONSULTO, y por él quedan excluidos los preceptos particulares; las otras expresiones señalan todos los demás elementos que pueden desearse en una ley, según puede verlo quienquiera que lo considere siguiendo lo que llevamos dicho.

CAPITULO XIII

EL EFECTO QUE BUSCA LA LEY ¿ES HACER BUENOS A LOS SÚBDITOS?

1. Al desentrañar la naturaleza de la ley, hemos explicado casi todas sus causas. En primer lugar, la eficiente, ya que debe darla quien tenga poder y jurisdicción. En segundo lugar, la material —como quien dice— subjetiva, porque debe residir en el entendimiento o en la voluntad, o en cualquier cosa que pueda recibir en sí la señal de la voluntad; y la material —como quien dice— objetiva, porque debe tratar de una cosa honesta y referirse a los súbditos. También hemos explicado la causa formal al exponer el modo como debe darse y promulgarse la ley. Por último también tocamos la causa final cuando

dijimos que la ley debe darse para el bien común; pero como el fin coincide con el efecto, no pudo quedar plenamente explicada al no tratarse todavía de éste.

Ahora comenzamos a tratar de los efectos, con lo que se aclarará más el fin de la ley, que es la rectitud y honestidad de los súbditos; por eso comenzaremos por este efecto general.

2. La razón para dudar puede ser que la ley divina no tiene este efecto; luego mucho menos lo tendrán las otras.

El antecedente es claro, porque la ley divina —como tal— no da fuerzas ni ayuda para obrar el bien; por esta razón SAN PABLO a la ley vieja la llama ley de muerte, y dice que la ley obra ira, y que *la ley se introdujo para que abundase el delito*.

En segundo lugar, al menos la ley civil no tiene como cosa suya el hacer bueno al hombre; por eso dice ARISTÓTELES que una es la virtud del hombre bueno y otra la del buen ciudadano; luego la ley también es distinta; luego la ley civil hace al hombre buen ciudadano, pero no hombre sencillamente bueno. Y la razón es que el fin del estado es solamente la conservación de la vida temporal en la paz y en la justicia externa, según dice el mismo filósofo, y a ese fin se ordenan las leyes civiles; luego éstas no buscan la verdadera probidad de las costumbres, que es la que hace bueno al hombre, sino únicamente cierta observancia exterior, que es la que hace al buen ciudadano.

En tercer lugar, para el cumplimiento de la ley no es necesario un acto bueno; más aún, muchas veces se cumple la ley —incluso la canónica— con un pecado; ahora bien, el hombre no se hace bueno sino por las obras buenas; luego la observancia de la ley no hace bueno, cuánto menos la ley misma.

3. EL FIN QUE BUSCA LA LEY ES HACER BUENOS A LOS SÚBDITOS.—Sin embargo hay que decir que el fin que persigue la ley es hacer buenos a los súbditos, y que así este es —como quien dice— el fin último de la ley.

Esto enseña SANTO TOMÁS, a quien siguen todos los otros. En el mismo sentido habla ARISTÓTELES cuando dice que *los legisladores hacen buenos a los ciudadanos acostumbrándolos*.

La razón de SANTO TOMÁS es que el bien del súbdito consiste en someterse a la moción del superior, como piensa también ARISTÓTELES; ahora bien, el superior mueve al súbdito por medio de la ley; luego el súbdito se hará bueno si se somete a ella.

Una confirmación de esto: La ley, para ser ley, debe ser justa; ahora bien, para ser justa

debe entenderse de una ordenación eficaz con fuerza para obligar, como dijo ARISTÓTELES: esto parece que es lo que la palabra *promulgada* trata de especificar, ya que la promulgación en rigor no es propia del consejo, porque promulgar indica que se ordena a imponer obligación. En esto es en lo que el consejo se diferencia más de la ley.

5. OTRA OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Por fin, en contra de esa definición parece estar que un superior, para ordenar a sus súbditos conforme a la recta razón en orden a hacer algo, puede proponer su voluntad a la comunidad de una manera suficiente y sin embargo no dar ley, porque ese modo de obrar no significa un precepto perpetuo y estable, cosa —según dijimos— necesaria para la ley; de ahí se sigue que toda esa definición se cumple en cualquier precepto que se haya promulgado a la comunidad aunque sólo sea para un día.

Respondo brevemente que, o SANTO TOMÁS tomó la ley en un sentido más lato incluyendo en ella todos los preceptos tales como ese, o que al menos la primera parte de la definición hay que entenderla de forma que la *ordenación de la razón* se refiera únicamente a la ley estable y duradera.

Por eso, tal vez se podría definir la ley con esta fórmula más breve: Ley es un precepto común, justo y estable, suficientemente promulgado. El elemento genérico lo pusieron también SANTO TOMÁS y el JURISCONSULTO, y por él quedan excluidos los preceptos particulares; las otras expresiones señalan todos los demás elementos que pueden desearse en una ley, según puede verlo quienquiera que lo considere siguiendo lo que llevamos dicho.

CAPITULO XIII

EL EFECTO QUE BUSCA LA LEY ¿ES HACER BUENOS A LOS SÚBDITOS?

1. Al desentrañar la naturaleza de la ley, hemos explicado casi todas sus causas. En primer lugar, la eficiente, ya que debe darla quien tenga poder y jurisdicción. En segundo lugar, la material —como quien dice— subjetiva, porque debe residir en el entendimiento o en la voluntad, o en cualquier cosa que pueda recibir en sí la señal de la voluntad; y la material —como quien dice— objetiva, porque debe tratar de una cosa honesta y referirse a los súbditos. También hemos explicado la causa formal al exponer el modo como debe darse y promulgarse la ley. Por último también tocamos la causa final cuando

dijimos que la ley debe darse para el bien común; pero como el fin coincide con el efecto, no pudo quedar plenamente explicada al no tratarse todavía de éste.

Ahora comenzamos a tratar de los efectos, con lo que se aclarará más el fin de la ley, que es la rectitud y honestidad de los súbditos; por eso comenzaremos por este efecto general.

2. La razón para dudar puede ser que la ley divina no tiene este efecto; luego mucho menos lo tendrán las otras.

El antecedente es claro, porque la ley divina —como tal— no da fuerzas ni ayuda para obrar el bien; por esta razón SAN PABLO a la ley vieja la llama ley de muerte, y dice que la ley obra ira, y que *la ley se introdujo para que abundase el delito*.

En segundo lugar, al menos la ley civil no tiene como cosa suya el hacer bueno al hombre; por eso dice ARISTÓTELES que una es la virtud del hombre bueno y otra la del buen ciudadano; luego la ley también es distinta; luego la ley civil hace al hombre buen ciudadano, pero no hombre sencillamente bueno. Y la razón es que el fin del estado es solamente la conservación de la vida temporal en la paz y en la justicia externa, según dice el mismo filósofo, y a ese fin se ordenan las leyes civiles; luego éstas no buscan la verdadera probidad de las costumbres, que es la que hace bueno al hombre, sino únicamente cierta observancia exterior, que es la que hace al buen ciudadano.

En tercer lugar, para el cumplimiento de la ley no es necesario un acto bueno; más aún, muchas veces se cumple la ley —incluso la canónica— con un pecado; ahora bien, el hombre no se hace bueno sino por las obras buenas; luego la observancia de la ley no hace bueno, cuánto menos la ley misma.

3. EL FIN QUE BUSCA LA LEY ES HACER BUENOS A LOS SÚBDITOS.—Sin embargo hay que decir que el fin que persigue la ley es hacer buenos a los súbditos, y que así este es —como quien dice— el fin último de la ley.

Esto enseña SANTO TOMÁS, a quien siguen todos los otros. En el mismo sentido habla ARISTÓTELES cuando dice que *los legisladores hacen buenos a los ciudadanos acostumbrándolos*.

La razón de SANTO TOMÁS es que el bien del súbdito consiste en someterse a la moción del superior, como piensa también ARISTÓTELES; ahora bien, el superior mueve al súbdito por medio de la ley; luego el súbdito se hará bueno si se somete a ella.

Una confirmación de esto: La ley, para ser ley, debe ser justa; ahora bien, para ser justa

es preciso que tienda a un fin bueno relacionado con el bien común, y eso por un medio honesto; luego el que observe la ley, en cuanto de ésta depende obrar en el área de lo honesto y para el bien común; luego en virtud de la ley se hará bueno. Esto se explicará mejor haciendo una inducción en cada una de las leyes y respondiendo a las razones para dudar.

4. Acerca del primer argumento, es cosa clara que las leyes divinas tienden a hacer buenos a los hombres, pues —como dice SAN PABLO— *la ley es santa, y el precepto santo, justo y bueno*. Y esto es verdad no sólo tratándose de la ley escrita, según demostraremos después en contra de los herejes, sino también y con más razón tratándose de la ley de gracia. Acerca de la ley natural es cosa evidente por sí misma, ya que prohíbe cuanto es malo y manda toda virtud, por lo que de ella —más que de ninguna otra— se cree que se dijo: *¿Quién nos mostrará a nosotros el bien? Ha brillado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor*.

Finalmente, basta como razón que Dios sea el autor de una ley para que conste con certeza que la dio para hacer buenos a los hombres. Por eso a toda ley de Dios pueden aplicarse todos los elogios que acerca de la ley divina entretiene DAVID en todo el Salmo 118, y entre otros aquel: *Lámpara para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas*, pues esta es la principal manera como la ley hace buenos, a saber, orientando hacia lo bueno e imponiendo la obligación de practicarlo, conforme a aquello del salmo: *La ley de Dios es inmaculada, convierte las almas, y más abajo: El precepto del Señor es limpio, ilumina los ojos*.

5. Pero hay que observar que SAN PABLO distingue entre ley y gracia, porque la ley, en cuanto ley, aunque señale lo que se debe hacer, de suyo no da fuerzas para cumplirlo: esto pertenece a la gracia. Por eso dice SAN PABLO: *Percibo en mis miembros otra ley que está en guerra con la ley de mi razón*, etc., y más abajo: *¿Quién podrá librarme de este cuerpo de muerte?*, y responde: *La gracia de Dios por Jesucristo*. Por consiguiente, la ley, si manda muchas cosas y no da fuerzas para obrar, aunque de suyo tienda al bien puede ser ocasión de que el hombre, dada su fragilidad, se haga peor.

Este es el sentido de SAN PABLO en los primeros pasajes, pues este era el flaco de la ley vieja, que mandaba muchas cosas pero no ayudaba; por eso se dice que produjo ira y muerte, no de suyo ni intencionadamente, sino por la ocasión que de ella tomaron los hombres. Por lo tanto, cuando se dice que fue dada *para que abundase el delito*, la conjunción *para que* no es

final sino consecutiva, como pasa muchas veces con esa palabra y conviene hacerlo notar en la ESCRITURA: se usa para dar a entender que aquel efecto había sido previsto por Dios, pero que lo permitió con una especial providencia para que los hombres reconocieran su fragilidad y la necesidad de la gracia divina y de la redención de Cristo.

6. OPINIÓN DE ALGUNOS TOMISTAS ACERCA DEL EFECTO DE LA LEY DE HACER BUENOS CIUDADANOS.—LAS LEYES CIVILES HACEN BUENOS A LOS CIUDADANOS NO SÓLO CIVIL SINO TAMBIÉN MORALMENTE.—Acerca de lo segundo sobre la ley civil, algunos tomistas piensan que SANTO TOMÁS añadió *que la ley hace bueno o absolutamente o relativamente*, porque la ley civil, aunque no haga bueno al hombre, que es ser bueno absolutamente, le hace ciudadano bueno, que es ser bueno relativamente.

Pero hay que observar que el término *relativamente* puede tomarse en dos sentidos: uno, para distinguir entre lo que es bueno dentro de un campo determinado —v. g. de la ciencia o del arte— y lo que es bueno moral u honesto, que es lo que llamamos bueno absolutamente; otro, en cuanto que —dentro del campo mismo de lo honesto— el bien de una sola virtud es un bien relativo en comparación con el conjunto de todas las virtudes; así de un hombre morigerado, si es bueno o justo, se dirá que es bueno relativamente.

SANTO TOMÁS, sin duda alguna, habló en el primer sentido, hasta el punto de llegar a decir que las leyes de los ladrones, si se observan, hacen buenos ladrones; y lo mismo pasa con la ley de la milicia y de cualquier otra arte; pero esas leyes no son leyes en un sentido absoluto sino relativo, como aparece desde el principio de este tratado.

Por consiguiente, las leyes civiles, que son leyes en sentido absoluto, en realidad no solamente hacen bueno al hombre relativamente en ese sentido sino absolutamente, porque buscan el bien moral y honesto.

Así lo reconoce el JURISCONSULTO en el DIGESTO diciendo: *Practicamos la justicia distinguiendo lo lícito de lo ilícito, deseando hacer hombres buenos no sólo con el temor de los castigos sino también con el aliciente de los premios*. Lo mismo piensa ARISTÓTELES, el cual dice que el fin del estado es *vivir bien y participar de la honestidad*, que *de la virtud y del vicio se preocupan oficialmente cuantos tienen el cuidado de formar bien al estado*, y que *todos los ciudadanos deben participar de la virtud moral en el grado conveniente*. Sin embargo, al príncipe le exige virtud en absoluto, se entiende en el se-

gundo sentido que se ha dicho, es decir, el conjunto de todas las virtudes, porque en materia de todas ellas debe mandar.

7. RAZÓN DE PRINCIPIO.—La razón de principio es que el fin del estado humano es la verdadera felicidad política, la cual no puede existir sin las buenas costumbres; ahora bien, las que conducen al estado a esa felicidad son las leyes civiles; luego es preciso que esas leyes tiendan al bien moral en sí mismo, el cual —según he dicho— es el bien en absoluto.

Y cuando ARISTÓTELES distingue entre buen ciudadano y hombre bueno, lo hace porque se requiere más para la virtud de un hombre bueno que para la de un buen ciudadano; en efecto, aunque la virtud del buen ciudadano es moral y honesta de suyo, sin embargo, si la consideramos en cuanto tal por separado, es una virtud relativa en el segundo sentido que hemos explicado antes, y ella sola no basta para hacer al hombre bueno absolutamente. Por eso, si uno es solitario, podrá ser hombre bueno aunque no sea buen ciudadano. En cambio, el que forma parte de un estado, no será bueno absolutamente si no es a la vez hombre bueno y buen ciudadano, porque el bien, para serlo, lo ha de ser integralmente; pero podrá ser un buen ciudadano aunque no sea un hombre bueno, porque ser buen ciudadano es ser bueno relativamente.

8. LAS LEYES CANÓNICAS A LOS SÚBDITOS LOS HACEN BUENOS ABSOLUTAMENTE.—De aquí se sigue —con mayor razón— que las leyes canónicas hacen al hombre bueno sencillamente en ese mismo sentido, pues, si se las observa a ellas solamente, no hacen al hombre bueno con una perfección total, es a saber, en toda clase de bien. Esto puede decirse de cualquier ley en particular, porque cada ley no manda todo el bien sino una parte de él, a excepción de la ley de la caridad, la cual abarca virtualmente todos los bienes. Así pues, cada ley hace al hombre bueno —digámoslo así— parcialmente, y en este sentido le hace bueno relativamente; en cambio el conjunto de las leyes le hacen bueno absolutamente. Esto es lo que de hecho pensaron TOMÁS DE VIO y SOTO acerca del citado artículo 1.º, por más que parezcan diferir en las palabras.

9. ¿PUEDE OBSERVARSE LA LEY CON UN ACTO MALO?—En cuanto a lo tercero, hay una discusión con ADRIANO y con otros, a saber, si puede observarse de veras una ley pecando moralmente.

Acerca de esto puede verse SANTO TOMÁS, y nosotros trataremos de ello más tarde a propósito de la ley positiva. Por ahora admito que pueda observarse una ley con un acto malo, pero

no por lo que tiene de malo sino por lo que por su naturaleza tiene de bueno.

De esto sólo se sigue que la ley —hablando de cada una en particular— no manda siempre todo el bien ni hace bueno al hombre con tal eficacia que éste no pueda mezclar alguna malicia con la bondad que busca la ley. Por consiguiente, como el bien —para serlo— lo ha de ser integralmente y en cambio para el mal basta cualquier defecto, sucede que un acto es malo absolutamente por la circunstancia que ha añadido el hombre, y sin embargo, por el contenido bueno que tiene, basta para cumplir la ley.

Además, en este caso —si en alguno— es aplicable el principio vulgar de que el fin de la ley no cae bajo la ley. En efecto, aunque la ley, al mandar una acción que es buena por su naturaleza, pretende también que se haga bien para de este modo poder hacer bueno al hombre, sin embargo no siempre manda todo esto sino solamente la sustancia del acto, y por eso ésta basta para el cumplimiento de la ley.

CAPITULO XIV

LA OBLIGACIÓN ¿ES EL EFECTO PRÓXIMO Y ADECUADO DE LA LEY?

1. ¿QUÉ SIGNIFICA EFECTO PRÓXIMO DE LA LEY?—¿QUÉ SIGNIFICA EFECTO ADECUADO DE LA LEY?—El principal elemento de eficacia con que cuenta la ley para hacer buenos a los hombres es su obligación: éste parece ser su efecto más esencial y por eso tratamos de ella.

Para entender el problema, explicaremos los dos términos que se han puesto en el título. El primero es *próximo*, el cual se pone por únicamente hablamos del efecto que la ley puede producir por sí misma, y lo llamamos próximo para prescindir de momento del efecto que la ley no realiza por sí misma pero que manda que realice el hombre, v. g. un castigo; éste puede llamarse efecto remoto de la ley. Otro efecto puede haber más remoto todavía porque, aunque el legislador lo pretenda, sin embargo la ley ni lo realiza por sí misma ni obliga a él en su totalidad sino a una parte de él: tal es la bondad moral del súbdito; de éste trataremos en los casos siguientes; ahora tratamos solamente del primero.

El otro término es *adecuado*: tal efecto puede llamarse adecuado, sea porque no existe ninguna ley que no tenga tal efecto, sea porque ese efecto no puede provenir más que de la ley, sea —finalmente— porque la ley no tiene ningún otro efecto. De este tercer caso hablaremos en el capítulo siguiente; ahora con ese término abarcamos los dos primeros, y damos por supuesto que se trata de la ley propiamente dicha

gundo sentido que se ha dicho, es decir, el conjunto de todas las virtudes, porque en materia de todas ellas debe mandar.

7. RAZÓN DE PRINCIPIO.—La razón de principio es que el fin del estado humano es la verdadera felicidad política, la cual no puede existir sin las buenas costumbres; ahora bien, las que conducen al estado a esa felicidad son las leyes civiles; luego es preciso que esas leyes tiendan al bien moral en sí mismo, el cual —según he dicho— es el bien en absoluto.

Y cuando ARISTÓTELES distingue entre buen ciudadano y hombre bueno, lo hace porque se requiere más para la virtud de un hombre bueno que para la de un buen ciudadano; en efecto, aunque la virtud del buen ciudadano es moral y honesta de suyo, sin embargo, si la consideramos en cuanto tal por separado, es una virtud relativa en el segundo sentido que hemos explicado antes, y ella sola no basta para hacer al hombre bueno absolutamente. Por eso, si uno es solitario, podrá ser hombre bueno aunque no sea buen ciudadano. En cambio, el que forma parte de un estado, no será bueno absolutamente si no es a la vez hombre bueno y buen ciudadano, porque el bien, para serlo, lo ha de ser integralmente; pero podrá ser un buen ciudadano aunque no sea un hombre bueno, porque ser buen ciudadano es ser bueno relativamente.

8. LAS LEYES CANÓNICAS A LOS SÚBDITOS LOS HACEN BUENOS ABSOLUTAMENTE.—De aquí se sigue —con mayor razón— que las leyes canónicas hacen al hombre bueno sencillamente en ese mismo sentido, pues, si se las observa a ellas solamente, no hacen al hombre bueno con una perfección total, es a saber, en toda clase de bien. Esto puede decirse de cualquier ley en particular, porque cada ley no manda todo el bien sino una parte de él, a excepción de la ley de la caridad, la cual abarca virtualmente todos los bienes. Así pues, cada ley hace al hombre bueno —digámoslo así— parcialmente, y en este sentido le hace bueno relativamente; en cambio el conjunto de las leyes le hacen bueno absolutamente. Esto es lo que de hecho pensaron TOMÁS DE VIO y SOTO acerca del citado artículo 1.º, por más que parezcan diferir en las palabras.

9. ¿PUEDE OBSERVARSE LA LEY CON UN ACTO MALO?—En cuanto a lo tercero, hay una discusión con ADRIANO y con otros, a saber, si puede observarse de veras una ley pecando moralmente.

Acerca de esto puede verse SANTO TOMÁS, y nosotros trataremos de ello más tarde a propósito de la ley positiva. Por ahora admito que pueda observarse una ley con un acto malo, pero

no por lo que tiene de malo sino por lo que por su naturaleza tiene de bueno.

De esto sólo se sigue que la ley —hablando de cada una en particular— no manda siempre todo el bien ni hace bueno al hombre con tal eficacia que éste no pueda mezclar alguna malicia con la bondad que busca la ley. Por consiguiente, como el bien —para serlo— lo ha de ser integralmente y en cambio para el mal basta cualquier defecto, sucede que un acto es malo absolutamente por la circunstancia que ha añadido el hombre, y sin embargo, por el contenido bueno que tiene, basta para cumplir la ley.

Además, en este caso —si en alguno— es aplicable el principio vulgar de que el fin de la ley no cae bajo la ley. En efecto, aunque la ley, al mandar una acción que es buena por su naturaleza, pretende también que se haga bien para de este modo poder hacer bueno al hombre, sin embargo no siempre manda todo esto sino solamente la sustancia del acto, y por eso ésta basta para el cumplimiento de la ley.

CAPITULO XIV

LA OBLIGACIÓN ¿ES EL EFECTO PRÓXIMO Y ADECUADO DE LA LEY?

1. ¿QUÉ SIGNIFICA EFECTO PRÓXIMO DE LA LEY?—¿QUÉ SIGNIFICA EFECTO ADECUADO DE LA LEY?—El principal elemento de eficacia con que cuenta la ley para hacer buenos a los hombres es su obligación: éste parece ser su efecto más esencial y por eso tratamos de ella.

Para entender el problema, explicaremos los dos términos que se han puesto en el título. El primero es *próximo*, el cual se pone por únicamente hablamos del efecto que la ley puede producir por sí misma, y lo llamamos próximo para prescindir de momento del efecto que la ley no realiza por sí misma pero que manda que realice el hombre, v. g. un castigo; éste puede llamarse efecto remoto de la ley. Otro efecto puede haber más remoto todavía porque, aunque el legislador lo pretenda, sin embargo la ley ni lo realiza por sí misma ni obliga a él en su totalidad sino a una parte de él: tal es la bondad moral del súbdito; de éste trataremos en los casos siguientes; ahora tratamos solamente del primero.

El otro término es *adecuado*: tal efecto puede llamarse adecuado, sea porque no existe ninguna ley que no tenga tal efecto, sea porque ese efecto no puede provenir más que de la ley, sea —finalmente— porque la ley no tiene ningún otro efecto. De este tercer caso hablaremos en el capítulo siguiente; ahora con ese término abarcamos los dos primeros, y damos por supuesto que se trata de la ley propiamente dicha

y de la verdadera obligación moral, y eso para descartar la ley en sentido metafórico; ésta versa sobre los seres irracionales e insensibles y no impone una obligación sino una necesidad por medio de la inclinación o instinto natural: tal ley nada tiene que ver con lo que ahora tratamos. Acerca de la ley propiamente dicha y con relación a la criatura racional, es claro que la necesidad que impone no es una necesidad absoluta, pero surge el problema de si impone necesidad moral, la llamada obligación.

2. En primer lugar, no parece que esto pueda atribuirse a toda ley, según el DIGESTO y el DECRETO más lo que añade SANTO TOMÁS. En efecto, entre las leyes se cuentan las permisivas y las punitivas. Ahora bien, la permisiva se opone a la obligación, según aquello de SAN PABLO: *Esto os digo condescendiendo, no mandando*; más aún, hablando con propiedad, se dice que se permite lo que no se debe hacer, porque se permite lo que es malo. Luego la ley permisiva no impone obligación; luego la obligación no es efecto de la ley en general.

La misma duda surge de la existencia de la ley penal: a la pena ninguno está obligado con obligación propiamente dicha; hasta hay quienes piensan que cuando la ley señala una pena especial, no impone obligación.

Podría añadirse también aquí la ley favorable, cual es el privilegio, al cual SAN ISIDORO llama ley y que sin embargo no obliga, porque —según las DECRETALES— uno puede renunciar a un favor que se le hace.

Finalmente, también el consejo se cuenta entre las leyes, ya que en las DECRETALES se le llama ley privada, y sin embargo no obliga.

3. Tampoco en el segundo sentido parece que la obligación sea efecto adecuado de la ley. Lo primero, porque también los preceptos privados obligan a pesar de que no son leyes. Más aún, no sólo los preceptos que se dan con jurisdicción sino también los que se dan sin jurisdicción suelen obligar, por ejemplo, el precepto de un padre a su hijo, de un señor a sus siervos, de un superior religioso a sus súbditos aunque no tenga jurisdicción, como se practicaba antiguamente en los monasterios de varones y ahora entre las monjas. Asimismo, la obligación muchas veces nace de la propia voluntad, por ejemplo, en el voto, en la promesa y en todo contrato. Luego la obligación no es efecto adecuado de la ley en el segundo sentido.

4. TODA LEY IMPONE VERDADERA OBLIGACIÓN.—Sin embargo, hay que decir —en primer lugar— que no existe verdadera ley que no imponga obligación, es decir, cierta necesidad de obrar o de no obrar.

Es esta una tesis común entre los teólogos con SANTO TOMÁS, SOTO, CASTRO, y también entre los juristas. En el mismo sentido dijo GRACIANO: *El decreto crea necesidad, la exhortación incita a la voluntad libre*. Una opinión semejante tiene SAN JERÓNIMO bajo los nombres de consejo y de precepto: *Cuando se da un consejo, se hace una oferta; cuando se da un precepto, es preciso someterse*. SAN AMBROSIO: *El precepto, dice, se da para los súbditos, el consejo a los amigos; donde hay precepto hay ley, donde consejo, favor*. Y más abajo: *Hay precepto donde hay castigo del pecado*, entiéndase por la necesidad que el precepto impone. Así también dijo SAN AGUSTÍN: *El no obedecer a su señor cuando manda es condenable*, y más abajo: *Quienquiera que no obedece al precepto es reo y deudor de castigo*. También puede considerarse lo que dice SAN GREGORIO: *Un espíritu noble en cierto modo se impone ley a sí mismo pensando que debe lo que libremente da*: da por supuesto que la ley impone un deber. Finalmente ARISTÓTELES dijo en este sentido que la ley tiene fuerza coactiva, porque aunque no toda ley impone una pena determinada, sin embargo crea una necesidad, por razón de la cual el hombre, si quebranta la ley, se hace digno de castigo.

La razón está en lo que se dijo de la sustancia de la ley, que es un mandato nacido de la voluntad eficaz de obligar por parte de quien tiene poder; ahora bien, la voluntad eficaz, supuesto el poder, produce su efecto.

El sentido de la tesis y una ulterior explicación de ella resultarán claros respondiendo a las objeciones que se han hecho a propósito del primer sentido del término *adecuado*. Vamos a hacerlo.

5. ¿QUÉ LEYES PERMISIVAS SON VERDADERAS LEYES?—Acerca de lo primero —relativo a la ley permisiva— respondo con CASTRO con una sola palabra: que las leyes permisivas en tanto son leyes en cuanto implícitamente contienen preceptos sin los cuales no podría entenderse la permisiva como mandada especialmente por la ley. Esto dio a entender la GLOSA del DIGESTO al aducir el ejemplo de una ley del

CÓDIGO: en ella al soldado, después de dada sentencia contra él, se le permite acogerse a excepciones por razón de su ignorancia: la permisión de la ley obliga al juez a admitir tales excepciones. Lo mismo sucede en otros casos semejantes, como explicaré más largamente en el capítulo siguiente.

6. DOBLE OBLIGACIÓN DE LA LEY PENAL.—Acerca de lo segundo —relativo a la ley penal— quiero advertir que en ella puede considerarse una doble relación: una respecto del juez que ha de fulminar la pena, otra respecto del reo que ha de padecerla.

En virtud de la primera puede decirse que la ley crea la obligación —y se la impone el juez— de castigar tal delito en la medida prescrita por la ley, conforme a aquello de SAN AGUSTÍN: *Tratándose de estas leyes temporales, aunque los hombres juzgan de ellas cuando las dan, pero, una vez dadas y confirmadas, no les será lícito a los jueces juzgar de ellas sino según ellas.*

Esta obligación es mayor en los jueces ordinarios que en el soberano, como explica SANTO TOMÁS, aunque alguna obligación la hay en todos ellos, a excepción de Dios, que es Señor soberano y puede perdonar la pena según su voluntad; pero esto nada tiene que ver con lo que ahora tratamos.

7. Acerca de la segunda relación, hay que advertir que en la ley pueden considerarse dos obligaciones, una respecto de la culpa —la que suele llamarse obligación en conciencia— y otra respecto de la pena, pues aunque esta última parece suponer la primera —ya que nadie se hace digno de pena sino por la culpa—, sin embargo suele discutirse si hay alguna ley que imponga la segunda obligación sin la primera.

En este punto solamente hay alguna duda acerca de algunas leyes humanas, pues, tratándose de las divinas, el principio es cierto; pero de este problema hablaremos después al tratar de la ley penal.

Por el momento, la tesis propuesta, o puede entenderse de la obligación en general prescindiendo de aquellas dos maneras, o más bien puede decirse que, aunque una ley obligue en conciencia al acto por cuya trasgresión se impone la pena, al menos obliga o a este acto o a pagar o sufrir la pena, y que de esta forma tampoco esa ley está falta de alguna obligación en su sentido más propio. He dicho *a pagar o sufrir la pena*, porque acerca de la misma pena existe el problema de si la ley obliga a ella de una

manera directa e inmediata, problema que no trataremos aquí porque —para la tesis propuesta— basta que obligue, y eso lo mismo antes que después de que se dé sentencia, lo mismo a hacer que a no resistir y así a sufrir la pena.

8. OPINIÓN DE LOS QUE SOSTIENEN QUE EL PRIVILEGIO NO ES VERDADERA LEY.—OPINIÓN DEL AUTOR DE QUE EL PRIVILEGIO ES VERDADERA LEY.—Acerca de lo tercero —sobre los privilegios— muchos, por aquella razón, niegan que el privilegio sea verdadera ley si no es únicamente en un sentido limitado, como piensa la GLOSA del DECRETO, o de ninguna manera, como piensa CASTRO. Pero yo juzgo que el privilegio, si se hace una distinción, puede incluirse entre las leyes lo mismo que la permisión. Esta es la opinión manifiesta de SAN ISIDORO, como veremos en el capítulo siguiente.

Digo *si se hace una distinción*, porque, si se trata de un privilegio temporal o concedido a una sola persona para que termine con ella, no llena el concepto de ley, no precisamente por ser privilegio sino por no ser algo estable y firme, cosa que dijimos que es propia de la ley; pero un privilegio perpetuo concedido a una comunidad o familia para que se perpetúe en ella, sí llena el verdadero concepto de ley.

9. DOS CLASES DE PRIVILEGIOS: LAS DOS LLENAN EL VERDADERO CONCEPTO DE LEY.—Pero es preciso distinguir dos clases de privilegios. Unos se conceden con miras a algún bien común: las personas particulares no pueden renunciar a éstos, conforme al DECRETO y al DIGESTO. Tal es —por ejemplo— el privilegio del fuero respecto de un clérigo: éste no puede renunciar a él, porque se concedió no en atención a su persona sino a su dignidad clerical. Este privilegio es ley con toda propiedad, no sólo con relación a los otros —a los cuales se manda que le respeten tal privilegio al clérigo— sino también con relación al mismo clérigo, al cual se manda que haga uso de él. Y como esa disposición del superior tiene perfecta fuerza para obligar, nada le falta para llenar el concepto de ley.

Otros privilegios hay que se conceden con miras al provecho particular de las personas mismas. De éstos tratan las DECRETALES y —comentando a éstas— la GLOSA y otros, y SILVESTRE. Este privilegio, respecto de aquel a quien se concede, sin duda no es verdadera ley, como prueba la razón aducida, ya que no es un precepto que se le haya impuesto, y tampoco le

obliga, ya que puede renunciar a él. En cambio, respecto de los otros que han de respetar tal privilegio, es verdadera ley, porque contiene un precepto perpetuo que obliga a respetar tal inmunidad; de no ser así, tal privilegio sería muy ineficaz; luego en el caso presente hay que decir lo mismo que dijimos de la permisón y de la ley punitiva: que obliga al juez a imponer tal daño justo.

9 (*bis*). UNA RAZÓN DE PRINCIPIO DEMUESTRA QUE EL CONSEJO NO ES VERDADERA LEY.—Acerca de lo cuarto —sobre el consejo— la GLOSA del DIGESTO, fundada en eso, pensó que el consejo tenía fuerza de ley. Pero esa glosa la reprobaban generalmente BARTOLO y los otros. SOTO se ríe de ella, ya que el consejo se distingue ciertamente del precepto y consiguientemente de la ley, que es también el pensamiento de SANTO TOMÁS.

Esta opinión, en sentido riguroso y propio, es verdadera, como ya dije más arriba. Y la razón de SANTO TOMÁS es muy buena: que el consejo no requiere un poder superior sino que puede darlo incluso un particular; luego de suyo no requiere la autoridad propia de la ley.

10. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Puede objetarse que el mismo SANTO TOMÁS pone los consejos evangélicos como partes de la ley de gracia.

Respondo —en primer lugar— que a veces el nombre de ley abarca todo el plan o cuidado del legislador acerca del gobierno de sus súbditos, y en este sentido a él le toca no solamente dar preceptos sino también consejos sobre lo mejor. Así lo hizo Cristo nuestro Señor en la ley evangélica, y así se hace también muchas veces en el derecho humano, sobre todo en el canónico, como aparece en las DECRETALES. Existen muchos textos jurídicos semejantes para cuya inteligencia muchas veces es necesario tener en cuenta esto. Así que, en este sentido, no dijo mal la GLOSA que la ley no sólo manda sino también aconseja, aunque en realidad esto no lo hace en funciones de ley como tal sino por añadidura.

Añado además que cuando la ley aconseja un efecto, se sigue otro, a saber, que la obra aconsejada no puede ya prohibirse con justo título ni ser tenida por mala, y en cuanto a esto puede decirse que esa ley conserva su fuerza de ley y obliga. En este sentido, con mayor propiedad se dice que los consejos evangélicos pertenecen a la ley de gracia, dado que han sido aprobados y establecidos por ella. Por esta razón, a favor de

los consejos evangélicos, condenamos a los herejes que reprenden la pobreza o la castidad como contrarias a la naturaleza.

En conclusión, no existe ley o disposición de superior que participe del concepto de ley si no es en cuanto que impone obligación.

11. SEGUNDA TESIS: EL EFECTO ADECUADO DE LA LEY ES LA OBLIGACIÓN.—Digo —en segundo lugar— lo siguiente: Si la obligación se entiende en su sentido propio y con las oportunas distinciones, siempre tiene su origen en el derecho y en alguna ley, y en este sentido puede decirse que es el efecto adecuado de la ley.

Lo explico brevemente: En primer lugar, es preciso que se trate de una obligación impuesta a la comunidad, porque, si se impone a una persona particular, no provendrá de una ley; y lo mismo sucede si se impone para poco tiempo, porque también en ese caso falta una condición necesaria para la ley. Por más que también esas obligaciones, en cuanto que coinciden en algo con la obligación de la ley —ya que ambas las impone quien tiene poder—, en consecuencia también coinciden con la ley en que proceden de un mandato o precepto, sobre todo cuando imponen necesidad en conciencia. Más aún, entonces toda su fuerza obligatoria la reciben de alguna ley. Y así, el sentido de la tesis es que tal obligación —toda ella— de alguna manera procede de la ley.

Lo pruebo —en primer lugar— por su contrario siguiendo a SAN AGUSTÍN. Este define el pecado diciendo que es un dicho o hecho contrario a la ley: como se ve, supone que toda la obligación de evitar o de hacer algo nace de la ley, pues cuando uno, obrando contra una verdadera obligación de conciencia, peca, obra contra la ley; luego tal obligación procedía de la ley.

12. Lo pruebo —en segundo lugar— con los mismos ejemplos que se aducían en contra, el voto, la promesa, cualquier pacto en general: en todos éstos no surge la obligación más que en virtud de la ley. En efecto, en todos ellos conviene distinguir entre el fundamento o materia próxima de la obligación y su razón o causa propiamente dicha: el fundamento consiste en alguna acción humana, pero —supuesta ésta— el que obliga es el derecho.

Así en el voto —y lo mismo también sucede en los otros casos— el fundamento próximo de la obligación es una promesa voluntaria, pero lo que propiamente obliga a su cumplimiento es el derecho natural y divino que dicta: *Si habes voto a Dios, no tardes en cumplirlo*.

También los juristas dicen que toda obligación nacida de los contratos es natural o civil, porque nace del derecho natural o del de gentes o del civil, como está en el texto y en la GLOSA del DIGESTO.

Con esto hemos respondido a la segunda parte de la razón para dudar que se puso al principio.

CAPITULO XV

¿SON CUATRO LOS EFECTOS DE LA LEY: MANDAR, PROHIBIR, PERMITIR Y CASTIGAR? ¿CÓMO LOS PRODUCE?

1. La razón para dudar es que la obligación —de la cual se ha hablado en el capítulo anterior— parece ser el efecto adecuado, es decir, único y total de la ley; luego esa enumeración parece superflua.

Pruebo el antecedente: Lo primero, porque la esencia de la ley consiste en el imperio; ahora bien, del imperio como tal no se sigue más que la obligación: los demás efectos son accidentales.

En segundo lugar, lo explico recorriendo cada miembro de la enumeración. En efecto, mandar y prohibir son formalmente lo mismo; sólo se distinguen materialmente; luego es superfluo ponerlos como cosas distintas. Esta proposición es clara, porque la prohibición es una clase de imperio y precepto, ya que prohibir no es otra cosa que mandar que no se haga algo, lo mismo que el precepto es una prohibición, ya que el que manda oír misa prohíbe que se deje de oírla: por eso SAN ISIDORO pone solamente la prohibición y deja el precepto, quizá porque el precepto no da de suyo bondad al acto sino necesidad, necesidad que se explica muy bien diciendo que es la negación de la omisión, que es lo que expresa la prohibición respecto de tal materia determinada. En cuanto a la permisión como tal, no es efecto de un imperio, sino que más bien consiste en la falta de imperio. Finalmente, tampoco el castigo es efecto de la ley, sino que podrá serlo del juez o del legislador.

2. Pero en contra de eso está —en primer lugar— la autoridad de SAN ISIDORO, el cual distinguió por lo menos tres efectos, y el cuarto —que es mandar— parece que lo dio por supuesto como claro por el mismo nombre y concepto de ley. En GRACIANO al texto de SAN ISI-

DORO se añaden estas palabras: *La ley divina manda que ames al señor tu Dios*. Estas palabras no se hallan en SAN ISIDORO, y la palabra *divina* está mal añadida, porque la ley divina no es la única que manda, sino también la otra. Por eso en el DECRETO GREGORIANO se advierte que esa palabra falta en muchos de los códigos; y sin duda debe ser eliminada y leerse *o manda* como una adición a la enumeración de SAN ISIDORO. Expresamente pone esta palabra MODESTINO cuando dice: *La fuerza de la ley consiste en imperar, prohibir, permitir, castigar*.

Esta división la defiende también SANTO TOMÁS, y la explica con esta razón: los actos humanos son buenos o malos o indiferentes; a ellos corresponden los tres efectos de la ley, que son, mandar los buenos, prohibir los malos, permitir los indiferentes; a ellos se añade el cuarto efecto de castigar como necesario para la eficacia de la ley. Sobre este raciocinio pronto hablaremos más.

Así pues, esa enumeración, por ser doctrinal y bastante apta para explicar los efectos que de suyo son propios de la ley, debemos aceptarla y explicarla. Para su mejor inteligencia, vamos a explicar cada uno de sus miembros, su diferencia y el modo como los produce la ley; esto lo ejecutaremos fácilmente recorriendo las dificultades propuestas.

3. ACIERTO DE LA DIVISIÓN DE LOS EFECTOS DE LA LEY EN CUATRO.—La primera y principal era que la obligación es el efecto adecuado y único del precepto. Sobre ella, podemos admitir lo primero y negar lo segundo. En efecto, cuanto obra la ley mediante la obligación parece que es ella la que lo obra —como prueba la razón aducida sobre la eficacia del precepto—, y en este sentido a ese efecto se le puede llamar su efecto adecuado; pero no único, porque mediante la obligación produce otros, como aparecerá por lo que sigue recorriendo todos los efectos de la ley.

4. DIFERENCIA ENTRE PRECEPTO Y PROHIBICIÓN.—DIVISIÓN DE LA LEY EN AFIRMATIVA Y NEGATIVA; DIFERENCIA ENTRE AMBAS.—La segunda dificultad era sobre la diferencia entre el precepto y la prohibición. Es de poca importancia.

Reconocemos —en primer lugar— que esos dos efectos están incluidos en la obligación de la ley, pero decimos que imponen esa obligación de diferente manera, lo cual basta para que distingamos esos dos primeros miembros. Y los distinguimos precisamente para explicar que la ley puede obligar no sólo a hacer sino también a no hacer. Con esto se da al mismo tiempo la división tradicional de la ley en afirmativa y

También los juristas dicen que toda obligación nacida de los contratos es natural o civil, porque nace del derecho natural o del de gentes o del civil, como está en el texto y en la GLOSA del DIGESTO.

Con esto hemos respondido a la segunda parte de la razón para dudar que se puso al principio.

CAPITULO XV

¿SON CUATRO LOS EFECTOS DE LA LEY: MANDAR, PROHIBIR, PERMITIR Y CASTIGAR? ¿CÓMO LOS PRODUCE?

1. La razón para dudar es que la obligación —de la cual se ha hablado en el capítulo anterior— parece ser el efecto adecuado, es decir, único y total de la ley; luego esa enumeración parece superflua.

Pruebo el antecedente: Lo primero, porque la esencia de la ley consiste en el imperio; ahora bien, del imperio como tal no se sigue más que la obligación: los demás efectos son accidentales.

En segundo lugar, lo explico recorriendo cada miembro de la enumeración. En efecto, mandar y prohibir son formalmente lo mismo; sólo se distinguen materialmente; luego es superfluo ponerlos como cosas distintas. Esta proposición es clara, porque la prohibición es una clase de imperio y precepto, ya que prohibir no es otra cosa que mandar que no se haga algo, lo mismo que el precepto es una prohibición, ya que el que manda oír misa prohíbe que se deje de oírla: por eso SAN ISIDORO pone solamente la prohibición y deja el precepto, quizá porque el precepto no da de suyo bondad al acto sino necesidad, necesidad que se explica muy bien diciendo que es la negación de la omisión, que es lo que expresa la prohibición respecto de tal materia determinada. En cuanto a la permisión como tal, no es efecto de un imperio, sino que más bien consiste en la falta de imperio. Finalmente, tampoco el castigo es efecto de la ley, sino que podrá serlo del juez o del legislador.

2. Pero en contra de eso está —en primer lugar— la autoridad de SAN ISIDORO, el cual distinguió por lo menos tres efectos, y el cuarto —que es mandar— parece que lo dio por supuesto como claro por el mismo nombre y concepto de ley. En GRACIANO al texto de SAN ISI-

DORO se añaden estas palabras: *La ley divina manda que ames al señor tu Dios*. Estas palabras no se hallan en SAN ISIDORO, y la palabra *divina* está mal añadida, porque la ley divina no es la única que manda, sino también la otra. Por eso en el DECRETO GREGORIANO se advierte que esa palabra falta en muchos de los códigos; y sin duda debe ser eliminada y leerse *o manda* como una adición a la enumeración de SAN ISIDORO. Expresamente pone esta palabra MODESTINO cuando dice: *La fuerza de la ley consiste en imperar, prohibir, permitir, castigar*.

Esta división la defiende también SANTO TOMÁS, y la explica con esta razón: los actos humanos son buenos o malos o indiferentes; a ellos corresponden los tres efectos de la ley, que son, mandar los buenos, prohibir los malos, permitir los indiferentes; a ellos se añade el cuarto efecto de castigar como necesario para la eficacia de la ley. Sobre este raciocinio pronto hablaremos más.

Así pues, esa enumeración, por ser doctrinal y bastante apta para explicar los efectos que de suyo son propios de la ley, debemos aceptarla y explicarla. Para su mejor inteligencia, vamos a explicar cada uno de sus miembros, su diferencia y el modo como los produce la ley; esto lo ejecutaremos fácilmente recorriendo las dificultades propuestas.

3. ACIERTO DE LA DIVISIÓN DE LOS EFECTOS DE LA LEY EN CUATRO.—La primera y principal era que la obligación es el efecto adecuado y único del precepto. Sobre ella, podemos admitir lo primero y negar lo segundo. En efecto, cuanto obra la ley mediante la obligación parece que es ella la que lo obra —como prueba la razón aducida sobre la eficacia del precepto—, y en este sentido a ese efecto se le puede llamar su efecto adecuado; pero no único, porque mediante la obligación produce otros, como aparecerá por lo que sigue recorriendo todos los efectos de la ley.

4. DIFERENCIA ENTRE PRECEPTO Y PROHIBICIÓN.—DIVISIÓN DE LA LEY EN AFIRMATIVA Y NEGATIVA; DIFERENCIA ENTRE AMBAS.—La segunda dificultad era sobre la diferencia entre el precepto y la prohibición. Es de poca importancia.

Reconocemos —en primer lugar— que esos dos efectos están incluidos en la obligación de la ley, pero decimos que imponen esa obligación de diferente manera, lo cual basta para que distingamos esos dos primeros miembros. Y los distinguimos precisamente para explicar que la ley puede obligar no sólo a hacer sino también a no hacer. Con esto se da al mismo tiempo la división tradicional de la ley en afirmativa y

negativa, la cual, aunque tal vez no sea esencial sino —por decirlo así— material, sin embargo no es superflua sino necesaria para explicar esas dos partes de la justicia; también las distinguió DAVID cuando dijo: *Apártate del mal y haz el bien*. Sirve además para explicar tanto las distintas maneras de obligar que tiene la ley, como las distintas maneras de pecar contra la ley.

En efecto, la ley afirmativa, obliga siempre pero no para siempre, ya que desde que se da comienza a obligar y obliga siempre mientras dura —pues la obligación es como su efecto natural—, pero no obliga para siempre, porque no obliga en cada uno de los momentos o tiempos sino sólo para un tiempo determinado para el cual impone la carga de obrar. En cambio la ley negativa obliga siempre y para siempre, porque su obligación dura siempre con ella; además, por la negación que lleva consigo, obliga para todo tiempo y para cualquier parte de su prohibición, ya que la negación lo destruye todo, y del mal es preciso abstenerse siempre y en cada momento.

De esta división nace también la división de los pecados en pecados de comisión y de omisión: el pecado de comisión es contrario a la ley negativa, el de omisión a la afirmativa; esto lo doy ahora por supuesto por el tratado de los Pecados.

Finalmente, de aquí se deduce que el nombre de precepto o imperio es ambiguo, porque unas veces quiere decir —digámoslo así— el género —común al precepto negativo y al afirmativo— a la manera como en la definición de la ley dijimos que era *un precepto común*, etc.; pero algunas veces se toma ese término en el sentido específico de precepto afirmativo, y entonces se distingue de la prohibición: en este sentido se pone a los dos como efectos distintos de la ley.

5. La tercera dificultad era acerca de la permisión, la cual SANTO TOMÁS explica de tal forma que parece que la hace consistir únicamente en la negación de precepto y de prohibición, puesto que se dice que se permite lo que ni se manda ni se prohíbe. Añade que materia de la permisión son los actos indiferentes o poco buenos, y los poco malos.

Pero ambas cosas tienen su dificultad. La primera porque —como ya objeté— esa negación no es efecto de la ley sino más bien efecto de la negación de ambas leyes —tanto de la que manda como de la que prohíbe—, puesto que, de la misma manera que la afirmación es causa de afirmación, así también la negación es causa de negación. Ahora bien, la permisión —explicada de esa manera— es solamente negación.

Luego no es efecto de la ley sino de la negación de ley.

Sirva de confirmación el argumento que se adujo en el capítulo anterior: que la permisión —así entendida— no impone obligación ni es efecto de ella; luego no puede ser efecto de la ley.

6. Lo segundo —de la materia— tiene también su dificultad.

En primer lugar, por parte de los actos malos: aunque sean poco malos, la ley eterna y la natural no los permiten, como enseñó SAN AGUSTÍN; y la ley positiva a veces permite incluso los gravemente malos, como la fornicación, el matar a la adúltera, algunos pactos injustos, y otros semejantes.

En segundo lugar, por parte de los actos buenos: si la permisión consiste únicamente en una negación, algunos actos buenos ni se mandan ni se prohíben por ser muy buenos y de los más buenos —como la virginidad y otros actos semejantes, que son objeto de consejo—, y así la GLOSA del DECRETO dijo que el consejo puede ser efecto de la ley y caer en el campo de la permisión. Y si alguno rehusa conceder que tales actos estén permitidos, se seguirá —lo primero— que no es exacto hacer consistir la permisión únicamente en esa negación, y —lo segundo— que la división de los actos propuesta por SANTO TOMÁS es insuficiente.

7. DOS CLASES DE PERMISIÓN: DE DERECHO Y DE HECHO.—Así pues, para explicar este efecto, quiero advertir —en primer lugar— que la permisión a veces es de solo hecho y a veces de derecho; la primera de ninguna forma se pone como efecto de la ley, en cambio la segunda puede serlo, porque la ley pertenece al derecho o —lo que es lo mismo— constituye el derecho.

Ambas se explican muy bien en Dios, pues, si atendemos al hecho, Dios permite muchos pecados, porque pudiendo impedir que se cometan, de hecho no los impide ni quiere impedirlos, sino más bien quiere directamente permitirlos, es decir, dejar que se cometan; y si atendemos al derecho, Dios no permite ningún pecado, porque no hay pecado que no prohíba ni que deje sin castigo, como oímos antes decir a SAN AGUSTÍN: que la ley eterna no permite ningún pecado.

Así que la permisión de hecho no incluye negación de prohibición sino mera negación de impedimento, o sea, de una obra con la cual podría impedirse de una manera eficaz el efecto permitido; en cambio, la permisión de derecho —de la cual ahora tratamos— incluye negación de prohibición y de precepto, como dijo SANTO TOMÁS.

En segundo lugar, esta permisión de derecho

puede considerarse o en cuanto que consiste en una mera negación de precepto y de prohibición, o en cuanto que se basa en algún precepto positivo por haber sido decretada y establecida por alguna ley positiva. En efecto, así como, tratándose de Dios con relación a la permisión de hecho, una cosa es que permita y otra que quiera permitirlo, así, tratándose del derecho, una cosa es que permita de una manera puramente negativa y otra que legisle sobre la permisión con una ley positiva.

8. LA PERMISIÓN NEGATIVA, HABLANDO CON PROPIEDAD, NO ES EFECTO DE LA LEY.—Digo, pues, que la permisión meramente negativa que resulta solamente de la negación de ambos preceptos —afirmativo y negativo— no es propiamente efecto de la ley; pero sí lo es cuando la determina alguna ley positiva.

Lo primero parece que se prueba suficientemente con la razón que se ha aducido, porque para esa clase de permisión no es necesario dar ley alguna, basta no dar una ley prohibitiva.

Además, esa permisión no dimana del poder legislativo, pues a veces el acto es de tal naturaleza que no puede prohibirse ni mandarse; luego esas negaciones no son efecto de tal poder, porque no proceden —digámoslo así— de la voluntad —ni siquiera indirecta— del legislador, sino que son tales de suyo. Luego tampoco esa permisión es efecto del poder legislativo; luego tampoco lo es de la ley.

Finalmente, esa negación propiamente no tiene ninguna causa, sino que tal acto está permitido de suyo mientras no se lo prohíba. De la misma manera que —hablando con propiedad— no se dirá que Dios sea la causa de la negación de ser que se concibe en una cosa posible que nunca ha de existir, sino que esa cosa por sí misma tiene el ser nada —porque ella es nada si no es criada, y el ser nada no lo recibe de Dios sino que lo tiene de suyo—, así también un acto, por el mero hecho de no ser prohibido ni mandado por la ley no recibe de la ley el ser permitido sino que eso lo tiene de suyo; por consiguiente, para que —hablando con propiedad— esté permitido por la ley, es preciso que esa misma permisión la establezca y confirme algún decreto y la voluntad del legislador; entonces sí se dice que el acto está positivamente permitido y también que la permisión reviste una especial modalidad por la que se dice que es efecto de la ley.

De esta manera queda también explicada y confirmada la segunda parte de la tesis; así la entendió también SAN ISIDORO, como demostrara en seguida.

9. LA SENCILLAMENTE LLAMADA PERMISIÓN, NORMALMENTE TIENE COMO OBJETO ACTOS MALOS.—ALGUNAS VECES TAMBIÉN ACTOS BUENOS E INDIFERENTES.—Pero para que aparezca con más claridad de qué permisión se trata, conviene observar —finalmente— que la sencillamente

llamada permisión, suele tener por objeto actos malos y entenderse —ante todo y como norma general— de ellos, principalmente si se trata de Dios, pues se dice que Dios permite los pecados, y que —por el contrario— los otros actos no sólo los permite sino también los quiere y los ordena. Sin embargo, algunas veces ese término se toma también en buen sentido. Así dijo SAN PABLO: *Esto os lo digo condescendiendo, no mandando*, es decir, permitiendo, no ordenando; y trataba del acto matrimonial, el cual no es malo. Luego con más razón podrá la permisión tener por objeto actos indiferentes.

Así pues, la permisión puede ser efecto de la ley de las dos maneras: refiriéndose a una acción buena y a una mala. Más aún, SAN ISIDORO habló abiertamente de la permisión de una cosa buena, ya que emplea un ejemplo de esta permisión diciendo: *Toda ley, o permite algo, por ejemplo, que un hombre valiente pida un premio*; pues la palabra *pidar* en ese pasaje no dice mandato sino permisión, y por otra parte es cosa clara que esa permisión es de una cosa buena. Lo mismo la GLOSA del DECRETO: a propósito de los que han perdido una parte de un dedo u otra parte pequeña del cuerpo no por su voluntad sino casualmente, donde en el texto dice: *A éstos los cánones les mandan hacerse clérigos*, la GLOSA interpreta muy bien, *es decir, permiten*, porque eso no es un mandato aunque se trate de una cosa buena.

10. Así también en el DECRETO se dice que los apóstoles mandaron las segundas nupcias, es decir, que las permitieron. Verdad es que esas palabras son del AUTOR IMPERFECTO DE SAN MATEO, el cual no pensó bien de las segundas nupcias y por eso el término *permitir* lo toma en mal sentido, por lo que acerca de tal permisión añade: *Una cosa es mandar y otra permitir, pues siempre mandamos lo que agrada, en cambio permitir permitimos contra nuestra voluntad, porque no podemos prohibir en absoluto la mala voluntad de los hombres*.

Esta doctrina es verdadera si se trata de permitir un mal, y para casos así nos sirve muy bien; pero no es aplicable al caso de las segundas nupcias una vez muerto el primer cónyuge, porque esas nupcias son buenas y —hablando con propiedad— no se mandan, porque ninguno está obligado a ellas, y así con razón en ese texto el precepto lo interpretamos como permisión de una cosa buena.

Más frecuente es decir que las leyes permiten algunas cosas malas; por ejemplo, las leyes civiles permiten la existencia de meretrices, y que el marido mate a su mujer si la halla cometiendo adulterio, y que los contratantes se engañen en menos de la mitad del valor, etc.

En este sentido entienden también algunos las palabras de CRISTO: *Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras*

mujeres, como en el pasaje citado interpreta el IMPERFECTO, y lo mismo SAN AMBROSIO, SAN JERÓNIMO y muchos escolásticos; aunque otros lo entiendan de la permisión en forma de dispensa, por la que el acto queda no malo aunque no mandado; esto es probable, pero no es este el momento de discutirlo: basta que la permisión, también en ese sentido, pueda decirse que es efecto de la ley.

11. En todos estos sentidos el efecto no es puramente negativo sino que produce algo positivo en torno a lo negativo, aunque de distintas maneras. En efecto, cuando la permisión es acerca de un acto por lo demás bueno, no sólo no lo prohíbe sino que además —siendo como es bueno— da positiva facultad y licencia o algún derecho a él. Esto es lo que sucede en el caso propuesto por SAN ISIDORO; porque cuando la ley dice que *el hombre valiente pida un premio*, no sólo se lo permite negativamente sino que le da un especial derecho para pedir tal premio y para trabajar con la esperanza de él en virtud de la promesa virtual de la misma ley. De esta manera, una ley que concede un favor sin mandar aceptarlo sino dejando libertad para renunciar a él, según la manera de hablar de SAN ISIDORO se llama permisiva, por más que no sólo dispone negativamente sino que concede algo positivamente.

En cambio, cuando la ley permite una cosa mala sobre la cual no puede o no quiere dispensar, aunque no dé —digámoslo así— derecho, al menos concede impunidad ante los hombres, impunidad que lleva consigo un derecho moral de no pequeña importancia.

A veces también, si la ley es civil, concede o niega acción judicial, efecto moral bastante distinto de sola la prohibición.

Por último, si la permisión es a la vez dispensa, pase que no sea preceptiva, pero concede impunidad no sólo ante los hombres sino también ante Dios, porque concede inmunidad de culpa: esto ya es mucho más.

12. Con esto —finalmente— se entiende lo que decíamos en el capítulo anterior: que una ley permisiva siempre lleva consigo un precepto obligatorio para alguien y de alguna manera.

En efecto, aunque no obligue a manera de mandato a aquellos a quienes precisamente se dirige —así, por ejemplo, en el caso del capítulo *Qui partem* antes citado, la frase *Mandamos que se haga clérigo* no obliga al mutilado a hacerse clérigo, sino que respecto de él es un permiso que le concede, por decirlo así, un derecho—, pero obliga al superior a que por esa mutilación no le rechace.

Igualmente en el ejemplo de SAN ISIDORO la

ley obliga a dar un premio al hombre valiente que lo pide cuando lo pide según la ley y no hay nada que lo impida razonablemente. Y cuando la permisión es de algún mal, obliga al juez a que no castigue por él, porque esto lo prohíbe la ley; y así en otros casos.

Con esto queda suficientemente explicado este efecto en sí mismo; en el punto segundo diré qué es lo que hay que decir sobre él según SANTO TOMÁS.

13. ¿DE QUÉ MANERA EL CASTIGO ES EFECTO DE LA LEY?—DIFERENCIA ENTRE LA LEY NATURAL Y LA POSITIVA POR LO QUE SE REFIERE AL CASTIGO.—La cuarta dificultad era acerca del castigo, el cual no parece ser efecto de la ley.

Sobre esto digo —brevemente— que una cosa es hablar del merecimiento o reato de la pena, y otra de la imposición efectiva de la pena, y en ambos sentidos la pena puede llamarse efecto de la ley, aunque desde distintos puntos de vista y por distintas razones.

En efecto, la ley, al imponer la obligación de la virtud u honestidad, en consecuencia hace que el trasgresor de la ley sea digno de castigo —por lo menos ante Dios— por no observar la obligación que le impuso la ley. Esto es aplicable tanto a la ley natural como en la positiva divina y humana, porque —supuesta la ley— el acto es desordenado, y el merecimiento del castigo se sigue intrínsecamente de la malicia del acto, aunque tal vez la malicia se haya dado con ocasión de una ley positiva.

Sin embargo en este punto existe una diferencia entre la ley natural y la positiva, y es que la ley natural, aunque haga que el acto sea malo o muestre que lo es, sin embargo, en cuanto meramente natural, no determina la clase ni la cantidad del castigo, ya que no hay ninguna razón que manifieste que esto se pueda hacer sin la orden de alguna voluntad libre; porque aunque el pecado por su naturaleza merezca tal vez un castigo de tal gravedad o duración, sin embargo, el que haya de ser de tal clase, de tal grado de intensidad, y que haya de cumplirse en tal lugar y tiempo, depende de una determinación o provisión libre.

Por eso la determinación de la pena con todas esas circunstancias la hace, o la ley eterna de Dios, sobre todo en cuanto a la pena de la vida futura, o la ley positiva en cuanto a las penas que se imponen en esta vida y en el fuero humano. Antiguamente la ley divina positiva escrita prescribió muchas penas de esta vida para las distintas clases de delitos; en cambio en la ley de gracia no hay señalada por derecho divino pena alguna para esta vida, según demostre-

remos en el tratado de las Censuras e Irregularidades. Tales penas de la vida presente las señalan las leyes humanas civiles o canónicas, y, por el mismo hecho de que la pena la señala la ley, el trasgresor de la ley se hace reo y deudor de tal pena, y en este sentido se dice que tal pena es efecto de la ley.

14. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—En cuanto a la imposición misma efectiva de la pena, algunas veces la hace también inmediatamente la ley misma, por ejemplo, cuando la ley misma trae consigo la ejecución por sí misma, como sucede con las leyes que, por el mismo hecho de cometer la falta, imponen censuras, irregularidades y otras inhabilidades: el modo como hace esto la ley es imponiendo la obligación de abstenerse de tal acto o de hacer alguna cosa, según dijimos en otra parte tratando de las censuras y según diremos después tratando de la ley penal.

Otras veces —y es lo ordinario— la ley sólo impone la pena mediata y remotamente incitando u obligando a alguno a imponer la pena en virtud de la ley. De este modo, aunque el juez —o mejor dicho, el funcionario que se mueve por su mandato— sea la causa próxima de la pena, sin embargo, como la ley es la primera impulsora del juez, se dice que tal pena es efecto de la ley.

Se dirá que, en ese caso, el acto que la ley manda o la omisión del acto que la ley prohíbe podrá decirse que es efecto de la ley, cosa que no parece ser verdad, porque el efecto de la ley es mandar y no el hacer.

Respondo concediendo la consecuencia, aunque con una distinción; porque —como diré en el capítulo siguiente— el efecto de la ley es hacer buenos a los hombres; por lo que puede distinguirse un doble efecto de la ley: uno que realiza inmediatamente la ley misma, que es mandar o prohibir; otro mediato, que es obrar el bien o evitar el mal. Y en esto lo mismo —poco más o menos— sucede con el efecto del castigo, aunque algunas veces —según se ha dicho— es la misma ley la que ejecuta la pena.

15. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Dirá alguno: luego también podrá decirse que el pecado es efecto de la ley permisiva, porque, aunque esa ley inmediatamente sólo conceda la permisión o mande la impunidad, sin embargo —en resumidas cuentas— de ella se sigue la ejecución del pecado permitido.

Respondo negando la consecuencia, porque la cosa es muy distinta: la ley permisiva damos por supuesto que es justa, luego no es causa del pecado, porque no induce positivamente a él —como es claro— ni es el pecado lo que pretende sino impedir mayores males; tampoco es causa del pecado indirectamente, porque no está

obligada a prohibirlo ni castigarlo, por lo que tampoco ofrece ocasión activa de él sino únicamente permite el escándalo pasivo.

Una cosa muy distinta es la que sucede con la ley que prohíbe el mal y manda el bien, porque ambas buscan esto e inducen a ello de suyo en cuanto pueden. También es distinta la razón si se trata de la ley punitiva, porque aunque absolutamente no busque el mal de pena, sin embargo, supuesta la culpa, sí busca y manda la pena, y algunas veces —según he dicho— incluso la ejecuta.

16. ¿CUÁLES SON LOS EFECTOS BUSCADOS POR LA LEY, Y CUÁLES LOS ACCESORIOS?—Con esto quedan suficientemente explicados los dichos cuatro efectos de la ley y el modo como la ley los produce, sea inmediatamente en cuanto a la obligación, prohibición o concesión, sea mediatamente en cuanto a la ejecución o al castigo.

Queda clara también la distinción y —como quien dice— la relación de esos efectos entre sí: los dos primeros —que son mandar y prohibir— la ley los pretende primaria y directamente, y en cierto modo pertenecen a la sustancia de la ley, y en esto se distinguen de los otros dos, que son como accesorios y añadidos para ayudar a la ley a conseguir los dos primeros efectos con más facilidad y eficacia.

Por otra parte, los dos primeros efectos se distinguen entre sí como afirmación y negación, según se ha explicado; y, poco más o menos, una oposición semejante tienen entre sí la permisión y el castigo, porque la primera concede impunidad o también favor, el segundo lo contrario, como es claro.

CAPITULO XVI

¿TODAS LAS LEYES PRODUCEN LOS DICHOS EFECTOS, EN PARTICULAR LA PERMISIÓN DEL PECADO?

1. DOBLE SENTIDO DE LA PALABRA LEY.—Para explicar esto puede observarse que a veces el término *ley* se toma como colectivo para significar toda una serie o clase de leyes. Así se llama ley natural todo el conjunto de preceptos naturales, ley escrita y ley de gracia significan todo el derecho divino positivo antiguo y moderno. En este sentido colectivo pueden tomarse también la ley civil y la canónica, por más que en el uso corriente esas colecciones suelen designarse con el nombre de derecho civil o de derecho canónico más bien que con el nombre particular de ley.

En otro sentido, ley es un nombre determinado que significa en general cada una de las leyes particulares.

remos en el tratado de las Censuras e Irregularidades. Tales penas de la vida presente las señalan las leyes humanas civiles o canónicas, y, por el mismo hecho de que la pena la señala la ley, el trasgresor de la ley se hace reo y deudor de tal pena, y en este sentido se dice que tal pena es efecto de la ley.

14. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—En cuanto a la imposición misma efectiva de la pena, algunas veces la hace también inmediatamente la ley misma, por ejemplo, cuando la ley misma trae consigo la ejecución por sí misma, como sucede con las leyes que, por el mismo hecho de cometer la falta, imponen censuras, irregularidades y otras inhabilidades: el modo como hace esto la ley es imponiendo la obligación de abstenerse de tal acto o de hacer alguna cosa, según dijimos en otra parte tratando de las censuras y según diremos después tratando de la ley penal.

Otras veces —y es lo ordinario— la ley sólo impone la pena mediata y remotamente incitando u obligando a alguno a imponer la pena en virtud de la ley. De este modo, aunque el juez —o mejor dicho, el funcionario que se mueve por su mandato— sea la causa próxima de la pena, sin embargo, como la ley es la primera impulsora del juez, se dice que tal pena es efecto de la ley.

Se dirá que, en ese caso, el acto que la ley manda o la omisión del acto que la ley prohíbe podrá decirse que es efecto de la ley, cosa que no parece ser verdad, porque el efecto de la ley es mandar y no el hacer.

Respondo concediendo la consecuencia, aunque con una distinción; porque —como diré en el capítulo siguiente— el efecto de la ley es hacer buenos a los hombres; por lo que puede distinguirse un doble efecto de la ley: uno que realiza inmediatamente la ley misma, que es mandar o prohibir; otro mediato, que es obrar el bien o evitar el mal. Y en esto lo mismo —poco más o menos— sucede con el efecto del castigo, aunque algunas veces —según se ha dicho— es la misma ley la que ejecuta la pena.

15. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Dirá alguno: luego también podrá decirse que el pecado es efecto de la ley permisiva, porque, aunque esa ley inmediatamente sólo conceda la permisón o mande la impunidad, sin embargo —en resúmenes— de ella se sigue la ejecución del pecado permitido.

Respondo negando la consecuencia, porque la cosa es muy distinta: la ley permisiva damos por supuesto que es justa, luego no es causa del pecado, porque no induce positivamente a él —como es claro— ni es el pecado lo que pretende sino impedir mayores males; tampoco es causa del pecado indirectamente, porque no está

obligada a prohibirlo ni castigarlo, por lo que tampoco ofrece ocasión activa de él sino únicamente permite el escándalo pasivo.

Una cosa muy distinta es la que sucede con la ley que prohíbe el mal y manda el bien, porque ambas buscan esto e inducen a ello de suyo en cuanto pueden. También es distinta la razón si se trata de la ley punitiva, porque aunque absolutamente no busque el mal de pena, sin embargo, supuesta la culpa, sí busca y manda la pena, y algunas veces —según he dicho— incluso la ejecuta.

16. ¿CUÁLES SON LOS EFECTOS BUSCADOS POR LA LEY, Y CUÁLES LOS ACCESORIOS?—Con esto quedan suficientemente explicados los dichos cuatro efectos de la ley y el modo como la ley los produce, sea inmediatamente en cuanto a la obligación, prohibición o concesión, sea mediatamente en cuanto a la ejecución o al castigo.

Queda clara también la distinción y —como quien dice— la relación de esos efectos entre sí: los dos primeros —que son mandar y prohibir— la ley los pretende primaria y directamente, y en cierto modo pertenecen a la sustancia de la ley, y en esto se distinguen de los otros dos, que son como accesorios y añadidos para ayudar a la ley a conseguir los dos primeros efectos con más facilidad y eficacia.

Por otra parte, los dos primeros efectos se distinguen entre sí como afirmación y negación, según se ha explicado; y, poco más o menos, una oposición semejante tienen entre sí la permisón y el castigo, porque la primera concede impunidad o también favor, el segundo lo contrario, como es claro.

CAPITULO XVI

¿TODAS LAS LEYES PRODUCEN LOS DICHOS EFECTOS, EN PARTICULAR LA PERMISIÓN DEL PECADO?

1. DOBLE SENTIDO DE LA PALABRA LEY.—Para explicar esto puede observarse que a veces el término *ley* se toma como colectivo para significar toda una serie o clase de leyes. Así se llama ley natural todo el conjunto de preceptos naturales, ley escrita y ley de gracia significan todo el derecho divino positivo antiguo y moderno. En este sentido colectivo pueden tomarse también la ley civil y la canónica, por más que en el uso corriente esas colecciones suelen designarse con el nombre de derecho civil o de derecho canónico más bien que con el nombre particular de ley.

En otro sentido, ley es un nombre determinado que significa en general cada una de las leyes particulares.

2. NO TODOS LOS EFECTOS DE LA LEY SON PROPIOS DE CADA UNA DE LAS LEYES.—Hablando de la ley en este último y más propio sentido, es cosa cierta que no todos aquellos efectos son propios de cada una de las leyes, ya que algunos de ellos son opuestos entre sí.

La ley prohibitiva no es preceptiva, y viceversa, porque —según dije— esos dos efectos distinguen, por decirlo así, a dos especies de preceptos que tienen entre sí una oposición —llamémosla así— contradictoria por parte de la materia.

Y nada importa el que a veces se diga que una ley que manda un acto prohíbe su omisión, porque esa prohibición se reduce a una afirmación, ya que es una negación que recae sobre otra negación, es decir, sobre la omisión, y así las dos negaciones afirman.

Ni hay dificultad en que una ley que manda hacer un acto en un determinado tiempo prohíba virtualmente tener el propósito o la intención de no hacer ese mismo acto en aquel tiempo, ya se tenga tal propósito en aquel mismo tiempo o antes: eso siempre será una violación de la ley. ¡También una ley que prohíbe un acto, a veces manda un acto positivo de la voluntad o un acto externo si es necesario para evitar el acto prohibido! Por ejemplo, la ley de no fornicar algunas veces obliga a tener el propósito positivo de no fornicar si es necesario para superar una razón contraria a esa ley, y también obliga a huir de las ocasiones, etc.

En nada de esto —repito— hay dificultad, porque se trata únicamente de ciertas consecuencias, en el sentido de que una ley que manda algo, en consecuencia obliga a aquello que es necesario para lo que de primera intención se manda. Ahora bien, los dos términos, mandar y prohibir, se distinguen por las cosas que mandan de primera intención, que son hacer y no hacer, y, por consiguiente, nunca pueden darse simultáneamente en una misma ley.

3. EL EFECTO DEL CASTIGO SIEMPRE VA UNIDO DE ALGUNA MANERA A TODA LEY.—Así pues, los dos primeros efectos no son propios de todas las leyes. En cambio el tercero, que es el castigo, siempre va unido de alguna manera a todas las leyes y a los dos primeros efectos, al menos en el sentido de que toda trasgresión de una ley, de suyo y por natural consecuencia, hace al trasgresor digno de pena, según se ha dicho; sin embargo no toda ley impone un castigo especial, como es evidente: esto es exclusivo de algunas leyes. Y como las penas señaladas para la vida futura pertenecen al fuero de Dios, no tratamos de ellas, porque no nos son conocidas en particular. Así que, hablando con propiedad, este efecto se atribuye a algunas leyes humanas que imponen penas especiales y

que por eso se llaman penales: de ellas trataremos después en particular.

Finalmente, el cuarto efecto —el de la permisón— es mucho menos propio de todas las leyes; más aún, es raro, y son pocas las leyes que se dan únicamente para conceder una permisón, como es evidente.

4. A LA LEY, ENTENDIDA COLECTIVAMENTE, LE SON INHERENTES TODOS LOS EFECTOS DE LA LEY.—Pero si tomamos la ley en el primer sentido, el colectivo, entonces todos estos efectos pueden atribuirse a todas y a cada una de las leyes, sobre todo si la permisón la tomamos con la amplitud con que la tomaron SAN ISIDORO y SANTO TOMÁS. Esto lo digo porque, tratándose de la permisón, hay alguna dificultad, pues de los otros tres efectos es bastante claro —por lo dicho— que tienen lugar en toda clase de leyes, ya que en toda clase de leyes es preciso mandar o prohibir, y a toda ley le es inherente la fuerza coactiva para hacer reos de pena a sus trasgresores.

Así que —prescindiendo de esos efectos— por lo que toca a la permisón y comenzando por lo más claro, acerca de las leyes civiles es cosa clara que permiten muchas cosas, sea concediendo bienes o privilegios, sea permitiendo pecados: esto no es contrario a la justicia de tal ley humana, ya que ni a ella ni a su fin le toca reprimir o castigar todos los vicios, según enseñó SAN AGUSTÍN y nosotros veremos después; de ello se han puesto anteriormente suficientes ejemplos.

5. EN EL DERECHO CANÓNICO SE ENCUENTRAN NUMEROSAS LEYES PERMISIVAS —A MANERA DE CONCESIÓN Y DISPENSA— QUE NO SUPONEN CULPA.—Acerca de las leyes canónicas, es claro que en el derecho canónico se encuentran leyes permisivas de algunas cosas, leyes que no suponen culpa sino que son una concesión a manera de dispensa, y eso a pesar de algún defecto natural o moral ya pasado, como se dijo en el caso del capítulo *Qui partem*. Lo mismo puede decirse de los cánones que permiten que un neófito se ordene o que un convertido de la herejía alguna vez sea restituido al grado de honor que antes tenía, y así otros semejantes.

Lo que no parece que conceda el derecho canónico es permisón positiva de pecado. Digo *positiva* porque negativamente hay innumerables pecados que el derecho canónico permite, es decir, que ninguna ley canónica especial prohíbe ni castiga sino que deja a su naturaleza; pero ya dijimos que esta clase de permisón no es un efecto de la ley propiamente dicho. En cambio las leyes canónicas no parecen disponer positivamente que algún vicio en particular no lo castiguen los superiores eclesiásticos o que lo permitan impunemente: esto no parece conforme con el fin de ese derecho que es la

completa salud de las almas y por eso parecen dejar a la prudencia de los superiores la corrección o la tolerancia de aquellos pecados de los cuales nada disponen las leyes canónicas. De esta forma, la permisión positiva propiamente dicha del pecado no parece ser efecto de la ley canónica.

6. LA LEY DIVINA EVANGÉLICA NO CONTIENE LEYES ALGUNAS PERMISIVAS, Y MENOS PERMISIVAS DE PECADO.—LA LEY VIEJA ¿PERMITIÓ ALGÚN PECADO?—Con más razón es cosa clara que no se encuentra tal permisión en la ley divina de gracia. En ella son pocos los preceptos positivos tocantes a los ritos esenciales del sacrificio y de los sacramentos de la nueva ley, y a la unidad de la fe más en particular y de la Iglesia universal bajo una sola cabeza. Acerca de otras cosas particulares, tampoco contiene especiales disposiciones relativas a los actos de las virtudes, cuánto menos relativas a permisiones de pecados. Y no puede decirse que solamente por el hecho de no prohibirlos ya los permite, porque la causa de no prohibirlos no es esa sino el que los supone ya prohibidos por el mismo derecho divino natural.

En cambio si nos referimos a la permisión concesiva de privilegios, sí pueden atribuirse a esta ley algunos efectos de este género; entre ellos pueden contarse algunos particulares privilegios de los cristianos con relación a los infieles, por ejemplo, que el cónyuge fiel pueda separarse del infiel, etc., y asimismo los privilegios de los clérigos, en particular los del Sumo Pontífice. Sin embargo, acerca de ellos quiero advertir que éstos propiamente no se llaman permisiones sino mandatos, porque no son privilegios de la persona sino de la fe o de la dignidad y de la comunidad, y por eso se conceden no a manera de permisión sino de precepto, como con la ayuda de Dios diremos más largamente en el tratado del Orden y de la Jerarquía Eclesiástica.

Acerca de la ley vieja hay una controversia, a saber, si permitía positivamente algún pecado; en especial se discute sobre el libelo de repudio. Pero estos puntos no podemos discutirlos ahora en particular. Únicamente digo que eso no es contrario a la justicia y a la honestidad de aquella ley ni es muy ajeno a su imperfección, por más que es bastante probable que aun en aquella ley no existió este efecto, porque no era necesario, y menos parece que dicha ley lo enseñara.

7. PERMISIONES QUE SE DAN EN LA LEY NATURAL Y EN LA ETERNA.—Por último, acerca de la ley natural —y lo mismo sucede también con la ley eterna— es cosa cierta que concede muchos bienes —digámoslo así— permisivamente

más bien que preceptivamente respecto de los particulares a quienes se hace tal concesión. Así —por ejemplo— concedió a los hombres el reparto y la propiedad de las cosas, ya que el repartir las cosas y adquirir propiedad particular es de derecho natural; ahora bien, no lo es por precepto, porque podían los hombres no hacer reparto ni adquirir propiedad particular; luego lo es por permisión. Y así podríamos enumerar otros muchos puntos; de ellos hablaremos en el libro siguiente al explicar el derecho de gentes.

Refiriéndose a la permisión del mal de culpa, es cosa cierta que la ley natural no lo permite, ya que la ley natural prohíbe todo mal y —en cuanto de ella depende— ninguno lo deja sin castigo, pues todo trasgresor de la ley —en virtud del derecho natural— es digno de pena.

Por eso, cuando SANTO TOMÁS dice que la ley permite males pequeños, en primer lugar eso —según algunos— puede entenderse de los pecados veniales, los cuales, en un sentido lato, se dice que se permiten porque no van contra los preceptos naturales sino al margen de ellos. Pero yo no estoy conforme con esto, porque todo mal —por mínimo que sea— está prohibido por la ley natural y puede decirse que es contrario a ella, aunque imperfectamente. Luego eso debe entenderse no de la ley natural sino de la ley en general prescindiendo de si es positiva o natural: en ese sentido habla SANTO TOMÁS en aquel artículo, y por eso no todo lo que allí dice es aplicable a todas las leyes, sino unas cosas a unas y otras a otras, repartiéndolas convenientemente según la capacidad de la materia. Así cierta ley, a saber, la humana y civil permite esos pequeños males, pero no toda ley, porque la ley natural no los permite. En este sentido podrán llamarse males pequeños no sólo los pecados veniales sino también algunos mortales que se consideran pequeños en orden al fin de la ley civil aunque con relación a Dios sean grandes.

8. LA LEY NATURAL Y LAS OTRAS LEYES ¿PERMITEN LAS OBRAS INDIFERENTES?—Acerca de las obras indiferentes, puede dudarse si puede decirse que las permita ley alguna, porque no parece que exista ninguna que las permita positivamente sino sólo negativamente sin prohibirlas ni mandarlas, lo cual —según he dicho— no es suficiente.

Sin embargo, puede decirse con toda propiedad que la ley natural las permite, ya que la ley natural respecto de ellas no se ha sólo negativamente sino que positivamente juzga y dispone que tales obras son indiferentes y que por consiguiente no son de suyo disconformes con la naturaleza racional ni tampoco de suyo honestas;

en consecuencia son tales que cualquier otra ley puede permitir las.

Acerca de las acciones buenas, es oscuro lo primero que en aquel pasaje dice SANTO TOMÁS, a saber, que la ley mande todos los actos de virtud: esto no parece verdad ni tratándose de una ley determinada ni de todo el conjunto de ellas, y tratándose de las obras de los consejos, la cosa es clara. También aparece esto claro tratándose de las obras buenas pequeñas, acerca de las cuales SANTO TOMÁS dice poco después que solamente se permiten; y sin embargo son acciones buenas; luego no hay ley alguna que mande todas las acciones buenas.

Finalmente también es oscuro por qué se dice que la ley natural permite las cosas buenas menores y no las mejores, acerca de las cuales la ley natural también dicta que no son necesarias para la virtud. Pero la primera proposición SANTO TOMÁS la toma de ARISTÓTELES, el cual habla de la ley humana, y el mismo SANTO TOMÁS la aplica después no a cada uno de los actos de virtud sino en general e indeterminadamente a los actos de todas las virtudes; en este sentido es verdad que las leyes mandan los actos de todas las virtudes, aunque no manden todos y cada uno de los actos de todas las virtudes; de esta forma no hay contradicción en que algunos actos buenos sean solamente permitidos. Pero esto lo aplica SANTO TOMÁS más a los actos buenos menores que a los mejores porque los actos menores no se aconsejan, en cambio los mayores se aconsejan, y en cuanto tales, no le parece a SANTO TOMÁS que caigan bajo los efectos de la ley, tal vez por la razón que se insinuó en el capítulo anterior.

CAPITULO XVII

¿EXISTEN OTROS EFECTOS DE LA LEY ADEMÁS DE ESOS CUATRO?

1. Investigamos si la anterior enumeración de efectos es ya completa. La razón para dudar es que las leyes suelen producir otros efectos más. En primer lugar, las leyes tasan los precios de las cosas. En segundo lugar, ellas determinan el justo medio en materia de virtud. En tercer lugar, dan forma a los contratos, a los testamentos, etc., y esas formalidades las hacen esenciales, de tal manera que los actos, si se realizan de otra manera, resultan inválidos. A este efecto pertenecen también las invalidaciones de los contratos, las inhabilitaciones de las personas para determinados contratos o cargos. El cuarto efecto es traspasar la propiedad de las cosas. El quinto, revocar leyes. El sexto conceder favores y asignar premios, lo cual es tan propio de la ley como del castigo, *pues*, como dice SAN ISIDORO,

la vida humana se rige por premios y por castigos.

2. Esta dificultad algunos la solucionan concediendo que existen otros efectos de la ley, y que esos cuatro se han enumerado por ser los principales y los más usuales y necesarios, y que por ellos era fácil comprender los otros.

No hay gran inconveniente en aceptar esto, porque ni SAN ISIDORO ni el JURISCONSULTO ni SANTO TOMÁS se reservaron la empresa de presentar todos los efectos, sino que se expresaron de una manera natural y a propósito para la enseñanza.

No se apartan mucho de ellos la GLOSA y BARTOLO cuando dicen que hay algunas leyes que no producen alguno de estos efectos, pero que no hay ninguna que no produzca algún efecto equivalente, y esto basta. Conceden, asimismo, que puede una ley no producir alguno de esos efectos sino otro equivalente a alguno de los antes enumerados.

3. NO HAY NINGUNA LEY QUE NO PRODUZCA ALGUNO DE LOS EFECTOS ENUMERADOS, Y ES PROBABLE QUE TODOS LOS OTROS ESTÁN INCLUIDOS EN ESOS.—Sin embargo puede decirse con probabilidad que no hay ninguna ley que no produzca con toda propiedad alguno de los dichos efectos, y, por el contrario, que no existe ningún efecto de la ley que no esté incluido en los ya dichos.

Pruebo lo primero por el principio propuesto en el capítulo anterior, en el cual hemos demostrado que toda ley tiene fuerza para obligar; luego es preciso que toda ley obligue; luego obligará a hacer o a no hacer, pues son estos dos términos contradictorios y consiguientemente no admiten medio, y por eso no existe ninguna ley que —por lo menos en cuanto que obliga a alguno— no llene el concepto de precepto o de prohibición, aunque —bajo otros aspectos— pueda producir otros efectos.

4. DOBLE PODER —DIRECTIVO Y COACTIVO— QUE ACOMPAÑA A LA LEY.—Para probar la segunda parte, hay que suponer la distinción vulgar de la doble virtud que tiene la ley —la directiva y la coactiva— que enseñan SANTO TOMÁS y sus comentaristas.

Estos términos suelen entenderse de distintas maneras: a veces se llama virtud coactiva de la ley la que tiene para obligar en conciencia, a la manera como habla SANTO TOMÁS cuando distingue el consejo del precepto: el consejo es una invitación que no tiene virtud activa, quiero decir obligatoria, y así la virtud directiva es común al consejo, y consiste únicamente en una iluminación y dirección de la mente. Así también TOMÁS DE VIO en la coacción de la ley incluye toda la fuerza que tiene para obligar. De la misma manera —poco más o menos— habla también SOTO.

en consecuencia son tales que cualquier otra ley puede permitir las.

Acerca de las acciones buenas, es oscuro lo primero que en aquel pasaje dice SANTO TOMÁS, a saber, que la ley mande todos los actos de virtud: esto no parece verdad ni tratándose de una ley determinada ni de todo el conjunto de ellas, y tratándose de las obras de los consejos, la cosa es clara. También aparece esto claro tratándose de las obras buenas pequeñas, acerca de las cuales SANTO TOMÁS dice poco después que solamente se permiten; y sin embargo son acciones buenas; luego no hay ley alguna que mande todas las acciones buenas.

Finalmente también es oscuro por qué se dice que la ley natural permite las cosas buenas menores y no las mejores, acerca de las cuales la ley natural también dicta que no son necesarias para la virtud. Pero la primera proposición SANTO TOMÁS la toma de ARISTÓTELES, el cual habla de la ley humana, y el mismo SANTO TOMÁS la aplica después no a cada uno de los actos de virtud sino en general e indeterminadamente a los actos de todas las virtudes; en este sentido es verdad que las leyes mandan los actos de todas las virtudes, aunque no manden todos y cada uno de los actos de todas las virtudes; de esta forma no hay contradicción en que algunos actos buenos sean solamente permitidos. Pero esto lo aplica SANTO TOMÁS más a los actos buenos menores que a los mejores porque los actos menores no se aconsejan, en cambio los mayores se aconsejan, y en cuanto tales, no le parece a SANTO TOMÁS que caigan bajo los efectos de la ley, tal vez por la razón que se insinuó en el capítulo anterior.

CAPITULO XVII

¿EXISTEN OTROS EFECTOS DE LA LEY ADEMÁS DE ESOS CUATRO?

1. Investigamos si la anterior enumeración de efectos es ya completa. La razón para dudar es que las leyes suelen producir otros efectos más. En primer lugar, las leyes tasan los precios de las cosas. En segundo lugar, ellas determinan el justo medio en materia de virtud. En tercer lugar, dan forma a los contratos, a los testamentos, etc., y esas formalidades las hacen esenciales, de tal manera que los actos, si se realizan de otra manera, resultan inválidos. A este efecto pertenecen también las invalidaciones de los contratos, las inhabilitaciones de las personas para determinados contratos o cargos. El cuarto efecto es traspasar la propiedad de las cosas. El quinto, revocar leyes. El sexto conceder favores y asignar premios, lo cual es tan propio de la ley como del castigo, *pues*, como dice SAN ISIDORO,

la vida humana se rige por premios y por castigos.

2. Esta dificultad algunos la solucionan concediendo que existen otros efectos de la ley, y que esos cuatro se han enumerado por ser los principales y los más usuales y necesarios, y que por ellos era fácil comprender los otros.

No hay gran inconveniente en aceptar esto, porque ni SAN ISIDORO ni el JURISCONSULTO ni SANTO TOMÁS se reservaron la empresa de presentar todos los efectos, sino que se expresaron de una manera natural y a propósito para la enseñanza.

No se apartan mucho de ellos la GLOSA y BARTOLO cuando dicen que hay algunas leyes que no producen alguno de estos efectos, pero que no hay ninguna que no produzca algún efecto equivalente, y esto basta. Conceden, asimismo, que puede una ley no producir alguno de esos efectos sino otro equivalente a alguno de los antes enumerados.

3. NO HAY NINGUNA LEY QUE NO PRODUZCA ALGUNO DE LOS EFECTOS ENUMERADOS, Y ES PROBABLE QUE TODOS LOS OTROS ESTÁN INCLUIDOS EN ESOS.—Sin embargo puede decirse con probabilidad que no hay ninguna ley que no produzca con toda propiedad alguno de los dichos efectos, y, por el contrario, que no existe ningún efecto de la ley que no esté incluido en los ya dichos.

Pruebo lo primero por el principio propuesto en el capítulo anterior, en el cual hemos demostrado que toda ley tiene fuerza para obligar; luego es preciso que toda ley obligue; luego obligará a hacer o a no hacer, pues son estos dos términos contradictorios y consiguientemente no admiten medio, y por eso no existe ninguna ley que —por lo menos en cuanto que obliga a alguno— no llene el concepto de precepto o de prohibición, aunque —bajo otros aspectos— pueda producir otros efectos.

4. DOBLE PODER —DIRECTIVO Y COACTIVO— QUE ACOMPAÑA A LA LEY.—Para probar la segunda parte, hay que suponer la distinción vulgar de la doble virtud que tiene la ley —la directiva y la coactiva— que enseñan SANTO TOMÁS y sus comentaristas.

Estos términos suelen entenderse de distintas maneras: a veces se llama virtud coactiva de la ley la que tiene para obligar en conciencia, a la manera como habla SANTO TOMÁS cuando distingue el consejo del precepto: el consejo es una invitación que no tiene virtud activa, quiero decir obligatoria, y así la virtud directiva es común al consejo, y consiste únicamente en una iluminación y dirección de la mente. Así también TOMÁS DE VIO en la coacción de la ley incluye toda la fuerza que tiene para obligar. De la misma manera —poco más o menos— habla también SOTO.

Pero hablando con más propiedad, en la ley misma se distinguen dos efectos y consiguientemente como dos virtudes: una para obligar en conciencia, la cual se llama directiva, y otra para someter y obligar a la pena: ésta se llama coactiva. En efecto, en un legislador ambos poderes son necesarios: el directivo para poder mandar lo que se ha de hacer y lo que no se ha de hacer con una necesidad tocante a la honestidad de las costumbres —la cual se llama obligación en conciencia o desde el punto de vista de la honestidad— y el coactivo para poder forzar a que se le obedezca.

Este es el empleo más general de estas palabras, como se ve en SANTO TOMÁS y en sus intérpretes, y en este sentido las emplearemos nosotros, ya que la coacción propiamente se dice de una cosa contraria a la voluntad, cual es el castigo; en cambio la dirección de la ley lleva consigo más que el consejo o el aviso, y por consiguiente incluye obligación.

5. Así que el poder directivo parece que se explica suficientemente por el acto de mandar y prohibir, y esto por la razón que se ha aducido, a saber, que esos dos términos son contradictorios.

Asimismo porque las dos partes de la justicia —que son evitar el mal y hacer el bien— abarcan suficientemente todo el campo de la justicia, como muy bien enseña SANTO TOMÁS; luego también las leyes —en cuanto obligatorias— se dividen suficientemente en preceptivas y prohibitivas.

En cambio al poder coactivo le toca forzar moralmente a la obediencia de ambas leyes, lo cual se realiza con la amenaza del castigo.

En conformidad con esto SAN AGUSTÍN dice: *El Señor no sólo muestra el mal que debemos evitar y el bien que debemos hacer, que es lo único que puede la letra de la ley.* Después dice que esto no puede cumplirse sin el espíritu de la gracia. Y si ésta falta, dice, *la ley tiene fuerza para hacer reos y matar.* Con estas palabras explica la verdadera fuerza coactiva de la ley.

Según esto, con estos tres elementos parece que ya estaba suficientemente explicada toda la eficacia de la ley; sin embargo, como a veces es también necesario permitir algo que se hace sin obligación ni coacción respecto de aquel a quien se concede la permisión, fue necesario explicar también este efecto de la ley, porque —en cuanto que la ley puede realizarlo— en parte depende del poder directivo y en parte del coactivo. En efecto, la fuerza misma directiva muestra y determina que el hombre debe permitir y no castigar alguna cosa, y así manda la permisión misma y fuerza a que se observe.

De esta forma aparecen claros los cuatro di-

chos efectos, y no se ve la necesidad de añadir otros.

6. ¿A CUÁL DE LOS EFECTOS DE LA LEY LE CORRESPONDE DETERMINAR EL PRECIO DE LAS COSAS?—Esto último se confirmará más recorriendo los otros efectos que se pusieron al principio en la segunda parte de la razón para dudar.

El primero era determinar los precios de las cosas. Acerca de esto afirmo que entra en los efectos de mandar, prohibir o permitir, o que ciertamente incluye algo de cada uno de ellos. En efecto, ordinariamente tales leyes se dan en forma de prohibición de que tal cosa se venda a más que a tal precio o que no se compre a menos. A veces pueden mandarse ambas cosas, a saber, que la cosa se venda y que se venda a tal precio. Más frecuente es permitir la venta pero tasando el precio mediante una prohibición, según he dicho; o si queremos explicar esto en forma de precepto afirmativo, será —como quien dice— condicionalmente o refiriéndose a cada acto y no al ejercicio habitual, a saber, que si uno quiere vender o comprar, lo haga a tal precio.

Y nada importa que la ley no se dé con las fórmulas propias de un precepto sino con fórmulas relativas a la materia, tasándola o algo semejante, pues como se dice en el DIGESTO: *No hay que preguntar con quién habla uno acerca de su última voluntad sino a quién se dirige la intención de la voluntad.*

7. ¿A CUÁL DE LOS EFECTOS LE CORRESPONDE DETERMINAR EL JUSTO MEDIO EN MATERIA DE VIRTUD?—El segundo efecto era determinar el justo medio en materia de virtud. Acerca de esto hay que decir lo mismo, a saber, que el modo como esto se realiza es únicamente prohibiendo o mandando.

Por ejemplo, el precepto del ayuno prescribe hoy el justo medio de la templanza prohibiendo tal clase de manjares y varias comidas entre las permitidas; o, si el justo medio se determina afirmativamente, el determinarlo le corresponde al precepto. Así la ley que prescribe oír misa en un día festivo, en esa práctica determina el justo medio de la virtud de la religión para tal tiempo; porque hace que tal acto sea necesario en ese tiempo para la honestidad de esa virtud, y el modo como esto se hace es únicamente imponiendo la obligación de tal acto para tal tiempo.

8. ¿A CUÁL DE LOS EFECTOS LE CORRESPONDE ESTABLECER LA FORMA DE LAS ACCIONES HUMANAS?—El tercer efecto era establecer la forma de las acciones humanas, a saber, determinar que se hagan de tal o tal manera, en lo cual entra la anulación de los contratos y la inhabilitación de las personas —sea sencillamente para hacerlos, sea para hacerlos de tal o cual

manera— o para tales cargos, etc. Acerca de este efecto se puede decir en general que cae dentro del precepto en cuanto que la ley da forma a los actos, y también dentro de la prohibición en cuanto que los anula.

Pero en contra de esto último hay una dificultad, y es que para anular no basta una prohibición —ni siquiera una prohibición directa— según se dirá en su lugar; luego la anulación dice un efecto especial distinto de la prohibición. En efecto, la prohibición como tal no quita el poder absoluto de realizar el acto: lo único que hace es que no sea lícito; en cambio la anulación priva del poder de hacer el acto válidamente; luego es un efecto distinto. Por eso puede añadirse que la anulación es ciertamente un efecto distinto de la prohibición, pero que siempre se añade a la prohibición y que es un verdadero castigo, sea con relación a la misma prohibición quebrantada, sea con relación a otra culpa.

Sin embargo, aunque estas anulaciones o inhabilitaciones muchas veces la ley las impone como castigo, con todo no es así de suyo, puesto que la inhabilitación del sacerdote para el matrimonio no es castigo, ni tampoco lo es la invalidez del matrimonio celebrado sin el párroco y sin testigos, y así otros casos semejantes.

En otro sentido puede decirse que este efecto es especial y distinto de aquellos cuatro pero que es peculiar de la ley humana y que por eso no se le pone en la enumeración. Mas esta razón no es satisfactoria: lo primero, porque los que distinguen y enumeran esos cuatro efectos, se refieren principalmente a la ley humana; y lo segundo, porque tal vez esa afirmación no es verdadera, ya que no es poco lo que se discute sobre si la ley natural y la divina algunas veces invalidan los actos e inhabilitan las personas para ellos, como veremos después.

9. EL EFECTO DE INVALIDAR O INHABILITAR PERTENECE A LA LEY PROHIBITIVA Y A LA PRECEPTIVA.—Así pues, hay que decir que este efecto de invalidar o de inhabilitar entra dentro de la prohibición y del precepto. En efecto, la invalidación puede realizarse de dos maneras, a saber, prescribiendo la forma esencial —si falta la cual el acto no será válido— o prohibiendo el acto en absoluto.

La primera entra dentro del poder que tiene la ley para tasar los precios de las cosas, ya que no es de distinta naturaleza el prescribir el modo que ha de observarse en el traspaso, adquisición y pérdida de las cosas; ahora bien, todo esto se hace mandando al menos la manera de obrar o prohibiendo otras maneras, según he explicado; y esta segunda manera entra dentro de la prohibición, porque el legislador tiene poder para prohibir no sólo el acto sino también la validez del acto.

Por consiguiente la anulación puede llamarse una prohibición especial y —como quien dice— doble, porque prohíbe no sólo el acto sino también su validez.

A esto mismo se reduce la inhabilitación de las personas, puesto que se hace de la misma manera.

10. Puede objetarse que existen algunas leyes las cuales invalidan el acto pero no lo prohíben directamente, según dije en el tratado del Juramento. Además, la prohibición directamente se refiere a un acto posible y, por consiguiente, ese acto se deja al poder absoluto de aquel a quien se hace la prohibición; en cambio la invalidación quita el poder de hacerlo válidamente; luego no es una prohibición sino un efecto de distinta naturaleza.

A esto se responde que la invalidación cae dentro de la prohibición tanto en el caso de que el acto se prohíba en absoluto como en el de que solamente se determine que no pueda realizarse válidamente, porque por lo menos es preciso que se prohíba el acto tal cual es formalmente —a saber, en cuanto matrimonio o en cuanto testamento— ya que prohibir la validez del acto es prohibir que los súbditos puedan practicar tales actos como válidos.

Después veremos si esta prohibición, cuando viene de las leyes civiles, obliga siempre en conciencia. También puede explicarse este efecto de otra manera, como diré en el punto siguiente.

11. ¿A QUÉ EFECTO DE LA LEY LE CORRESPONDE EL TRASPASAR LA PROPIEDAD DE LAS COSAS?—El cuarto efecto era traspasar la propiedad de las cosas, como sucede con la ley de la prescripción, etc. Acerca de ésta puede decirse que este efecto se reduce al precepto, pues la ley manda que éste y no aquél sea el dueño, y el modo como manda es haciendo, porque, de no ser así, no podría mandar eficazmente.

Pero puede añadirse que es probable que este efecto y otros semejantes —aunque los confirman las leyes y por eso suelen realizarse por medio de leyes— pero formalmente no los realizan las leyes en cuanto leyes, porque el quitar y dar la propiedad no es mandar sino —como quien dice— dar u obrar.

Además parece proceder de un poder de distinta naturaleza, porque el príncipe o el estado no sólo tiene el propiamente dicho poder de jurisdicción para mandar y castigar, sino también el poder de supremo dispensador y administrador de los bienes del estado. Pues bien, la ley con sus efectos propios procede del poder de jurisdicción, en cambio, el transferir la propiedad o impedirla y cosas semejantes pertenecen a la administración de los bienes y al poder de alto dominio que decimos tiene el estado. Este es el poder de que formalmente hace uso el príncipe cuando determina que por prescripción uno ad-

quiera la propiedad y otro lo pierda; porque él con su poder y voluntad superior es el que confiere de hecho la propiedad, lo cual formalmente no es mandar sino obrar y —como quien dice— dar.

Sin embargo, esto no se realiza sin un precepto, porque es preciso que el modo de adquirir lo prescriba la ley y que, una vez realizada la adquisición, se conserve firme e incólume; por eso este efecto se atribuye a la ley, por más que —según he dicho— sea formalmente distinto, y tal vez por eso no se le cuenta entre los efectos de la ley como tal. Esta doctrina puede también aplicarse al efecto de la invalidación.

12. ¿A QUÉ EFECTO DE LA LEY LE CORRESPONDE LA REVOCACIÓN DE UNA LEY?—El quinto efecto era el de la revocación de leyes; éste no ofrece dificultad, porque revocar una ley no es legislar sino más bien quitarla, de la misma manera que la dispensa, la interpretación y la suavización de una ley no son efectos de la ley sino otros actos que se mueven en torno a la ley misma.

Y si a veces la abrogación de una ley se hace por medio de otra, en ese caso la nueva ley tendrá sus propios efectos que ella busque o realice por razón de ellos mismos; en cambio la supresión de la otra ley es una simple consecuencia, como la generación de una cosa es la destrucción de otra; o, ciertamente, si la nueva ley manda directamente que no se observe la primera ni se la tenga por ley, entonces esa abrogación será una prohibición y caerá dentro de este efecto de la ley.

13. LOS FAVORES O PREMIOS PERTENECEN A LA LEY PERMISIVA.—El sexto efecto era conceder favores y adjudicar premios. De los favores ya hemos visto que —según la idea de SAN ISIDORO— entran dentro de la permisón. Digo además que con los favores pasa lo mismo que con los privilegios, que si se consideran con relación a aquel a quien se hacen, no son efecto de la ley sino de otro poder —el poder de dar o administrar los derechos del estado—, pero si se consideran desde el punto de vista de los otros que han de hacer el favor o respetar el privilegio, cae dentro del precepto o de la prohibición, según lo que se ha dicho en el capítulo XIII.

Acerca del premio dijo CASTRO en el lugar citado que cae y se sobreentiende bajo el título de la pena. En cambio, según la idea de SAN ISIDORO, parece caer dentro de la permisón, ya que la petición del premio la pone expresamente bajo la permisón. SANTO TOMÁS por su parte no piensa que este sea un efecto de la ley, ya

que no requiere un poder superior sino que puede concederlo cualquiera; por eso lo equipara al consejo, que tampoco requiere autoridad legislativa y por eso tampoco es efecto de la ley. Esta opinión es la que a mí me agrada.

Puede añadirse que en las leyes es mucho más frecuente la asignación de un castigo que la promesa de un premio, y eso porque es moralmente más necesaria, dado que los hombres en su mayoría son inclinados al mal y se dejan guiar por sus pasiones, y por eso lo más frecuente es tener que reprimirles con el temor del castigo. Por eso también los jueces y los que velan por las leyes, ordinariamente están más obligados a castigar a los trasgresores de las leyes que a premiar a los que las observan. Esta es al razón por la que el castigo —más bien que el premio— se cuenta entre los efectos de la ley.

CAPITULO XVIII

¿TODOS LOS HOMBRES MIENTRAS VIVEN ESTÁN SUJETOS A LA LEY Y OBLIGADOS A ELLA?

1. Dijimos que el principal efecto de ley consiste en la obligación y que en él radican todos los otros. Ahora bien, la obligación esencialmente mira a alguien a quien se impone. Por eso, para la completa explicación de este efecto, es necesario explicar sobre quiénes recae la obligación de la ley o quiénes son capaces de ella. En efecto, aunque antes se ha demostrado que la ley se da para los hombres, y eso en común —es decir, para alguna comunidad—, pero no se ha explicado si de esta obligación son capaces todos los hombres o si algunos están —digámoslo así— exentos.

Este problema lo trató SANTO TOMÁS refiriéndose en particular a la ley humana, tal vez porque pensó que no era necesario referirse a la ley en general, siendo como es evidentísimo que todos los hombres sin excepción —mientras viven y una vez llegados a adultos, que es de lo que se trata— están sujetos a alguna ley. Sin embargo, los herejes actuales nos fuerzan a tratar aquí este problema en general.

No investigamos a quiénes obligan las leyes positivas divinas y humanas, ni siquiera a quiénes obliga la ley natural, porque estos puntos los trataremos después en particular. Mucho menos investigamos si todas las leyes obligan a todos los hombres, pues es cosa clara que a cada uno no le obligan todas y cada una de las leyes, ya que —por lo que se refiere a las leyes positivas— esto no es necesario ni posible, como es evidente.

quiera la propiedad y otro lo pierda; porque él con su poder y voluntad superior es el que confiere de hecho la propiedad, lo cual formalmente no es mandar sino obrar y —como quien dice— dar.

Sin embargo, esto no se realiza sin un precepto, porque es preciso que el modo de adquirir lo prescriba la ley y que, una vez realizada la adquisición, se conserve firme e incólume; por eso este efecto se atribuye a la ley, por más que —según he dicho— sea formalmente distinto, y tal vez por eso no se le cuenta entre los efectos de la ley como tal. Esta doctrina puede también aplicarse al efecto de la invalidación.

12. *¿A QUÉ EFECTO DE LA LEY LE CORRESPONDE LA REVOCACIÓN DE UNA LEY?*—El quinto efecto era el de la revocación de leyes; éste no ofrece dificultad, porque revocar una ley no es legislar sino más bien quitarla, de la misma manera que la dispensa, la interpretación y la suavización de una ley no son efectos de la ley sino otros actos que se mueven en torno a la ley misma.

Y si a veces la abrogación de una ley se hace por medio de otra, en ese caso la nueva ley tendrá sus propios efectos que ella busque o realice por razón de ellos mismos; en cambio la supresión de la otra ley es una simple consecuencia, como la generación de una cosa es la destrucción de otra; o, ciertamente, si la nueva ley manda directamente que no se observe la primera ni se la tenga por ley, entonces esa abrogación será una prohibición y caerá dentro de este efecto de la ley.

13. *LOS FAVORES O PREMIOS PERTENECEN A LA LEY PERMISIVA.*—El sexto efecto era conceder favores y adjudicar premios. De los favores ya hemos visto que —según la idea de SAN ISIDORO— entran dentro de la permisón. Digo además que con los favores pasa lo mismo que con los privilegios, que si se consideran con relación a aquel a quien se hacen, no son efecto de la ley sino de otro poder —el poder de dar o administrar los derechos del estado—, pero si se consideran desde el punto de vista de los otros que han de hacer el favor o respetar el privilegio, cae dentro del precepto o de la prohibición, según lo que se ha dicho en el capítulo XIII.

Acerca del premio dijo CASTRO en el lugar citado que cae y se sobreentiende bajo el título de la pena. En cambio, según la idea de SAN ISIDORO, parece caer dentro de la permisón, ya que la petición del premio la pone expresamente bajo la permisón. SANTO TOMÁS por su parte no piensa que este sea un efecto de la ley, ya

que no requiere un poder superior sino que puede concederlo cualquiera; por eso lo equipara al consejo, que tampoco requiere autoridad legislativa y por eso tampoco es efecto de la ley. Esta opinión es la que a mí me agrada.

Puede añadirse que en las leyes es mucho más frecuente la asignación de un castigo que la promesa de un premio, y eso porque es moralmente más necesaria, dado que los hombres en su mayoría son inclinados al mal y se dejan guiar por sus pasiones, y por eso lo más frecuente es tener que reprimirles con el temor del castigo. Por eso también los jueces y los que velan por las leyes, ordinariamente están más obligados a castigar a los trasgresores de las leyes que a premiar a los que las observan. Esta es al razón por la que el castigo —más bien que el premio— se cuenta entre los efectos de la ley.

CAPITULO XVIII

¿TODOS LOS HOMBRES MIENTRAS VIVEN ESTÁN SUJETOS A LA LEY Y OBLIGADOS A ELLA?

1. Dijimos que el principal efecto de ley consiste en la obligación y que en él radican todos los otros. Ahora bien, la obligación esencialmente mira a alguien a quien se impone. Por eso, para la completa explicación de este efecto, es necesario explicar sobre quiénes recae la obligación de la ley o quiénes son capaces de ella. En efecto, aunque antes se ha demostrado que la ley se da para los hombres, y eso en común —es decir, para alguna comunidad—, pero no se ha explicado si de esta obligación son capaces todos los hombres o si algunos están —digámoslo así— exentos.

Este problema lo trató SANTO TOMÁS refiriéndose en particular a la ley humana, tal vez porque pensó que no era necesario referirse a la ley en general, siendo como es evidentísimo que todos los hombres sin excepción —mientras viven y una vez llegados a adultos, que es de lo que se trata— están sujetos a alguna ley. Sin embargo, los herejes actuales nos fuerzan a tratar aquí este problema en general.

No investigamos a quiénes obligan las leyes positivas divinas y humanas, ni siquiera a quiénes obliga la ley natural, porque estos puntos los trataremos después en particular. Mucho menos investigamos si todas las leyes obligan a todos los hombres, pues es cosa clara que a cada uno no le obligan todas y cada una de las leyes, ya que —por lo que se refiere a las leyes positivas— esto no es necesario ni posible, como es evidente.

Así que lo único que investigamos es si la obligación de la ley como tal o de alguna ley tomada ella sola o por separado recae sobre todos los hombres de tal manera que no quede ninguno que no esté sujeto al yugo de alguna ley.

2. LOS HEREJES EXIMEN DE LA LEY A TODOS LOS JUSTOS.—Los herejes actuales enseñan que los justos están exentos del yugo de la ley. Y no se refieren sólo a la ley humana —como piensan algunos— sino a la ley en general, según se deduce claramente de sus argumentos.

Este punto lo examinan con diligencia y cuidado PEDRO CANISIO, ALFONSO SALMERÓN y el cardenal ROBERTO BELARMINO, el cual, entre otras blasfemias de LUTERO, recoge esta de uno de sus sermones: *Guardémonos de los pecados, y mucho más de las leyes, y atendamos únicamente a la promesa de Dios y a la fe*. Dice también que los herejes ponen la libertad cristiana en que el hombre justo está libre ante Dios de la obligación de cumplir la ley, de tal manera que para él todas las obras son indiferentes, es decir, ni mandadas ni prohibidas.

Se apoyan, parte en sus errores, y parte en algunos textos de la Escritura mal entendidos. Su principal argumento consiste en que niegan la verdadera justicia y la necesidad de las obras para ella, pues dicen que los hombres se justifican por sola la aceptación o no imputación extrínseca de Dios, la cual consigue todo aquel que cree firmemente que le han sido perdonados sus pecados o, mejor dicho, que no le son imputados por causa de Cristo, y dicen que esta fe basta para la salvación prescindiendo de las obras que haga el hombre.

De este principio se sigue necesariamente que al justo —tal como ellos se lo imaginan— si es constante en esa fe, no le obliga ninguna ley, ya que, haga lo que haga, creyendo que no se le imputa no es reo de pena ni se le imputa pecado.

Según esto, no parecen negar que a los hombres les obligue la ley en el sentido de que las obras contrarias a la ley no sean pecado, ya que en otros pasajes más bien enseñan que todas las obras de los justos son pecado y que es imposible que ni siquiera los justos cumplan la ley de Dios, y otras cosas semejantes las cuales suponen que la ley obliga y que es la norma de tales obras.

Así que lo que dicen es que esa obligación moralmente como que es quitada o impedida por esa su fe, porque no hace al hombre reo de pena ni —por razón de ella— su obra es tenida delante de Dios por mala aunque en realidad lo sea.

Otro argumento lo toman de una supuesta diferencia entre la ley y el Evangelio, que examinaremos después al tratar de la ley de gracia. Los textos de las Escrituras en los cuales fingen apoyarse, los examinaremos en el capítulo siguiente.

3. LA FE ENSEÑA QUE TODOS LOS HOMBRES, MIENTRAS VIVEN, ESTÁN SUJETOS A LA LEY.—Pero la verdad católica es que todos los hombres, mientras viven, están sujetos a la ley, de tal manera que están obligados a obedecerla y se hacen reos de ella ante Dios si voluntariamente no la observan.

Esta tesis es de fe y fue definida en el CONCILIO TRIDENTINO, el cual habla en particular de los justos y de los perfectos porque daba doctrina en particular contra los herejes; sin embargo no pasa por alto la doctrina general cuando dice: *Ninguno, por muy justificado que esté, debe juzgarse libre del cumplimiento de los mandamientos*. Si, pues, a ninguno se exceptúa de esta obligación, todos los hombres, absolutamente todos, están en este mundo sujetos a las leyes.

Puede demostrarse esto haciendo una inducción. Los hombres, desde el momento en que fueron creados, estuvieron sujetos a la ley natural, y además Adán y Eva tuvieron la ley de no comer del árbol de la ciencia, y eso que eran justos y estaban en estado de inocencia. Después del pecado y antes de la venida de Cristo, es cosa clara que los judíos estuvieron bajo la ley escrita y los demás hombres bajo la ley natural, prescindiendo ahora de las leyes humanas.

Esto lo enseña de propio intento SAN PABLO al demostrar que tanto los judíos como los gentiles fueron prevaricadores de la ley, aquéllos de la escrita, éstos de la natural, la cual —cuando la cumplían en algo— demostraban que estaba escrita en sus corazones. Ahora bien, aquellas leyes obligaban a los justos no menos que a los injustos, ya que se dieron indistintamente para todos. La ley natural, por su misma naturaleza y esencia, obliga antes y después de la justicia o la injusticia; en cambio la ley escrita comenzó por los justos, pues se dio para todo aquel pueblo en el cual estaban Moisés, Aarón y otros muchos justos, y antes la ley de la circuncisión fue dada a Abraham, que era justo.

4. Después de la venida de Cristo, fuera de la Iglesia no existen justos; por eso, acerca de los hombres que están completamente fuera de ella, únicamente podemos decir que los infieles gentiles están obligados a cumplir la ley natural, ya que no se les ha dispensado de ella ni se les ha concedido gracia alguna. Además es cosa cierta que están obligados a recibir la fe

y la ley de Cristo, según el testimonio del mismo CRISTO: *Id y enseñad a todas las gentes, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado.*

Y por lo que toca a los judíos, es también claro que les obliga la ley natural y que —por el mismo precepto que los gentiles— están obligados a recibir el bautismo, la fe y la ley de Cristo; esto lo expresó con más claridad SAN MARCOS diciendo: *Predicad el evangelio a toda criatura, etc.; quien no creyere* —se entiende, con fe viva y con caridad operante— *se condenará.* Además, los dichos judíos —aunque en realidad no les obligue la ley escrita porque fue suprimida—, sin embargo, si con conciencia errónea no la observan, pecan, pues SAN PABLO declara a cuantos se circuncidaron que están obligados a cumplir toda la ley.

5. LOS MALOS CRISTIANOS ESTÁN OBLIGADOS A CUMPLIR LA LEY EVANGÉLICA.—Vengamos a la Iglesia de Cristo, a la cual se refieren en especial los herejes. En ella distingo entre los malos y los buenos o justos. Acerca de los malos, es evidente que la ley les obliga, ya que precisamente son malos porque no observan la ley.

Tal vez digan los herejes que los tales no son pecadores precisamente porque no observen los preceptos sin más, sino porque no los observan sin fe, es decir, porque al obrar contra ellos no tienen fe firme en que tales malas obras no se les imputan ni pierden por ellas la benevolencia y el favor de Dios, cosa en que ponen ellos la justicia.

La refutación de este error resulta fácil por las palabras de Cristo, según las cuales, en la sentencia de condenación de los malos cristianos, no les condena porque no hayan creído ni porque al quebrantar los preceptos no hayan tenido confianza en la no imputación, sino sencillamente porque no cumplieron la ley de la misericordia y de la caridad, como ponderó SAN AGUSTÍN, el cual acumula muchos otros textos de la Escritura en confirmación de esto.

Acerca de esto no hace falta decir más aquí, ya que —por lo que hace a los bautizados malos— los herejes no niegan su sujeción a la ley sino que yerran en el modo de explicarla. De esto diremos algo enseguida, y más ampliamente en los tratados sobre la Gracia y la Fe.

6. Unicamente queda hablar de los fieles justos. De éstos, algunos pueden estar bautiza-

dos solamente en deseo, y se dice que son de la Iglesia de esa manera, o sea, en cuanto al mérito aunque no en cuanto al número; otros están bautizados de hecho y pertenecen al número de los miembros vivos de la Iglesia.

Acerca de los primeros es claro que les obliga al menos la ley del bautismo, además de la obligación de la ley natural, de la fe, esperanza y caridad, y de la penitencia.

Sobre los bautizados justos, después en sus propios lugares demostraremos que les obligan las leyes humanas, tanto las civiles como las eclesiásticas, y también la ley divina positiva dada por Cristo; ahora sólo voy a probarlo de la ley divina moral, o sea, natural.

En primer lugar, porque ésta es tan esencial y necesaria de suyo que no puede quitarse, según demostraremos en el libro siguiente.

7. En segundo lugar, porque Cristo no la quitó sino que —muy al contrario— la consolidó desde el primer momento de su predicación, según SAN MATEO, en cuyo evangelio la explicó más, la purificó de las corruptelas de los fariseos y de las imperfecciones de la ley de Moisés, y la perfeccionó y de alguna manera la amplió con la adición de los consejos y de los medios de observarla.

Ahora bien, es cosa cierta que toda esa doctrina la dio el Señor para su futura Iglesia y tanto para los justos como para los injustos, ya que a todos dice: *Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos, y lo que sigue.*

Sobre todo es digno de ponderación aquello: *Entrad por la puerta estrecha*, porque es clarísimo que a lo que llama *puerta estrecha* es a la guarda de los mandamientos. Estos mandamientos dice que se resumen en el principio *Cuanto queréis que los hombres os hagan a vosotros, hacédselo vosotros a ellos*, lo cual enseña que es propio del evangelio y de cuantos lo profesan.

8. En tercer lugar, todo lo que CRISTO enseñó en la noche de la Cena acerca de la guarda de los preceptos, en especial de la caridad, se refiere ante todo a los justos bautizados, porque justos y bautizados eran los apóstoles a los que les decía: *Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama*, y más abajo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y quien no me ama, no guarda mi palabra, y Permaneced en mi amor; si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor*, y más abajo: *Vosotros sois mis amigos si hicieréis lo que yo os mando.* Esta condicional tiene fuerza de amenaza y significa

la necesidad de observar los mandamientos para la conservación de la caridad. Luego los justos están obligados a observar los mandamientos, y sin esta observancia no conservarán la justicia.

Podrían aducirse otros innumerables textos de las Escrituras semejantes a esos, pero no hace falta detenerse en una cosa que resulta tan clara y evidente —por la luz natural— a lo menos en lo que se refiere a los preceptos morales.

9. RESPUESTA A LOS ARGUMENTOS DE LOS HEREJES.—La argumentación de los herejes lleva consigo varios errores de los que no podemos tratar aquí pero trataremos en distintos pasajes de esta obra.

En primer lugar, lo que dicen que los mandamientos de Dios son imposibles, ya lo hemos refutado más arriba y quedará más evidente con el tratado de la Gracia.

En segundo lugar, en ese mismo tratado se refutará lo que dicen que todas las obras de los justos son pecados, y en particular que son pecados mortales.

En tercer lugar, al fin de este tratado proponemos la verdadera diferencia que existe entre la ley vieja y la nueva, e impugnaremos la falsa que han inventado los herejes.

En cuarto lugar, en el tratado de la Gracia arrancaremos la raíz de todas las herejías, que es la justicia imputada, y allí mismo demostraremos que los hombres se justifican de verdad y en realidad por medio de la justicia inherente que da Cristo, y que por medio de ella los pecados no sólo se tapan, o sea, no sólo no se imputan a culpa sino que se perdonan de verdad y de raíz. Con eso se verá con certeza que las obras de los justos Dios las juzga, reputa e imputa como en realidad son. Por consiguiente, si son buenas, Dios las imputa a premio; si malas leves, a pena temporal, a no ser que se borren por la penitencia y la satisfacción; y si son pecados graves, se imputan de tal forma que destruyen la misma justicia hasta tanto que se repare por la penitencia.

10. Así que la argumentación de los herejes es contraria incluso a la luz natural y muy ofensiva de la divina bondad. En efecto, el pecado —en cuanto pecado— no puede menos de desagradar a Dios, pues *Dios odia al impío y su impiedad*. Asimismo es contrario a la divina justicia el perdonar o no imputar los pecados tanto más fácilmente cuanto se cometen con mayor confianza en el mismo Dios, como si El hubiese dado licencia para pecar prometiendo la no imputación a los que crean en ella. Cuánto más que tal promesa es vana e ilusoria, ya que en ninguna parte se encuentra, no más en el Nuevo Testamento que en el Viejo. Más aún, dice SAN PABLO que Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo en conformidad con el Evangelio, entiéndase según la ley y la verdad, no según las falsas opiniones de los hombres.

Finalmente quiero preguntar a esos herejes: Antes de la venida de Cristo ¿los hombres se justificaban por la fe en Cristo o no? Si dicen que no, profieren una gran injuria contra la redención universal de Cristo y se oponen a expresos pasajes de la Sagrada Escritura, *porque ningún otro nombre se ha dado debajo del cielo a los hombres por el cual puedan salvarse*, ya que, según SAN PABLO, a El solo le puso Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre mediante la fe. Y si dicen que sí, que la justificación siempre se realizó por medio de la fe, si han de ser consecuentes tendrán que decir que siempre se realizó independientemente de la ley y de las obras y por medio de la no imputación con sola la confianza por parte de los hombres. Luego se verán forzados a decir que tampoco los justos en el estado de ley natural o de ley vieja estuvieron sujetos a la ley ni pecaron contra ella aunque la quebrantaran, con tal que lo hicieran con fe en la no imputación. Luego ¿por qué atribuyen la justificación de una manera peculiar al evangelio? Luego tal argumentación es impía y vana.

CAPITULO XIX

EXPLICACIÓN DE ALGUNOS PASAJES DE LA ESCRITURA DE QUE ABUSAN LOS HEREJES

1. OBJECCIÓN DE LOS HEREJES TOMADA DE 1 TIM. 1.—OTRA INTERPRETACIÓN DEL PASAJE DE SAN PABLO APLICÁNDOLO A LA LEY VIEJA: ÉSTA NO SE LES IMPUSO A LOS JUSTOS, ES DECIR, A LOS CRISTIANOS JUSTOS.—REFUTACIÓN.—Resta examinar los textos de las Escrituras que aducen los herejes en favor de su error. El primero lo toman de las palabras de SAN PABLO en su 1.^a carta a TIMOTEO: *La ley no se ha hecho para el justo*.

Estas palabras algunos quieren interpretarlas de la ley vieja, de suerte que el sentido sea que aquella ley no se hizo para los justos, es decir, para los cristianos que viven justamente por la gracia. Puede tomarse esta interpretación de SAN ANSELMO en su comentario a esas palabras; y también del contexto: en efecto, San Pablo advertía a Timoteo que corriese a ciertos falsos doctores que enseñaban una doctrina falsa acerca de la ley, y por eso añade él que la ley —se entiende, la escrita— es buena, pero que sin embargo no debe imponerse a los justos porque no se ha hecho para el justo.

Pero esta interpretación no es satisfactoria. Lo primero, porque aunque es verdad que San Pablo habla de la ley divina escrita, sin embargo la frase de suyo es general y la misma razón hay para que se aplique a cualquier otra ley, como se verá. Lo segundo, porque por la palabra *justo* no podemos entender solamente a los justos de la ley evangélica sino a los justos

la necesidad de observar los mandamientos para la conservación de la caridad. Luego los justos están obligados a observar los mandamientos, y sin esta observancia no conservarán la justicia.

Podrían aducirse otros innumerables textos de las Escrituras semejantes a esos, pero no hace falta detenerse en una cosa que resulta tan clara y evidente —por la luz natural— a lo menos en lo que se refiere a los preceptos morales.

9. RESPUESTA A LOS ARGUMENTOS DE LOS HEREJES.—La argumentación de los herejes lleva consigo varios errores de los que no podemos tratar aquí pero trataremos en distintos pasajes de esta obra.

En primer lugar, lo que dicen que los mandamientos de Dios son imposibles, ya lo hemos refutado más arriba y quedará más evidente con el tratado de la Gracia.

En segundo lugar, en ese mismo tratado se refutará lo que dicen que todas las obras de los justos son pecados, y en particular que son pecados mortales.

En tercer lugar, al fin de este tratado proponemos la verdadera diferencia que existe entre la ley vieja y la nueva, e impugnaremos la falsa que han inventado los herejes.

En cuarto lugar, en el tratado de la Gracia arrancaremos la raíz de todas las herejías, que es la justicia imputada, y allí mismo demostraremos que los hombres se justifican de verdad y en realidad por medio de la justicia inherente que da Cristo, y que por medio de ella los pecados no sólo se tapan, o sea, no sólo no se imputan a culpa sino que se perdonan de verdad y de raíz. Con eso se verá con certeza que las obras de los justos Dios las juzga, reputa e imputa como en realidad son. Por consiguiente, si son buenas, Dios las imputa a premio; si malas leves, a pena temporal, a no ser que se borren por la penitencia y la satisfacción; y si son pecados graves, se imputan de tal forma que destruyen la misma justicia hasta tanto que se repare por la penitencia.

10. Así que la argumentación de los herejes es contraria incluso a la luz natural y muy ofensiva de la divina bondad. En efecto, el pecado —en cuanto pecado— no puede menos de desagradar a Dios, pues *Dios odia al impío y su impiedad*. Asimismo es contrario a la divina justicia el perdonar o no imputar los pecados tanto más fácilmente cuanto se cometen con mayor confianza en el mismo Dios, como si El hubiese dado licencia para pecar prometiendo la no imputación a los que crean en ella. Cuánto más que tal promesa es vana e ilusoria, ya que en ninguna parte se encuentra, no más en el Nuevo Testamento que en el Viejo. Más aún, dice SAN PABLO que Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo en conformidad con el Evangelio, entiéndase según la ley y la verdad, no según las falsas opiniones de los hombres.

Finalmente quiero preguntar a esos herejes: Antes de la venida de Cristo ¿los hombres se justificaban por la fe en Cristo o no? Si dicen que no, profieren una gran injuria contra la redención universal de Cristo y se oponen a expresos pasajes de la Sagrada Escritura, *porque ningún otro nombre se ha dado debajo del cielo a los hombres por el cual puedan salvarse*, ya que, según SAN PABLO, a El solo le puso Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre mediante la fe. Y si dicen que sí, que la justificación siempre se realizó por medio de la fe, si han de ser consecuentes tendrán que decir que siempre se realizó independientemente de la ley y de las obras y por medio de la no imputación con sola la confianza por parte de los hombres. Luego se verán forzados a decir que tampoco los justos en el estado de ley natural o de ley vieja estuvieron sujetos a la ley ni pecaron contra ella aunque la quebrantaran, con tal que lo hicieran con fe en la no imputación. Luego ¿por qué atribuyen la justificación de una manera peculiar al evangelio? Luego tal argumentación es impía y vana.

CAPITULO XIX

EXPLICACIÓN DE ALGUNOS PASAJES DE LA ESCRITURA DE QUE ABUSAN LOS HEREJES

1. OBJECCIÓN DE LOS HEREJES TOMADA DE 1 TIM. 1.—OTRA INTERPRETACIÓN DEL PASAJE DE SAN PABLO APLICÁNDOLO A LA LEY VIEJA: ÉSTA NO SE LES IMPUSO A LOS JUSTOS, ES DECIR, A LOS CRISTIANOS JUSTOS.—REFUTACIÓN.—Resta examinar los textos de las Escrituras que aducen los herejes en favor de su error. El primero lo toman de las palabras de SAN PABLO en su 1.^a carta a TIMOTEO: *La ley no se ha hecho para el justo*.

Estas palabras algunos quieren interpretarlas de la ley vieja, de suerte que el sentido sea que aquella ley no se hizo para los justos, es decir, para los cristianos que viven justamente por la gracia. Puede tomarse esta interpretación de SAN ANSELMO en su comentario a esas palabras; y también del contexto: en efecto, San Pablo advertía a Timoteo que corriese a ciertos falsos doctores que enseñaban una doctrina falsa acerca de la ley, y por eso añade él que la ley —se entiende, la escrita— es buena, pero que sin embargo no debe imponerse a los justos porque no se ha hecho para el justo.

Pero esta interpretación no es satisfactoria. Lo primero, porque aunque es verdad que San Pablo habla de la ley divina escrita, sin embargo la frase de suyo es general y la misma razón hay para que se aplique a cualquier otra ley, como se verá. Lo segundo, porque por la palabra *justo* no podemos entender solamente a los justos de la ley evangélica sino a los justos

en general, aun a aquellos que existieron cuando se dio aquella ley, ya que San Pablo habla del justo absolutamente contraponiéndole a los injustos y trasgresores.

Ahora bien, de esa frase, así extendida, nada pueden deducir los herejes, ya que no pueden negar que la ley vieja obligó a los justos del pueblo para el cual se dio, luego las palabras *la ley no se ha hecho para el justo* no pueden significar que la ley no obliga al justo.

Un paso más: contra esos mismos nuevos herejes podemos argumentar con sus mismas armas diciendo que han de reconocer que la ley no se hizo para el justo tal como ellos se lo figuran, con la posibilidad de que sea fornicario, perjurio, etc.; y sin embargo SAN PABLO dice que para tales hombres sí se hizo la ley.

2. LA INTERPRETACIÓN GENERAL ES QUE LA LEY NO SE HA HECHO PARA EL JUSTO EN CUANTO A SU FUERZA COACTIVA, PERO SÍ EN CUANTO A LA DIRECTIVA.—OBJECIÓN.—SOLUCIÓN.—Luego ¿qué significa que la ley no se ha hecho para el justo? La interpretación general de los escolásticos es que eso se entiende de la ley no en cuanto a su fuerza directiva sino en cuanto a la coactiva, ya que la ley se hizo para obligar —también a los justos— pero no para coaccionar a éstos, porque éstos no necesitan coacción. Así piensan SANTO TOMÁS, y TOMÁS DE VIO, SOTO y todos en sus comentarios. Además SOTO en otro lugar, VEGA, SALMERÓN y BELARMINO.

Dirá alguno: Luego si el justo obrara en contra de la ley, no incurriría en la pena de la ley, ya que la fuerza coactiva de la ley no le alcanza a él; de la misma manera que el príncipe cuando obra en contra de la ley, no incurre en su pena, porque no cae bajo la ley en cuanto a su fuerza coactiva sino sólo en cuanto a la directiva.

Respondo negando la consecuencia: no se dice que a los justos no les coaccione la ley en el sentido de que no les obligue su fuerza coactiva, sino que de hecho no se sienten coaccionados, ya que, guiados por el espíritu de Dios, obedecen a la ley con la mejor voluntad.

Tal vez alguno urja diciendo que de esa manera también puede decirse que la ley no se ha hecho para el justo en cuanto a su fuerza directiva, ya que el justo de tal manera obra el bien por amor a la justicia y a la honestidad, que no obraría de otra manera aunque no se le impusiera ley.

Respondo que la razón no es la misma. Lo primero, porque la ley, en cuanto a su fuerza directiva, es una luz que muestra el camino de la salvación, y por esta parte es de suyo necesaria a los justos. Y lo segundo, porque la honestidad de una acción muchas veces depende de suyo de la ley, sea absolutamente porque sin

la ley la acción sería indiferente, sea al menos en cuanto a la obligación porque sin la ley la omisión del acto no sería mala; por eso —prescindiendo de la coacción de la ley— su obligación directiva es necesaria de suyo a fin de que la voluntad del justo se mueva por dentro en conformidad con la ley, ya que —de no existir la ley— tal vez no realizaría aquel acto sino otro distinto, pues en ese caso el dejar de hacer tal acto no sería malo.

3. Algunos modernos atacan esta doctrina general sólo porque existen muchos justos que, para evitar los pecados, se mueven por el temor de la pena.

Esto es cierto de los incipientes según el TRIDENTINO; de los proficientes también puede demostrarse, ya que únicamente de la caridad perfecta dijo SAN JUAN que echa fuera el temor; luego los que son imperfectos en la caridad muchísimas veces se mueven por el temor de la pena; luego la ley, en cuanto a su fuerza coactiva, se da para la mayor parte —también para los justos— y ejerce su virtud en ellos.

Ni basta lo que algunos responden, que la frase *la ley no se ha hecho para el justo* debe entenderse sólo de los perfectos: esto no está de acuerdo con el contexto de SAN PABLO, pues inmediatamente añade *sino para los injustos*; ahora bien, no puede llamarse injustos a los imperfectos; luego —según el sentir de SAN PABLO— tampoco para ellos se ha hecho la ley.

4. A pesar de todo, digo que ese argumento no tiene mucha fuerza, porque la frase de SAN PABLO puede entenderse muy bien formalmente —digámoslo así— y por lo que toca a la justicia, de la misma manera que SAN JUAN dijo que quien ha nacido de Dios no peca, se entiende si obra conforme a su nacimiento; así también el justo, por lo que toca a la justicia, no necesita de la coacción de la ley ni se mueve por ella.

Este parece que fue el pensamiento de TOMÁS DE VIO cuando dijo: *La frase de San Pablo tiene sentido formal, pues, siendo como es el castigo el medio de que se sirve la ley, y, por otra parte, no siendo el justo —en cuanto justo— susceptible de castigo alguno, en sentido formal es una realidad que la ley no se ha hecho para el justo.*

Le apoya SAN AGUSTÍN diciendo: *El injusto sirvase de la ley justa para hacerse justo; una vez hecho justo, ya no use de ella como de vehículo, puesto que ha llegado ya, —o mejor dicho— como de pedagogo, puesto que está enseñado ya.* Así pues, de todo hombre ya justificado, como tal, piensa que la ley no se ha hecho para él, entiéndase como vehículo que le conduzca a la gracia; obsérvese que la ley se llama vehículo y pedagogo en cuanto que aterriza y coacciona. Por eso, acerca del justo, añade que le es ne-

cesaria la ley no para ser llevado por ella a la gracia santificante como si fuera injusto, sino —siendo ya justo— para servirse de ella legítimamente.

5. ESTA INTERPRETACIÓN ES PROBABLE.—Esta interpretación es muy probable. El mismo SAN AGUSTÍN la expresa con otras palabras cuando, a propósito de la frase *Señor, ponme ley*, etc., propone la duda sobre si David, al pedir esto, era injusto o justo: lo primero no puede decirse, puesto que inmediatamente antes de esas palabras dice el mismo profeta: *Corrí por el camino de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón*; y si se prefiere lo segundo ¿cómo pide David que se le ponga ley, la cual dice SAN PABLO que no se da para el justo? Y responde: *No se le impone al justo de la misma manera que se le impuso al pueblo contumaz en tablas de piedra, no en las tablas de carne del corazón sino en conformidad con el testamento viejo*. Y más abajo —en resumen— dice que David, siendo justo, pidió que se le pusiera ley como a los hijos santos de la libre, o a la manera como después Dios prometió: *Promulgaré mi ley en sus mentes y la escribiré en sus corazones*, y después dice que pidió ley para practicarla amando, no en angustias de temor, pues quien hace la obra de la ley, dice, por el temor del castigo, la hace sin voluntad, etc. Por consiguiente su pensamiento es que no se ha hecho para el justo la ley en cuanto que aterra, fuerza y empuja al que no quiere. Ahora bien, esto significa —y es lo que dijeron los escolásticos— que no se impone en cuanto a su fuerza coactiva.

Esta misma opinión de SAN AGUSTÍN la tiene exactamente SAN ANSELMO en la interpretación de aquel pasaje. Lo mismo piensa SAN AMBROSIO: después de decir que el justo evita el pecado lo mismo cuando puede ocultarse que cuando no puede porque el refugio del sabio es, no la esperanza de inmunidad sino la inocencia, añade: *Finalmente la ley no se ha hecho para el justo sino para el injusto, porque el justo tiene la ley como norma de su alma, de la equidad y de su justicia, y por eso se aparta de la culpa no por temor sino por la regla de la honestidad*.

De la misma manera dijo ARISTÓTELES que es vituperable quien observa la justicia sólo según las leyes escritas, porque, dice, lo escrito lo observan quienes se ven forzados a ello, pero es mejor quien —sin verse forzado— es sin embargo justo.

6. OTRA INTERPRETACIÓN: QUE LA LEY NO SE HA HECHO PARA EL JUSTO PORQUE NO ES NOCIVA PARA ÉL.—Otra interpretación es que la ley no se ha hecho para el justo porque no le hace reo de pena ni es nociva para él sino útil.

Esta interpretación parece estar de acuerdo con el contexto. En efecto, SAN PABLO había dicho que la ley es buena si se hace de ella un

uso legítimo, como sobreentendiendo que es gravosa y a su manera nociva para quien hace mal uso de ella. Esto da a entender SAN ANSELMO, que lo interpreta así: *Sabiendo que la ley no se ha puesto, es decir, impuesto al justo para que esté encima de él, porque éste está en ella más bien que debajo de ella, ya que no vive con su propia vida, que es a la que se impone la ley de la coacción; en cambio el injusto está debajo de ella, ya que vive con su propia vida, que es a la que se impone la ley de la coacción*.

Más claramente todavía expuso este sentido SALVIANO cuando —reprendiendo a los que decían que los mandamientos de Dios son nocivos para los cristianos que no los guardan, porque serán castigados más gravemente que si los desconocieran— responde que no es la ley la nociva sino las costumbres, y para probarlo aduce las citadas palabras de SAN PABLO y añade: *Comienza a ser justo, y quedarás libre de la ley, es decir, de la pena de la ley, porque no puede ir contra las costumbres una ley que ya está en las costumbres*. Y después, examinando lo que dice SAN PABLO —que la ley se ha hecho para los injustos, criminales y para todo lo que se opone a la sana doctrina— concluye: *Conforme a esto, no es que la ley sea enemiga tuya, oh hombre, sino tú eres enemigo de la ley; ni es la ley la que obra contra ti mandando bien, sino tú eres el que obras contra la ley viviendo mal*.

Esta es la interpretación que aceptó SAN AGUSTÍN y también SAN BERNARDO, a los cuales siguió después SANTO TOMÁS. Pero esta interpretación puede reducirse a la anterior, excepto que, de esta manera, el que la ley no se haya hecho para el justo es lo mismo que no ser enemiga del justo y no castigarle; en cambio, conforme a la primera interpretación, no inponérsele ley al justo es lo mismo que no amenazar con castigo por razón de él; pero ambas interpretaciones coinciden en que —de una u otra manera— la ley no ejercita sobre él su fuerza coactiva.

7. LA INTERPRETACIÓN MÁS PROBABLE ES QUE EL QUE LA LEY NO SE HA HECHO PARA EL JUSTO SIGNIFICA QUE NO SE HA DADO POR CAUSA DE ÉL SINO DE LOS INJUSTOS.—Pero, aunque estas interpretaciones sean probables y verdaderas en sí mismas, tal vez no son necesarias para explicar el pasaje de SAN PABLO. A mi juicio, SAN PABLO a la letra habla de la ley escrita, y en ese pasaje no se fija en que fue ley de temor y en que castiga a los pecadores y no justos: esto es común a toda ley y tan claro que parece superfluo y ajeno a la intención de SAN PABLO; en lo que se fijó fue en que esa ley de suyo no se dio por razón de los justos sino de los pecadores. En efecto, esa ley se dio para apartar a los judíos de los pecados de idolatría y de otros vicios a los cuales eran muy propensos.

Esta interpretación la suscribe SAN EPIFANIO al explicar este pasaje de SAN PABLO: *Dado que la ley, dice, no se hizo para el justo ¿luego es injusto el justo? De ninguna manera, sino que, como el justo se adelanta a cumplir lo que es de la ley, la ley no va contra el justo que practica la ley, sino que se ha hecho contra los que faltan, juzgándolos injustos; lo mismo hace el testamento, el cual manda matar a los homicidas, etc.*

Se confirma también esta interpretación por aquel pasaje de la carta a los Gálatas: *Entonces ¿para qué la ley? Se dio por razón de las trasgresiones*, es decir se hizo con ocasión de las trasgresiones y para reprimir los vicios de los hombres, como interpretan SAN CRISÓSTOMO y los otros Padres griegos, y SAN JERÓNIMO. También puede interpretarse —con SAN AGUSTÍN— *por causa de la trasgresión*, es decir, para que se manifieste el pecado y la fragilidad del hombre para vencerlo.

Así que, dado que SAN PABLO en el pasaje que nos ocupa había reprendido a los vanos doctores de la ley que no entendían ni lo que decían ni lo que afirmaban, añade que este defecto procedía de ellos, no de la ley, *porque la ley es buena si se hace de ella un uso legítimo*, y, en consecuencia, añade qué es necesario para hacer un uso legítimo de ella, a saber, *sabiendo que la ley no se ha hecho para el justo*, es decir, no con ocasión de los justos —los cuales no tenían necesidad de ella— sino *por causa de los injustos, idólatras*, etc.: quiere decir que si alguno hace esto, hará un uso legítimo de la ley no atribuyéndole más de lo que se le debe —según dice SANTO TOMÁS sobre ese pasaje— porque no fue dada por razón de su perfección sino para que por ella apareciese la propensión de los hombres al pecado y para que fuese pedagogo que guiase los hombres a Cristo y los guardase *encerrados en espera de la fe que debía revelarse*.

En este sentido cae muy bien la interpretación de SAN AGUSTÍN, la cual toca también SAN CRISÓSTOMO, al cual siguen TEOFILACTO y otros, por más que admiten también la primera interpretación.

Puede también añadirse que la frase *la ley no se ha hecho para el justo* parece referirse no sólo al hecho particular de la ley vieja —aunque se aplica muy bien a él— sino también a la manera de ser general de las leyes, las cuales con más frecuencia se dan para reprimir los vicios que para fomentar el amor a las virtudes, pues, como dice SANTO TOMÁS sobre ese pasaje, *Si todos fuesen justos, ninguna necesidad habría de*

dar ley, porque todos serían su propia ley. Y CICERÓN dijo: Las leyes castigan a los malos, defienden y protegen a los buenos.

8. OBJECCIÓN.—RAZÓN POR LA QUE SE LES AMENAZÓ A NUESTROS PRIMEROS PADRES SI QUEBRANTABAN EL PRECEPTO EN EL PARAÍSO.—Puede objetarse que al hombre, en el estado de inocencia, se le puso la ley de no conocer el árbol de la vida, y se le puso enseguida, con amenaza de pena de muerte: *En cualquier día en que*, etc.; sin embargo entonces los hombres eran justos e inocentes, porque nunca habían pecado; luego la ley —también en cuanto a su fuerza coactiva— no sólo se impone al justo, sino que se impone aun sin ocasión de pecado ni para reprimir los pecados. Una objeción semejante puede formarse con la ley de la circuncisión que se le impuso a Abraham cuando ya era justo.

A estos hechos podemos responder fácilmente concediendo que no es necesario que todas las leyes se impongan con ocasión de algún pecado, porque a veces se imponen para ejercitar la virtud. Esto no lo negó SAN PABLO, sino que —hablando de la ley escrita— dijo que se había dado con aquella ocasión, lo cual es muchísima verdad, como también es verdad que las leyes humanas lo más frecuentemente se dan para reprimir los vicios, por más que esto no es siempre necesario ni es esencial a la ley.

Así pues, en el primer caso la ley se dio para ejercitar la obediencia, la sujeción, la humildad y otras virtudes del hombre, como muy bien observó SAN AGUSTÍN acerca del precepto que se les impuso a nuestros primeros padres. *Convenía*, dijo, *que se le prohibiese alguna cosa al hombre para que tuviese la virtud de merecer por la obediencia*. Y el añadir la amenaza no fue porque el hombre la necesitara —dada la perfección de aquel estado— sino por otras razones, por ejemplo, para ponderar la gravedad del precepto, de cuya observancia dependía el bien de toda la raza, y para refrenar la inestabilidad de la libertad, la cual podía perder toda aquella perfección de la gracia y sustraerse a ella, como de hecho lo hizo.

Así, no se puede negar que se hacen amenazas a los justos y les resultan útiles; lo único que dicen los autores antes citados es que no se hacen principalmente para ellos, y que ellos, si obran como justos, no se mueven principalmente por ellas.

Esta respuesta puede aplicarse también a la ley de la circuncisión, aunque en ella la dificultad es menor, ya que se dio con ocasión del pecado y para su remedio.

9. Puede añadirse —finalmente— que cuando se dice que la ley no se le impone al justo, propiamente se entiende de la ley externa y escrita, la cual se da principalmente para renovar la ley que debiera estar escrita en los corazones y que está borrada u olvidada por los pecados. Esa ley se da y se escribe en tablas o en pergaminos únicamente por razón de los pecadores, los cuales, sin ella, vivirían como sin ley, como muy bien enseñó BERLAMINO, el cual, en confirmación de esa idea, cita a SAN AMBROSIO, que dice: *En el corazón del justo está la ley de Dios. ¿Qué ley? No la escrita sino la natural, ya que la ley no se ha hecho para el justo sino para el injusto.* Con estas palabras virtualmente interpreta esa frase aplicándola a la ley escrita en el sentido de que es una renovación de la ley que debe estar escrita en el corazón. Lo mismo dio a entender SAN AGUSTÍN, que aduce las citadas palabras de SAN PABLO y añade: *Una cosa es la ley que se escribe y se impone a un siervo, y otra la que ve en su alma quien no tiene necesidad de lo escrito.*

Así pues, cuando la ley no se da externamente para renovar la ley natural o interna, sino que se da completamente de nuevo, nada impide que se dé sin ocasión ninguna de pecado y lo mismo para los justos que para los injustos, y eso no sólo en cuanto a la obligación —cosa que es común a todas las leyes— sino también en cuanto a la coacción o especial intención que pueda tener el legislador al dar tal ley. Tal fue la ley que se le dio al primer hombre antes del pecado: sin relación alguna con la ley natural ni como renovación de ella— ya que ésta estaba en el corazón— sino como una determinación especial que pudo establecerse para hombres justos sin ocasión ninguna de pecado.

10. SEGUNDA OBJECCIÓN DE LOS HEREJES TOMADA DE GAL. 5.—¿DE QUÉ LEY HABLA EL APÓSTOL, Y QUÉ SIGNIFICA EN ÉL ESTAR BAJO LA LEY?—PRIMERA INTERPRETACIÓN, DE SAN AMBROSIO: POR LEY SE ENTIENDE LA LEY DEL PECADO O DE LA CONCUPIESCENCIA.—REFUTACIÓN DE ESTA INTERPRETACIÓN.—En segundo lugar, los herejes objetan las palabras de SAN PABLO: *Si os guiáis por el espíritu, no estáis bajo la ley.* Ahora bien, los justos se guían por el espíritu, puesto que no realizan los deseos de la carne, los cuales —como allí mismo se indica— no podrían evitar sin la moción del espíritu; luego no están bajo la ley; luego la ley no les obliga.

Acerca de este texto debemos explicar dos cosas: lo primero, de qué ley habla SAN PABLO en esas palabras; lo segundo, qué significa estar bajo la ley, porque de eso fácilmente se deducirá qué es no estar debajo de ella.

En cuanto a lo primero, SAN AMBROSIO, comentando ese texto, parece entender por ley la ley del pecado o del fómite, ya que antes había

dicho SAN PABLO: *Caminad bajo la guía del espíritu y no satisfaceréis los deseos, o, como lee SAN AMBROSIO, la concupiscencia de la carne.* Ahora bien, concupiscencia es la ley del fómite, y así SAN AMBROSIO entiende que SAN PABLO ahí contrapuso la ley del espíritu a la ley de la concupiscencia y que por eso después dijo que los que se guían por el espíritu no están bajo la ley del fómite.

Sin embargo, como ahí no trata SAN PABLO de la concupiscencia bajo el nombre de ley, y como luego, después de enumerar los frutos del espíritu, añade: *Contra tales cosas no hay ley* —frase que no puede entenderse de la ley del fómite— y como la intención de PABLO en ese pasaje se dirige exclusivamente a la ley escrita, por todas estas razones —con la opinión general— damos por supuesto que SAN PABLO ahí habla de la ley vieja o escrita.

11. SEGUNDA INTERPRETACIÓN, DE SAN JERÓNIMO: POR LEY ENTIENDE LA LEY CEREMONIAL.—Pero como esa ley contenía preceptos morales y ceremoniales, puede dudarse a cuál de esos aspectos se refiere SAN PABLO. Por su parte SAN JERÓNIMO parece entender ese pasaje de la ley en sus preceptos ceremoniales, pues relaciona con él las palabras anteriores: *Os desligáis de Cristo los que buscáis la justicia en la ley,* en las cuales es claro que se trata de la ley ceremonial, a la cual enseña SAN JERÓNIMO llama *preceptos legales y no buenos, decretos que no dan vida.* Esta interpretación TOMÁS DE VIO —al tratar de ese pasaje— la pone como probable disyuntivamente.

12. TERCERA INTERPRETACIÓN, DE SAN AGUSTÍN: POR LEY ENTIENDE TANTO LA LEY CEREMONIAL COMO LA MORAL.—ÚLTIMA INTERPRETACIÓN, COMBINACIÓN DE LAS DOS ANTERIORES.—Otros, en cambio, piensan que esas palabras deben entenderse de la ley incluyendo también los preceptos morales, ya que SAN PABLO inmediatamente antes había dicho: *Toda la ley se cumple con un solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo.* Ahora bien, este precepto es moral y virtualmente contiene todos los preceptos morales. Y como este precepto únicamente se quebranta por el deseo desordenado de los bienes temporales, añade: *Caminad bajo la guía del espíritu y no satisfaceréis los deseos de la carne,* como diciendo: y de esta manera cumpliréis aquel precepto: *No codiciarás,* que también es moral; y después añade: *Si os guiáis por el espíritu no estáis bajo la ley,* entiéndase bajo la ley de amar al prójimo y de no desear desordenadamente.

Así, SAN AGUSTÍN entiende este pasaje de la ley *No codiciarás.* Y más claramente, en una respuesta a SAN JERÓNIMO, citando palabras un poco anteriores y corrigiendo tácitamente la interpretación que él mismo había insinuado, dice: *No pienso que esto lo diga por la circuncisión ni*

por los sacrificios, etc., sino por esto mismo que manda también la ley: No codiciarás, lo cual reconocemos que también los cristianos lo deben observar.

Esta interpretación es verdadera si se entiende no solamente de los preceptos morales, ni tampoco solamente de los ceremoniales, sino absolutamente de toda la ley incluyendo también los preceptos morales. Por mi parte pienso que esto no lo negó SAN JERÓNIMO en el lugar citado, como diré en seguida.

13. Acerca de la segunda duda, SAN AMBROSIO, antes citado, indica que *estar bajo la ley* es lo mismo que estar bajo el dominio de la ley o ser dominado por la ley. Y como por la ley había entendido la ley del fómite, ser dominado por esa ley —según él— será ser vencido por la ley del fómite y ser arrastrado por la concupiscencia a realizar las obras de la carne. Y así interpreta: *Los que se guían por el espíritu de Dios no están bajo la ley*, es decir, *El que tiene por guía al Espíritu Santo no yerra, porque la ley domina a los que yerran, como dice en otro pasaje: La ley no se ha hecho para el justo.*

Esta interpretación no me desagradaría si la ley pudiera entenderse en ese sentido; sin embargo, como esto no está de acuerdo con las palabras anteriores ni con las siguientes ni con el sentido propio de las palabras que más se ajusta a su contexto, prescindimos de esta interpretación.

14. OBJECCIÓN DE SAN JERÓNIMO.—PRIMERA INTERPRETACIÓN DEL PASAJE: QUE LOS JUSTOS NO CAEN BAJO LOS TEMORES Y AMENAZAS DE LA LEY.—Supuesto, pues, que en ese pasaje se trata de la ley de Dios, objeta SAN JERÓNIMO: Si los que se guían por el espíritu no están bajo la ley, luego Moisés, Aarón, Josué, David y otros semejantes, o no se guiaron por el espíritu o no estuvieron bajo la ley. Asimismo San Pablo se guiaba por el espíritu, y mucho más Cristo y sin embargo de ambos se dice que estuvieron sometidos a la ley.

Esta objeción me parece a mí que lo principal que hace es probar contra los herejes que *no estar bajo la ley* no significa necesariamente lo mismo que *no estar obligado a la ley*, pues San Juan Bautista, Simeón y otros justos semejantes se guiaban por el espíritu y sin embargo estaban obligados a cumplir la ley vieja.

En segundo lugar, esa objeción nos fuerza a reconocer que la expresión *bajo la ley* en SAN PABLO no significa siempre lo mismo respecto de la misma ley. Así pues, la primera interpretación —por cierto muy aceptada con relación a Gal. 5— es que el que se guía por el espíritu no está sujeto a los temores y amenazas de la ley porque se guía ya por el amor y no por el temor. Así SAN AGUSTÍN. En consecuencia el mismo SAN AGUSTÍN, a propósito de *Pero su*

voluntad en la ley del Señor, observa que una cosa es *estar en la ley* y otra *bajo la ley*. Quien está en la ley camina según la ley; quien está bajo la ley es conducido según la ley; aquél es libre, este siervo. La misma interpretación interpretaciones insinúan SAN CRISÓSTOMO y TEOPHILACTO, tal vez pretendiendo otra cosa, como diré en seguida. También la siguen SANTO TOMÁS, SAN BEDA, TOMÁS DE VIO, ADAM DE GODDAM y otros muchos, y es muy probable y suficiente.

15. SEGUNDA INTERPRETACIÓN: QUE NO ESTÁN BAJO LA LEY LOS QUE NO LA QUEBRANTAN.—La segunda interpretación puede ser que *no estar bajo la ley* en el citado pasaje sea lo mismo que no ser condenado por la ley y no ser reo en virtud de ella, porque la ley no condena a los que la observan, incluso en lo que se refiere al precepto *No codiciarás*, y por eso la ley no los condena.

Esta interpretación la insinúa SAN AGUSTÍN diciendo: *Dice que están bajo la ley en plan de condenación aquellos a quienes hace reos la ley porque no cumplen la ley*, etc. Estas palabras las cita también SAN BEDA, por más que parece tener por mejor la primera interpretación. También SAN ANSELMO, citando ambas interpretaciones, ésta la pone la última, y lo mismo ADAM DE GODDAM.

Puede demostrarse por las palabras que un poco después, una vez enumerados los frutos del Espíritu Santo, añade: *Contra los tales no hay ley*, como diciendo: Quien practica esto no está bajo la ley, porque no la tiene por enemiga ni es condenado por ella.

Es una interpretación probable; sin embargo no me inclino a ella porque esa opinión —en ese sentido— parece que nada tiene que ver con la intención de SAN PABLO ni con el tema que en ese pasaje trataba, pues, aunque la ley vieja no condena a quien se guía por el Espíritu Santo, podía obligarle, como argumentaba SAN JERÓNIMO acerca de Moisés y los profetas. Además esas palabras pueden explicarse sin ningún inconveniente —digámoslo así— en un sentido más sencillo y más propio. Además, según eso, quien se guía por el Espíritu Santo no está bajo la ley natural ni bajo la ley evangélica, cosa que, sin duda, no hubiera admitido SAN PABLO.

16. TERCERA INTERPRETACIÓN, MÁS PROBABLE: QUE NO ESTAR BAJO LA LEY ES LO MISMO QUE NO ESTAR SUJETO A LA LEY ESCRITA NI NECESITAR DE ELLA.—En tercer lugar, esas palabras pueden tomarse con sencillez, de forma que no estar bajo la ley sea no estar sujeto a la ley escrita —en cuanto escrita— por necesidad, o sea, no necesitar de ella: en este sentido parece fácil y conforme al contexto y a la intención de SAN PABLO. En efecto, lo que él quería persuadir era que ahora a los fieles no les es necesaria la ley de Moisés ni tienen que observarla, como

aparece por el fin de toda la carta y por el desarrollo de los capítulos precedentes, y en particular por aquellas palabras: *Decidme vosotros los que queréis estar bajo la ley: ¿No habéis leído la ley? etc.* Aquí estar bajo la ley no significa caer bajo la pena o condena, sino únicamente estar bajo su obligación y observancia como si la ley fuese necesaria para la salvación, como es evidente.

Persiguiendo este fin SAN PABLO comienza el capítulo 5.º: *Permaneced firmes, y no os sometáis nuevamente al yugo de la esclavitud; y bastante después: Vosotros, hermanos, dice, habéis sido llamados a la libertad; solamente no toméis esa libertad como pretexto a favor de la carne.* En estas palabras enseña que los cristianos están libres de la ley de Moisés, pero sin quedar libres de la ley divina natural que manda vivir honestamente y en conformidad con la razón, no conforme a la concupiscencia es la carne.

Con esta ocasión manifiesta que el resumen de la ley natural es la ley de la caridad, que la concupiscencia de la carne hay que vencerla con la ayuda del espíritu divino, y después añade: *Y si os guiáis por el espíritu, no estáis bajo la ley*, como diciendo: Aunque es necesario vencer la concupiscencia con el espíritu, no por eso estáis bajo la ley —se entiende la ley escrita en tablas— porque os basta la ley escrita en el corazón y por ella os regís; más aún, estáis obligados, pero no por la especial obligación ni advertencia de la ley; y por eso añade: *Las obras de la carne son manifestas*, etc., como si dijera: Ya no necesitáis de la ley que muestra la fealdad de tales obras pero que no ayuda a superarlas; en cambio el espíritu de la ley de gracia las muestra claramente y ayuda a evitarlas, pues, según añade, *fruto del espíritu es la caridad*, etc., y otros que enumera; y para demostrar la perfección de esos frutos, termina: *Contra tales cosas no hay ley*, como si dijera: Estos frutos son tales, que la ley no los prohíbe ni puede prohibirlos, porque no puede haber discordia entre el espíritu y la ley, como interpreta SANTO TOMÁS sobre ese pasaje; o si el *tales* se refiere a las personas, hará muy buen sentido: Contra los que practican estos frutos nada tiene la ley ni puede condenarles, no sólo porque practican lo que ella manda, pero ni siquiera en el caso de que hagan otras cosas distintas de las que manda o de que estas mismas cosas no las hagan a impulso de tal ley sino por el espíritu de fe con que están adheridos a Cristo, por quien crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias.

17. Este sentido lo indica claramente el CRISÓSTOMO en su comentario, porque, después de las palabras *Si os guiáis por el espíritu, no estáis bajo la ley*, pregunta: *¿Qué consecuencia*

es esta? Y responde: Muy importante, por cierto, y evidente, porque quien tiene espíritu como conviene, con él extingue todas las concupiscencias, y quien ha sido librado de éstas, no necesita de la ayuda de la ley, etc. Y luego: *Aunque la ley, según sus fuerzas, estaba en lugar del espíritu hasta que vino el espíritu, sin embargo no conviene quedarnos en el pedagogo; bien estábamos bajo la ley entonces —cuando todavía no había aparecido el espíritu en el mundo— para castigar nuestras concupiscencias con el temor; pero ahora, una vez que vino la gracia, la cual no sólo manda abstenerse de las concupiscencias sino que eleva a mayores alturas de vida ¿qué necesidad tenemos de la ley?* En todo lo que sigue continúa desarrollando este sentido, y las palabras *Contra tales cosas no hay ley* las interpreta así: *¿Qué ha de mandar a quien en sí mismo lo tiene todo, aun la caridad perfecta que es maestra de la filosofía?* Casi lo mismo dice TEODORETO y todavía con más claridad TEOFILACTO.

También SAN JERÓNIMO, en sus comentarios breves, interpreta así: *Si vosotros continuamente os ocupáis con actos espirituales, no os es necesaria la ley, la cual se dio para los carnales.* Y más abajo, a propósito de las palabras *Contra tales cosas no hay ley*, añade: *No prohibió estas cosas, y quien cumple el nuevo, no está bajo el antiguo testamento.* De una manera semejante explica ese pasaje nuestro SALMERÓN. Ni en contra de esta interpretación veo objeción de alguna importancia.

18. SOLUCIÓN DE LA OBJECIÓN DE SAN JERÓNIMO ANTES PROPUESTA.—¿EN QUÉ FORMA CRISTO N. SEÑOR Y SAN PABLO ESTABAN BAJO LA LEY.—En efecto, con esto se soluciona fácilmente la objeción de SAN JERÓNIMO. Porque los santos del Antiguo Testamento que se guiaban por el espíritu de gracia, esa perfección no la tenían en virtud del estado de aquella época —o sea, de la ley— sino por la fe en Cristo que había de venir, y por eso continuaban bajo la ley en cuanto a la obligación. Ahora bien, SAN PABLO habla de los que se guían por el espíritu por razón del estado y de la gracia presente; porque éstos no están bajo la ley escrita ni siquiera en cuanto a la obligación.

Según otra interpretación, habrá que decir que aquellos santos de la antigua ley no estaban bajo la ley como forzados por ella ni como reos de ella, pero dudo mucho de que SAN PABLO en su frase haya querido incluir también a éstos.

En cuanto a Cristo N. Señor, se dice que estuvo bajo la ley en un sentido muy distinto, pues estuvo bajo la ley no en cuanto a la obligación, sino en cuanto a su observancia, como aparece claro por la materia de que se trata.

Y en cuanto a San Pablo, SAN JERÓNIMO

pondera que no dijo sencillamente *Estoy bajo la ley*, sino que añadió: *Sometido a la ley con los sometidos a la ley, como si estuviese sometido a la ley yo que no estoy sometido a la ley*, etcétera: más bien niega sencillamente que él estuviese bajo la ley; se entiende, en cuanto a la obligación; sin embargo dice que estuvo como debajo de ella, porque a veces la observaba como si estuviese obligado a ella para ganar a los judíos. Ciertamente que SAN JERÓNIMO en su comentario parece que a los antiguos profetas en esto les equipara a SAN PABLO diciendo que no estaban sencillamente bajo la ley sino como debajo de la ley; pero, si hemos de ser consecuentes, la solución primera parece más sólida.

19. Finalmente, por lo dicho aparece claro que, de cualquier manera como se entiendan esas palabras siguiendo a los Santos Padres, ellas no excluyen que los justos del Nuevo Testamento, por más que se guíen por el espíritu divino, estén bajo alguna ley en cuanto a su obligación.

Esto lo suponen todos los santos que interpretan ese texto; y se deduce con evidencia del mismo texto de SAN PABLO, porque, después de enumerar las obras de la carne, concluye: *Os anuncio, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de los cielos*. Ciertamente, si ninguna ley les obligara a evitar tales obras, no perderían por ellas el reino de los cielos. Pronto ponderaremos también otras palabras del mismo pasaje.

20. OBJECCIÓN DE LOS HEREJES TOMADA DE ROM. 6.—ESTAR BAJO LA LEY EN ESTE PASAJE SIGNIFICA ESTAR BAJO LA IMPERFECCIÓN DE LA LEY ESCRITA, LA CUAL OBLIGA A LOS SÚBDITOS PERO NO LES AYUDA.—El tercer texto de los herejes es el de Rom, 6: *No estáis bajo la ley sino bajo la gracia*. Estas palabras, miradas en sí mismas, podrían prestarse a las mismas interpretaciones que las anteriores, pero, conforme a su contexto obvio, existe otro sentido facilísimo.

Sin duda SAN PABLO habla de la ley escrita, y *estar bajo la ley* en este caso no sólo significa estar bajo la obligación de la ley —por más que también incluya o suponga esto— sino que expresa en particular estar bajo la imperfección de una ley que manda pero no ayuda.

Había enseñado SAN PABLO que todos los bautizados han muerto al pecado en Cristo, y, en consecuencia, les había advertido: *Que el pecado no reine más en vuestro cuerpo mortal de modo que os acomodéis a sus concupiscencias; y más abajo: Porque el pecado no domina ya más sobre vosotros*. Y para que esto no les pareciese difícil, añade como razón: *Ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia*, como si dijera: Porque no estáis en aquel estado en el que la ley mandaba no codiciar pero no ayudaba, sino

que estáis bajo la gracia, la cual internamente mueve a cumplirlo y externamente ayuda.

21. Así, SAN CRISÓSTOMO y TEOFILACTO dicen: *Nuestro cuerpo, antes de la venida de Cristo, fácilmente podía ser vencido por el pecado, porque todavía no estaba el espíritu para poder acudir en socorro, ni el bautismo para poder mortificar, etc.; la ley únicamente mandaba, pero no ayudaba nada; en cambio la gracia perdona los pecados pasados y protege para los venideros*.

Hay también una frase expresa de SAN AGUSTÍN: *No nos encontramos bajo la ley, que manda el bien pero que no lo da, sino que nos encontramos bajo la gracia, la cual lo que la ley manda —se entiende, en lo moral— haciéndonos amar puede mandárnoslo sin que perdamos la libertad*. Y otra: *No estáis bajo la ley sino bajo la gracia: no porque la ley sea mala sino porque debajo de ella están aquellos a quienes hace reos mandándoles, no ayudándoles; en cambio la gracia ayuda para que uno sea cumplidor de la ley; sin esa gracia, puesto uno bajo la ley sólo era oyente de la ley*. La misma interpretación siguen SAN ANSELMO, SAN BEDA, ADAM DE GODDAM, TOMÁS DE VIO, y muy bien TOLEDO y PEREIRA, y asimismo nuestro SALMERÓN. Ni ocurre dificultad alguna.

Es extraño que los herejes se atrevan a abusar de este texto, siendo así que SAN PABLO inmediatamente, como respondiendo a su desvergüenza, añade: *Entonces ¿qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? De ninguna manera*. Una frase parecida tiene al principio del capítulo, y al fin termina: *El sueldo del pecado es la muerte, mientras que el don gratuito de Dios es la vida eterna*. Así pues, poniendo a los fieles bajo la gracia y no bajo la ley escrita y su imperfección, no dice que queden libres de toda ley ni que los pecados no se les imputen si los cometen, sino que les anima a evitar los pecados porque la gracia de Dios es más poderosa que ellos.

22. CUARTA OBJECCIÓN DE LOS HEREJES, TOMADA DE DISTINTOS PASAJES DEL NUEVO TESTAMENTO.—Objetan los herejes —en cuarto lugar— los textos en que se pondera la libertad de la ley de gracia, los cuales quieren que se entiendan de la libertad de toda obligación de ley.

Esta falsa libertad destruye en particular la realidad de la ley de gracia. En el libro X defenderemos en particular esta realidad y refutaremos este error; por eso ahora respondemos brevemente: Lo primero, que de esos pasajes no puede deducirse que en ellos se trate de la libertad de toda ley, porque en ellos no se dice eso sino que se trata de la libertad en general; por otra parte, ese sentido es tan absurdo y tan contrario a toda razón y piedad y a otros textos

de las Escrituras —los cuales enseñan que los fieles están obligados a evitar los pecados y a obrar honestamente— que, desde luego y por su mismo contenido, tal ocurrencia se hace increíble.

En segundo lugar añadimos que la libertad puede ser de muchas clases: de la servidumbre del pecado, de la servidumbre del temor, del reato de pena y de cualquier mal, de la obligación de la ley, y en general de cualquier cosa; de entre todos esos sentidos los herejes escogen el último. Ahora bien, yo por mi parte digo que por los mismos textos resulta claro que la libertad cristiana no se toma en ese sentido sino en alguno de los otros.

23. EXPLICACIÓN DEL PASAJE GAL. 2: EN ÉL EL APÓSTOL HABLA DE LA LIBERACIÓN DE LA LEY VIEJA, DE LA CUAL ESTÁN LIBRES LOS CRISTIANOS.—En Gal. 2 las palabras son: *Se infiltraron solapadamente para coartar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y hacernos esclavos*. Ahora bien, por lo que sigue en el mismo capítulo, consta con evidencia que esa esclavitud a la cual los hermanos infiltrados querían reducir a los cristianos era la observancia de la ley de Moisés, ya que obligaban a los cristianos a judaizar. Luego esa libertad que *tenemos en Cristo Jesús*, en el sentido en que se trata de ella en ese pasaje, es solamente la libertad del yugo y de la obligación de la ley de Moisés, como muy bien explica SALMERÓN.

En el capítulo 4.º de la misma carta las palabras son: *De manera, hermanos, que nosotros no somos hijos de la esclava sino de la libre con la libertad con que Cristo nos libró*. Estas palabras son el fin de todo un desarrollo, sobre todo a partir de la frase *Decidme vosotros, los que queréis estar bajo la ley*, etc., la cual demuestra que fue ley de servidumbre y que por eso el pueblo a quien se dio fue simbolizado por el hijo de la esclava. Luego se refiere abiertamente a la libertad del pueblo cristiano, libertad del yugo y de la servidumbre de aquella ley.

En el capítulo 5.º las palabras son: *Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad*. Inmediatamente manifiesta qué clase de libertad es esa añadiendo: *Solamente que no toméis esta libertad como pretexto a favor de la carne*. Así que no es una libertad profana que quite todo yugo de ley y dé licencia para hacer lo que se quiera, sino una libertad espiritual en virtud de la cual nos guiamos por el espíritu y no estamos bajo la ley, según se dice enseguida y ya hemos explicado.

24. EXPLICACIÓN DEL PASAJE 2 COR. 3, ACERCA DE LA LIBERTAD DEL VELO DE OBCECACIÓN O DE LA SERVIDUMBRE DE LA LEY.—En 2 Cor. 3, las palabras son: *Donde está el espíritu del Señor, está la libertad*. Estas palabras, tomadas en sí mismas, pueden interpretarse muy bien

de la libertad del pecado, de la libertad del espíritu de temor servil, y de la libertad de la ley vieja, pues la gracia y la moción del Espíritu Santo nos libra de todas estas cargas o señores. Pero, tal como las dice SAN PABLO en ese pasaje, parece que deben entenderse de la libertad del velo de obcecación y de la dureza de corazón, y su sentido puede ampliarse y entenderse a la vez de la libertad de la servidumbre de la ley vieja.

En efecto, antes había dicho: *Hasta hoy, cada vez que Moisés es leído, se tiende un velo sobre el corazón de los judíos*, a fin de que no vean que aquel testamento ya ha desaparecido, y añade que se le quitará al pueblo ese velo *cuando se vuelva al Señor*; y añade: *El Señor es espíritu, y donde está el espíritu del Señor está la libertad*, entiéndase la libertad de ese velo. Porque el espíritu del Señor es el que libra del yugo de la ley, según dijo en otro pasaje: *Si os guiáis por el espíritu, no estáis bajo la ley*; por eso el mismo espíritu del Señor que da la libertad da también luz para conocerla y, en consecuencia, quita el velo que ocultaba aquella verdad, y por eso termina diciendo: *Mas todos nosotros, con el rostro descubierto, reflejando la gloria del Señor como en un espejo*, etc.

Todo esto lo abarcó elegantemente SAN CRISÓSTOMO con una sola palabra: *Dijo libertad en comparación con la anterior esclavitud*; y así lo tienden todos los escritores católicos. Y no hay por qué entender que libertad de espíritu sea libertad de la obligación de toda ley, porque ni SAN PABLO dice eso ni tiene eso que ver con la perfección o señorío del espíritu, pues los ángeles, Adán y todos los justos tuvieron espíritu, pero no tuvieron tal libertad: más bien es contraria a la perfección, a la santidad y al señorío del espíritu divino.

25. EXPLICACIÓN DEL PASAJE DE LA CARTA DE SANTIAGO SOBRE LA LEY DE LA LIBERTAD, ES DECIR, DE LA CARIDAD.—En cuanto a los pasajes de Iac., 1.º y 2.º, son una prueba en contra de los mismos herejes. En efecto, en el capítulo 1.º supone que la que él llama ley de la perfecta libertad es una verdadera ley que obliga a la obra; por eso termina diciendo que será feliz quien permaneciere en ella y fuere *cumplidor de la obra*, es decir, quien la observare.

En el capítulo 2.º da a entender que los hombres serán juzgados conforme a esa ley de libertad. *Hablad y obrad*, dice, *como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad*. Ahora bien, parece que se refiere a la ley de la caridad, a la cual poco antes había llamado *regia*. Luego supone abiertamente que los cristianos están sujetos a la ley. En el último libro, al tratar de la ley de gracia, se dirá por qué la llama *perfecta, regia y de libertad*.

CAPITULO XX

¿PUEDE HABER CAMBIOS EN LAS LEYES?
¿DE QUÉ CLASES?

1. PRIMERA TESIS: UNA LEY, SI SE DA INDEFINIDAMENTE, NO CAMBIA SÓLO POR EL PASO DEL TIEMPO.—OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Explicada ya la naturaleza de la ley y todas sus causas y efectos, sólo nos queda hablar del cambio de la ley. Pero, como esta propiedad no es común a toda ley, la trataremos mejor a propósito de cada una de ellas en particular, determinando en ellas si admiten alguna clase de cambio. Ahora sólo adelantaremos algunas normas generales y la explicación de los términos a fin de que después la doctrina resulte más fácil en cada una de ellas.

En primer lugar, suponemos por lo dicho que una ley que se da indefinidamente, de suyo no cambia, ni su obligación cesa por solo el paso del tiempo si no interviene alguna otra causa de cambio. Lo pruebo: La ley de suyo es perpetua; luego por solo el paso del tiempo no cambiará, a no ser que se la anule por otro capítulo.

Se dirá que la ley algunas veces incluye o prescribe un término fijo de su obligación. Respondo —en primer lugar— que por eso hemos hablado en la tesis de una ley que se dé indefinidamente. En segundo lugar añadimos que eso solamente tiene lugar en alguna ley positiva, y que eso sucede raras veces y —según se ha dicho antes— al margen de la naturaleza de una ley perfecta; por eso puede afirmarse que normalmente la ley no cesa por solo el paso del tiempo. Cuánto más que, debiendo la ley ser racional y justa, nunca prescribirá un término fijo de su duración, a no ser que en ese término o fin de tiempo haya de cesar la justicia de la ley o la razón principal que tuvo el legislador para darla. De esta manera nunca sucede —propriadamente hablando— un cambio por solo el paso del tiempo sino por algún otro cambio que acompañe a éste.

2. SEGUNDA TESIS: LOS CAMBIOS DE LAS LEYES PUEDEN SUCEDER DE DOS MANERAS: POR FALTA DE LA CAUSA QUE HABÍA DE CONSERVARLAS O POR LA ACCIÓN DE UN AGENTE CONTRARIO.—En segundo lugar, hay que decir que el cambio de una ley puede suceder de dos maneras: una —como quien dice— desde dentro, por falta de la materia o causa que había de conservarla; otra desde fuera, por la acción de un agente contrario.

Esta tesis no hay que tomarla en un sentido general, como si toda ley fuera mudable de estas maneras, porque no es así, ya que una puede ser inmutable, otra mudable de una manera pero no de otra; únicamente decimos indeterminadamente que en la ley pueden tener lugar esas dos clases de cambios.

Puede esto explicarse —primeramente— porque la ley es a modo de un accidente, en el sentido de que se encuentra en los súbditos, a los cuales obliga o hace deudores. Ahora bien, un accidente, en general, puede cambiar o ser destruido de una de esas dos maneras, como consta por la filosofía. Luego lo mismo sucederá con la ley.

Lo pruebo —en segundo lugar— explicando en particular cada una de las partes. La razón de la primera parte es que la ley requiere una causa —por decirlo así— material, acerca de la cual verse; por eso, si ésta falta, cesará la obligación de la ley, de la misma manera que, si faltan los súbditos por completo, cesará la obligación de la ley, por más que pueda seguir subsistiendo en la mente del legislador. Pero este cambio nada tiene que ver desde el punto de vista moral.

La ley tiene además una causa eficiente: por esta parte suele faltar o cambiar el efecto por suspenderse el influjo o por no conservarse la causa eficiente. Pero, como la causa eficiente de la ley, tal como se halla en los súbditos —o sea, fuera del legislador— no es otra que la voluntad del legislador, la cual se juzga que persevera mientras no intervenga otra contraria, por eso este cambio de la ley por parte de la causa eficiente lo incluimos en el que tiene lugar por una acción contraria.

Por último, tiene la ley una causa final, y por esta parte es por la que más suele cesar la ley, o sea, cambiar desde dentro por falta de la causa final, en la cual —si en alguna— se cumple aquello de *cesando la causa, cese el efecto* de las DECRETALES. Sin embargo, esta manera de cambio de la ley tiene lugar sobre todo en las leyes positivas humanas, ya que en la ley natural no parece tener lugar, y acerca de la ley divina positiva es este un punto muy discutido; por ello, lo explicaremos mejor a propósito de cada clase de leyes.

La razón de la segunda parte es que la ley recibe su ser y su fuerza obligatoria de la voluntad del legislador; luego puede quitarla una voluntad contraria, pues damos por supuesto que no falta poder para ello, ya que —supuesta la capacidad de la materia— en el legislador se da un poder igual para ambos actos, como se declarará más por lo siguiente.

3. TERCERA TESIS: UNA LEY PUEDE CAMBIAR SEA QUITÁNDOLA SEA POR LA APARICIÓN DE UNA SEGUNDA LEY QUE LA HAGA DESAPARECER.—Decimos —en tercer lugar— que este cambio de la ley unas veces puede ser puramente supresivo —o sea, directamente destructivo— y otras a manera de generación de una cosa que signifique la destrucción de otra. Expliquémoslo.

Primeramente, cuando el cambio de una ley sucede por solo el cambio o falta de la causa que era necesaria para su conservación, se trata de un cese de la ley por desaparición de su obligación sin que se introduzca una nueva obligación, de la misma manera que se destruye la luz al faltar el sol.

Lo segundo, aun cuando la ley sea quitada por voluntad contraria del legislador que quiere que cese la ley, también en ese caso se trata de una pura supresión de la ley, pues para quitar la primera no es necesario introducir otra. Por consiguiente, aunque en ese caso se diga que se quita la ley por una acción contraria —llamémosla así— inmanente, porque la voluntad contraria puede versar solamente acerca de la privación o supresión de la ley, sin embargo no se quita por un cambio contrario —llamémoslo así— traseúnte, sino por un cambio privativo y supresivo de la ley. De esta manera queda bien clara la primera parte.

La segunda parte tiene lugar cuando una ley se quita por la introducción de otra contraria a la primera, por ejemplo en el caso de que se suprimiera el precepto del ayuno imponiendo otro precepto de comer carne o de comer dos veces al día. Esta manera de cambio tiene lugar tratándose de una materia mudable que ahora puede ser útil y después perjudicial. En ese caso, si los preceptos son contrarios, es preciso que el uno excluya al otro —aunque no lo diga expresamente—, porque a un mismo tiempo no pueden obligar dos leyes contrarias, como es evidente.

4. CUARTA TESIS: EL CAMBIO DE LA LEY PUEDE SER GENERAL O PARTICULAR, ABSOLUTO O RELATIVO.—En cuarto lugar, este cambio de la ley puede ser general o sólo particular, absoluto o relativo.

Será cambio general y absoluto cuando se quite la ley total y absolutamente, es decir, tanto respecto de todos —o sea, de toda la comunidad a la que obligaba— como respecto de su propio ser, o sea, de su duración, ya que se quita absolutamente para no volver. Podría ser un cambio general pero no absoluto sino temporal si la obligación de la ley se suspendiera durante cierto tiempo pero para restablecerse en cuanto pasase ese tiempo; este cambio lo llamamos relativo, ya que en realidad la ley no se quita absolutamente, puesto que, pasado ese tiempo, continúa existiendo lo mismo que antes sin necesidad de que de nuevo se dé o promulgue.

El cambio es particular cuando, manteniéndose la ley en cuanto a su obligación general respecto de la comunidad, se quita respecto de al-

guna persona en particular, o sea, respecto de una parte de la comunidad, como suele hacerse en las dispensas y en los privilegios. En efecto, de la misma manera que dijimos arriba que algunas veces puede darse una ley para una comunidad exceptuando una parte de ella o algunos de sus miembros por una causa razonable, así también, después de dada de una manera general, puede hacerse esa exención: en ese caso se dice que se hace un cambio particular en la ley.

5. DISTINTOS TÉRMINOS PARA SIGNIFICAR EL CAMBIO GENERAL DE LA LEY.—En conformidad con esta diferenciación, se han inventado distintos términos para indicar este cambio de la ley; es conveniente presentarlos brevemente a fin de que en adelante podamos expresarnos con más claridad y rapidez.

Unos términos significan el cambio general y absoluto; otros el cambio relativo o particular.

El primero lo indica principalmente la palabra *abrogar* una ley, pues se dice que se abroga una ley cuando se la quita total y absolutamente. Pero esto puede hacerse de distintos maneras: una, quitando sencillamente la ley, la que puede llamarse revocación de la ley y a veces muerte de la ley, como veremos después al tratar de la ley vieja; otra, no sólo quitando la ley sino prohibiendo su observancia, la que puede llamarse prohibición de la ley, por la cual la ley anterior comienza a ser no sólo muerta sino también mortífera, como dicen los teólogos acerca de la ley vieja. Esta manera se diferencia de la anterior en que aquélla consiste únicamente en quitar la ley y su obligación, y ésta —además de esa privación— añade una nueva ley que prohíbe lo que aquélla mandaba.

6. ANULACIÓN Y ABROGACIÓN DE UNA LEY SIGNIFICAN LO MISMO.—La tercera manera puede ser cuando no sólo se prohíbe lo que antes se mandaba, sino que además se manda lo contrario e incompatible con lo anterior, por ejemplo, si antes se mandaba estudiar a tal hora y después se manda orar a esa misma hora: esto es más que no mandar estudiar y que prohibirlo; así que en esta tercera manera se añade un nuevo precepto de un objeto no sólo contradictorio —por así decirlo— sino también contrario.

De estas dos últimas maneras, la abrogación de una ley anterior puede hacerse por medio de una nueva ley contradictoria o contraria; pero algunas veces precede la mera revocación y después se añade la nueva prohibición o el nuevo precepto contrario.

Cuando se hace de la primera manera, la segunda ley solamente puede darla el mismo que suprimió la primera o una autoridad superior, ya que un inferior no puede hacer resistencia a uno mayor.

Pero cuando la prohibición se hace de la segunda manera, puede hacerla un inferior, porque se supone ya quitada la primera ley, como puede verse en la abrogación de la ley vieja y explicaremos después en su propio lugar.

Finalmente, SOTO añade la anulación de la ley como distinta de la abrogación, porque así como puede anularse un voto, así también parece que puede anularse una ley. Sin embargo, tratándose de la ley, la anulación no parece distinta de la abrogación, ya que tiene el mismo efecto y únicamente puede realizarse con poder de jurisdicción. SOTO por su parte la llama simple abrogación cuando la realiza el mismo que dio la ley o su sucesor, que es lo mismo. En cambio cuando la supresión de la ley la realiza un superior, la llama anulación. Todo esto tal vez no es más que cuestión de nombre; más tarde, al tratar de la ley humana, diremos si existe alguna diferencia real.

7. TÉRMINOS PARA SIGNIFICAR EL CAMBIO PARTICULAR DE LA LEY.—Otros términos hay que designan el cambio particular de la ley. El primero y más usual es el de *dispensa* de la ley. Acerca de esta palabra, en primer lugar debe observarse su origen y su sentido peculiar.

Dispensar, en su sentido propio, es lo mismo que distribuir o administrar un cargo que lleva consigo la distribución de las cosas necesarias. Así la distribución misma de los beneficios de Dios que —según el plan de la providencia divina— tiene lugar en los diversos tiempos, suele llamarse dispensación, como aparece en Efes. 1: *Según su benevolencia que formó en sí, en la dispensación de la plenitud de los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo*. De una manera especial en la SAGRADA ESCRITURA suele llamarse dispensador aquel que en una casa es puesto por su señor para distribuir a la familia las cosas necesarias, conforme a LUC. 12: *¿Quién crees que es el fiel dispensador?* etc. Así en el ANTIGUO TESTAMENTO el nombre de dispensador temporal suele usarse para significar a aquel que administra temporalmente la familia de alguno. También es muy usual este empleo en el derecho civil, y BRISSON reúne acerca de él muchos datos eruditos.

8. SE DISCUTE QUÉ SIGNIFICA TAMBIÉN DISPENSACIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO.—¿CUÁNDO SE PRACTICA EN LA LEY LA DISPENSA

PROPIAMENTE DICHA?—En el NUEVO TESTAMENTO esta palabra se traspasó a un sentido más alto y espiritual, pues significa ecónomo o funcionario de la casa espiritual de Dios, que es la Iglesia, conforme a aquello: *Que los hombres nos tengan como funcionarios de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios, y Como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios*.

Conforme a esto, la misma distribución o administración general de los misterios de Dios que se practica en la Iglesia, en la SAGRADA ESCRITURA suele llamarse dispensación: *Se me ha confiado la dispensación, Ya que conocéis la dispensación de Dios que me ha sido dada a favor de vosotros, Del cual yo fui hecho funcionario según la dispensación de Dios que me ha sido confiada*. En este sentido dijo también SAN BERNARDO: *A ti te ha confiado la dispensación sobre el orbe, no la posesión*.

De aquí pasó esta palabra a significar cada acto particular de este poder administrativo: así, la concesión de indulgencias se llama dispensación del tesoro de la Iglesia, y —como se ha dicho en otros lugares— se conceden dispensas de votos y de juramentos.

Conforme a esto, en el caso presente la palabra dispensa se ha aplicado a significar un cambio particular de la ley cuando se quita su obligación respecto de una u otra persona. Pues la obligación de la ley es como una carga que hay que repartir entre muchos, y por eso, la liberación de uno y no de los otros respecto de esa obligación se ha llamado una dispensa de ella. Porque, como la ley se da en general, y en una persona particular puede darse una razón o una necesidad especial para que se le exima de esa carga, a veces esta clase de cambio es necesario o conveniente.

En consecuencia, entonces se concede una dispensa —en su sentido más propio— cuando la obligación de la ley, que antes obligaba tanto a la comunidad como a tal persona particular, se le quita a esta persona, continuando, no obstante, la ley ejerciendo su obligación sobre la comunidad en aquella misma materia.

9. CAMBIO DE LA LEY POR VÍA DE CONMUTACIÓN O COMPENSACIÓN.—¿QUÉ SIGNIFICA PERMISIÓN EN MATERIA DE LEY? ¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA LICENCIA?—Otra manera como suele hacerse también este cambio es en forma de *conmutación* o *compensación*, que en realidad es una dispensa, ya que por ella se quita la obligación de la ley en un caso particular. Sin embargo, cuando se quita la obligación no por una pura —digámoslo así— privación, sino imponiendo en su lugar alguna carga, se llama conmutación o compensación: por ejemplo, cuando a uno se le

dispensa del ayuno con obligación de rezar el rosario o algo semejante.

Cuando la carga que se pone en lugar de la obligación es pecuniaria, la dispensa se podrá llamar rescate, como suele llamarse en los votos, pues en cuanto a esto sucede proporcionalmente lo mismo; por eso acerca de esta materia puede verse lo que en materia semejante dijimos al tratar del voto.

En este punto puede observarse —finalmente— que este cambio suele designarse con el nombre de *permisión* y *permiso*; estos términos, sin embargo, son más generales y es preciso explicarlos. Permisión se llama no sólo cuando se quita la obligación sino también cuando se condesciende, se disimula y no se impide el efecto ni se castiga al trasgresor de la ley; esto, como es evidente, no es una dispensa: Dios permite que se quebranten muchos preceptos suyos de los que no dispensa; luego no toda permisión es dispensa; pero la dispensa puede decirse que es cierta clase de permisión, porque por ella se le deja a uno obrar en contra de lo mandado por la ley no sólo impunemente sino también incontinentemente.

Y así como de la abrogación dijimos que puede realizarse o únicamente suprimiendo la ley o también prohibiendo su práctica o mandando lo contrario, lo mismo puede decirse de la dispensa: unas veces es sencilla, y entonces es a manera de permisión y de suyo no se requiere más; pero otras veces puede hacerse por medio de una prohibición, como, por ejemplo, si un superior no sólo le quita al súbdito la obligación de oír misa sino también le prohíbe oír-la, etc.

También el término permiso es más amplio que el de dispensa, porque toda dispensa se puede llamar permiso, pero no todo permiso es dispensa, pues muchas veces por el permiso no se quita la obligación de la ley sino que el tenerlo es sólo una circunstancia requerida por parte de la ley para ejercitar bien el acto, como puede verse ante todo tratándose de las reglas de los religiosos: el religioso no debe hablar ni salir de casa sin permiso, pero cuando se da éste, propiamente no se dispensa de la ley sino más bien se completa el modo de obrar prescrito por la ley; por eso tal permiso no exige una causa de la misma clase ni poder de jurisdicción propiamente dicho, sino cierto poder de administración, el cual no tiene que ver con el cambio de las leyes.

10. SENTIDO DEL TÉRMINO INTERPRETACIÓN.—¿EN QUÉ SE DIFERENCIA DE LA DISPENSA?—Debemos añadir el término *interpretación* de la ley, que algunos confunden con la dispensa;

pero hay mucha diferencia entre ellas, según dije largamente en el tratado del Voto: lo que dije allí acerca de la dispensa y de la interpretación del voto es aplicable a la dispensa y a la interpretación de la ley, y no hay por qué repetirlo.

Así pues, la interpretación se diferencia de la dispensa en que no quita la obligación de la ley sino que declara que la ley a veces no obliga. Por consiguiente la dispensa, a las inmediatas depende de la voluntad y es una especie de favor y liberalidad; la interpretación es más bien del entendimiento y es una especie de justicia. Por consiguiente, si se hace con autoridad, es como una sentencia jurídica.

De ahí que la interpretación pueda tener lugar no sólo tratándose de un caso particular sino también de la ley en su conjunto; por ejemplo, si se interpreta que la ley es injusta y que por tanto no obliga en absoluto, o también —en caso de que cese por completo la razón de la ley— si se declara en general que la obligación de la ley ha cesado, será una verdadera interpretación, y sin embargo no se podrá llamar abrogación de la ley sino proceso o juicio de su nulidad.

Así pues, cuando la interpretación de la ley se hace sobre una persona o caso particular declarando que en ese caso no obliga la ley, esa interpretación no puede llamarse dispensa; y por eso tampoco podrá llamarse cambio de la ley, porque entonces no se cambia la ley, pues —conservándose ella de suyo la misma y de la misma manera— resulta que no obliga en aquel caso, sea porque en los términos en que está redactada no la alcanza, sea porque desde el principio la mente del legislador no fue que obligara en aquel caso.

Por esto interpretación —en un sentido más estricto— se llama aquella que se hace mediante la virtud especial de la equidad, de la cual trata SANTO TOMÁS. ARISTÓTELES la llamó *epiqueya*; no porque haya tenido lugar en la ley un verdadero error que después se enmienda por la interpretación cambiándose así la ley; sino que se llama enmienda de la ley en cuanto a la apariencia externa y al sentido general de las palabras. Pues la ley habla en general y no puede con sus fórmulas abarcar todos los casos particulares, y así, en apariencia, parece abarcar algunos que en realidad no abarca; y como la *epiqueya* es la que declara esto, por eso se la llama enmienda de la ley.

11. LAS VARIACIONES QUE SE HACEN EN LA LEY POR CAMBIO DE LA MATERIA NO ES DISPENSA.—De aquí se deduce también —de pasada— que las variaciones que algunas veces acontecen

en la obligación de la ley por el cambio o variación de la materia, no son dispensas en la ley.

Lo pruebo: La dispensa de la ley —propia-mente hablando— no es un cambio de ella; ahora bien, este no es un cambio de la ley sino de la materia, que es el otro extremo del que depende la obligación. En efecto, la obligación es como una relación, la cual depende del fundamento y del término, y puede desaparecer por el cambio de ambos. Así pues, cuando desaparece por solo el cambio de la materia, entonces la ley no obliga, pero no porque ella cambie sino porque ella no habla para aquel caso; por ejemplo, si uno está obligado a cumplir una promesa y el acreedor perdona la deuda, ya no obliga la ley que antes obligaba: no porque se haya dispensado de ella sino porque se le ha quitado su materia; y así en otros casos. Esto hay que tenerlo presente para entender la ley natural, como explicaré más tarde.

Así que, para la dispensa se necesita que —manteniéndose la materia y el sujeto capaz de la obligación de la ley— se quite la obligación —por parte de la ley misma— suprimiéndola. Porque si solamente se le quita a la ley la materia o el sujeto al cual pueda afectar o imponer su obligación, ella de suyo siempre se conserva y de suyo tiene esto, que no obliga siempre y en todo caso, sino en determinadas circunstancias. Por esta razón, la ley del ayuno obliga al hombre sano; pero si éste se pone enfermo, deja de obligarle, no porque ella cambie sino porque moralmente ya no es el mismo sujeto a quien se dirige la ley.

12. OBJECCIÓN.—SOLUCIÓN.—Objetará alguno: Antes se ha dicho que algunas veces cambia la ley por la desaparición de su causa: tal parece ser el cambio presente.

Respondo que esa clase de cambio solamente sucede cuando la ley deja de existir en absoluto porque se le quita la causa total que la conservaba, pues entonces pasa del ser al no ser, y de esta manera, cambia. Pero cuando el cambio de la materia sólo se da en un caso particular, entonces la ley no deja de existir; únicamente no obliga, y por eso ella no cambia ni varía, porque siempre fue así.

Tal vez se urja diciendo que lo mismo puede decirse de la dispensa de la ley, porque tampoco entonces la ley deja de existir sino de obligar.

Respondo negando la semejanza, porque por la dispensa la ley se cambia o se reduce más de lo que antes era; no así por el cambio de la materia, porque desde el principio está dada para tal materia y con determinadas condiciones, y no de otra manera: ¡también los preceptos afirmativos obligan en determinados tiempos y no en otros, no porque ellos cambien sino porque así han sido establecidos desde el principio y porque esa es su naturaleza! Pues lo mismo hay que pensar en el caso presente.

13. CAMBIO RELATIVO DE LA LEY POR LA SUSPENSIÓN.—Por último, otro cambio de la ley suele hacerse por la *suspensión*. Este cambio lo hemos llamado relativo porque no suprime la ley absolutamente sino que suspende su efecto temporalmente.

Hay sus razones para incluir este cambio en la dispensa. En efecto, si la suspensión afecta a alguna persona en particular, es claro que se trata de una dispensa temporal y menos perfecta en cuanto a esto. Pero a veces puede afectar a toda una comunidad: entonces, en cuanto a esto, puede ser semejante a la abrogación; sin embargo, como no suprime la ley absolutamente sino que tan sólo suspende su obligación temporalmente, se llama sólo suspensión.

Esta suspensión algunas veces puede tener lugar solamente por medio de la interpretación, y entonces cae dentro de la epiqueya; pero otras veces la supresión de la obligación puede concederla el superior a toda una comunidad para breve tiempo o también para un solo acto, v. g. para realizar un acto servil en una fiesta determinada por alguna razón especial: entonces esa suspensión puede llamarse dispensa.

Baste esto acerca del significado de los términos. Al tratar de ellos damos por supuesto que son posibles en las leyes los cambios que esos términos significan. En los libros siguientes se explicará cómo se deben aplicar a las distintas leyes y por qué causas pueden realizarse: hasta ahora hemos tratado de la ley en general.

FIN DEL LIBRO PRIMERO



PRECIO: 425,— Ptas.